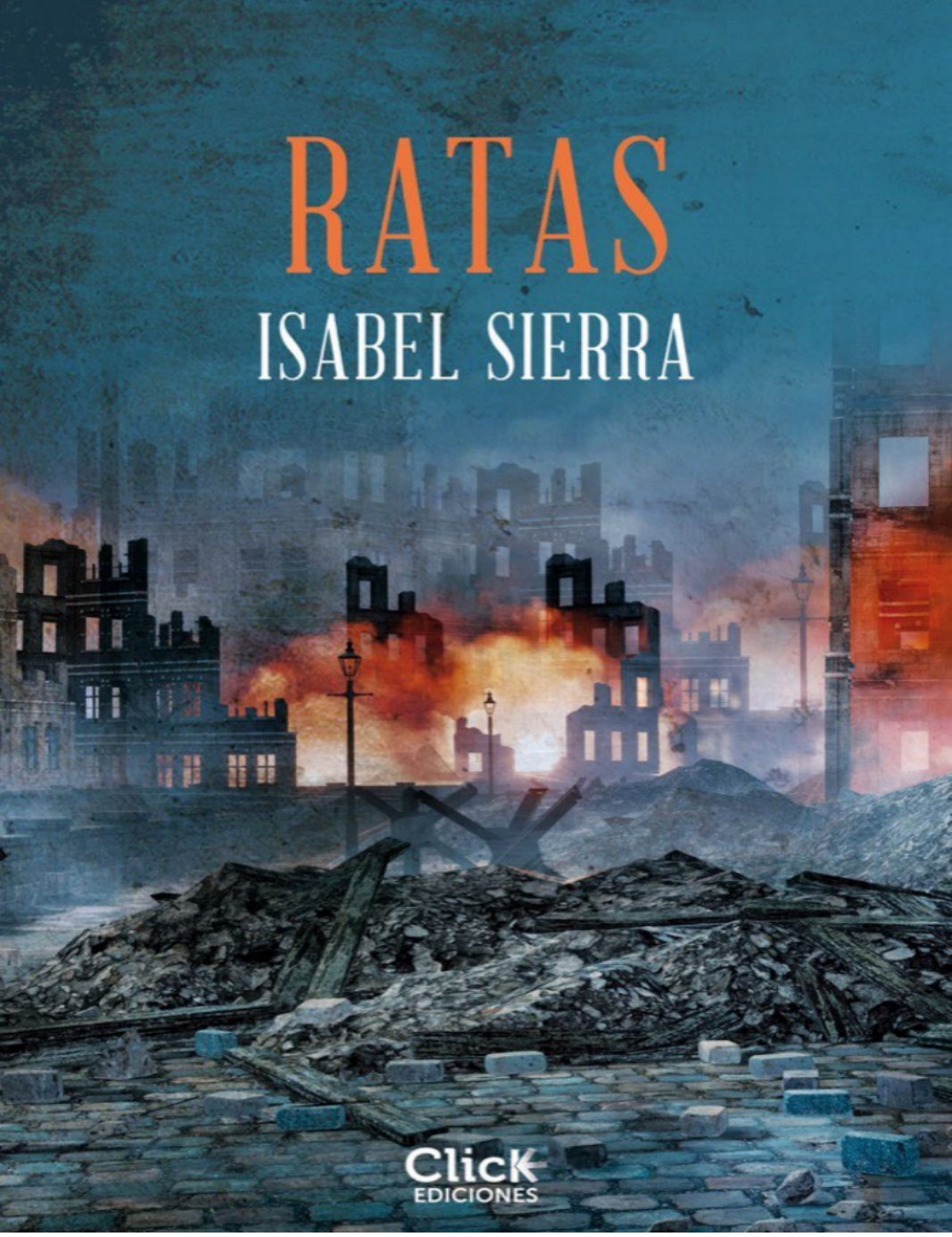
RATAS

ISABEL SIERRA



Click
EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

Bibliografía

Biografía

Notas

Créditos

Click Ediciones

Visita Planetadelibros.com y descubre una

nueva forma de disfrutar de la lectura

▪

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos! Primeros capítulos Fragmentos
Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Ratas

Isabel Sierra

1

La oscuridad ha generado siempre inquietud en el ser humano. Es uno de esos miedos atávicos que han acompañado y acompañan aún al hombre desde sus orígenes. No saber qué peligros se ocultan en las sombras, qué demonios acechan desde las tinieblas, qué males esperan ansiosos, fuera del alcance de la vista, el momento propicio para hacerse presentes; todo ello genera en cualquier persona aprensión, desasosiego, un temor difícil de describir, e incluso hoy, cuando la ciencia ha logrado subyugar al menos en parte la negrura de la noche y convertirla en día, la oscuridad sigue generando miedo.

De noche, las preocupaciones y las dudas, las angustias y los dolores se magnifican, las inquietudes y los temores se hacen más grandes, se expanden hasta llegar a encoger el corazón. El miedo es, sigue siendo, el señor, el dueño de la oscuridad.

Estas reflexiones ocupaban la mente de Wilhelm Heiden mientras el tren en el que viajaba, surcando una noche negra como boca de lobo, se deslizaba hacia su destino. Hacía más de tres años que Heiden estaba lejos de su hogar. La última vez que estuvo en casa fue en la primavera de 1941, antes de que comenzara la campaña de Rusia. Después, tres años más de guerra, dos inviernos rusos, con toda su dureza y rigor, y, hacía un mes escaso, dos balazos en el pecho que, tras un peregrinaje por varios hospitales de campaña, le habían valido un permiso, su primer permiso desde que fue destinado al este, regresaba a casa.

Cuando cruzó la frontera polaca y abandonó los transportes militares para continuar el camino hasta su ciudad de origen, a orillas del Elba, no lejos de Dresde, era aún de día. En ese momento no le pareció que los efectos de la guerra fueran aún evidentes en su patria. Cierto es que le quedaba un largo camino por recorrer hasta su hogar, pero su mente, centrada en el regreso, en la imagen de su esposa y de sus hijas, no fue apenas consciente, al menos en su plenitud, de cómo el país había cambiado, se había transformado en su ausencia.

Hacía más de tres años que no veía a su esposa, Ilse, ni a sus hijas. Lucie tendría ya ocho años, y Anna pronto cumpliría seis. Tres años… Le parecía que hubieran sido treinta. Durante ese tiempo había pensado constantemente en ellas; su familia era el pilar, la roca firme a la que asirse en la vorágine de la guerra, el vínculo que le mantenía cuerdo en medio de la locura, la esperanza que le alentaba para sobrevivir. Con relativa frecuencia le había ocurrido aquellos años que

esos pensamientos, el recuerdo de lo que había sido su vida antes de la guerra, parecían pertenecer a otro mundo, a otra vida, y no al infierno en el que estaba inmerso. Pero cuando recibía correo, aquellos recuerdos se convertían en algo tangible, real, en algo propio y auténtico: su verdadera vida. Las cartas de su esposa que llegaban hasta el frente provocaban en él sentimientos encontrados: una gran felicidad y un dolor extraño al mismo tiempo. Era como si al evocar a través de aquellas cartas su vida antes de la guerra tomara conciencia, repentina y cruelmente, del horror en el que vivía inmerso, en el que luchaba, en el que sufría. Aquellas cartas ponían en evidencia la brutalidad y el sinsentido de la guerra, todo aquello que su mente y su alma, en un esfuerzo por sobrevivir, se empeñaban en obviar, en pasar por alto. Aquellas cartas hacían patente la atrocidad del mundo en el que habitaba, y, al hacerlo, la guerra se convertía en algo difícilmente soportable.

El correo era un bien preciado y escaso, y tras cada carta, que él guardaba como un tesoro en el bolsillo interior de su guerrera, muy cerca del corazón, volvía la violencia, la sangre, la muerte. Y, al cabo de unos días, ese sentimiento de que podía existir algo fuera de aquello, algo verdaderamente valioso, hermoso, bueno, quedaba totalmente eclipsado. Entonces se trataba solo de sobrevivir.

Ahora por fin volvía a casa. Y era real; no era un fugaz espejismo. Dos balazos que le habían perforado el pulmón derecho le habían permitido escapar del infierno y regresar. Fue en las cercanías de Friedrichstadt, en Letonia, en agosto de 1944. Sintió el impacto de los proyectiles en su cuerpo, uno detrás de otro, como si un hierro al rojo le traspasara el pecho. Para él fue una sensación extraña, nueva, porque en cinco años de guerra apenas si había sufrido algún rasguño, salvo tres impactos de metralla en la espalda al principio de la campaña de Rusia; heridas anfractuosas, pero no graves, que apenas le mantuvieron unos días en el puesto de socorro de su división, y que, por supuesto, no le sirvieron para obtener un permiso de convalecencia. Hasta entonces no había recibido ninguna herida de bala. Y no porque no asumiera riesgos: en calidad de capitán de infantería y oficial en primera línea tenía tantas posibilidades como el resto de sus camaradas, incluso más, de ser herido y de morir. Sin embargo, en aquellos años la fortuna parecía haberle elegido como uno de sus favoritos, de sus protegidos.

Sintió dolor al recibir los disparos, sí. Al principio fue un dolor intenso, casi insoportable, pero duró apenas unos instantes. Los proyectiles atravesaron limpiamente su pecho, y tras el impacto inicial el dolor se mantuvo en un umbral tolerable. Cayó sobre el barro. Le sorprendió la lucidez con la que era capaz de pensar tras ser herido: sabía que debía cubrir aquellas heridas abiertas en su tórax para evitar

que el pulmón se colapsara y le impidiera respirar, así que abrió un paquete de gasas de su pequeño botiquín y ocluyó con ellas, lo mejor que pudo, los orificios que habían abierto en su cuerpo las balas. Sentía la sangre, su propia sangre, extrañamente caliente en sus manos. Sentía el dolor. Repentinamente tuvo una extraña debilidad, y al poco comenzó a notar cierta dificultad para coger aire, pero curiosamente jamás pensó que su vida peligrara, que aquellas heridas podrían matarle. Él viviría; estaba convencido de que sería así, y por eso se mantuvo tranquilo. Cuando se sintió con fuerzas, trató de incorporarse. Cualquier movimiento exacerbaba el dolor hasta límites difícilmente soportables, pero consiguió ponerse en pie. Echó a andar, poco a poco, hacia retaguardia, hacia el puesto de socorro de su división. Mientras caminaba comenzó a sentir un sabor metálico en la boca. Le asaltó un acceso de tos que le obligó a detenerse y a arrodillarse, pálido, a causa del dolor. Intentó comprimir las heridas de su pecho, buscando alivio; los vendajes que había colocado en ellas estaban ya empapados. Con la tos descubrió el origen de aquel sabor metálico en su boca: también era sangre, sangre de sus pulmones…

En el puesto de socorro reforzaron la precaria cura que él mismo había realizado para contener la hemorragia y evitar el colapso del pulmón y rápidamente le evacuaron en un camión junto con otros heridos hasta el hospital de campaña de su división, donde había cirujanos y quirófanos, y donde finalmente le operaron. A continuación, un nuevo traslado, en esta ocasión en tren, hasta un hospital de retaguardia en la localidad de Riga, en Letonia, para su convalecencia. Tras una ardua negociación con el médico responsable consiguió finalmente su permiso: seis semanas para recuperarse en casa.

Él no moriría en la guerra. Lo sabía, estaba seguro de ello. No había ni una sola razón objetiva que le permitiera sustentar esa afirmación, ni podía haberla, pero él, de algún modo, sabía que sería así. En poco tiempo estuvo lo suficientemente bien para emprender desde Riga el regreso a casa, a su casa, a más de mil kilómetros de allí. Catorce días después de haber emprendido su viaje estaba ya tan cerca de los suyos, de su esposa, de sus hijas, que sus ojos apenas veían lo que había a su alrededor. Solo miraban al frente, hacia delante, hacia su hogar.

El vagón de tren en el que viajaba estaba casi lleno. La mayor parte del trayecto lo había hecho en transportes militares, pero en aquel último tramo de su largo peregrinaje sus compañeros de viaje habían sido fundamentalmente civiles. Apartó la vista de la ventanilla, de la oscuridad de la noche, para mirarlos, casi como si los viera por primera vez, y reparó de pronto en que era el único que vestía uniforme en el vagón. Civiles, pensó, como él lo fue un día… Intentó

atisbar sus rostros en las tinieblas: mujeres, ancianos, niños… Rostros cansados, apesadumbrados, y también asustados. Algunos de ellos viajaban con un voluminoso equipaje, y Heiden pensó que quizá huían hacia el oeste para escapar del avance de las tropas soviéticas, peligrosamente cerca ya de la frontera. No se equivocaba.

Por la tarde, antes de que se pusiera el sol, aún se oían conversaciones veladas, el llanto de algún niño o la voz dulce de su madre que le cantaba para consolarle, sonidos de los que él apenas se había percatado. No obstante, a medida que fue cayendo la noche, Heiden se dio cuenta de que algo cambiaba. Al principio no supo bien de qué se trataba. Desde el asiento que ocupaba, junto a la ventanilla, contemplaba cómo el sol se iba ocultando y la noche envolvía con su negro manto la tierra. El ocaso duró poco, como suele ocurrir en esa época de año. En el vagón solo funcionaban las luces de emergencia, que emitían una tenue claridad, apenas suficiente para distinguir las facciones de las personas que se encontraban en torno a él. Heiden apartó la vista de la ventanilla para contemplar a la gente que le rodeaba, y lo hizo porque fue consciente de que el murmullo de voces que le había acompañado horas antes, en el que apenas había reparado, había desaparecido. Un silencio opresivo, angustioso, reinaba en el vagón. Ni siquiera se oía a los niños…

Heiden se fijó en que algunas personas dormían, o al menos parecían dormir, sobre todo los niños, pero otras, la mayoría, simplemente permanecían quietas, calladas, contemplando la oscuridad a su alrededor, mirando sin ver, sumidas probablemente en sus pensamientos, en sus demonios interiores, agotadas, indiferentes, quizá desesperadas. Heiden escuchó el traqueteo monótono del tren; sintió sus vibraciones, que en medio de aquel silencio parecían penetrar hasta lo más profundo de su cuerpo. Como si quisieran obligar a su corazón a latir con la misma cadencia. Una extraña inquietud, una sensación angustiante, se aferró a su pecho. Apartó los ojos del resto de los pasajeros para volver a fijar la vista en la negrura del paisaje exterior. Faltaba algo allí; faltaba algo…

Y de pronto lo supo. Supo lo que faltaba en aquel paisaje: en aquella oscuridad faltaba luz… Podía intuir, a lo lejos, entre las sombras, las siluetas de los edificios de algún pequeño pueblo o de alguna granja, y en ninguna de ellas, en ninguna ventana, brillaba una luz. Todo estaba completamente a oscuras, atrapado en el manto negro de la noche, envuelto en un negro sudario, como muerto.

La sensación de inquietud que había anidado en el pecho de Heiden se tornó más intensa, opresiva, asfixiante. Un temor, una angustia desconocida para él, le asedió. Entonces lo supo, lo vio claro, meridianamente claro: la guerra estaba en casa.

En alguna de sus últimas cartas, Ilse le había hablado de la orden

de dejar las ciudades a oscuras durante la noche para dificultar los bombardeos enemigos. Por el momento, según decía su esposa, ninguno de ellos había llegado a alcanzar Heidenau, el pueblo donde vivía, ni sus alrededores. Él había leído aquellas líneas con preocupación, pero le resultaba difícil imaginar su pequeño pueblo bombardeado. Heidenau era una pequeña localidad a orillas del Elba, a unos quince kilómetros al sudeste de Dresde, de no más de ocho mil habitantes; una de esas pequeñas ciudades de casitas familiares y hermosos jardines, donde la vida transcurría plácida y tranquila, como el fluir del río a cuya orilla se levantaba; una ciudad de comerciantes y artesanos, sin grandes industrias, sin nudos ferroviarios, sin ningún interés estratégico o logístico que pudiera convertirla en un objetivo bélico. El recuerdo que guardaba de su ciudad no encajaba con la guerra; aunque quisiera, no podía relacionarlo con ella. ¿Qué interés podía tener para el curso de la contienda bombardear una ciudad como Heidenau? Y, sin embargo, a medida que se acercaba a casa, la posibilidad de que eso ocurriera se tornaba real, terriblemente real.

En cinco años de guerra había tenido la oportunidad de ver muchos bombardeos, más de los que podía recordar, más de los que querría recordar: bombardeos de artillería y ataques aéreos, sobre objetivos militares y poblaciones. Y había podido ver sus efectos, sus consecuencias. Al ser una fuerza de choque, su unidad era generalmente de las primeras en abrirse paso entre aquellas ruinas humeantes para someter cualquier atisbo de resistencia. Las imágenes golpearon con fuerza su mente: las tenía grabadas como una marca indeleble en sus ojos, en su alma: el fuego, los escombros, los civiles, si los había, huyendo presas del pánico, los cadáveres, decenas, cientos. Y ese olor, ese olor a destrucción, a azufre y pólvora, a carne quemada, a muerte… Era una visión espantosa toda aquella destrucción: generaba horror en quien la contemplaba; el infierno había encontrado un resquicio por el que asomarse a la tierra. Una visión a la que cinco años de guerra no le habían permitido acostumbrarse, una visión que seguía desgarrándole el alma. Con el tiempo, en un intento por sobrevivir, por conservar su integridad mental, su cordura, Heiden había ido despojando a aquella imagen de su carga emocional. Dejó de ver; dejó de ver los cadáveres, dejó de ver a los civiles aterrorizados. Al contemplar aquellos escenarios, sus ojos procuraban observarlos como quien estudia un mapa de operaciones, analizando dónde podrían estar los peligros, dónde podría encontrar resistencia, y obviar lo demás. No era indiferencia, tampoco crueldad. Era tan solo un intento de conservar la razón, de no volverse loco ante hechos que iban en contra de la más elemental humanidad, de todo principio moral, y que no podía en modo alguno cambiar. Con frecuencia le ocurría, completada una misión en alguno de aquellos

escenarios, sentir una náusea intensa. En ocasiones, sobre todo al principio, llegó incluso a vomitar. Su cuerpo reaccionaba ante el terror como algo físico que le enfermaba, se oponía a algo que para él era moralmente reprobable. Con el tiempo logró controlar en parte esa náusea, pero todavía hoy le ocurría que, concluida una misión, era incapaz de comer. Durante unos días su cuerpo se negaba a aceptar cualquier alimento sólido y sobrevivía a base de café y cigarrillos, lo que le había llevado a convertirse, él, que siempre había sido más bien delgado, en prácticamente la sombra de un hombre: enjuto, demacrado; la guerra le estaba consumiendo lentamente.

Esa misma sensación le asaltó mientras viajaba en el tren rodeado de civiles. Contempló la oscuridad del exterior y volvió la vista hacia las personas del vagón, sombras prácticamente inmóviles, silenciosas, desesperadas, y sintió la náusea aferrarse con fuerza a su garganta, una náusea intensa, como la que había sentido al principio… Dios, la guerra estaba ya en casa… Ahora el monstruo estaba en casa…

Cerró los ojos, en un intento de autocontrol, de aislarse del entorno. Los abrió enseguida: era inútil. Sacó su pitillera del bolsillo superior de su guerrera y encendió un cigarrillo. Notó que sus manos, de ordinario firmes, temblaban. Aspiró profundamente el humo del tabaco. Detestaba fumar. Antes de la guerra no fumaba, y odiaba la sensación de tierra seca y ceniza que el cigarrillo dejaba en su boca, pero era lo único que le permitía mantener bajo control esa angustia, esa sensación de malestar, de enfermedad, que le atenazaba, que le hacía enloquecer. El revisor entró en el vagón, anunciando en voz baja la próxima estación. El tren aminoró la marcha hasta llegar a detenerse. La estación estaba sumida completamente en las tinieblas. La ciudad entera no era más que una sombra que apenas podía intuirse en la oscuridad de la noche. Desde el vagón resultaba imposible distinguir en los carteles de la estación las letras que formaban el nombre de aquella ciudad. Algunos pasajeros recogieron sus bagajes y abandonaron el tren. Nadie subió al vagón. El tren emprendió de nuevo la marcha, lentamente, como un fantasma deslizándose en la noche. Heiden contempló las volutas de humo de su cigarrillo perderse en la oscuridad. Aquel malestar, aquella náusea intensa se mantenían a duras penas en los límites de lo tolerable. Fijó de nuevo la vista en la ventanilla, mirando sin ver. En realidad, no había nada que contemplar, nada capaz de romper aquella negrura impenetrable. Y su mente evocó, casi sin quererlo, cómo había comenzado todo.

2

La orden de reclutamiento que llevaba su nombre llegó a su casa en octubre de 1939. La guerra acababa de comenzar. Aquella orden cayó sobre su vida y la de los suyos como un mazazo. Él tenía veintisiete años. Hacía cuatro que había contraído matrimonio con Ilse. Su hija mayor, Lucie, tenía tres años; la pequeña Anna, apenas uno. Él era maestro, maestro de escuela en la pequeña ciudad de Heidenau.

Cuando del trabajo llegó a casa aquella tarde, encontró a su esposa, pálida, con aquella carta en la mano. Su madre también estaba allí; Ilse la había avisado. Frau [1] Heiden lloraba en silencio. Las lágrimas se deslizaban lenta y suavemente por sus mejillas, casi sin quererlo. Al verlas, Heiden recordó al instante, sin poder evitarlo, el momento en que su padre, maestro como él, fue llamado a filas en el otoño de 1914. Hasta aquel día su padre había sido un hombre lleno de vida, alegre, enérgico, irreductible al desaliento. Era además lo que con el tiempo él aprendió a definir como un hombre sabio, no solo por su amplísimo bagaje cultural, sino también por sus firmes principios morales, llenos del humanismo en el que fundamentaba su profesión y, por ende, su vida. Sin embargo, al regresar a casa tras el armisticio, en 1918, algo en él había cambiado definitivamente, irremisiblemente. Su fuerza vital, su capacidad para enfrentar la vida sin sucumbir a la desesperanza, su alegría, habían desaparecido por completo. Regresó transformado en un hombre silencioso, taciturno, encerrado en sí mismo, como una sombra de lo que una vez fue. Él era poco más que un niño; aun así, sus ojos de niño podían ver en la mirada de su padre una especie de velo, un estigma, una marca que no tenían cuando partió al frente. Con el paso de los años fue reconociendo en aquella mirada una extraña lucidez, como si aquellos ojos hubieran sido testigos de hechos terribles que rara vez son mostrados al ser humano, verdades que una vez reveladas ya no es posible obviar, verdades que duelen, verdades que matan.

La guerra cambió radicalmente el carácter de su padre, pero no logró quebrar los principios firmes en los que creía. Y cuando, tras los duros años de la posguerra y la miseria, el país comenzó a resurgir de sus cenizas, fue uno de los primeros y más firmes defensores de la paz y la libertad. Sin embargo, todo ello tocó a su fin en 1933. Los cambios políticos comenzaron a limitar, primero, y a destruir, después, los fundamentos de la frágil democracia, lo que mantenía el precario equilibrio del sistema, lo que contribuía a la paz, aquello en

lo que su padre creía firmemente. Su padre no dudó en alzar la voz, pero en una ciudad pequeña como Heidenau cualquier voz disidente era fácilmente identificable. Las consecuencias no tardaron en llegar: en 1935 su padre fue detenido. Falleció al día siguiente de su detención de un ataque al corazón. Esa fue al menos la versión oficial, y a Heiden no le cupo duda alguna de que, de alguna forma, había sido así. Su padre regresó en 1918 con el corazón destrozado, y su lucidez no le permitió obviar el rumbo que estaban tomado nuevamente las cosas, algo que no deseaba en modo alguno para su hijo, para el futuro, algo que, por mucho que quisiera, no podría cambiar y que, de algún modo, acabaría matándole.

Ahora era él, su hijo, el que estaba en esa situación. Sin mediar palabra, Heiden recogió de las manos de su esposa la orden de reclutamiento y la leyó en silencio varias veces, para convencerse de que no se trataba de ningún error, de que era real. Terriblemente real. Después miró a su madre y a su esposa. Ninguno de los tres dijo nada. ¿Acaso hubiera servido de algo? Diversas alternativas pasaron por su mente: tenía la posibilidad de negarse al reclutamiento, sí, y acabar en prisión, como su padre, quién sabe si quizá incluso muerto. Y lo que era aún peor: las consecuencias que ello podría acarrear a los suyos, a su esposa, a sus hijas… Enseguida fue consciente de que no tenía alternativa.

—¿Y las niñas? —recordaba haber preguntado.

—Aún duermen su pequeña siesta —le respondió su esposa.

Una semana después estaba camino del cuartel.

* * *

Se despidió de su familia en la estación de tren de Heidenau. Abrazó a su madre y a sus hijas, y por último a su amada Ilse. Mientras la abrazaba le susurró al oído:

—Sobreviviré. Volveré.

En aquel preciso momento sintió que cristalizaba dentro de sí esa idea, fuera de toda lógica, de que él no moriría en la guerra. No podía morir en ella, lejos de los suyos, a los que necesitaba, que le necesitaban, lejos de su hogar. Él no.

Ilse respondió a su abrazo, estrechándose con fuerza contra él, como si quisiera de algún modo retenerle, impedir que se fuera. Ella temblaba. Heiden escuchó su respiración entrecortada, como un sollozo, y después su voz dulce, firme, como la promesa que salió de sus labios:

—Y yo te estaré esperando —respondió.

* * *

La instrucción en el cuartel transcurrió para Heiden sin incidencias mientras la guerra seguía su curso y tras Polonia caían Noruega y Dinamarca. La dura disciplina militar no le planteó serias dificultades. Su salud siempre había sido fuerte, y las exigencias físicas de la vida en el cuartel no constituyeron una carga para él. Por su formación se le había asignado el grado de teniente, y los hombres que tenía bajo su mando apenas si tenían tres o cuatro años más que aquellos adolescentes a los que él impartía clases en Heidenau. Sin embargo, estar al mando de aquellos muchachos sí supuso para él un importante dilema moral para el que no logró encontrar respuesta: le costó mucho, muchísimo, acostumbrarse a ver a aquellos jóvenes vestidos de uniforme, asumir que debían ser considerados ya como hombres, dispuestos a morir, cuando apenas unos meses antes habían sido para él tan solo unos muchachos preparando su examen de acceso a la universidad. Le parecía algo tan atroz que cada vez que pensaba en ello se sentía mal, incluso físicamente. Se sentía enfermo.

Pronto aprendió que, si quería mantener la cordura, si quería sobrevivir y regresar a casa conservando, al menos en parte, su esencia, lo que una vez fue, debía evitar plantearse esas cuestiones que afectaban a sus más firmes convicciones, a lo más profundo de su ser. Las circunstancias a las que estaba sometido no podían cambiarse. Él solo no podía modificar la locura en la que estaba sumido el mundo, no podía alterar el contexto en el que le había tocado vivir. Y no podía permitirse el lujo de flaquear, ni de morir, cuando había personas —su esposa, sus hijas— que dependían de él, por las que velar, a las que cuidar. Por ello su mente analítica, eminentemente práctica, se ocupó de racionalizar la situación. Dentro de las circunstancias en las que estaba inmerso, ser un buen oficial, ser capaz de comprender las reglas de aquel juego, los entresijos de la guerra, y desempeñar de manera óptima su papel, podía garantizar, al menos en parte, su supervivencia y la de los hombres bajo su mando, le concedía una oportunidad, al menos una, de salvación. Por ello se esforzó en conocer en profundidad el mundo en el que se encontraba, y al acabar su período de formación en el cuartel, su rendimiento en la escuela de oficiales le valió el grado de capitán.

La guerra siguió su curso. Heiden recibió su bautismo de fuego en la campaña de Francia. Al concluirla recibió la Cruz de Hierro de Primera Clase. Junto con la mención llegó algo que para él fue muchísimo más importante: su primer permiso antes de Rusia, antes de la barbarie.

El regreso a casa supuso para él la salvación, al menos en lo

espiritual. Ya entonces, aunque la guerra no había mostrado aún, ni mucho menos, su lado más cruel e inhumano, Heiden experimentaba aquella náusea, aquella sensación de enfermedad que le producía el combate, fruto de esa dicotomía entre lo que él sentía y creía y las circunstancias en las que se veía forzado a vivir, opuestas, irreconciliables. Pese a sus intentos de despojar de toda emoción las escenas terribles que contemplaba, de racionalizar los hechos en el contexto en el que se encontraba, su cuerpo acusaba ese desajuste entre lo que veía, lo que hacía y lo que él, en su fuero interno, consideraba moralmente aceptable. Y esa discordancia entre lo que sentía que debía ser y lo que realmente era generaba en él una tensión interna que le iba minando lentamente, que le causaba esa sensación física de enfermedad, esa repulsa, esa náusea difícilmente tolerable. Entonces él, que jamás había fumado, comenzó a hacerlo.

Volver a casa en la primavera de 1941 fue para él una liberación. Le permitió romper ese círculo vicioso en el que estaba inmerso, eliminó esa tensión que le consumía, porque durante unas semanas pudo volver a ser él mismo: Wilhelm Heiden, el maestro de escuela de una ciudad pequeña, anodina. Wilhelm Heiden, el esposo, el padre. Sin guerra, sin muerte ni destrucción alrededor. Solo la vida, su vida. Aquello le concedió una tregua, le permitió recuperar algunas fuerzas para lo que vendría después, que sería infinitamente peor: Rusia.

3

Cuando tras su primer permiso Heiden abandonó Heidenau para regresar a la guerra, esta parecía increíblemente lejos de su ciudad, como si fuera algo que estuviese ocurriendo en otro mundo, en otra vida. Al regresar a ella, la vida transcurría en aquel pequeño lugar igual que la había dejado dos años antes, y cuando se marchó, tuvo la sensación de que el horror no podría alcanzarla, de que allí su familia estaría a salvo, lejos de lo que a él le tocaba vivir. Heiden recordó haber pensado eso al partir de allí en mayo de 1941 para tomar parte en la inminente campaña de Rusia. Desde aquello habían pasado más de tres años. Ahora mediaba el mes de septiembre de 1944. El tren que le llevaba a su hogar surcaba la noche negra, atravesaba los campos, los pueblos y las ciudades de un país sumido en las tinieblas, envuelto en un negro sudario, como si estuviera todo muerto a su alrededor. La guerra estaba en casa…

Heiden miró su reloj: eran casi las diez. Le quedaban aún cerca de dos horas hasta su destino. El silencio en el vagón era opresivo, casi como algo sólido que pudiera tocarse. Tan solo se escuchaba el traqueteo monótono del tren martilleando continuamente los oídos, sordo, constante. La sensación de malestar que le asediaba se tornó difícilmente soportable. Encendió otro cigarrillo, cerró los ojos, respiró hondo y esperó.

El revisor acudió puntualmente a informar de las paradas del tren. Desde la ventanilla eran todas iguales: sombras oscuras en mitad de la noche. El tiempo transcurrió y al fin llegó a su destino: Heidenau. El nombre de su ciudad sonó extraño para Heiden en la voz queda del revisor, un hombre menudo, enjuto, entrado en años. Heiden recogió su gorra de oficial y su ligero petate. Fue el único en abandonar el tren en aquella estación. Era medianoche y hacía un frío intenso, poco común para aquella época del año. La estación, completamente a oscuras, estaba vacía.

Tras bajar del tren permaneció de pie en el andén, incapaz de moverse, bloqueado. Hasta que la locomotora no se puso de nuevo en marcha no pudo reaccionar. Solo entonces se volvió para contemplar su ciudad, mejor dicho, las sombras de su ciudad, y sintió que incluso allí, a más de mil kilómetros del frente, el terror extendía sus largos brazos, alcanzándolo todo. Catorce días había tardado en llegar hasta su hogar, catorce días desde el hospital de retaguardia de Riga, en Letonia. Catorce días… Pero la guerra no había quedado, ni mucho

menos, atrás: había viajado con él hasta su propia casa.

La náusea que sentía llegó a hacerse insoportable. Tuvo que apoyarse en una pared, porque por un momento le faltaron las fuerzas; las piernas parecían no querer sostenerle. Apoyado contra el muro, hizo esfuerzos por vomitar, pero su estómago estaba vacío; apenas había comido en los últimos días. Aquella náusea, él lo sabía, no era más que un intento físico de su cuerpo por expulsar de sí el horror. Pero le sirvió de poco.

Al rato la náusea cedió. Heiden buscó asiento en uno de los bancos del andén. Encendió otro cigarrillo con mano temblorosa, buscando dentro de sí un resquicio de entereza para llegar a su casa. Tenía miedo. Sentía un miedo atroz, como no lo había sentido antes, ni siquiera en combate, ni siquiera en Rusia. Tenía miedo de acercarse a su hogar y verlo convertido en una ruina humeante, como tantas y tantas otras que había podido ver. Tenía miedo de llegar allí y encontrar solo muerte y destrucción. Era un miedo que no tenía nada que ver con el peligro físico, con su propia integridad; ese lo conocía bien y había aprendido a dominarlo. Pero lo que sentía entonces…, en aquella oscuridad, parecía volverse completamente real.

Tardó un buen rato en ser capaz de dominarse y recuperar las fuerzas y la entereza suficientes para ponerse en pie. Finalmente se abotonó el abrigo y se ajustó la gorra; el frío, intenso, calaba hasta los huesos. Recogió su petate y echó a andar, abandonando la estación.

No le costó orientarse entre las calles sumidas en la oscuridad. Heidenau era la ciudad en la que había nacido, en la que había crecido. Conocía cada una de sus esquinas y sus recovecos. Aquí la librería que solía frecuentar, allí la panadería que regentaban los padres de Ilse, donde la conoció… Los edificios, sombras mal definidas, se mantenían en pie, las calles estaban íntegras, como si pese al toque de queda, pese a la guerra, la destrucción no hubiera llegado allí. Aquello le tranquilizó un poco. A medida que se acercaba a su casa sentía su corazón latir con más fuerza, tan fuerte como si quisiera escapar de su pecho, tan despacio como si de un momento a otro fuera a pararse. ¿Y si su casa era la única? ¿Y si el horror había golpeado únicamente a los suyos, a su hogar?

Pronto descubrió que sus temores eran infundados. Allí estaba su casa, una casa unifamiliar de dos plantas, como casi todas en Heidenau. Aún seguía en pie. Y se detuvo, porque le pareció ver en una de las ventanas del piso superior algo… Miró con más atención, dudando, por si sus ojos le engañaban. No, no se equivocaba: allí, en aquella ventana, en medio de la oscuridad que envolvía la ciudad como el sueño de la muerte, a través de un pequeño resquicio en las cortinas, allí brillaba una luz…

Heiden sintió de pronto cómo el malestar y la náusea que le

atenazaban desaparecían por completo, como si nunca hubieran existido. Era cierto que la larga sombra del monstruo de la guerra le había acompañado en su viaje, había llegado hasta su hogar. Pero allí, en aquella ventana, brillaba una luz y, por lo tanto, aún había esperanza.

Aceleró el paso, sintiéndose ligero, como hacía muchísimo tiempo, años, que no se sentía. Al llegar a la puerta de la entrada buscó en sus bolsillos las llaves, un gesto antaño habitual, que le pareció de repente nuevo y hermoso. Volvía a casa.

Abrió con cuidado la puerta. Lo más probable a aquellas horas era que su esposa y sus hijas estuvieran dormidas. No sabía si su esposa estaba al tanto de su regreso, si había llegado a recibir la carta que envió hacía ya casi un mes desde el hospital de Riga, donde le comunicaba la posibilidad de recibir un permiso, de regresar. Entró, y sintió el agradable calor de su hogar en comparación con el frío helador de la calle, y un calor interior, una extraña felicidad, inundó su pecho. Cerró suavemente la puerta y apoyó un momento la espalda contra ella. Cerró los ojos. Ahora sí, estaba en casa.

* * *

Desde su habitación en el piso superior, Ilse escuchó un ruido, un ruido sordo, leve, como un pequeño golpe, que parecía venir de la planta baja de la casa. Desde que se había instaurado el toque de queda sentía un extraño desasosiego. En cuanto caía la noche, lo que en aquella época del año ocurría cada vez más temprano, la ciudad quedaba completamente a oscuras, las calles desiertas. Aquello había impulsado en la otrora tranquila y segura Heidenau una oleada de robos y asaltos que se perpetraban con total impunidad. Y es que en los últimos meses Heidenau había dejado de ser una pequeña ciudad rural en la que todos se conocían para acoger centenares de refugiados provenientes de todos los puntos del país: del oeste, huyendo de los bombardeos aliados, y del este, escapando del avance de las tropas soviéticas. Decenas de rostros desconocidos, desesperados, recorrían cada día las calles en busca de un techo, de alimentos, que la pequeña ciudad, sometida ya a racionamiento, difícilmente podía suministrar. Y ella, sola en casa con dos niñas pequeñas, sentía que podía ser una víctima fácil de la desesperación de aquellas gentes. Eso la mantenía con frecuencia desvelada durante la noche. Temía no tanto por ella, sino por sus hijas.

Además había otro motivo que le quitaba el sueño: hacía cuatro días que había recibido la última carta de su esposo, Wilhelm. Le escribía desde un hospital de retaguardia, en Rusia, le contaba que

había sido herido levemente y que gracias a ello era muy probable que pudiera regresar unos días a casa. Ilse era incapaz de creerlo. Volvía a casa… Después de tres años, al fin, Wilhelm volvía a casa.

Ilse leyó aquella carta y se puso a llorar. Afortunadamente estaba sola en casa cuando la recibió; sus hijas, Lucie y Anna, estaban en la escuela. En soledad, Ilse no necesitó esforzarse por mantener el aplomo, la serenidad, el ánimo, como procuraba hacer cada día ante las niñas para que no sufrieran su angustia, su miedo, su dolor, para que la guerra no les robase, en la medida de lo posible, su infancia. No se vio obligada a contener aquel torrente de sentimientos encontrados que la misiva de su esposo desató en su pecho: alegría, incertidumbre, temor… No pudo evitar llorar. Las lágrimas se deslizaban de sus ojos como un río incontenible. Después de tres años, al fin un permiso, desde Rusia, que estaba tan lejos. Wilhelm volvía a casa. Tal vez fuera solamente unos días, pero regresaba, eso era lo importante. Regresaba cuando ella más lo necesitaba. Wilhelm escribía que le habían herido. Aunque sus palabras describían sus heridas como leves, Ilse dudaba de ellas. ¿Hasta qué punto eran leves si se encontraba en un hospital de retaguardia, si le habían valido un permiso, su primer permiso desde que estaba en Rusia? No podría saberlo hasta que su esposo estuviera en casa. Por otra parte, Wilhelm no le anunciaba una fecha exacta de su regreso, y es que Rusia estaba lejos, muy lejos… ¿Cuánto tiempo podría tardar en llegar hasta Heidenau? ¿Podría llegar realmente en ese período de seis semanas desde Rusia hasta su hogar? Decenas de preguntas la atormentaban desde que recibió aquella carta. Estaba fechada a mediados de agosto, hacía casi un mes. Si Wilhelm seguía con vida debería estar a punto de llegar. Cualquier día llamarían a la puerta y al ir a abrir le encontraría allí. Quería imaginar que abriría la puerta y encontraría a Wilhelm como siempre, como ella le recordaba, como si no se hubiera ido nunca. Le echaba tanto de menos… Pero quién sabe si volvería desfigurado, mutilado, marcado por cicatrices indelebles. Y, en su interior, ¿qué cambios habría producido la guerra en su carácter, en su alma, en su ser?

Desde que recibió aquella carta, Ilse sufría, sufría de un modo distinto al que había sufrido la ausencia de Wilhelm. La incertidumbre, el miedo a que su alegría y su esperanza fuesen defraudadas… No se había atrevido a hablar aún a sus hijas de la posibilidad del retorno de su padre, porque aún no sabía si volvería, y, si regresaba, en qué condiciones lo haría. En los últimos cuatro días, cada vez que llamaban a la puerta acudía presurosa a abrir, con el corazón en un puño, esperando encontrar en el umbral a Wilhelm. Él no llegó. Y por las noches, pese al toque de queda, permanecía despierta con una lamparilla en su habitación y una esquina de las cortinas opacas corridas, para que, si Wilhelm volvía, supiera que ella

seguía allí, esperándole.

Ilse volvió a escuchar un ruido. Esta vez lo oyó claramente, proveniente del piso de abajo: era el sonido de la puerta al cerrarse con suavidad. Sintió que su corazón daba un vuelco en el pecho. ¿Wilhelm?

Se levantó de la cama, se echó rápidamente un chal sobre los hombros, ya que solo vestía un camisón, y descalza como estaba corrió hacia la escalera. Se detuvo en la parte superior, sin llegar a bajarla, temblando. En la entrada, a oscuras, pudo distinguir la silueta de un hombre de uniforme. Había dejado su equipaje, una pequeña bolsa de lona, en el suelo. Se quitó la gorra de oficial y la colgó en el perchero; a continuación hizo lo mismo con el abrigo. Entonces él se volvió y la vio.

* * *

Heiden podía recordar todos y cada uno de los rasgos de Ilse. Había evocado su recuerdo cada uno de los días y cada una de las noches que había pasado lejos, en Rusia: sus cabellos rubios como campos de trigo maduro, sus ojos claros, azules como el cielo en un día de verano, sus facciones dulces, aterciopeladas, su figura estilizada y frágil. Y al verla allí, al final de la escalera, con aquel camisón blanco que perfilaba las líneas de su cuerpo, de perfecta anatomía, pensó que aquel recuerdo era tan solo un pálido reflejo de la realidad. Tuvo la impresión de haber salido del infierno para alcanzar directamente el cielo y que allí le esperaba su ángel: Ilse.

—Wilhelm…

Ella dejó caer el chal que había cogido y corrió escaleras abajo. Rodeó su cuello con los brazos y repitió su nombre con voz trémula.

—Wilhelm…

Sintió el calor de aquel abrazo y el amor que ella volcaba sobre él, y una emoción intensa, una dolorosa felicidad, le embargó, y la abrazó a su vez con fuerza, anhelando aquel contacto físico, hermoso y dulce, algo que casi había olvidado. Ella habló de nuevo, en voz baja, como un susurro:

—No me he atrevido a hablar aún a las niñas de tu regreso… No estaba segura siquiera de si volverías…

—Ya estoy aquí —respondió él. Y al cabo preguntó casi con temor —: ¿Estáis bien?

Y ella le contestó, concisa y breve, con una única palabra que le llenó de paz.

—Sí.

Flotaban en el aire multitud de preguntas, multitud de

incertidumbres que ambos deseaban convertir en certezas. Tres años… Tres años separados eran mucho, mucho tiempo… Sin embargo, ninguno de los dos habló. Permanecieron allí, abrazados, sintiendo el uno la presencia anhelada del otro, como si necesitaran convencerse de que aquello que sentían no era una ilusión.

Ilse fue consciente de pronto del abrazo firme de aquellos brazos fuertes que rodeaban su cuerpo. Era el mismo abrazo cálido que transmitía la misma seguridad y protección que ella recordaba, el mismo amor. Era el mismo. Y sus temores se disiparon porque Wilhelm había vuelto y la guerra no le había arrancado su esencia, como a tantos otros, no le había matado por dentro, dejando tan solo un cuerpo vivo, cuyo corazón aún latía, cuyos pulmones respiraban, pero vacío en su interior. Al menos aún no. Y se dio cuenta de cuánto le había echado de menos, cómo había añorado por las noches su presencia, el roce de sus manos sobre su cuerpo. Su calor. Sintió su olor, característico desde que partió a la guerra, un olor eminentemente masculino, a cuero, a pólvora, a metal. Sintió sus manos firmes acariciar su espalda, el contacto frío de las condecoraciones que él llevaba prendidas en el pecho contra sus senos, y una pasión, un deseo adormecido los últimos años, prendió en ella como un fuego inextinguible, y deseó que él la amara, la amara intensamente.

Heiden hundió la cara en los cabellos suaves de ella, y sintió de nuevo aquel olor que recordaba tan bien, a flores frescas, a ropa limpia, el olor de la paz, el olor de su hogar. Sintió el calor, la suavidad, la ternura de aquel cuerpo femenino tan próximo al suyo. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había acariciado aquella piel, suave y sedosa, que había besado aquellos labios… Sus manos acariciaron la espalda de ella y se deslizaron hasta sus caderas, estrechándolas firmemente contra las suyas, y la necesidad de amarla, amarla de nuevo, creció en él como una marea incontenible.

Ella sintió en su vientre la masculinidad de él y le abrazó aún con más fuerza. Él la besó con urgencia, apasionadamente, y ella respondió con la misma pasión. Las manos de Heiden ascendieron hasta los hombros de Ilse para descender después hasta sus pechos, que se irguieron con aquel contacto. Heiden la cogió en brazos y la llevó hasta el dormitorio.

Besó cada centímetro de su piel, suave y cálida, mientras ella yacía en la cama. Sentía cómo ella se estremecía con cada caricia, y aquello encendía aún más su pasión, su deseo de amarla. Se deshizo del pesado correaje de su uniforme, de la guerrera. Subió el camisón de Ilse, dejando al descubierto sus piernas, y acarició sus muslos hasta su vientre, y supo que ella estaba preparada para recibirle. Los dos lo ansiaban. Se desabrochó rápidamente el pantalón y la penetró suave,

lenta, profundamente, como si quisiera en aquel instante recuperar el tiempo perdido, los años que había pasado lejos de ella. Las caderas de Ilse se adaptaron rápidamente a las suyas, aceptándole, deseándole con la misma pasión que él sentía, una vez, otra, otra…, hasta que hubo un instante en que los dos llegaron al paroxismo, en el que el mundo dejó de existir, en el que solo existían ellos dos, unidos como una sola alma.

Heiden dejó reposar la cabeza sobre el hombro de su esposa. Escuchó la respiración agitada en su pecho. Besó su cuello con ternura y ella le correspondió rodeando su pecho con los brazos. Heiden sintió que la emoción le embargaba, le oprimía el corazón como una garra de acero. Se preguntó qué le había hecho a él, que solo era un hombre, uno entre tantos, con miles de defectos y carencias, digno de algo tan hermoso, tan grande como el amor que ella le regalaba. Y se sintió tan afortunado, tan feliz, que dolía intensamente. Y acercando sus labios al oído de ella le susurró tan solo:

—Gracias.

Pudo sentir, más que ver, la sonrisa, llena de ternura, que se dibujó en la cara de Ilse. Ella acarició suavemente sus cabellos.

—Gracias a ti —le respondió— por regresar.

Permanecieron un tiempo tendidos uno junto al otro, sin decir nada, en silencio, sintiendo el calor de sus cuerpos, su presencia física, real, después del tiempo que habían pasado lejos el uno del otro. Fue Heiden quien finalmente se puso en pie y se vistió.

—Voy a ver un momento a las niñas —dijo.

Besó a Ilse en la frente y salió de la habitación.

* * *

El dormitorio de sus hijas estaba próximo al suyo. Heiden apenas tuvo que dar una decena de pasos para llegar a su puerta. Una cortina opaca cubría su ventana, cumpliendo con lo que imponía la ley, pero Ilse había dejado encendida en la habitación una pequeña lamparilla. Una tenue claridad iluminaba la estancia; de ese modo, si las niñas se despertaban durante la noche, no se asustarían al verse sumidas en la más absoluta oscuridad. Aquella luz fue suficiente para que Heiden pudiera contemplar los rostros de sus hijas dormidas.

Pocas cosas hay que aporten a un hombre tanta paz como el sueño tranquilo de sus hijos. Heiden contempló largo rato los rostros de sus niñas: los ojos cerrados, los rasgos relajados, una breve sonrisa dibujada en sus labios infantiles, la respiración suave, rítmica, tranquila… Dormían sin que ninguna preocupación, ningún temor, ningún remordimiento, ninguna incertidumbre, turbasen su sueño. Y

así era como debía ser, pensó Heiden, aunque el mundo se estuviera hundiendo alrededor.

Contemplando sus rasgos dormidos, Heiden se dio cuenta de cómo sus hijas habían cambiado en su ausencia. Recordaba a la pequeña Anna; acababa de cumplir tres años cuando él se fue. Aún tenía esas mejillas regordetas propias de los bebés, la cara de una niña pequeña, y sus cabellos rubios y rizados le daban el aspecto de una muñequita de porcelana. Sin embargo, el rostro que ahora se mostraba ante él no era ya el de la muñequita que Heiden recordaba: era el de una niña mayor. Seguía conservando esos rasgos redondeados y delicados, increíblemente hermosos, como los de su madre, pero en ellos ya no había nada del bebé que él conoció. Anna había crecido, y mucho. Era ya una niña que acababa de comenzar su primer año de escuela.

También en Lucie, su hija mayor, Heiden pudo apreciar un gran cambio. Lucie ya tenía ocho años, casi nueve, y las facciones de su cara se habían afinado, anunciando ya a la joven en la que pronto se convertiría. En ella quedaban aún menos rasgos de niña que en Anna. Lucie iba camino de convertirse en mujer.

Habían pasado tres años desde la última vez que las vio, y en aquel momento aquellos tres años de ausencia, aquellos tres años que la guerra le había robado, pesaron sobre él como una losa. Fue consciente de pronto de que jamás los recuperaría. Nadie le devolvería la posibilidad de ver crecer a sus niñas. Ese tiempo estaba perdido, se había perdido irremisiblemente. Heiden sintió su corazón latir con fuerza: le atenazaban la angustia y el miedo. ¿Qué recordarían sus hijas de su niñez, una niñez marcada por la ausencia? Y, sin quererlo, se acordó de su propia infancia, de su más temprana juventud:

—Cuando yo era niño, mi padre no estaba en casa.

—¿Dónde estaba?

—En la guerra.

De pronto le asaltaron las imágenes del horror, lo que había visto y vivido en aquellos años: la muerte, la destrucción… Todo ello cada vez más cerca de su casa, de los suyos, de sus niñas…

Se apartó de la puerta y apoyó la espalda en la pared. Una extraña debilidad se apoderó de él, como si las piernas no pudieran ya sostenerle, algo que nunca había sentido. Se dejó caer hasta quedar sentado en el suelo. Sintió un extraño cosquilleo en las mejillas, y cuando se llevó las manos al rostro comprobó, desconcertado, que eran lágrimas…

¿Lágrimas? Hacía tanto tiempo que no lloraba… Tanto tiempo que no podía recordar siquiera la última vez que lo hizo. Y, sin embargo, lloraba… Las lágrimas se deslizaban silenciosas por sus mejillas sin que él pudiera evitarlo; un llanto mudo, sin estridencias, que su voluntad no podía controlar ni contener. Se preguntó por qué, por qué

lloraba, por qué precisamente esa noche, de regreso en su hogar, por qué entonces y no antes, cuando no le hubieran faltado motivos en la monstruosidad de la que venía. Y no supo encontrar una causa, una sola razón concreta para sus lágrimas. Porque no había una sola: había tantas… Sintió el dolor en su interior, no un dolor físico, sino moral, espiritual, un dolor que su cuerpo exteriorizaba con ese llanto extraño, angustioso, con esas lágrimas silenciosas que brotaban involuntariamente de sus ojos.

Heiden necesitó un tiempo, no sabía precisar cuánto, para recuperar la calma, para que ese llanto anómalo cediera y el dolor interno que sentía se aplacara un poco, antes de regresar junto a su esposa. Demasiada tensión, demasiado cansancio, demasiado terror a sus espaldas para no romperse en algún momento… Eso pensó Heiden cuando al fin logró ponerse en pie y secar las lágrimas de su cara. Al fin y al cabo, solamente era un hombre, un hombre con una familia a la que desearía a toda costa proteger, y ni siquiera estaba seguro de si podría hacerlo. Respiró hondo y regresó a su habitación.

* * *

Ilse le esperaba ya acostada, aunque despierta. No dijo nada, no le preguntó por los motivos de su demora. Él lo agradeció: aunque hubiera querido, no hubiera podido responder. Heiden acabó de desvestirse. Se quitó las botas, los pantalones, y también la camisa: no fue consciente de que, al hacerlo, las cicatrices de su pecho, aquellos dos balazos que le habían valido su permiso, quedarían al descubierto ante los ojos de su esposa. Apagó la luz y se tumbó junto a ella. Ella apoyó la cabeza en su hombro y rodeó su pecho desnudo con un brazo. Heiden sintió la proximidad de su cuerpo y su calor, y no quiso pensar en nada más. Notó cómo la mano de Ilse acariciaba con suavidad sus cicatrices, y sintió también una ligera humedad en su hombro: Ilse lloraba…

Quiso decir algo. El dolor, ese dolor interno, espiritual, que le había asaltado poco antes, junto a la habitación de sus hijas, se aferró de nuevo a su pecho, a su alma. Quiso hablar, pero Ilse le contuvo con un gesto: con un dedo selló sus labios.

—No digas nada —le susurró—. Mañana…, mañana será otro día.

Se abrazaron con fuerza. Y allí, en su hogar, abrazado a Ilse, Heiden se percató de pronto del cansancio, inmenso, que aquellos tres años de lucha habían dejado en él. Sumido en el fragor del combate, en una pugna continua por seguir vivo, Heiden, como otros muchos, no tuvo tiempo, jamás, de ser consciente del desgaste, del agotamiento, de la extenuación que esa lucha producía en él, física y

mentalmente. Comer lo que se puede, dormir cuando se puede, donde se puede, apenas unas horas, lo justo para que el cerebro pueda seguir funcionando a marchas forzadas sin convulsionar, cerrar los ojos sin saber si en los minutos siguientes, en las horas siguientes, habrá que abrirlos de pronto para luchar por seguir con vida… Siempre alerta, siempre rozando los límites del agotamiento que un hombre puede soportar. Y es que en combate no había tiempo para estar cansado. Era una cuestión de supervivencia: sucumbir al cansancio equivalía a morir… Sin embargo, allí, en su casa, junto a su esposa, había silencio, había calma, había paz. El ruido de fondo que, durante meses, años, se había acostumbrado a escuchar, día y noche: explosiones, disparos, gritos de dolor, órdenes…, no existía allí. En su hogar había tranquilidad, tranquilidad y silencio. Era una sensación extraña, que casi había olvidado: esa calma acogedora, poder dormir sin sobresaltos, sin incertidumbre. Sencillamente dormir como antes de aquello, antes de la guerra. Dormir como duerme cualquier ser humano, en la seguridad de su hogar, junto a las personas que ama… Lo necesitaba; no se había dado cuenta hasta entonces de cuánto lo necesitaba. Dios, estaba tan, tan cansado…

Por eso, en algún momento de la noche, quizá por el largo, larguísimo viaje desde Rusia, quizá por las recientes heridas, por las intensas emociones de las últimas horas, por tantas y tantas cosas, se quedó profundamente dormido. Ilse, en cambio, no durmió.

4

Se despertó de pronto, sobresaltado, inquieto por haber dormido tanto tiempo. Había sido un sueño tranquilo, sin sobresaltos, profundo y reparador, como hacía años no tenía. No sabía cuánto había durado, pero le parecía una eternidad. Lo que le despertó fue algo que ya no estaba acostumbrado a escuchar, el discurrir de la vida, de la vida que conocía antes de la guerra: voces femeninas procedentes de la calle, niños jugando, ruidos de la vajilla al ser lavada, el canto de los pájaros… Los sonidos del hogar. Por unos momentos se sintió completamente desubicado. Por su mente pasaron, como fogonazos, las imágenes de su pasado más reciente: sus dos balazos en el pecho, su peregrinaje por hospitales de campaña, su largo, larguísimo viaje hasta su casa, sus hijas, Ilse…

Miró a su alrededor. La luz del sol se filtraba entre las rendijas de las cortinas opacas que cubrían la ventana del dormitorio, y en aquella tenue, agradable penumbra, reconoció su habitación, su casa. Todo seguía tal y como lo recordaba.

Consultó su reloj: eran las once. Ilse ya no estaba a su lado. Hacía tiempo que se había levantado. También él salió de la cama. Buscó su ropa: el uniforme que la noche anterior había dejado sobre una silla en la habitación; ya no estaba allí. Ni el correaje, ni sus botas. En su lugar encontró una muda limpia, una camisa, uno de sus trajes, como antes de la guerra, cuando él era aún maestro y no soldado.

Los recuerdos se agolparon en el interior de Heiden, los recuerdos de aquella vida que parecía tan lejana, como si nunca hubiera existido realmente, eclipsada como estaba por el horror, y Heiden sintió una profunda congoja, hecha a la vez de aflicción y de furia. ¿Con qué derecho le habían arrebatado esa vida? Apretó los puños, respiró hondo. Se repitió a sí mismo algo que en los últimos años había comenzado a comprender, pero que aún le resultaba difícil de aceptar: hay circunstancias que uno, por más que quiera, no puede cambiar…

Se puso rápidamente el pantalón y la camisa, y abandonó el dormitorio para bajar al piso inferior en busca de Ilse. Ella era la roca firme, el pilar al que asirse en aquel mundo que un día fue el suyo y en el que ahora se sentía… extraño, dolorosamente extraño.

La encontró en la cocina, preparando la comida. A la luz del día le pareció radiante, aún más hermosa de lo que podía recordar. Apenas le vio, dejó lo que estaba haciendo y corrió a abrazarle, un abrazo largo, cálido.

—¿Has dormido bien? —le preguntó.

—Hacía mucho, mucho tiempo que no dormía así.

Ella le miró. Había una extraña mezcla de tristeza, amor, compasión y ternura en sus ojos.

—Lo necesitas. Necesitas descansar. —Se acercó a la cafetera para preparar café—. El desayuno estará listo enseguida —le dijo—. He llevado a las niñas a la escuela, como siempre —continuó explicándole —. Por el camino les he dicho que hoy volverías a casa. Están emocionadas con tu regreso. Durante tu ausencia, todos los días hemos hablado de ti. Cada día, antes de dormir, siempre había un pensamiento, una oración para ti, para que fueras fuerte, para que regresaras. Te he dejado ropa preparada. Me gustaría que ellas te vieran como lo que eres, como lo que hemos recordado estos años: su padre, el maestro, y no el soldado. Ellas apenas son conscientes de lo que es la guerra, de lo que significa la guerra, y ojalá sea así hasta que esto acabe. Arréglate y luego, mientras desayunamos, hablaremos.

Heiden la abrazó con fuerza. Sintió que sin ella, sin su familia, su regreso no tendría sentido.

Subió de nuevo a su habitación, recogió el resto de la ropa que Ilse había preparado para él y fue al baño. Tomó una larga ducha, la primera con agua caliente en meses. Sintió el agua ardiente caer sobre sus hombros y fue como si aquello le purificase, borrara el cansancio de su cuerpo, eliminara la miseria en la que había estado sumida su vida en los últimos años. Al mirarse en el espejo con el torso desnudo le costó reconocerse en la imagen que este reflejaba: estaba delgado, muy delgado, con el rostro curtido por el sol y la intemperie, surcado de arrugas que no tenía cuando se fue. Y las cicatrices de su pecho… En realidad, ya las había visto antes, en el hospital de campaña donde estuvo recuperándose hasta que tuvo fuerzas suficientes para emprender el camino a casa. Pero en aquel contexto, rodeado de heridos y de muerte, en la guerra, no le habían parecido tan terribles. Dos heridas de forma estrellada y bordes irregulares, de aspecto aún violáceo, todavía en proceso de cicatrización. La verdad es que apenas le molestaban. Por fortuna, su salud siempre había sido fuerte y las lesiones iban cerrando sin infectarse, sin presentar complicaciones. La cirugía a la que le habían sometido en el hospital había permitido evitar el colapso del pulmón y también le había dejado cicatrices, pero las cicatrices quirúrgicas eran finas líneas limpias en su piel, nada extraordinario. En cambio, las heridas de bala, allí, en su casa, estaban fuera de lugar: eran la imagen tangible, el recuerdo perpetuo del horror. Y se dio cuenta de que la noche anterior, al quitarse la camisa, había dejado expuesto a los ojos de Ilse ese horror… Probablemente eso era lo que había motivado sus lágrimas.

Se afeitó y se vistió, y la imagen que le devolvió el espejo fue por

primera vez desde hacía años su propio yo: la del maestro de escuela de un pueblo pequeño. Una imagen que tenía prácticamente olvidada, que le parecía perteneciente a otra vida, a otro mundo. Sintió de nuevo ese dolor intenso, extraño, en su pecho, esa angustia, esa tristeza profunda, esa rabia que le atenazaba la garganta, pero Heiden los rechazó con firmeza: si se había mantenido firme en la guerra, en ningún sitio tenía menos derecho a flaquear que en su casa, en su hogar. Una vez más respiró hondo y ya vestido regresó a la cocina.

Ilse le esperaba con un frugal desayuno: sucedáneo de café, pan de centeno y mantequilla. Una sonrisa trémula se dibujó en sus labios.

—Estás muy delgado… —le dijo.

Él también había notado que su ropa de civil le quedaba mucho más holgada que cuando se fue.

—Es lo normal —respondió.

—¿Te encuentras bien? —Ilse casi temía hacer esa pregunta—. Tus heridas…

—Nada grave. Están casi curadas.

Se sentó a la mesa. Ella le sirvió café y se sentó a su lado. Él bebió un largo trago de aquella bebida amarga y caliente, reconfortante. Mientras lo hacía, vio de nuevo brillar lágrimas en los ojos de Ilse, que parecían preguntar cómo, por qué. Creyó que debía dar alguna explicación. Le resultaba tan difícil hablar de la guerra allí, en su casa… Era algo irracional, lo sabía, pero tenía miedo de que, al verbalizar con palabras el terror, este acabase alcanzando el único lugar del mundo que él quería mantener a salvo. Su aclaración fue sucinta.

—Un francotirador. Un error de cálculo por mi parte. No le vi. —Agarró con ternura la mano de su esposa—. Las heridas son limpias. Apenas me molestan. No son importantes, de verdad. De hecho, gracias a ellas me han permitido regresar.

Ella asintió conforme.

—Y aquí, ¿qué tal van las cosas? —inquirió Heiden.

Ilse se sirvió un poco de café antes de contestar.

—Heidenau es una ciudad pequeña. La guerra no se deja sentir aquí aún con toda su dureza. Cierto es que los alimentos escasean y desde el año pasado las condiciones de racionamiento se han vuelto más duras, pero los granjeros de los alrededores nos surten con frecuencia de productos básicos por vías extraoficiales, así que no pasamos necesidad. A principios de este año se instauró el toque de queda debido a los ataques aéreos.

—¿Ha habido alguno? —preguntó Heiden con ansiedad.

—Este verano, a finales de agosto, las bombas llegaron a Dresde por primera vez —respondió Ilse con voz queda—. Las columnas de humo se pudieron ver desde Heidenau durante días. Desde entonces

no ha vuelto a ocurrir. Quizá no vuelvan a hacerlo…

Heiden se estremeció. Su casa, su pueblo, estaba a poco más de quince kilómetros de Dresde. ¿Qué eran quince kilómetros para un piloto de bombarderos? En la oscuridad, cualquiera podría dejar caer por error su carga de muerte y destrucción sobre Heidenau y aniquilarla, reducirla a escombros y cenizas, como él había visto tantas veces en tantos sitios… Una gran angustia atenazó su pecho. Contra aquella amenaza no podía luchar… Su familia, sus hijas… Preguntó a Ilse por ellas.

—Ellas están bien. —Ilse sonrió—. Han crecido tanto en este tiempo… Saben que su padre está en la guerra, como los padres de casi todos los niños, pero cada día nos hemos acordado de ti, de Wilhelm, el maestro. La semana pasada Lucie trajo del colegio unas tareas de caligrafía: debían escribir diez veces una frase, no imaginarías ni en diez años cuál.

Heiden la miró interrogante.

—Im Krieg sind alle Väter Soldat [1] .

Heiden palideció.

—No puedo creerlo…

Ilse suspiró apesadumbrada.

—Lucie me preguntó desconcertada si de verdad su padre en la guerra era soldado. Ella es más consciente que la pequeña Anna de que algo ocurre, aunque no imagino qué concepto tiene ella de lo que es la guerra, lo que significa, cuál es tu misión en ella. Supongo que le cuesta ver a su padre, el maestro, uniformado, armado, luchando… Un maestro en armas… —Ilse se aferró a la mano de Heiden—. Y es que tus hijas te esperan como si no te hubieras ido nunca, como si fueras el mismo que ellas conocen y recuerdan. Por eso no quiero que te vean de uniforme más de lo necesario.

—Lo entiendo.

—En este tiempo, Heidenau ha cambiado, Wilhelm. Ya no es la ciudad que conocíamos, la ciudad de la que te fuiste hace tres años. Y no es solo la escuela, los nuevos maestros, la nueva docencia… La gente, incluso los antiguos amigos y conocidos, se ha vuelto recelosa, huraña y desconfiada. Han mandado aquí militares, policía secreta, no me digas por qué. Además, están llegando muchos refugiados, gente que lo ha perdido todo, desesperada, del oeste, huyendo de los bombardeos, cada vez más frecuentes, y del este, imagino que escapando de los rusos. Porque en el frente las cosas no van bien, ¿verdad?

La cara de Heiden se ensombreció. ¿Qué podía ir bien en una guerra? Si incluso cuando se hablaba de victorias, estas estaban teñidas de sangre y de muerte… En los últimos meses, en el este, la situación había ido francamente a peor. El empuje de los soviéticos en

su nueva ofensiva de verano [2] había sido incontenible. Las fuerzas alemanas se habían visto obligadas a retroceder en todos los frentes. Gran parte de Estonia, Letonia y Lituania estaba ya en manos rusas, así como casi toda Ucrania, y los rusos habían llegado hasta Polonia. Salvo que ocurriera un milagro, era solo cuestión de tiempo que alcanzasen la frontera alemana.

—La guerra está perdida —dijo él.

Ilse miró a su alrededor, hacia la ventana abierta de la cocina, hacia la calle. Se levantó presurosa a cerrarla, no sin antes echar un vistazo a los alrededores, temiendo que alguien hubiera podido escuchar aquella frase.

—Es peligroso decir eso —le advirtió su esposa volviendo a su lado —. Algunas personas han sido detenidas aquí por comentarios menos explícitos que el tuyo.

Heiden apretó los dientes y palideció. En el frente también él había visto fusilar a hombres por expresar opiniones similares, sobre todo en los últimos meses, antes de ser herido. Pero era la verdad, una verdad que no podía obviarse.

—Si es así, ¿por qué no se pone fin a esto? —preguntó Ilse casi con desesperación—. ¿Por qué no se acaba de una vez esta maldita guerra?

Heiden guardó silencio. ¿Acaso había una respuesta para esa pregunta?

—No tenemos elección.

Su voz le pareció, incluso a él, cargada de fatalismo, tanto que incluso su esposa se estremeció al escucharle. Sintió un escalofrío.

Hubo un nuevo silencio. Esta vez fue Ilse quien lo rompió.

—Esta mañana, mientras dormías, después de dejar a las niñas en la escuela, he ido a ver a tu madre para anunciarle tu llegada.

—¿Cómo está? —preguntó Heiden, no sin cierta preocupación en su voz.

—Tu ausencia le está haciendo mucho daño. Teme perderte como perdió a su marido, aunque ella jamás ha dicho nada y me ha ayudado lo indecible con las niñas mientras has estado lejos. Siempre me ha admirado su entereza. Sin embargo, hoy, cuando le he dicho que habías vuelto, se ha puesto a llorar, como si necesitara dar rienda suelta a una angustia que la corroía por dentro desde hacía meses. Vendrá esta tarde, conmigo y con las niñas, al salir de la escuela.

—¿Yo esperaré en casa?

—Creo que será lo mejor.

—¿Y tus padres?

—Tratan como pueden de llevar adelante su negocio, aunque cada día resulta más difícil conseguir harina o levadura para hacer pan. En los últimos meses, el único pan que se ha podido comer en la ciudad

es pan negro, pan de centeno, y aún ese está sometido a racionamiento. Además, ahora mi madre debe hacerse cargo prácticamente sola de la panadería. Los pocos hombres que quedan en la ciudad van a ser reclutados.

Heiden miró a Ilse fijamente, incapaz de creer lo que acababa de decir.

—Después del bombardeo de Dresde comenzó a llegar a Heidenau gente de Berlín, hombres uniformados… —continuó explicando su esposa—. Quieren empezar a instruir a los civiles, a los pocos hombres que quedan en el pueblo, para que puedan luchar, por si fuera necesario defenderlo del avance de los rusos [3] .

Se hizo el silencio. Heiden bebió otro sorbo de café, pensativo, tras escuchar las últimas palabras de Ilse. Una reflexión le fue llevando a otra, y a otra… Habían decidido comenzar a entrenar a los civiles para el combate. Si entrenaban a civiles para enfrentar a las tropas soviéticas es que veían posible, incluso probable, que los rusos llegaran a territorio alemán. Si entrenaban a los civiles para la lucha es que no había ninguna intención de capitular. Por lo tanto, la guerra, esa guerra que él odiaba, esa guerra que le había robado su vida, seguiría, seguiría hasta que no quedara una sola ciudad en pie, hasta que todo el país fuera destruido hasta los cimientos, hasta que todo fuera aniquilado… Ese, pues, sería el fin…

Antes de escuchar lo que Ilse acababa de decir, Heiden había albergado una pequeña esperanza que se había gestado en el verano, antes de ser herido, una leve esperanza que había surgido en su corazón en los duros meses de la última gran ofensiva soviética. Tenía fe en que las últimas derrotas en el este, las constantes retiradas, el ingente número de bajas que habían sufrido durante dicha ofensiva, forzaran de algún modo la capitulación, el fin de la guerra, antes de que esta alcanzara las fronteras de su país. Quienes estaban al mando no podían estar tan ciegos para no ver lo evidente: Heiden había participado en enfrentamientos en los que los soviéticos doblaban e incluso triplicaban sus recursos humanos, y con respecto a material, en varios puntos de la línea de combate, el enemigo había llegado a alcanzar una superioridad de diez a uno en tanques y de siete a uno en aviación. Retirarse de una posición sin dejar allí, muertos o heridos, a la mitad de sus efectivos constituía una proeza. Resultaba evidente, hasta para el más lego en asuntos militares, que estaban librando una guerra que nunca podrían ganar, que estaban librando una batalla perdida. ¿Qué sentido tenía continuar matando y muriendo? La lógica más evidente clamaba por la rendición. Esta tendría que llegar más temprano que tarde. Las palabras de Ilse habían abierto los ojos de Heiden. Habían evidenciado que esa leve esperanza que había albergado en los últimos meses era infundada. Capitular no entraba en

los planes de quienes dirigían la guerra. No habría paz, no hasta que el país fuera un montón de ruinas y no quedase nadie capaz de empuñar un arma… Nadie… Y entonces una pregunta martilleó el cerebro de Heiden, una pregunta sin respuesta: ¿qué iba a ser de su familia? ¿Ilse, Lucie, Anna? ¿Qué futuro les esperaba, si es que había alguno?

Sintió la angustia aferrarse a su pecho. Se sintió acorralado, contra la pared, sin ninguna posibilidad, sin alternativas. La angustia y el miedo, el miedo por los suyos, crecían y crecían en su interior. ¿Cómo podría salvarles de la destrucción, del sufrimiento, de la muerte?

Mil ideas peregrinas pasaron en un momento por la cabeza de Heiden. Desertar, huir, llevarse a su familia lejos de allí… Podía ser una alternativa, sí, pero ¿dónde? ¿Cómo, con el mundo en guerra? ¿Cómo iba a cruzar las líneas del frente con su esposa y dos niñas pequeñas cuando la guerra estaba en todas partes, en el este, en el oeste, en el sur del país? ¿Adónde podría llevarlas para que estuvieran seguras?

Heiden tenía la vista fija en el café de su taza, negro como el futuro inmediato que vislumbraba. Miraba sin ver, sumido en su angustia. Ilse le vio palidecer y le llamó:

—Wilhelm…

Wilhelm no parecía oír, pálido, inmóvil, contemplando el café como un oráculo, como si esperara encontrar en él respuestas, una revelación. Ilse cogió su mano y repitió su nombre:

—Wilhelm…

La voz y el contacto de la mano de su esposa devolvieron a Heiden a la realidad. Miró a Ilse como si acabara de despertar de una pesadilla, percibió su inquietud en sus ojos, claros y hermosos, y al instante lamentó haberse dejado arrastrar por esos pensamientos, al menos en su presencia. Ella no tenía por qué sufrir esa incertidumbre, ese miedo… Él tenía que encontrar una solución.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Ilse.

Él se esforzó por dibujar una breve sonrisa. Ilse no podía siquiera imaginar lo que estaba por venir, lo que en un momento él acababa de descubrir. Y él…, Dios, ¿qué podría hacer él para protegerla a ella y a las niñas? ¿Qué?

Heiden tuvo que hacer un esfuerzo supremo por controlar la angustiosa preocupación que le invadía. No podía compartirla con Ilse, al menos aún no, no hasta que encontrara una salida, si es que había alguna. Porque, si no era así, tendría que irse, regresar al frente, y ella se quedaría otra vez sola, sola con las niñas…

—Estás pálido… —Su esposa le miraba alarmada—. ¿En qué piensas? ¿Qué te preocupa tanto?

—Nada… —respondió él—. Nada de lo que debamos hablar ahora.

—¿Seguro que estás bien?

Heiden estrechó la mano de Ilse entre las suyas.

—Sí —afirmó rotundo.

Ilse tuvo que dar aquella respuesta por buena. No quiso insistir: era una mujer paciente, que sabía que todo tenía su momento. Wilhelm acababa de regresar del frente; necesitaba tiempo, tiempo para recuperar su verdadero yo, tiempo para cicatrizar sus heridas, las de su cuerpo y las que sin duda llevaba en su interior. Tenía asumido que habría cosas de las que él no hablaría fácilmente, hechos y vivencias dolorosas, trágicas, terribles. Cuando él lo considerara oportuno, cuando estuviera preparado para hablar, ella estaría allí para escucharle. Le amaba, le amaba intensamente, y además le comprendía.

Se puso en pie y le besó, y Heiden sintió que el contacto de sus labios aplacaba su angustia, le reconfortaba. Su ángel, Ilse…

—Tengo una cosa para ti —dijo ella de pronto—. Espérame aquí.

Y acto seguido salió de la cocina. Heiden escuchó sus pasos escaleras arriba. Se preguntó qué iría a buscar. El pensamiento duró apenas unos instantes en su mente, que enseguida se desvió hacia el futuro incierto que les esperaba, buscando ansiosamente una solución, una alternativa. Ilse regresó rápidamente, con una pequeña caja en la mano. No le dio tiempo a pensar.

—Aunque no estuvieras en casa, nosotras no hemos olvidado ni una sola vez la fecha de tu cumpleaños —comenzó a decir Ilse, emocionada—. En todo este tiempo, cada treinta de agosto, hemos cocinado nuestra tarta de manzana, esa que a ti te gusta tanto, y hemos cantado deseándote un feliz aniversario, con la esperanza de que nuestras voces y nuestro amor llegasen hasta ti, que estabas tan lejos…

La angustia de Heiden fue sustituida por una extraña emoción, un calor que desde su pecho subía hasta su rostro y humedecía sus ojos. La caótica vida en la que había estado inmerso le hacía difícil recordar en ocasiones incluso el día en que vivía. La fecha de su aniversario era solo un día más, un día más en el que luchar para seguir vivo. Pero su familia no lo había olvidado… Las palabras de Ilse le conmovieron como nada lo había hecho antes… Dios, ¿cuántos años tenía ya?… ¿Cuántos años de guerra?…

—Hace dos semanas cumpliste treinta y dos años —prosiguió ella —. Hace tiempo que guardo para ti algo especial, para que puedas llevar la cuenta de los días que quedan para que esto acabe, para que volvamos a estar juntos, como una familia, como antes… Lo encargué hace meses, con la esperanza de que pronto volverías. Fui a buscarlo el mismo día que recibí la carta que me anunciaba tu regreso. Espero que te acompañe siempre.

Ilse puso en sus manos la pequeña caja que había traído. Heiden permaneció unos momentos contemplándola. Durante un breve lapso, la emoción no le permitió reaccionar. Al fin se decidió a abrirla. En ella había un reloj, un reloj muy especial. Se trataba de una fina pieza de relojería suiza con caja de oro y correa de cuero que incluía un mecanismo, una complicación, que muy pocos relojes tenían: un calendario completo que indicaba la fecha, el día de la semana y el mes. Heiden lo miró largamente: la aguja de los segundos avanzaba implacablemente hacia delante, sin piedad; el tiempo que huía, se escapaba y era irrecuperable… Aquel día era catorce de septiembre, jueves. Eran las doce y media. La aguja de las horas señalaba la pequeña cruz de Malta que decoraba la parte superior de la esfera opalina, bajo el nombre del fabricante. Ese reloj debía de haber costado una pequeña fortuna.

—Ilse…

Ella selló sus labios con un dedo.

—No digas nada —le respondió—. Solo póntelo y úsalo para contar los días que quedan hasta que regreses definitivamente a casa…

Heiden se quitó el viejo reloj de pulsera que había llevado desde el principio de la guerra. La correa estaba destrozada, y el cristal agrietado, pero aún funcionaba. El nuevo reloj se acomodó perfectamente a su muñeca. Ilse sonrió.

—Es el adecuado para ti.

Heiden se puso en pie y la abrazó largamente.

—No imaginas cuánto te quiero… —le susurró.

Ella se estrechó contra él.

—Y yo a ti…

5

Heiden esperó impaciente e inquieto el regreso de Ilse aquella tarde con las niñas y con su madre. No sabía cómo reaccionarían sus hijas. Hacía tanto tiempo que no las veía… ¿Le reconocerían? ¿Tendrían miedo de acercarse a él? Caminaba de un lado al otro del salón como un animal enjaulado. Era curioso, pensaba, cómo en combate había aprendido a mantenerse frío y sereno como el hielo; ahora, en casa, las emociones le desbordaban.

En el salón todo estaba como lo había dejado cuando se fue, como lo recordaba. El piano, en una esquina, los libros —decenas de ellos—, la chimenea, la pequeña mesita con el tablero de ajedrez, al que era tan aficionado… Al marchar a la guerra lo único que llevó consigo era un pequeño libro de problemas de ajedrez. Consideró que sería una vía de escape, una forma de aislarse del entorno y ocupar los tiempos muertos de la guerra, esa espera, previa al combate, capaz de desquiciar a quien la sufre. No había tenido muchas ocasiones de hojearlo. En los últimos meses, ninguna.

Escuchó voces infantiles, y la puerta principal de su casa al abrirse. Luego, unos pasos pequeños, apresurados, y Lucie apareció en la puerta del salón.

—¡Papá! —gritó, y corrió enseguida a sus brazos.

Heiden se arrodilló para recibirla. Qué felicidad, qué felicidad llenó su pecho al sentir el contacto de aquellos brazos infantiles en torno a su cuello… Una felicidad tan grande que dolía. No había palabras para describirla. La pequeña Anna también acudió a su lado, más tímida que su hermana. Ella era mucho más pequeña cuando él se fue; probablemente le costaba recordarle.

—Mis niñas… —Heiden no dejaba de abrazarlas. Un nudo atenazaba su garganta—. Cómo habéis crecido…

—Todos los días hemos pensado en ti, todos los días hemos rezado por ti. ¡Qué bien que por fin has vuelto! —Lucie hablaba y reía, y le cubría de besos. Se separó un momento de él para mirarle—. Estás muy flaco… —sentenció tras examinarle atentamente con su mirada infantil, implacable como el más duro juez—. Cuéntanos, papá —siguió diciendo—, cuéntanos qué has hecho todo este tiempo, cómo es la guerra, cómo es Rusia…

Heiden no quería hablar de eso. Ellas no merecían siquiera atisbar aquella monstruosidad.

—Contadme vosotras qué tal os va en la escuela, cómo os habéis

hecho tan mayores en este tiempo…

Alzó la mirada y vio a su madre, de pie, en la puerta del salón, junto a Ilse.

—Esperad un momento —dijo a sus hijas, y se puso en pie.

Madre e hijo se miraron a los ojos. A Heiden le pareció que en aquellos tres años su madre había envejecido. Arrugas nuevas, las arrugas que imprimen en la cara la incertidumbre, la preocupación, la angustia y el dolor marcaban sus facciones. También sus cabellos se habían ido volviendo grises. Frau Heiden había sido siempre una mujer hermosa, incluso en su madurez, pero los últimos años la habían ido consumiendo poco a poco. Ella esbozó una sonrisa, a la vez alegre y triste.

—Has vuelto, Wilhelm… —dijo tan solo.

—Claro que sí, madre.

Caminó hasta su lado y la abrazó.

* * *

Anna y Lucie no se separaron ni un momento de su padre. Lucie hablaba y hablaba sin parar de las cosas de la escuela, de sus amigos, de lo que había aprendido y lo que había hecho en todo ese tiempo en que su padre no estuvo en casa. Anna también venció su timidez inicial para decirle a su padre que ya estaba aprendiendo a leer y a escribir. Heiden, sentado en el sofá junto a ellas, las oía, y el sonido de sus voces era como un bálsamo para su maltrecho corazón. Por ellas era por lo que se esforzaba cada día en seguir vivo. Por ellas la vida tenía un sentido.

La madre de Ilse también acudió a casa tras acabar su trabajo en la panadería. Solo el padre de Ilse faltó a aquel reencuentro, ya que debía hacer su instrucción militar. Los adultos no tuvieron apenas oportunidad de hablar de los temas que les preocupaban. Las hijas de Heiden reclamaron a su padre para sí, y, después de tres años de ausencia, nadie se atrevió a retirarles ese privilegio. En cuanto empezó a oscurecer, la madre de Ilse y Frau Heiden regresaron a sus casas. Quebrantar el toque de queda tenía duras consecuencias.

Aquella tarde Heiden se sintió, por primera vez en años, plenamente feliz. Sintió que recuperaba su vida, su verdadera vida, y olvidaba todo lo demás. Sintió que su esfuerzo por sobrevivir no era inútil. Y por la noche, abrazado a Ilse, después de haberla sentido suya una vez más, durmió un sueño tranquilo, en la paz de su hogar. No sabía que sería el último.

6

Al día siguiente Heiden se levantó con Ilse. Quería acompañar a sus hijas a la escuela, la misma escuela en la que él había sido maestro, y su padre antes que él. Su esposa le previno.

—Nada es ya como cuando tú estabas aquí. Heidenau ha cambiado.

Heiden hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No puede haber cambiado tanto.

Ilse no respondió. Lo único que salió de sus labios fue un suspiro.

Lo primero que impactó a Heiden de camino a la escuela llevando a sus hijas de la mano era el ambiente que se respiraba en las calles. Apenas había tráfico, no se veían hombres, tan solo mujeres y niños, y, entre las mujeres, muchas de ellas vestían de negro. Había ancianos, y también madres con hijos y con voluminosos equipajes: refugiados. Había un ambiente general de duelo que a Heiden le encogió el corazón. Sus hijas parecían no ser conscientes de ello. Caminaban alegres, de la mano de su padre. Para ellas aquello era lo habitual: habían crecido en un país en guerra.

En la puerta de la escuela tuvo ocasión de ver de lejos a algunos de los maestros. Ninguna cara le era familiar. Ninguno de sus antiguos colegas. Movilizados al mismo tiempo que él, tuvo la certeza de que la mayoría de ellos estaban, o bien en el frente, como él, o, aún peor, muertos. Y apreció un detalle que le hizo sentir náuseas: todos los nuevos docentes, sin excepción, llevaban un brazalete rojo. Ni siquiera la escuela, ni siquiera los niños estaban libres de aquella nefasta influencia.

Ilse saludó brevemente a otras madres, compañeras de sus hijas, conocidas, sin llegar a entablar conversación. Entre ellas había también muchas viudas, que la miraban caminar del brazo de su esposo con dolor, en ocasiones no exento de resentimiento. Heiden podía adivinar la pregunta velada tras aquellas miradas dolientes: ¿por qué tu esposo vive y el mío ha muerto? Resultaba difícil enfrentar aquellos rostros, sumidos en la tristeza; no había ninguna respuesta que ofrecer al interrogante que planteaban. De regreso a casa, la expresión de Heiden era sombría: si en algún momento había albergado alguna duda, ahora tenía plena certeza de que la guerra había llegado también a su hogar.

Llegaron por fin a su casa. Se quitó el abrigo, que Ilse recogió de sus manos, y entró en la cocina. Se sirvió un poco del café que su esposa había preparado para el desayuno y se sentó en silencio junto a

la ventana, los labios apretados, el ceño fruncido, a pensar. La guerra estaba en casa; lo había podido ver con sus propios ojos. Heidenau no había sido bombardeada, destruida. Al menos aún no. Todavía estaba en pie, cierto, pero la guerra ya había llegado allí. Las viudas, los huérfanos, el toque de queda, el racionamiento… Y los refugiados. Si sus propios compatriotas buscaban asilo en Heidenau, ¿adónde podía ir él con los suyos para escapar de la guerra? No había ningún sitio seguro, no había ningún lugar al que pudiera llevar a su familia para ponerla a salvo… No había posibilidad de escapar, no había salida.

—Estás muy callado…

Ilse había dejado los abrigos en el perchero y se ponía el delantal para comenzar a preparar la comida. Heiden bebió un sorbo de café antes de responder.

—Heidenau ha cambiado —dijo, repitiendo las mismas palabras que su esposa había pronunciado aquella mañana.

Y volvió de nuevo a su obstinado silencio. Su mente se afanaba en buscar alternativas para proteger a los suyos. Se negaba a admitir que, tal vez, no pudiese hacer nada. Ilse respetó su silencio un tiempo prudencial. Después habló:

—Wilhelm.

Él alzó los ojos para mirarla, y ella, que le conocía bien, vio en ellos angustia, dolor… y también miedo. Y se estremeció. Corrió a abrazarle.

—Wilhelm, dime qué es lo que tienes, qué es lo que te preocupa tanto. Dímelo, y quizá entre los dos encontremos una solución.

Heiden la abrazó a su vez con fuerza, como si quisiera protegerla, físicamente, con su propio cuerpo, de lo que estaba por venir. No respondió.

* * *

Frau Heiden acudió a casa de su hijo después de comer, antes de que sus nietas regresaran de la escuela. Quería tener ocasión de hablar un poco con él. Había regresado del frente con un permiso de convalecencia por heridas de guerra, según le había transmitido Ilse. Aparentemente se encontraba bien, al menos en lo referente a su salud física, pero no sabía si la guerra había ido minando su interior, como había ocurrido con su marido. Heiden la recibió con un abrazo.

—Estos años han hecho mella en ti, madre —le dijo.

—También tú has envejecido prematuramente —respondió ella, con una sonrisa triste—. Tu rostro está surcado de arrugas que no

tenías cuando te fuiste. Las mismas que trajo tu padre, las que dejan el cansancio, el sufrimiento y el dolor. Estás muy delgado. ¿Qué tal está tu salud? ¿Tus heridas?

—Me encuentro bien. Las heridas cicatrizan correctamente, y en casa recuperaré la energía que he perdido.

—Estos años han sido duros…

Heiden guardó silencio. Su vista se nubló, y como un fogonazo su mente evocó imágenes de la dureza de la guerra en Rusia: ciudades y pueblos arrasados hasta los cimientos, cadáveres por doquier, soldados y civiles —algunos de ellos, sus propios hombres—, pelotones de fusilamiento, hambre, frío, miedo, dolor…

—Sí —respondió finalmente con voz velada—. Han sido duros…

Frau Heiden miró a su hijo largamente, y pudo ver en sus ojos, intuir en su voz, la misma honda y profunda pena, la misma amargura que su marido había traído consigo de la guerra. Y al darse cuenta de que la historia se repetía, esta vez en su hijo, no pudo evitar que las lágrimas aflorasen en sus ojos.

Heiden las secó suavemente con el dorso de su mano.

—No llores, madre. Me angustia verte así. He vuelto; estoy vivo. Eso es lo importante. Todo esto quedará atrás algún día.

Su madre suspiró e inclinó la cabeza.

—Ojalá sea así…

En ese momento llamaron al timbre.

—¿Te importa ir a ver quién es, Wilhelm? —le dijo Ilse desde la cocina.

Heiden se puso en pie y acudió a abrir la puerta. Su rostro palideció cuando vio a dos hombres con uniforme de la Feldgendarmerie [1] en el umbral.

—¿Capitán Wilhelm Heiden? —preguntó uno de ellos.

—Yo soy.

—Necesitamos hacer unas comprobaciones sobre su situación aquí. ¿Podemos pasar?

—Esta es mi casa —respondió él secamente—. Prefiero que no.

Los policías militares se miraron desconcertados. Finalmente optaron por proseguir su interrogatorio allí mismo, sin forzar la situación.

—Su unidad está destinada en Rusia, frente a Leningrado, ¿verdad?

—Leningrado ya es historia —contestó Heiden con ironía—. Hemos retrocedido hasta la frontera con Lituania. ¿No están al tanto de la situación del Grupo de Ejércitos Norte?

Los policías militares fruncieron el ceño. El que ostentaba el mayor rango tomó la palabra.

—Su sarcasmo carece de sentido ante nosotros —respondió, y su

tono dejó traslucir una velada amenaza—. Estamos aquí para preguntarle por qué se encuentra a más de mil kilómetros de su batallón.

—Tengo un permiso de convalecencia. Seis semanas.

* * *

Ilse escuchaba voces desde la cocina, pero no lograba entender lo que decían.

—Wilhelm, ¿quién es? —preguntó en voz alta.

Y al ver que Heiden tardaba en contestar, dejó lo que estaba haciendo y se acercó a la entrada. El corazón le dio un vuelco al ver a la Policía Militar, y se aferró al brazo de su esposo como si temiera que fueran a llevárselo. Heiden sintió la presión de las manos de Ilse. Apretó los dientes. Hubiera querido evitarle aquella escena.

—Así que tiene un permiso de convalecencia que justifica su presencia aquí… —El policía de mayor rango continuó hablando, repitiendo las últimas palabras de Heiden—. Tal vez podría mostrármelo.

—Claro.

Heiden pidió a Ilse que le trajera la guerrera de su uniforme. Ella accedió a regañadientes: temía que, si le dejaba solo, aquellos hombres se lo llevaran. Subió rápidamente al primer piso y sacó del armario la guerrera, que había lavado y planchado. Había vuelto a colocar las condecoraciones que había prendidas en ella, y a guardar en sus bolsillos la documentación que Heiden había traído consigo. Del bolsillo superior de la guerrera, Heiden sacó su cartilla militar. En ella estaban, efectivamente, los documentos del hospital militar de Riga y, entre ellos, su permiso de convalecencia, firmado por el médico jefe, doctor Walther Murnau. Los policías los revisaron con atención. Parecían en regla.

—No obstante, tenemos que comprobarlo —dijeron—. Tendrá que acompañarnos al cuartel.

—¡No! —fue la reacción espontánea de Ilse, que se aferró nuevamente a su esposo—. No pueden llevárselo. No le necesitan en el cuartel para comprobar esos datos.

—Tiene que venir, señora —insistió el policía—. No hay otra alternativa.

—Pero…

Heiden hizo un gesto a Ilse que quiso ser tranquilizador.

—No tengo nada que ocultar. Iré con ellos y regresaré en breve.

—Pero Wilhelm… —Ilse le miraba con desesperación.

—Es mejor así. —Heiden besó rápidamente sus labios, cogió su

abrigo y su documentación y abandonó la casa, su casa.

Ilse, desde la puerta, le vio alejarse y lloró.

* * *

Heiden sabía que el objetivo de la Policía Militar era verificar que la documentación era auténtica, y, si no lo era, arrestar automáticamente a su portador para llevarlo ante un consejo de guerra por deserción. En ese sentido estaba tranquilo, porque sus documentos eran legales. Le había costado un gran esfuerzo arrancar de las manos del doctor Murnau ese permiso.

—Su pulmón necesita reposo —le había dicho la primera vez que acudió a solicitarlo, a los pocos días de ser operado. El médico jefe, un hombre de unos cuarenta años que ostentaba el rango de coronel, de cabellos prematuramente encanecidos, menudo, enjuto, seco y duro como un olivo centenario, le había mirado largamente con sus ojos claros, por encima de las gafas de montura metálica que llevaba, antes de contestar—. Mínimos esfuerzos, para que tenga tiempo de cicatrizar y no aparezca un neumotórax. Un viaje de mil quinientos kilómetros hasta su casa no es ningún reposo.

Él había insistido, perseverante.

—No voy a combatir —argumentó—. No voy a hacer otro esfuerzo que no sean trasbordos de un tren a otro hasta llegar a Heidenau.

—Eso ya es en sí mismo un esfuerzo. ¿Sabe usted que un neumotórax podría matarle?

—Correré ese riesgo —respondió Heiden, calmado, pero inflexible —. Necesito ese permiso, doctor. Tengo que volver a casa, aunque sea solo por unos días. Hace tres años que falto de allí. Tengo una esposa e hijas…

Y al pronunciar aquellas últimas palabras, aquella última frase, se calló. Los recuerdos dolorosos de lo que fue su vida antes de la guerra atenazaron su garganta. En los años que llevaba en combate, jamás había hablado a nadie de esa parte íntima de sí, de su verdadero yo, de su esposa Ilse, de sus hijas, Anna y Lucie. Sus subordinados sabían que estaba casado porque llevaba alianza, pero si en alguna rara ocasión habían llegado a preguntarle por ello o se habían atrevido a preguntarle por su vida antes de la guerra, la única respuesta que obtuvieron de él fue el silencio. En la guerra Heiden no era maestro, no era padre ni esposo. Solamente era el capitán, el oficial al mando, y en torno a esa figura había construido un muro infranqueable, de modo que el horror no pudiera alcanzar lo que verdaderamente era, lo que esperaba volver a ser. Verbalizar ese hecho ante el doctor Murnau, reconocer que tenía una familia, una vida, lejos, al margen

del terror, supuso para él romper esa barrera, dejar al descubierto la parte más vulnerable de su ser, y no fue consciente de que aquella barrera se había quebrado hasta que pronunció ante el coronel médico aquellas palabras: «Tengo una esposa e hijas…».

Fue un breve lapso, unos segundos, en el que Heiden enmudeció. Los ojos claros, cansados, pero extraordinariamente lúcidos del doctor Murnau, se clavaron en los de Heiden, y fue como si viera en él algo… Algo que no había visto antes en ninguno de sus pacientes.

Heiden luchó interiormente contra el dolor que había supuesto para él hacer esa revelación. Recuperó su entereza y continuó insistiendo.

—Fírmeme ese permiso, doctor. Bajo mi responsabilidad.

Esta vez fue el doctor Murnau el que guardó silencio.

—Debo pensarlo —respondió finalmente—. Vuelva mañana.

Durante cuatro días Heiden peregrinó desde su cama del hospital hasta el despacho del coronel médico para solicitar su permiso de convalecencia. La respuesta fue siempre la misma:

—Aún debo reflexionar.

Al quinto día, el doctor Murnau finalmente cedió.

—Es usted un hombre tenaz, capitán Heiden.

—De eso puede estar seguro, doctor.

—Al menos he conseguido que se quede usted cinco días más en el hospital. —El médico jefe esbozó una media sonrisa, satisfecho por haber logrado su objetivo—. Es usted fuerte. Confío en que en este tiempo su pulmón haya cicatrizado lo suficiente para que no haga un neumotórax en el viaje.

Heiden le miró fijamente, comprendiendo de pronto el porqué de aquel ir y venir a su consulta, admirado por la actitud del doctor Murnau.

—Eso significa que tengo el permiso —respondió.

No fue una pregunta, fue una afirmación que el médico jefe corroboró asintiendo con la cabeza.

—Así es. Seis semanas.

De los labios de Heiden salió un breve suspiro, como si de pronto le hubieran quitado un enorme peso de encima. Hacía días que había escrito a Ilse, hablándole de la posibilidad de volver a casa, de la posibilidad de un permiso. Regresar… Le parecía casi un sueño.

—Su permiso tendrá validez desde mañana, treinta y uno de agosto, hasta el cinco de octubre de este año. Si el día cinco de octubre no se presenta usted en mi hospital, suponiendo que aún sigamos aquí y no hayamos tenido que retirarnos una vez más, le declararé desertor, ¿me oye?

—Perfectamente.

—Sé que no me fallará.

—Téngalo por seguro, doctor.

Al día siguiente, casi al amanecer, Heiden tomaba en Riga el primer tren hacia el oeste, hacia el hogar.

* * *

Los trámites en el cuartel llevaron más tiempo de lo que Heiden había pensado en un principio. La Policía Militar comprobó una vez más que sus documentos estaban en regla y a continuación comenzó una ronda de llamadas telefónicas con Berlín con objeto de verificar lo que en ellos constaba. Heiden permaneció de pie frente a la mesa del funcionario encargado de realizar aquellas llamadas durante casi una hora, escuchando cómo los requerimientos del funcionario se topaban con la resistencia de las oficinas de Berlín, ocupadas con cosas más importantes, cómo la llamada era transferida de un departamento a otro, quedaba en espera o, simplemente, se cortaba la comunicación y había que comenzar los trámites de nuevo. Heiden reflexionaba: ¿cómo era posible que la Policía Militar tuviera conocimiento tan pronto de que él se encontraba de permiso en Heidenau? No hacía ni cuarenta y ocho horas que estaba allí. Solamente su familia sabía de ello. ¿Cómo, entonces? Solo le cabía una explicación, y es que alguien, alguna de las personas que le habían visto acompañar a Ilse y a las niñas a la escuela aquella misma mañana, les hubiera hecho llegar esa información. Pero le parecía tan terrible que sus propios vecinos, que la gente con la que había convivido toda su vida, actuase de aquel modo, como delatores, que le resultaba difícil de aceptar, difícil de creer. Heidenau había cambiado… Ilse tenía razón.

La llamada de la Policía Militar a Berlín obtuvo finalmente respuesta. Heiden pudo escuchar cómo se confirmaba su filiación, la unidad en la que servía, y cómo su nombre figuraba en la lista de bajas de su división. Hubo unas cuantas palabras en relación con su permiso de convalecencia: Berlín daba instrucciones al respecto. Cuando el funcionario que había realizado la llamada colgó el teléfono, echó mano de uno de los sellos que tenía sobre la mesa y lo estampó sobre el documento que justificaba su regreso a casa: una marca indeleble, en tinta roja.

—Su permiso ha sido revocado —sentenció—. Debe regresar inmediatamente con su unidad.

Heiden palideció. Una rabia intensa ascendió de pronto desde su pecho, haciéndole tensar los músculos del cuello y apretar los dientes. Cerró los puños, hasta el punto de sentir cómo las uñas se clavaban en las palmas de sus manos. El policía militar en un principio no se apercibió del cambio que se había producido en Heiden. Consultó

algunos listados que tenía sobre su mesa, horarios de trenes, como Heiden pudo comprobar de un vistazo, y continuó hablando.

—El próximo tren hacia Dresde sale de la estación de Heidenau en dos horas. Desde allí podrá emprender el regreso al este. Dos policías militares le acompañarán hasta su casa para que pueda recoger su uniforme y su equipo.

Heiden no respondió. La ira que le invadía atenazaba todo su ser. Si hubiera dado rienda suelta a esa ira, habría agarrado a aquel policía militar que se sentaba tras la mesa, sobre la que estaba el teléfono mediante el cual habían revocado su permiso, sobre el que estaba aquel sello de tinta roja que le privaba una vez más de su familia, de su hogar; le habría cogido por el cuello y le habría matado con sus propias manos. A él, que con absoluta indiferencia le enviaba de nuevo al infierno del que acababa de salir… La mente, analítica y fría, de Heiden mantuvo de algún modo esa ira bajo control. ¿Hubiera servido de algo? Aquel policía militar, que le miraba sin ningún tipo de emoción, como se contempla un objeto inerte que debe ser cambiado de sitio, no era más que una pieza del monstruoso engranaje del que ambos formaban parte. Cumplía órdenes, como él mismo…

El funcionario le tendió su documentación, incluyendo aquel permiso de convalecencia revocado. Heiden le miró fijamente, obstinado en su silencio, y aquel policía debió de ver algo en sus ojos que le hizo ponerse en pie, tenso, y apoyó la mano en la culata del arma que llevaba al cinto.

—Capitán Heiden…

Hubo unos momentos de tensión, un silencio tan sólido que hubiera podido cortarse con un cuchillo… Finalmente, Heiden recogió sus papeles y sin decir nada se dirigió a la salida. Los dos policías militares que le habían ido a buscar a su casa salieron tras él.

* * *

Mientras iba de camino a casa por las calles, casi vacías, de su ciudad, Heiden intentaba aplacar esa vorágine de sentimientos que le desgarraban por dentro. La rabia, una furia incontenible… y el miedo, la angustia y el miedo, por Ilse y por sus hijas, que se quedarían de nuevo solas en un lugar que ya no era seguro… Llegó a pensar en volverse y plantar cara a los policías que le escoltaban; enseguida desechó la idea por inútil. No podría deshacerse de ellos sin testigos, y sus propios vecinos, los mismos que habían informado a las autoridades militares de su llegada a Heidenau, darían parte de ello, con las subsiguientes consecuencias que aquello acarrearía para los suyos. Y, además, ¿adónde podría huir con su familia? Ya no había

lugares seguros; no había alternativa, no había salida, no había posibilidad de escapar… Con cada paso que le acercaba a su hogar lo veía más claro. Y aquello le sumía en la desesperación.

Entró en el jardín de su casa. Ilse contemplaba la calle desde la ventana del salón. Le vio llegar, pero permaneció quieta, inmóvil. Heiden pudo ver que lloraba.

Heiden se detuvo en el umbral.

—Esperen aquí —ordenó a los policías que le acompañaban, y su voz sonó fría, seca, cortante como un cuchillo, implacable. Era la voz del mando, la voz del oficial, del militar, ese tono de voz que la guerra le había obligado a desarrollar. Algo había cambiado ya en Heiden. Físicamente se encontraba aún en Heidenau; en su interior había regresado ya al frente.

Los policías, intimidados, asintieron con la cabeza y permanecieron de pie junto a la entrada cuando Heiden abrió la puerta y entró en casa.

* * *

Ilse le esperaba en la puerta del salón. Sus ojos claros, brillantes a causa de las lágrimas, le miraron interrogantes, angustiados. Corrió a abrazarle.

—Wilhelm…

Él acarició con ternura sus cabellos mientras ella sollozaba sobre su hombro. Sus lágrimas rompían el alma. Ante ella le resultaba sumamente difícil mantener la entereza, la frialdad que había mostrado ante su escolta. Ante ella, ante su dolor, que no podía evitar, que no podía paliar, sentía que se resquebrajaba.

—Ilse… —le dijo. Y guardó silencio un instante antes de continuar —. Tengo que volver al frente.

Ilse alzó sus ojos claros para mirarle, incapaz de creer lo que acababa de escuchar.

—¿Regresas a Rusia?

Heiden hizo un gesto afirmativo.

—¿Ahora? ¿Ya?

Heiden volvió a asentir.

—Pero ¿cómo? ¡¿Por qué?! —preguntó con desesperación.

—Mi permiso ha sido revocado desde Berlín. Tengo que marcharme.

Heiden sintió cómo entre sus brazos a Ilse le faltaban las fuerzas. La acompañó a sentarse en el salón, donde su madre, de pie, había contemplado la escena y también lloraba en silencio. Ilse ocultó la cara entre sus manos. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas como

un río incontenible. Era un llanto suave, sin estridencia alguna, el llanto de quien debe aceptar lo inexorable, por mucho que duela. No pronunció una sola palabra.

Heiden miró a su madre.

—He de ir a cambiarme —dijo.

Frau Heiden asintió. Fue a sentarse junto a Ilse, la rodeó con sus brazos, y las dos mujeres permanecieron juntas, llorando en silencio, mientras Heiden subía a su habitación para ponerse el uniforme.

* * *

Frente al espejo, Heiden contempló una vez más las cicatrices de su pecho. Como fogonazos pasaron ante sus ojos las escenas del horror en el que había vivido esos últimos años, al que iba a volver. Sintió la náusea aferrarse a la boca de su estómago. Apretó los dientes, cerró los puños hasta notar cómo las uñas se clavaban en las palmas de sus manos, y solo cuando sintió la sangre, caliente, en ellas, fue capaz de reaccionar. Dios…, ¿qué iba a ser de ellos, de su familia, de él mismo?

Completó su terrible metamorfosis, intentando obviar esa náusea que le atenazaba la garganta. Se abrochó la guerrera, se ajustó el pesado correaje, el arma reglamentaria que llevaba al cinto y por último se puso la gorra. En la imagen que el espejo le devolvía pronto no quedó nada de Wilhelm Heiden, el maestro. Se había convertido en una pieza más del engranaje de la crueldad.

Se estremeció al escuchar el sonido de las botas claveteadas sobre el entarimado de su casa al bajar nuevamente al salón, un sonido tan fuera de lugar en aquel sitio que parecía irreal. Ilse y su madre seguían sentadas en el salón, una junto a la otra, en silencio. Le parecieron de pronto tan vulnerables, tan frágiles… Y él las dejaría solas una vez más…

Ilse se levantó cuando él entró en la habitación. Su rostro seguía bañado en lágrimas. Heiden la vio ponerse en pie y percibió en ella un cambio: apreció en ella una fuerza interior que contrastaba brutalmente con la vulnerabilidad de antes, esa fuerza poderosa y extraña que hace a las mujeres aferrarse a la vida, esa fuerza que él, como mucho, había llegado a intuir, pero nunca a comprender del todo, y que le maravillaba: su capacidad para sobreponerse y seguir adelante.

Ilse le abrazó con fuerza, y en el calor de ese abrazo intenso, como si fuera el último, Heiden sintió nuevamente ese dolor interior, ese dolor de abandonar lo que realmente amaba, su vida…

—Despídeme de las niñas —le dijo a su esposa—. Sé que tú encontrarás las palabras adecuadas para explicarles mi ausencia.

Ilse asintió.

—Vuelve a casa… —dijo ella—. Cuando sea, como sea…, pero vuelve…

Heiden la besó larga, apasionadamente, como si aquel beso fuera el último que le daría.

A continuación abrazó a su madre.

—Cuídate mucho, hijo mío…

Heiden se dirigió a la puerta. Los policías militares le esperaban para acompañarle a la estación. Heiden miró una última vez a la ventana del salón de su casa, donde su madre y su esposa contemplaban su partida. Un último gesto de despedida, apenas perceptible, y Heiden apartó la vista y abandonó su casa sin mirar atrás.

7

Faltaban veinte minutos para que el tren hacia Dresde partiera de la estación de Heidenau cuando Heiden llegó allí. La espera fue tensa. Los policías militares que le habían acompañado apoyaban las manos en las culatas de sus armas reglamentarias y miraban alrededor nerviosos. El silencio obstinado de Heiden, su ausencia de reacción les inquietaba. Cualquier otro, al ser revocado su permiso, hubiera montado en cólera, se hubiera resistido de cualquier modo a volver al frente. Pero Heiden no. Su única reacción había sido el silencio, el silencio y una extraña aura en su mirada, en sus gestos, en su voz, que les inquietaba como una granada de espoleta retardada que se demoraba en estallar. Parecían temer que, en cualquier momento, Heiden intentara algo, diera rienda suelta a su ira, intentara escapar… Sin embargo, Heiden permanecía allí, quieto, inmóvil, silencioso, frío y distante como si fuera una estatua de piedra. No sabían que Heiden ya se había planteado esas alternativas, y sabía que ninguna, ninguna, iba a servir para proteger a los suyos. Esa era la realidad.

La náusea, esa misma náusea intensa que le asaltaba desde el principio de la guerra, se aferraba a su estómago, a su pecho, a su garganta. Le resultaba extremadamente difícil mantenerla bajo control. Volvía a Rusia, dejaba de nuevo atrás a su familia, su vida. No era la primera vez, pero en aquella ocasión era diferente. Era diferente porque Heidenau ya no era un lugar seguro, al margen de la atrocidad.

A lo largo de aquellos cinco años de guerra Heiden no se había preocupado jamás por su propia integridad. Tenía el convencimiento —irracional, sí, pero lo tenía— de que regresaría a casa. No le importaban las miserias, el sufrimiento, el dolor que tendría que soportar, el que causaría, con el que tendría que aprender a vivir. Todo ello le parecía algo nimio; era un precio ridículo si a cambio podía mantener a su familia a salvo. Ahora era distinto. Ahora la guerra estaba en casa… Él se iba, y ya no tenía ninguna certeza de que Ilse y sus hijas estarían a salvo, lejos del horror que él conocía tan bien. Sus propios vecinos actuaban como delatores, las bombas caían a escasos quince kilómetros de su hogar. ¿Quién podía asegurarle que cualquier día no caerían en su propia casa? Él se marchaba de nuevo, una vez más; pero aquella vez era distinta…

El silbato del tren anunció finalmente su partida y Heiden subió al último vagón. La Policía Militar no abandonó la estación hasta que el

tren se puso en marcha y tomó velocidad para salir de Heidenau. Fuera de la estación, Heiden ya no era su responsabilidad, y solo entonces los policías abandonaron el andén. Heiden pudo verlos por la ventanilla. Qué diferente aquella partida… La última vez, hacía más de tres años, la última imagen que se llevaron de Heidenau sus ojos fue la de su esposa, la de sus hijas, diciéndole adiós con la mano desde el andén. Sintió de nuevo la náusea, intensa, aferrarse a su garganta, y tuvo que levantarse para acudir al baño. Su cuerpo intentaba expulsar de sí el horror que le invadía como una enfermedad, como algo físico, pero era un esfuerzo inútil. No le sirvió de nada. Volvió a su asiento, sacó de su pitillera un cigarrillo y lo encendió.

8

Al fin Riga… Llegar hasta la capital letona le había llevado casi tres semanas. Tres semanas de tortura interior, de incertidumbre por lo que había dejado atrás, por su esposa, por sus hijas… Durante el viaje se planteó mil veces desertar, volver sobre sus pasos y regresar a casa. Era lo que deseaba con toda su alma, lo que su ser le impulsaba a hacer, lo que sentía que era lo correcto… Sin embargo, cada vez que su corazón, sus sentimientos, le impulsaban a ello, la mente, fría, analítica, racional, bloqueaba la acción, le ponía freno. Volver junto a los suyos… ¿Sería eso de ayuda para su esposa, para sus hijas? Su regreso a casa de aquella forma, como desertor, solo podría ocasionarles problemas. En Heidenau no podía permanecer oculto. Cualquiera de sus vecinos, quien menos esperaba, podría denunciarle, y las consecuencias serían terribles: un campo de concentración para su familia, y para él, la muerte. Si desertaba y volvía a casa era para escapar, para llevarse a su familia de la ciudad que le vio nacer, en la que había vivido siempre. Una vez más se preguntaba: ¿adónde? Ya no había ningún sitio en el que refugiarse, ya no había lugares seguros… La guerra estaba en todas partes.

En aquellas semanas, el ánimo de Heiden fue oscilando entre la desesperación y la ira hasta que, al acercarse a la frontera con Lituania, al abandonar Prusia Oriental y con ello su país, una especie de oscura resignación, de fatalismo, de desesperanza, fue cayendo como una losa sobre su alma. Ya no había vuelta atrás, ya no había alternativa. En realidad, pensó, nunca la hubo. Por primera vez en su vida se sintió verdaderamente prisionero, como un ratón en una ratonera, sin ninguna posibilidad. Las circunstancias habían acabado arrebatándole el control de su vida.

La guerra pronto le absorbió de nuevo, la lucha por sobrevivir. Durante los últimos cinco días de viaje, cruzada ya la frontera, el sonido de los bombardeos y los ataques aéreos le había acompañado continuamente, de día y de noche, sin tregua. La situación para el Grupo de Ejércitos Norte había empeorado rápidamente en su ausencia y, tal y como pudo conocer de mano de otros oficiales y de los soldados con los que se cruzó en los convoyes en los que viajó, existía el riesgo de que el 18.º Ejército quedara cercado en Letonia.

Alcanzó la capital letona el dos de octubre. Su división defendía el suroeste de Riga; no tenía necesidad de pasar por la ciudad. Sin embargo, antes de regresar a su unidad, Heiden quiso acercarse hasta

el hospital del que había partido convaleciente el último día de agosto. Tenía algo pendiente: unas palabras con el coronel médico Walther Murnau.

El hospital, como la ciudad entera, era un verdadero caos, sumido en pleno proceso de retirada. Los heridos que aún quedaban en el recinto estaban siendo trasladados a toda prisa hacia el oeste, antes de que los rusos completaran su operación de cerco y cerraran el estrecho corredor que separaba la capital letona de Lituania. El hospital estaba siendo desmantelado para la evacuación. Heiden recorrió innumerables pasillos y salas entre un hervidero de sanitarios y heridos que transitaban de un lado para otro. Finalmente encontró al doctor Murnau en los quirófanos, organizando el traslado del material más sensible. Menudo, enjuto, pero duro como el acero, el jefe médico iba de un lado a otro, asegurándose en la medida de lo posible de que el instrumental básico, fundamental para su labor, era correctamente empaquetado y preparado para su traslado.

—¡Sean cuidadosos, por el amor de Dios! —Su voz, como la de un Júpiter furioso, se dejó oír en medio de la sala, alzándose por encima del caos—. Si todo esto no llega intacto a su destino, no podremos operar. ¡No podremos hacer nada! ¿Tan difícil resulta de entender?

Heiden le llamó.

—Doctor Murnau.

El médico alzó la vista sorprendido. A Heiden le pareció de pronto mucho más cansado y envejecido que la primera vez que le vio, como si aquellas semanas hubieran supuesto para él una carga que rozaba los límites de lo que podría soportar. El doctor Murnau esbozó una breve sonrisa al reconocerle.

—Capitán Heiden…

El médico se acercó a estrecharle la mano; un apretón breve, firme, noble.

—Diría que no esperaba verme de nuevo —apostilló Heiden.

—Por mis manos pasan muchos hombres… —respondió el coronel médico—. A la mayoría de ellos, para bien o para mal, no les vuelvo a ver.

—Aún recuerdo sus palabras cuando me concedió el permiso. No quería que me hiciese constar como desertor.

Murnau sonrió.

—Sabe de sobra que no lo hubiera hecho. Usted… Usted es distinto. —El médico le miró, y en sus ojos claros Heiden pudo ver por un instante un brillo extraño que no supo cómo interpretar—. ¿Consiguió llegar a casa?

—Sí.

—¿Y por qué ha regresado?

—Revocaron mi permiso.

Murnau suspiró.

—La situación aquí es crítica. Hasta en Berlín tienen conocimiento de ello… Lo siento por usted.

—Quería decirle… Quiero que sepa que le agradezco…

El médico cortó sus palabras con un movimiento seco de sus manos.

—Siga vivo, capitán. Es lo mejor que puede usted hacer por su médico.

Alguien reclamó al doctor Murnau desde otra de las salas de quirófanos, y el jefe médico se volvió sin despedirse. Heiden lo perdió enseguida de vista entre la multitud. Permaneció allí de pie, mirando sin ver el trasiego de personas y cajas a su alrededor, y pensó que, de vez en cuando, uno se encontraba con personas capaces de redimir al género humano. Murnau era una de ellas.

9

El teniente Lübeck entró en el refugio que compartía con parte de su batallón, buscando aislarse por un rato del fragor del combate para pensar con claridad. Su división ocupaba una precaria posición a unos cincuenta kilómetros al sureste de Riga, y el abrigo que empleaban él y sus hombres era poco más que un agujero cavado en la tierra cubierto con tablones y lonas de tiendas de campaña que difícilmente podía contener el estruendo de la artillería enemiga, que se esforzaba en alcanzar la periferia de la capital letona, pero allí al menos podría estar solo un tiempo.

Lübeck desplegó los mapas de la posición sobre una caja vacía de municiones, sacó de su funda de metal las gafas que le habían acompañado, milagrosamente intactas desde que comenzó la guerra, y se sentó a analizarlos una vez más.

El teniente Lübeck era un tipo cuanto menos curioso. Menudo, delgado, de cabellos negros como el carbón y ojos oscuros, inteligentes; su aspecto, especialmente cuando se ponía sus gafas de montura metálica para estudiar los mapas, era todo menos marcial. Lübeck encajaría mejor en cualquier oficina o en cualquier biblioteca que en una trinchera vestido de uniforme. Allí parecía fuera de lugar. No obstante, en aquellos cinco años de guerra, el teniente había demostrado sobradamente que estaba perfectamente capacitado para su labor. En la vida civil había sido topógrafo; los mapas no tenían secretos para él. En más de una ocasión su habilidad para interpretarlos y su capacidad para orientarse y encontrar un camino para llegar a cualquier parte habían resultado vitales para los hombres bajo su mando. Además, su complexión pequeña escondía una increíble resistencia física: el teniente Lübeck parecía irreductible al cansancio, y también al desaliento. Sin embargo, aquella tarde de principios de octubre, cerca ya del ocaso, mientras contemplaba una vez más sus mapas sobre la improvisada mesa, Lübeck suspiró, y en ese suspiro había cansancio y hastío. Desde el verano, desde que los soviéticos iniciaron su ofensiva, no había anotado en ellos más que retrocesos. Desde Leningrado habían cruzado Estonia y gran parte de Letonia. Ahora estaban casi junto a la frontera con Lituania y, además, con el riesgo de ser cercados por unas fuerzas que les superaban ampliamente en número y material. La situación era grave, como tantas veces en los últimos meses.

Lübeck recorrió con los dedos las sucesivas líneas del frente que

había dibujado en los mapas, desde Leningrado a su posición actual: una retirada tras otra, una lucha implacable por seguir con vida. Las líneas azules que definían sus propias posiciones contrastaban llamativamente con los nombres de las unidades soviéticas a las que debían hacer frente, anotadas en rojo, que les superaban del orden de cinco a uno, de ocho a uno en según qué zonas del frente: una marea roja que amenazaba con ahogarles.

Casi sin querer su mano se detuvo en la localidad de Friedrichstadt, en Letonia, que aún estaba bajo dominio alemán. Fue cerca de allí donde su superior, el capitán Heiden, fue herido. Lübeck no llegó a saber cómo. El batallón estaba realizando, una vez más, una retirada táctica para estabilizar el frente, y en la refriega Heiden desapareció. Un par de semanas después le llegó un comunicado del Estado Mayor de la división, en el que se le informaba de que el capitán Heiden había sido herido y trasladado a Riga, y hasta su reincorporación él quedaría al mando. No era la primera vez que el teniente Lübeck era el oficial de mayor rango del batallón. A lo largo de los más de tres años de guerra en Rusia su unidad había tenido varios mandos, que habían sufrido baja por unos u otros motivos, y Lübeck había tenido que ocupar temporalmente su puesto, pero para el teniente el capitán Heiden era distinto, distinto a los demás.

Todavía podía recordar la primera vez que le vio, cuando llegó para asumir el mando de la unidad, en el invierno de 1941, en el frente de Leningrado. Se presentó en el refugio del batallón en medio de una ventisca de nieve que había paralizado las operaciones militares en la zona después de recorrer a pie, durante la noche, solo, diez kilómetros, los que le separaban del último puesto de suministros de la división. En esos tres años había podido apreciar en él algo que ningún otro oficial antes de Heiden había tenido: carisma. Heiden sabía desempeñar su oficio, tenía una extraordinaria capacidad para calibrar las situaciones: sus propias fuerzas, las del enemigo, los suministros, el terreno… Cada misión que le era encomendada la dirigía junto a sus hombres en primera línea, para estar al tanto inmediatamente de unas circunstancias que en combate eran siempre cambiantes y modificar las órdenes, las tácticas, para lograr su objetivo. Lübeck había llegado a considerarle un verdadero profesional, un profesional de la guerra, un fruto de la guerra misma, si es que puede existir algo así; siempre alerta, siempre sereno, inmutable. Bajo su mando, el caos de la batalla era menos caos. Heiden parecía ser capaz de ver en mitad del combate un cierto orden, unas reglas… Algo que los demás quizá no veían, pero a los que combatían bajo su mando les proporcionaba una especie de seguridad: el capitán sabía lo que hacía, no era uno de esos locos ávidos de medallas que embestía al enemigo sin pensar, a quien no le importaba

sacrificar a sus hombres. Con él parecía existir al menos una posibilidad de seguir vivo.

Con frecuencia le habían visto bajo el fuego enemigo en alguna posición elevada, estudiando con sus prismáticos los movimientos de su oponente sin que su pulso temblara, sin que su cara se alterara lo más mínimo, como quien estudia tranquilamente al resguardo de su búnker un plano de operaciones, como si fuera de piedra. En la lucha, cuando el miedo atenaza y bloquea, cuando los nervios están a punto de estallar y uno cree que puede llegar a enloquecer de pura angustia, alzar la vista y ver a Heiden impasible mantenía esa locura bajo control. Si él estaba tranquilo es que había una oportunidad, al menos una, de sobrevivir… Ahora que él no estaba, ¿quién les daría esa oportunidad?

Lübeck volvió a contemplar los mapas. Tenía órdenes de retirarse paulatinamente hacia Riga. Parecía que el objetivo del Grupo de Ejércitos Norte era evacuar a las unidades que luchaban en Letonia a través de un estrecho corredor de apenas cuarenta kilómetros de ancho junto a la costa del mar Báltico hacia la península de Curlandia antes de que las tropas del Ejército Rojo los cercaran. Su batallón sería el encargado de proteger la retirada de la división: haría frente a al menos tres divisiones soviéticas para que el grueso de sus tropas pudiera alcanzar las nuevas líneas de defensa, aún por definir.

El teniente Lübeck era un buen táctico, un oficial capaz, pero conocía también sus limitaciones, y sabía que no tenía el carisma del capitán Heiden. Era cierto que apenas conocía a Heiden salvo en lo estrictamente militar. No sabía cuál era su ciudad de origen, a qué se había dedicado antes de la guerra… Ni siquiera sabía a ciencia cierta su edad. No conocía nada de él, salvo su forma, extraordinaria, de conducirles en el combate, y que era un excelente jugador de ajedrez. En los tiempos muertos de la guerra, esos períodos de espera, a veces tensa, entre combate y combate, mientras la mayoría de los soldados se dedicaban a buscar el alcohol de mayor graduación que pudieran conseguir para festejar que seguían vivos o a jugarse su soldada al Skat [1] , el capitán Heiden, al que Lübeck jamás había visto probar una gota de alcohol, se tumbaba en su catre con un pequeño libro que guardaba en el bolsillo superior de su guerrera y podía pasarse horas enteras contemplando una sola de sus páginas. El teniente acabó descubriendo que aquel libro contenía problemas de ajedrez, un juego que a él le apasionaba, así que decidió ponerse a tallar en madera las piezas. Tiñó con betún las fichas negras y dibujó un tablero detrás de uno de sus mapas. Su tarea, que le llevó varias semanas, le valió las chanzas de gran parte de sus hombres, que daban por sentado que el capitán, tal y como ellos le conocían, no se dignaría a malgastar su tiempo midiéndose con el teniente sobre el tablero. Para sorpresa de

todos, el día que Lübeck le presentó su obra de artesanía, Heiden aceptó sin reparos. Las partidas de ajedrez entre ambos oficiales pronto generaron gran expectación entre los soldados, que con frecuencia cruzaban apuestas sobre quién sería el vencedor: el flemático Heiden o el visceral Lübeck, tan dado a maldecir con todas las expresiones del diccionario y algunas más de su propia invención cuando la partida no se desarrollaba como él hubiera deseado…

Una breve sonrisa quiso insinuarse en los labios de Lübeck al recordar aquellos momentos, que eran como una isla de calma en medio de la barbarie. El teniente conocía a muy pocos hombres con el carácter y el temple del capitán, prácticamente ninguno, y había llegado a la conclusión de que Heiden era un hombre poco común, sin duda. Extraordinario.

De pronto el teniente Lübeck escuchó pasos a su espalda: alguien se acercaba hasta la entrada de su improvisado puesto de mando. Lübeck, de espaldas a la puerta, ni siquiera se volvió. «Las órdenes por escrito del puesto de mando de la división…», pensó hastiado. Hacía un rato que había enviado al cabo Wolfgang Scheer a recogerlas.

—Deje los papeles en cualquier parte, Scheer —dijo tan solo, de mal humor, sin levantar la mirada de sus mapas—. Luego les echaré un vistazo.

Una voz seca, metálica, aunque familiar, le respondió.

—No soy Scheer.

Como si hubiera recibido una descarga eléctrica, Lübeck se puso en pie y se volvió atónito. Al hacerlo pudo contemplar la silueta alta y espigada del capitán Heiden, más pálido y delgado de lo que él recordaba, sí, pero, si bien físicamente parecía algo desmejorado, sus ojos claros, de un azul desvaído, casi grises, seguían manteniendo esa fuerza que les caracterizaba, penetrantes como una navaja, capaces de vislumbrar los últimos recovecos del alma humana.

—Por todos los demonios…, capitán Heiden…

Lübeck se quedó sin palabras, de pie, quieto como una estatua. Heiden entró en el refugio, se desabrochó el abrigo y empujó con el pie una caja vacía de municiones para tomar asiento frente a la improvisada mesa de mapas del teniente.

—¿Hay posibilidad de tomar café? —preguntó Heiden—. Con él será más fácil digerir el desastroso informe de situación que sin duda me va a presentar.

Lübeck, que le miraba como quien viera una aparición, reaccionó. Se apresuró a colocar un cazo con agua sobre el hornillo que hacía las veces de estufa y preparó el café que Heiden había pedido.

—No esperaba que volviera… —dijo al fin mientras servía dos tazas del negro brebaje—. Quiero decir… La división no nos había informado de que usted…, en fin, estaba ya recuperado…

—Las vías oficiales son lentas.

Lübeck le miró fijamente.

—¿Qué ocurrió en Friedrichstadt?

—Un francotirador. Dos balazos en el pecho —respondió Heiden sucintamente.

—Scheer debía estar con usted.

—Le había mandado de regreso a nuestras posiciones. En el momento en que me alcanzaron estaba solo.

—¿Y con dos balazos en el pecho consiguió llegar al puesto de socorro?

Heiden asintió sin ningún otro gesto, sin ninguna emoción. Acercó a sus labios la taza de café que Lübeck le había preparado y bebió un sorbo. El teniente le miraba con una mezcla de admiración y respeto.

—¿Nuestros hombres siguen vivos? —preguntó Heiden.

—La mayoría de ellos, capitán.

Heiden hizo un breve gesto de conformidad.

—Ha hecho un buen trabajo, teniente. —Y tras una breve pausa añadió—: Ahora póngame al día. La situación dista mucho de ser buena.

—Eso me temo, capitán.

Lübeck tomó asiento junto a Heiden y puso en orden los mapas extendidos sobre la mesa. Antes de comenzar su informe miró de nuevo al oficial.

—Capitán.

Los ojos claros, fríos e inexpresivos de Heiden se detuvieron en el teniente.

—Me alegro de que esté de vuelta.

Heiden simplemente asintió.

10

Tras escuchar el informe del teniente Lübeck, poco esperanzador, Heiden se dirigió al puesto de mando de la división para informar de su llegada. Era normal que Lübeck no tuviera constancia de su recuperación y su incorporación de nuevo al servicio activo. Su permiso de convalecencia había sido anulado desde Berlín: en el frente, muy probablemente, aún no tenían constancia de ello. La situación, tal y como Lübeck le había explicado, tenía poco de halagüeña. Con el 16.º y el 18.º Ejércitos a punto de ser cercados no cabía otra alternativa que la retirada, una retirada que a los ojos de Heiden llegaba tarde, como de costumbre. Los soviéticos habían reunido una cantidad ingente de fuerzas para su ofensiva de verano. Retirar dos ejércitos del norte de Letonia bajo esa presión enemiga iba a resultar harto difícil, si bien, como Heiden ya sabía por experiencias anteriores, aquello no era ninguna novedad. Ésa había sido la tónica habitual desde que comenzó el verano.

El fuego de artillería se hacía sentir, pesadamente, machacando la retaguardia, preparando el camino para el próximo ataque ruso. Apenas si encontraba respuesta por parte de las armas alemanas. El frente, no obstante, permanecía relativamente tranquilo. En el puesto de mando de la división le informaron puntualmente de los próximos movimientos: una retirada progresiva hasta la capital letona, Riga, para después establecer varias líneas defensivas escalonadas que mantuvieran abierto el estrecho corredor entre la costa del golfo de Riga y las localidades de Mitau y Dobele, a través del cual se evacuaría el mayor número posible de fuerzas.

—Su batallón ha destacado por su capacidad defensiva —le dijeron los mandos—, de modo que será el encargado de proteger la retirada de la división.

Heiden escuchó las instrucciones de los oficiales de inteligencia en silencio, un silencio no exento de ira. Esa capacidad defensiva de la que hablaban consistía en mantener unas posiciones indefendibles con unos recursos más bien escasos para permitir que otros pudieran alcanzar un lugar seguro. Eso, desde que había comenzado la ofensiva de verano, se había convertido en el desempeño habitual de su batallón, y aquello costaba vidas, las vidas de sus hombres…

Al salir del puesto de mando se encontró cara a cara con el cabo Scheer, que esperaba pacientemente que le entregaran las hojas de órdenes que el teniente Lübeck le había enviado a buscar. Desde que

Heiden asumió el mando del batallón, el joven Scheer había sido su ordenanza, ejerciendo de enlace durante los combates, convirtiéndose prácticamente en su sombra. Era un muchacho discreto, responsable y capaz, que había desempeñado extraordinariamente su labor en Rusia. Tenía diecinueve años cuando le conoció; le habían sacado de la universidad, donde estudiaba arquitectura. Desde entonces solo había conocido la guerra.

Scheer se quedó mirando al capitán como si hubiera visto un fantasma. En los años de guerra en Rusia había permanecido junto a él siempre, salvo aquella tarde de agosto de 1944, en las cercanías de Friedrichstadt. El capitán le mandó de regreso al batallón mientras él permanecía aún un tiempo oteando el horizonte con sus prismáticos, tratando de averiguar cuál sería el siguiente movimiento de las tropas soviéticas que se apostaban frente a ellos. Scheer obedeció, como siempre, sin preguntas, sin dudas. A lo largo de aquellos años había aprendido a confiar en el capitán como si fuera el profeta de una nueva religión, porque sus decisiones, sus acciones, les habían permitido seguir vivos… Sin embargo, aquella tarde Heiden desapareció. El batallón tuvo que seguir avanzando bajo las órdenes del teniente Lübeck, dejando atrás a Heiden, que no les había abandonado nunca… Semanas más tarde le comunicaron a Lübeck que el capitán había sido herido y que hasta su reincorporación él quedaría al mando. Scheer había temido lo peor. Perder al capitán era como perder la esperanza de sobrevivir a la guerra. Sin su liderazgo, sin su capacidad de ver en el combate lo que los demás no veían, ¿cómo iban a enfrentar lo que estaba por venir? Y, de pronto, estaba de nuevo allí, en aquella fría tarde de octubre, frente a él: alto y espigado, pálido, con aquellos ojos claros, fríos, duros, que intimidaban, como si nada hubiera pasado, como si aquellas semanas hubieran sido tan solo un breve paréntesis en la lucha por seguir con vida.

—Vamos, Scheer —le dijo. Su voz metálica, carente de emoción, sonaba exactamente como él la recordaba—. No le harán esperar más por esas órdenes que el teniente Lübeck le mandó buscar. —Señaló un bolsillo de su guerrera—. Las tengo yo.

* * *

Los veteranos de su batallón seguían vivos, tal y como Lübeck le había dicho. A medida que iba cayendo la noche fueron llegando al refugio que hacía las veces de puesto de mando de su unidad el sargento Hilberg, Kastenbaum, Steiner, Gross… Sabedores de que Heiden era reacio a cualquier manifestación emotiva, su

comportamiento fue como si el capitán no se hubiera ido nunca. No obstante, aquella noche en el abrigo, a pesar de la gravedad de la situación militar, se respiraba otro ambiente: había esperanza. Si había una salida, una posibilidad, tan solo una, de sobrevivir a la guerra, Heiden daría con ella.

Heiden se tumbó en su camastro y sintió de pronto un peso abrumador sobre su pecho. No era por las recientes heridas; no era un dolor físico. Pensó en Ilse, en sus hijas, que se habían quedado atrás, solas, cuando la guerra estaba ya tan cerca de casa… Sintió la responsabilidad, enorme, que volcaban sobre él las esperanzas de aquel puñado de hombres, algunos, como Scheer, poco más que adolescentes, que apenas si habían conocido otra cosa que no fuese el terror, aquellos hombres que confiaban en él, que ponían sus vidas en sus manos, en sus decisiones, con la esperanza de sobrevivir… Y se sintió de repente… viejo. Infinitamente cansado, y viejo… Acababa de cumplir treinta y dos años.

11

Cubrir la retirada de la división desde el sureste de Riga hasta la línea Tuckum-Dobele supuso para el batallón de Heiden una durísima serie de batallas defensivas que diezmaron casi el treinta por ciento de sus efectivos. El diez de octubre, Riga quedó al alcance de la artillería soviética. El día trece, los rusos alcanzaron la margen derecha del río Dvina, y el quince cayó la ciudad. Los días sucesivos fueron una batalla perdida para alcanzar las posiciones de Tuckum-Dobele y desde allí escapar hacia Curlandia.

Ante el empeoramiento progresivo de la situación militar a principios de noviembre, Heiden fue llamado al Estado Mayor de la división. La unidad dejaría de pertenecer al Grupo de Ejércitos Norte y pasaría a formar parte del Grupo de Ejércitos Centro, con lo cual, su retirada no sería hacia el norte, hacia la península de Curlandia, sino que se retirarían hacia el suroeste, hacia Prusia Oriental, con el objetivo de alcanzar la ciudad portuaria de Memel. La idea era defender la ciudad, ya en territorio alemán, para, en el caso de que las circunstancias no fueran favorables, evacuarla por mar.

El capitán planteó seriamente a los mandos la situación de su batallón: si querían que prosiguiera con su misión de escudo frente a los ataques soviéticos, necesitaba artillería, necesitaba tanques, necesitaba transportes para sus tropas. Fue así como el batallón acabó convertido en el Kampfgruppe [1] Heiden. El capitán consiguió hacerse con dos tanques Tiger [2] , dos cañones antitanque de 75 milímetros y un antiaéreo de 88 milímetros, el único capaz de perforar el blindaje de los tanques soviéticos, así como algunos vehículos para el transporte de sus hombres. Retrocediendo progresivamente de una precaria posición a otra, combatiendo hasta el límite de sus fuerzas, Heiden y sus hombres cruzaron Lituania y alcanzaron finalmente su destino a mediados de diciembre de 1944.

Hacía un frío intenso la mañana que avistaron Memel por primera vez. Al alcanzar la cima de una pequeña loma, el capitán, que iba en cabeza subido a la torreta de uno de los tanques Tiger, levantó la mano, y la columna se detuvo. El día era claro, un frío y luminoso día de invierno, con el cielo totalmente despejado. A lo lejos, en el horizonte, se intuían las siluetas de los edificios de la ciudad de Memel y, un poco más lejos, el mar. Columnas de humo se elevaban desde la ciudad, que parecía haber sufrido recientemente los bombardeos de la aviación enemiga.

Heiden estudió la situación con sus prismáticos. Entre aquella loma, a unos diez kilómetros de la ciudad, y Memel se extendía una llanura, sin apenas árboles, sin ríos, sin colinas ni zonas pantanosas, sin prácticamente ninguna barrera natural. Un excelente campo de tiro para el enemigo que les perseguía, pensó Heiden, y una línea del frente imposible de defender para él.

—Lübeck. —La voz fría y neutra del capitán reclamó al teniente a su lado.

Lübeck saltó del asiento del copiloto del pequeño Kübelwagen [3] en el que viajaba junto a Scheer, que iba al volante, y se encaramó rápidamente, con su habitual energía, a la torreta del tanque, llevando consigo su inseparable cartera de mapas. Heiden le tendió los prismáticos, y Lübeck contempló un largo rato la planicie que se extendía entre ellos y la ciudad de Memel.

—¿Qué opina? —preguntó Heiden cuando el teniente bajó por fin los prismáticos.

—Lo mismo que usted —respondió Lübeck secamente—. Una mierda.

El teniente sacó de su cartera el mapa de la posición y lo extendió sobre el blindaje del tanque.

—En torno a la ciudad no hay más que una llanura que no ofrece ningún resguardo, ninguna barrera natural para montar una defensa más o menos consistente. —El teniente fue señalando distintas posiciones en el mapa—. Un pequeño bosquecillo aquí, y aquí, esta pequeña colina, que ni siquiera merece ese nombre…, pero nada que pueda ofrecer una mínima cobertura. Defender esto va a ser, como poco, difícil, si no imposible. Además, la orientación al este juega contra nosotros. El sol nos dará directamente en los ojos cada amanecer, mientras que el enemigo lo tendrá a su espalda, lo que les pondrá en bandeja los ataques al alba, concienzudamente preparados al amparo de la oscuridad de la noche anterior. Y, de hecho… —Lübeck alzó de pronto la vista, antes de seguir hablando—, ese factor juega ya contra nosotros. No creo que queden más tropas alemanas en retirada. Es muy probable que seamos los últimos en dirigirnos a Memel. Los defensores pueden fácilmente confundirnos con el enemigo, al que esperan desde hace tiempo, y abrir fuego cuando nos aproximemos a la ciudad… ¿El puesto de mando de Memel tiene conocimiento de nuestra llegada?

Heiden se tomó su tiempo antes de contestar. Desde que fueron transferidos al Grupo de Ejércitos Centro, la unidad de Heiden no había recibido ningún informe de situación del Estado Mayor. La última orden para el recién constituido Kampfgruppe Heiden era cubrir la retirada del grueso de la división desde la última línea defensiva Tuckum-Dobele hacia el suroeste, hacia Prusia Oriental, con

destino Memel. De eso hacía ya tres semanas, tres semanas librando combates defensivos, buscando ganar tiempo a costa de sangre para garantizar una retirada ordenada. Tres semanas agónicas, luchando por sobrevivir, aislados. ¿Esperarían aún en Memel su llegada? ¿Contarían todavía con ellos o les habrían dado ya por desaparecidos o muertos? Era difícil conocer la respuesta.

—Lo sabremos a medida que nos vayamos aproximando a la ciudad.

El capitán Heiden dio orden de continuar el avance. Los vehículos que formaban parte del Kampfgruppe avanzarían en fila de a uno, guardando al menos una distancia de quince a veinte metros entre ellos para convertirlos en un blanco menos vulnerable en el caso de que los propios camaradas, los defensores de Memel, dispararan sobre ellos por error. Heiden encabezaría la marcha en uno de los tanques Tiger. El otro iría a retaguardia. Entre ambos avanzarían los camiones, los cañones y el pequeño todoterreno que Scheer conducía. Al reiniciar la marcha, el sol brillaba ya con fuerza en el este.

Desde su posición al frente de la columna, Heiden oteaba con los prismáticos de cuando en cuando la llanura que tenía ante sí. Pensaba, no sin inquietud, que el sol que se elevaba lentamente a su espalda cegaría a los camaradas que defendían Memel, lo cual, si no esperaban la llegada del Kampfgruppe, haría complicado que les reconocieran. Con todo el frío, la lluvia y la nieve que habían tenido que soportar en Rusia, resultaba descorazonador que justo aquel día fuera tan claro y luminoso. Una pregunta absurda cruzó por su mente: ¿tenía algún sentido sobrevivir a casi cuatro años de guerra en Rusia para acabar cayendo bajo el fuego de la propia artillería? Heiden se pasó una mano por la frente y desechó enseguida aquella idea. No debía pensar en ello. No podía aportarle nada bueno.

La columna avanzaba despacio, formando una estirada línea. El teniente Lübeck seguía al tanque que iba en cabeza en el Kübelwagen que Scheer conducía. Durante un largo rato solamente se escuchó el sonido ronco de los motores de los vehículos. Todas las gargantas estaban enmudecidas, y todos los oídos atentos a una posible descarga de artillería procedente de Memel. La tensión llenaba el aire.

Lübeck no apartaba la vista del capitán, que, asomado a la torreta del tanque, prismáticos en mano, iba completamente al descubierto.

—Es un blanco perfecto para cualquier tirador —oyó que murmuraba el cabo Scheer a su lado.

Lübeck esbozó una media sonrisa amarga. El capitán, al exponerse de aquella forma, ponía en riesgo su propia vida. Eso formaba parte de su estrategia.

—Así es —respondió al fin—. Él lo sabe.

Cada kilómetro recorrido en aquella llanura en dirección a la

ciudad de Memel pareció durar una eternidad. En más de una ocasión, destellos en el horizonte y detonaciones lejanas, probablemente del bombardeado puerto de la ciudad, hicieron temer a los hombres del Kampfgruppe un inminente ataque de artillería. Sin embargo, no fue así. A unos cinco o seis kilómetros de la periferia de la ciudad comenzaron a distinguirse sobre el terreno lo que parecían ser fosos antitanque o trincheras cavadas en el suelo. De pronto, una voz les dio el alto.

—Unidad y destino.

El capitán Heiden alzó nuevamente la mano, y la columna se detuvo.

—Kampfgruppe Heiden —respondió el capitán—. Venimos a relevarles.

En ese momento comenzaron a aparecer cascos de acero asomando por el borde de agujeros cavados en la tierra helada: rostros demacrados, pálidos. Los fusiles y los Panzerfaust [4] , que probablemente habían estado apuntando a la columna del Kampfgruppe todo el tiempo, desde que se perfiló en la lejanía, fueron asegurados. Las armas dejaron de ser una amenaza. Uno de aquellos soldados saltó de su pozo de tirador y caminó hacia el tanque de Heiden. El capitán bajó del mismo. Se saludaron.

—Capitán Heiden, al mando del Kampfgruppe.

—Sargento Pfeiffer, herr [5] Hauptmann. —Un agotamiento extremo emanaba de la voz del suboficial—. No contábamos ya con ustedes.

—Lo imagino —respondió el capitán—. ¿El oficial al mando de su unidad, sargento?

—Yo soy el soldado de mayor rango, herr Hauptmann.

Heiden contempló la cara del suboficial, sus ojeras, sus mejillas hundidas, su aspecto enfermo… Si aquel sargento era el oficial de mayor rango en aquella posición, ¿cuántos hombres habían caído allí?

—Bien, sargento Pfeiffer, expónganos la situación. Teniente Lübeck, traiga los mapas.

Los dos oficiales y el sargento se reunieron junto al tanque Tiger, sobre cuyo blindaje desplegaron los mapas de la posición. El sargento Pfeiffer expuso sobre el papel la precaria situación de la defensa de Memel. El teniente Lübeck iba haciendo anotaciones sobre los planos, siguiendo las indicaciones del sargento. El capitán Heiden escuchaba en silencio. Solamente al final hizo algunas preguntas.

—¿Han podido levantar algunas defensas anticarro?

—Así es —respondió Pfeiffer—. Además de las zanjas que le he comentado, también hemos colocado minas, las pocas que nos quedaban, aquí y aquí. —Señaló un par de sitios en el mapa, que Lübeck anotó—. Mis hombres guiarán sus vehículos por los pasos abiertos hasta aquel bosquecillo de abetos. —El sargento señaló un

grupo de árboles a aproximadamente un kilómetro y medio hacia el oeste, en la retaguardia de la posición—. Cerca de allí tenemos nuestros refugios. Allí los vehículos estarán al menos parcialmente ocultos de la aviación enemiga.

—Necesitaré también que alguno de sus hombres acompañe al teniente Lübeck en un recorrido por la posición. He de hacerme una idea exacta de la situación y del estado de nuestras defensas.

—Sí, capitán.

Inmediatamente comenzó el movimiento. Uno de los hombres del sargento Pfeiffer se encaramó al tanque en cabeza, acompañado del sargento Hilberg, y la columna de vehículos comenzó a avanzar, lenta y sinuosamente, entre las defensas anticarro levantadas por Pfeiffer y sus hombres. El teniente Lübeck se alejó con dos soldados de la unidad del sargento a reconocer la línea que el Kampfgruppe debería mantener en los días sucesivos. Heiden se quedó con el sargento Pfeiffer.

—Sus hombres pueden ir recogiendo sus equipos, sargento —le dijo al suboficial—. En cuanto nos hayamos instalado en la posición pueden retirarse. Su misión aquí ha concluido.

Con un gesto el sargento dio permiso a algunos de sus soldados de los puestos avanzados para regresar a los refugios y comenzar los preparativos para su retirada, y después permaneció silencioso, inmóvil, junto al capitán.

Había algo extraño en aquel silencio, en aquella quietud. Heiden miró a Pfeiffer y pudo ver cómo su rostro iba palideciendo progresivamente hasta quedarse lívido, cómo sus manos comenzaban a temblar y su mirada se perdía en el infinito, un infinito de pesadilla. Heiden reconoció enseguida aquellos síntomas. Ya los había visto antes en otros, incluso entre sus propios hombres. Aquellos eran los síntomas de unos nervios al límite que se quiebran, de una resistencia moral que se derrumba. El sargento Pfeiffer había soportado demasiado tiempo una terrible presión, y, de pronto, al verse libre de esa carga, algo se había roto en su interior: estaba al borde de una crisis que rozaba la desesperación y la locura.

—Pfeiffer.

Heiden le llamó por su nombre, pero el sargento no fue capaz de responder. El capitán le agarró de un brazo, obligándole a caminar, a alejarse de la tropa y de los vehículos en movimiento, hasta que alcanzaron una pequeña roca, al margen de las posiciones defensivas, fuera de la vista de los soldados que se retiraban. Heiden conminó a Pfeiffer a tomar asiento. El sargento ocultó el rostro entre sus manos y rompió a llorar.

Durante un tiempo —Heiden no sabría precisar cuánto— el sargento Pfeiffer permaneció allí, acurrucado sobre sí mismo, sin

fuerzas siquiera para hablar, ahogado por ese llanto que era como una marea que no podía controlar. Heiden permaneció sentado a su lado, en silencio. Sabía de sobra que no había palabras que pudieran aliviar aquella angustia, aquel dolor interior; no había palabras de consuelo, ni de esperanza, que pudieran contener aquel torrente de lágrimas, porque el sargento no lloraba por tristeza ni por desesperación… O tal vez sí: era posible que sus lágrimas también tuvieran una parte de eso. Pero el motivo fundamental de aquel llanto incontrolable, incoercible, era que Pfeiffer había llegado a su límite, que no podía más.

Heiden le calculó al sargento como mucho veintidós o veintitrés años, no más que su ordenanza, el cabo Scheer. Como tantos otros, había abandonado la niñez, la temprana juventud, para entrar en una guerra. No había conocido otra cosa. Y tras años de combates, de lucha y barbarie, ya no podía soportarlo más. Se hundía.

Heiden simplemente le dejó llorar. Aquel llanto era la reacción física de ese muchacho ante el horror, como en su caso lo era la náusea, esa náusea difícilmente soportable que le asaltaba de cuando en cuando. Se preguntó cuántos cientos, miles de hombres, de todos los lugares y naciones, se habían visto forzados a pasar por ello en los últimos años. Sintió que la náusea atenazaba su garganta y sacó su pitillera del bolsillo del abrigo. Encendió un cigarrillo: ese humo acre que le servía de barrera contra la náusea.

Pfeiffer se fue poco a poco calmando. Le reconfortó la presencia del capitán y, sobre todo, su silencio, porque en medio del terror se sintió menos solo, sintió que, con su silencio, Heiden le estaba mostrando que le comprendía. Alzó la vista, y sus ojos estaban enrojecidos por el llanto, pero no quedaba en ellos ya ni un atisbo de aquella desesperación, de aquella locura que por unos momentos se habían adueñado de su ser. Heiden le ofreció un cigarrillo, que Pfeiffer aceptó con mano aún temblorosa.

—Capitán, yo… —comenzó a decir.

Heiden hizo un gesto con la mano, cortando de raíz las disculpas que el sargento quería enlazar. No debía disculparse. Nadie debería disculparse por ser… humano. El sargento no podía siquiera imaginar hasta qué punto Heiden le comprendía.

—Ya se acabó —dijo—. Para usted ya se acabó. Ha cumplido, así que vaya a Memel y espere la evacuación.

Pfeiffer le miró largamente. Había cansancio en los ojos del sargento, un cansancio extremo. Cansancio, tristeza, miedo…, y también gratitud.

Heiden se puso en pie.

—Vayamos a los refugios.

* * *

El sargento Pfeiffer guio a Heiden entre las minas y las defensas anticarro algo más de un kilómetro, hasta alcanzar los refugios que habían servido de cobijo a sus hombres el tiempo que habían defendido aquella posición, y que eran poco más que trincheras cavadas en la tierra helada. El teniente Lübeck, tras completar su ronda de reconocimiento, había apostado ya a algunos hombres del Kampfgruppe en los puestos de vigilancia avanzados para sustituir a los hombres de Pfeiffer. Los vehículos habían quedado a cubierto de los reconocimientos aéreos en el bosquecillo cercano. Pfeiffer reunió a los pocos hombres de su unidad que seguían con vida: no llegaban ni a medio centenar. Se despidió de Heiden.

—Buena suerte, herr Hauptmann —le dijo, y había una extraña emoción en su voz—. Confío en que la tenga. La necesitará.

El rostro de Heiden permaneció hierático, impenetrable.

—También usted, sargento. También usted.

12

El sargento Pfeiffer y sus hombres abandonaron el lugar. Las tropas del Kampfgruppe Heiden tomaron posesión de los abrigos, acomodándose en ellos como si tuvieran que pasar allí una larga temporada. Entretanto, el teniente Lübeck y el capitán se sentaron una vez más frente a los mapas para analizar la situación.

La posición que debían mantener era difícilmente defendible. Frente a ellos se extendía una llanura sin ninguna colina, sin ningún bosque, sin ningún río, nada que ofreciera una mínima barrera natural al avance de las tropas enemigas. Las zanjas antitanque y las minas que los hombres de Pfeiffer habían colocado, y que Lübeck había recogido cuidadosamente en el mapa, servirían en parte para frenar un ataque soviético, sobre todo de blindados, pero no contendrían un avance decidido de la infantería, y el escaso número de efectivos del Kampfgruppe, que apenas alcanzaba a formar un batallón, no podría establecer una defensa en profundidad ni detener al enemigo indefinidamente.

—No tenemos muchas alternativas —concluyó Lübeck.

Heiden, inmutable, con el ceño levemente fruncido, guardó silencio, recorriendo con la mirada los mapas extendidos frente a él.

—Reforzaremos las defensas anticarro aquí y aquí —dijo al fin, señalando varios puntos en el mapa—. Cavaremos más zanjas y más pozos de tirador. El sargento Pfeiffer informará al puesto de mando de Memel de nuestra llegada, así que en breve recibiremos instrucciones. Confío en que podamos contar al menos con material. Sería bueno minar esta franja de terreno. —Señaló una zona vacía frente a las posiciones que ocupaban—. Eso al menos dificultaría un asalto directo a nuestras líneas. Si pudiéramos contar también con más reservas de munición para la artillería y los tanques, quizá lograríamos aguantar unos días.

La mirada de ambos oficiales se dirigió, casi sin quererlo, a las unidades soviéticas que debían enfrentar: dos ejércitos, uno de ellos blindado. Eso contra unos efectivos propios que apenas llegaban al centenar de hombres…

El capitán alzó la vista de pronto y se puso en pie.

—Bien, Lübeck. Pongámonos a trabajar.

* * *

El teniente Lübeck reunió al sargento Hilberg y a unos cuantos hombres más, indicándoles los puntos del frente donde debían comenzar a cavar las nuevas zanjas antitanque. Hilberg, como era habitual en él, protestó contra aquella tarea.

—Esto me resulta vagamente familiar, teniente —gruñó—. De nuevo cavar, cavar como ratas. Luchar y cavar, apenas hemos hecho otra cosa en los últimos meses.

—Cuando silben las balas sobre tu cabeza y no tengas un miserable agujero en el que refugiarte, entonces lamentarás no haber cavado como una rata, Hilberg —le respondió simplemente Lübeck, que conocía sobradamente la socarrona forma de ser del sargento—. Lo dejo a tu elección.

Hilberg murmuró algo así como una maldición, cogió su pala de trinchera y echó a andar, seguido de Kastenbaum, Steiner y algunos hombres más, hacia el lugar que el teniente les había indicado. A continuación, Lübeck distribuyó al resto de efectivos del Kampfgruppe y organizó los turnos de guardia para los puestos avanzados de vigilancia.

Poner en marcha el funcionamiento de la nueva posición le llevó un tiempo. Regresó junto al capitán; el sol ya estaba en su cenit.

Lübeck y Heiden contemplaban en silencio el horizonte, hacia el este, el lugar por el que llegaría la acometida de los soviéticos, más temprano que tarde. Los hombres se afanaban en cavar en la tierra helada, dura como una roca. Algunos zapadores colocaban las escasas minas que habían traído consigo.

El teniente Lübeck apretó los dientes.

—No hay mucho más que podamos hacer —dijo.

Heiden movió la cabeza.

—Esperar.

Lo más difícil de la guerra, y también de la vida: esperar…

La espera, en este caso, sin embargo, fue breve. Mientras los dos oficiales permanecían de pie, contemplando la llanura indefendible que tenían ante sí, un enlace del puesto de mando de Memel llegó a la posición. El soldado detuvo su motocicleta cerca de los refugios y sin detener el motor preguntó por el oficial al mando. El capitán Heiden se acercó y el soldado le entregó un sobre.

—Órdenes del puesto de mando de Memel, herr Hauptmann —le informó.

Heiden lo abrió y leyó su breve contenido en silencio. Su ceño se frunció de manera imperceptible como único signo de contrariedad. Su rostro permaneció hermético.

—¿Debo esperar respuesta, herr Hauptmann? —preguntó el enlace.

Heiden se demoró apenas un momento al contestar.

—Responderé personalmente —dijo tan solo, con dureza—. Me guiará usted hasta el puesto de mando. Lübeck, busque a Scheer —añadió dirigiéndose al teniente—. Que prepare el Kübelwagen. En mi ausencia queda usted al mando.

* * *

Memel era una ciudad prácticamente en ruinas. Los bombardeos de la aviación enemiga habían reducido a escombros la mitad de los edificios. Mientras avanzaba en el Kübelwagen que Scheer conducía, siguiendo al enlace entre las ruinas, Heiden contempló con preocupación la ingente cantidad de civiles que aún quedaban allí. ¿Cómo pensaba el mando de la ciudad evacuar a toda aquella gente, a cientos, tal vez varios miles de personas, antes de que los soviéticos cayeran sobre la ciudad? ¿Cuánto tiempo debía su Kampfgruppe resistir para que aquella evacuación fuera posible?

Pasaron junto al puerto. Centenares de personas hacían cola para intentar embarcar en una de las pocas barcazas ancladas en los muelles que aún no habían sido destruidos por la aviación enemiga. Pasaron frente a uno de los pocos edificios que aún se mantenían en pie, en cuya fachada habían colgado una sábana blanca con una gran cruz roja pintada en ella: el hospital. El enlace detuvo su motocicleta junto al antiguo ayuntamiento de Memel, no lejos del hospital, en el centro de la ciudad. Para entonces una ira sorda crecía sin control en el interior de Heiden. El capitán saltó del vehículo y entró en el edificio. El cabo Scheer tuvo que correr para alcanzarle una vez dejó estacionado el Kübelwagen. El capitán parecía tener prisa. Scheer no sabía que no era la impaciencia lo que alentaba a Heiden, sino la furia.

El suboficial que hacía las veces de secretario del comandante encargado de la defensa de Memel custodiaba su despacho e intentó impedir la entrada de Heiden alegando mil excusas: que el comandante estaba ocupado y no podía recibirle, que no se había solicitado la presencia del capitán en el puesto de mando, que no podía presentarse ante el comandante de aquel modo… Heiden simplemente le apartó a un lado de un empujón y entró en el despacho del comandante de la plaza sin llamar, ante la mirada atónita de Scheer.

Al entrar en la oficina, Heiden comprendió de inmediato por qué el suboficial había intentado impedir su entrada a toda costa. El comandante estaba ocupado, sin duda. Ocupado preparando su propia evacuación. En la chimenea que ardía en el despacho, llenando la estancia de un agradable calor que contrastaba llamativamente con el

frío helador del exterior, ardían documentos con el sello Geheim [1] . Otros muchos estaban siendo guardados en cajas para sacarlos de la ciudad. En aquella habitación reinaba el desorden. Indudablemente, al mando de Memel le urgía dejar la ciudad.

—Permiso para entrar, herr Kommandant. —Heiden, ya dentro del despacho, se cuadró, como mandaban las ordenanzas.

La voz del capitán podría haber transmitido multitud de sentimientos, fundamentalmente la cólera que le hacía hervir la sangre, pero en aquel momento el tono de su voz era, todavía, neutro. Heiden conservaba el dominio de sí.

El comandante miró al capitán, al principio sorprendido: era evidente que no esperaba su presencia allí. La sorpresa pronto dejó paso a la contrariedad. El suboficial que hacía las veces de secretario intentó disculparse ante el comandante por no haber podido detener a Heiden, pero el oficial le mandó fuera del despacho con una orden seca. El suboficial salió sin pronunciar palabra y cerró la puerta tras de sí.

—No recuerdo haber solicitado la presencia de ningún oficial en el puesto de mando, capitán. —La voz del comandante sonó tensa—. ¿Quién es usted? ¿En qué unidad sirve?

—Capitán Wilhelm Heiden, herr Kommandant, al mando del Kampfgruppe Heiden. Acabo de asumir la defensa del este de Memel.

El comandante se quedó pensativo.

—El sargento Pfeiffer informó hace unas horas de su llegada —dijo finalmente—. Si no me equivoco, ha recibido usted ya mis órdenes por escrito.

—Así es, herr Kommandant. Su enlace me las ha hecho llegar.

—¿Y bien?

—Las órdenes son claras y concisas, herr Kommandant. Debemos mantener nuestra posición el mayor tiempo posible para que la ciudad pueda ser evacuada. Eso es todo lo que usted ha puesto por escrito. Nada más.

—Exactamente. ¿Tiene usted algo que decir al respecto, capitán?

Heiden guardó silencio antes de contestar. Sus ojos fríos se clavaron en los del comandante. Su respuesta fue una pregunta.

—¿Conoce usted la situación de mi Kampfgruppe, herr Kommandant?

—La conozco —respondió el oficial—. El sargento Pfeiffer me informó de ella.

—Entonces sabrá que mi unidad consta de ochenta y dos hombres, dos tanques Tiger con cañones de ochenta y ocho milímetros, un cañón antiaéreo de ochenta y ocho milímetros y dos cañones antitanque de setenta y cinco milímetros. Sabrá también que nuestras reservas de munición apenas alcanzarán para responder a un ataque

enemigo potente a lo sumo un par de días, y que en esta situación deberemos hacer frente a, al menos, dos ejércitos soviéticos, uno de ellos blindado, en un frente que no dispone de ninguna, absolutamente ninguna, defensa natural. ¿Cuánto tiempo necesitará para evacuar Memel, herr Kommandant? ¿Cuánto tiempo cree que mi Kampfgruppe podrá resistir?

El comandante fue palideciendo a medida que escuchaba el sucinto informe que el capitán Heiden le presentó. La voz de Heiden seguía siendo, aún, completamente fría y neutral.

—¿Pretende darme lecciones de táctica, capitán?

—En absoluto, herr Kommandant. Tan solo expongo el actual estado de mi unidad.

—Eso no modifica en absoluto las órdenes. Contener al enemigo en la posición que su unidad ocupa es vital para la evacuación de la ciudad.

—Sin duda, herr Kommandant. Entonces, puesto que sus órdenes no dicen nada al respecto, entiendo que no debo esperar ningún refuerzo.

—No hay nada que pueda enviarle.

—Tampoco debo esperar suministros, ni munición.

—Las líneas de suministros que abastecían a las tropas que defienden Memel están desmanteladas. Ya no existen. Tendrá que abastecerse con lo que quede en los almacenes del puerto. Ya he enviado a Intendencia las órdenes que autorizan a su Kampfgruppe a tomar de ellos lo que necesite.

—Y entiendo también —dijo el capitán Heiden, con voz grave, tras un breve silencio— que no habrá retirada para mi unidad, que deberemos dejar allí la última gota de nuestra sangre.

La palidez del comandante adquirió un tono verdoso.

—Esa afirmación es absolutamente impropia de un oficial, capitán —respondió secamente, incómodo.

Heiden, que hasta ese momento había permanecido inmóvil, impasible, frío como un bloque de hielo, reaccionó de una forma que en otro tiempo hubiera sido impensable en él. La ira, esa rabia y esa furia que ardían en su interior dejaron de estar bajo control. Los músculos de su cuello se tensaron, su ceño se frunció, y en su mirada, hasta entonces helada, carente por completo de expresividad, de vida, apareció un brillo extraño, como un fuego latente. Sin que nadie lo esperara, sin que Scheer, que estaba a su lado, pudiera detenerle, Heiden se abalanzó sobre el comandante y, agarrándole por el cuello, le empujó contra la pared con violencia. La voz de Heiden también cambió: dejó de ser neutra para volverse oscura, amenazadora, cuando habló:

—Míreme —le dijo al comandante.

Amedrentado, los ojos del oficial encargado de la defensa de Memel evitaban los del capitán, buscaban desesperadamente la puerta cerrada de su despacho, su salvación. Habría gritado pidiendo ayuda si la mano de hierro que atenazaba su garganta le hubiera permitido algo más que coger el aire justo para respirar.

—¡Míreme! —La voz de Heiden, imperativa, terrible como la de un dios colérico, llenó por un instante la estancia.

Con su mano libre, el capitán empuñó la pistola reglamentaria que llevaba al cinto, la amartilló y apoyó el cañón del arma en la sien del comandante. Solo entonces el oficial pareció reaccionar. Gotas de sudor frío perlaron su frente, y sus ojos oscuros fueron a cruzarse con el azul desvaído de los del capitán. Había ira en los ojos de Heiden, y pánico en los del comandante.

—Soy un oficial, herr Kommandant —le dijo Heiden—, como usted; así que no dude de que cumpliré esa orden. La cumpliré, sí, pero antes quiero que me mire, quiero que me mire a la cara.

Hubo un silencio. Los ojos claros de Heiden parecían atravesar al comandante como si quisieran llegar hasta los rincones más oscuros de su alma.

—De un tiempo a esta parte todos ustedes, los militares de salón, que solo conocen el frente por las líneas de los mapas, están adquiriendo la fea costumbre de enviar a los hombres a morir con unas breves palabras escritas en un papel —siguió diciendo—. Pues bien, yo quiero que me mire, quiero que vea en mí la cara de todos los que probablemente morirán cumpliendo esas órdenes.

El cabo Scheer contemplaba la escena estupefacto, paralizado. Observó cómo en el rostro de Heiden se dibujaba una media sonrisa escalofriante, mientras retiraba lentamente el cañón de su arma de la cabeza del oficial.

—No se preocupe, herr Kommandant —prosiguió—. No voy a matarle. No voy a hacerlo, porque quiero que viva. Quiero que salga de aquí, que regrese a las ruinas de nuestra patria, y allí, cuando se cruce con las miradas de todas las viudas, de todos los huérfanos, cuando se cruce, tal vez, con mi esposa, con mis hijas, quiero que recuerde esta conversación que hemos mantenido usted y yo hoy, aquí.

Las miradas de ambos se cruzaron aún unos instantes, durísima la de Heiden, aterrorizada la del oficial al mando de Memel. Luego, la mano que oprimía el cuello del comandante se fue aflojando, hasta que el capitán le soltó.

Con gesto calmado, Heiden colocó de nuevo el seguro a su pistola y la guardó en su funda. A continuación saludó reglamentariamente al comandante, volvió la espalda y salió de aquel despacho absolutamente templado, firme, inconmovible, como si nada hubiera

ocurrido. La ira que le abrasaba se había aplacado. Se aplacó desde el momento en que vio el miedo en los ojos del comandante. Entonces se dio cuenta de que no valía la pena.

* * *

El capitán Heiden abandonó el puesto de mando, seguido por el cabo Scheer, que aún era incapaz de reaccionar ante la escena que acababan de contemplar sus ojos, incapaz de creer los hechos de los que acababa de ser testigo. Mientras caminaba por los pasillos de camino a la salida, Heiden pensó fugazmente que el comandante daría la voz de alarma y ordenaría su detención: lo que había hecho, amenazar a un oficial superior, apuntarle con un arma, era algo gravísimo que podría llevarle, sin duda, ante un consejo de guerra y, probablemente, al paredón. Pero recordó el miedo en la mirada del comandante, y entonces lo supo, tuvo la certeza de que el oficial no tomaría ninguna medida contra él ni contra su Kampfgruppe. Le preocupaba demasiado salvar su propia vida como para forzar un consejo de guerra en una ciudad cercada, a punto de caer, un proceso que le restaría tiempo para escapar, tiempo para huir. Así pues, Heiden y Scheer abandonaron el edificio sin que nadie les diese el alto, sin ninguna incidencia. Mientras el capitán se acomodaba en el asiento del copiloto del Kübelwagen, Scheer puso en marcha el motor y emprendieron el camino a sus posiciones, al este de la ciudad.

13

En el trayecto de vuelta a sus propias líneas, Heiden permaneció en el asiento del copiloto silencioso e inexpresivo, impertérrito. Su apariencia externa parecía inalterada, pero en su interior su mente trabajaba a un ritmo frenético. No habría retirada… Su Kampfgruppe, y, por ende, él mismo, ya no eran importantes. Habían cumplido con lo que se esperaba de ellos, habían ejercido de barrera para salvar el grueso de la división. Ahora, lo último que se esperaba de ellos era que ejercieran esa misión de escudo una vez más para después abandonarlos a su suerte. Ese parecía ser su final.

Ya no sentía ira, al menos no esa ira que le había hecho perder el dominio de sí poco antes, frente al comandante encargado de la defensa de Memel. Le hubiera matado… Dios sabía que hubiera sido capaz de hacerlo. Afortunadamente había logrado frenar a tiempo el impulso de esa ira fuera de toda razón. Y es que ¿hubiera cambiado eso algo? El comandante estaría muerto y ellos seguirían allí, atrapados contra el mar. Era solo cuestión de tiempo que el enemigo los aniquilase.

El incidente con el comandante de la plaza quedó enseguida atrás para él, porque su mente voló a Heidenau, a su casa, a su familia… Él no moriría en la guerra. No podía morir allí, y menos entonces, cuando la situación era tan crítica, cuando la guerra estaba en casa. Tenía que buscar una alternativa, una salida. Debía sacar de allí a sus hombres, que confiaban en él, que le habían obedecido sin dudas, sin preguntas, que se habían esforzado más allá de todo límite solamente porque creían en él. Salvarles significaba salvarse, y salvarse era seguir vivo, por su esposa, por sus hijas. ¿Cómo? Eso era lo que tenía que dilucidar. Sentado en el asiento del pequeño Kübelwagen que Scheer conducía, Heiden mantenía un obstinado silencio, miraba sin ver frente a sí, mientras en su cabeza se planteaba diversas alternativas para escapar de aquella trampa.

Scheer, que iba al volante, tampoco se atrevió a pronunciar una sola palabra, todavía impresionado por lo que acababa de contemplar en el puesto de mando de Memel. De vez en cuando, mientras conducía, miraba el rostro hierático del capitán y se estremecía. Llevaba más de tres años luchando a su lado, ejerciendo de enlace durante los combates, o de chófer, como en aquella ocasión. Como su ordenanza, había tratado con él de manera mucho más cercana que el resto de los soldados, con la excepción del teniente Lübeck, pero en

aquel momento Scheer tuvo la sensación de que apenas conocía al capitán. Aquel hombre, en cuyas manos habían estado sus vidas, era en realidad un completo desconocido.

La mente de Scheer evocaba una y otra vez la escena en el despacho del comandante de Memel. Hasta aquel momento, incluso en las situaciones más desesperadas, en los combates más agónicos, no había visto a Heiden alterarse jamás, pero aquella tarde, cuando el capitán apuntó con su arma al comandante, Scheer estuvo seguro de que hubiera podido matarle. Aquella rabia, aquella furia que había visto en Heiden, no la había visto nunca en ningún otro. Scheer estaba seguro de que, si hubiera querido hacerlo, el capitán habría disparado sin dudar, y su pulso no hubiera temblado, ni se hubiera arredrado ante las consecuencias de su acción. Y, sin embargo, allí estaba, sentado junto a él en el Kübelwagen, inmóvil, silencioso, impasible, como una estatua.

A Scheer el capitán Heiden siempre le había intimidado. No era como ningún otro superior bajo cuyas órdenes hubiera servido. En cierto modo le daba miedo, pero también, al mismo tiempo, su presencia le daba una cierta seguridad. Parecía un hombre creado exclusivamente para la guerra, un producto de la guerra misma. Recibía una orden, analizaba fríamente la información de que disponía, la situación del enemigo, la suya propia, planeaba un ataque u organizaba una defensa y los ejecutaba mecánicamente, sin ninguna pasión, sin ninguna emoción. Si alguna vez la guerra tuvo algo de ciencia, si alguna vez hubo un orden en aquel caos, el capitán conocía sus secretos. Heiden no era un oficial cercano, alguien con los que sus subordinados pudieran mostrar una cierta camaradería. Él era el capitán, ostentaba el mando. Su posición, sus responsabilidades, eran diferentes de las de la tropa. Los hombres le respetaban, y a algunos, como a Scheer, su sola presencia les intimidaba: resultaba imposible saber cuándo estaba disgustado, enfadado o satisfecho con el trabajo del batallón. Curiosamente, bajo su liderazgo, Scheer tuvo siempre la sensación de que vivir o morir en un combate no era solamente una cuestión de suerte. La manera que Heiden tenía de dirigir a sus hombres, su sangre fría, su calma inalterable, su capacidad de dotar a la anarquía de la lucha de una cierta lógica, de una mínima organización, le hacía sentir que con él tenía más posibilidades de sobrevivir que las debidas al mero azar.

Además, a Scheer le unía un vínculo especial con el capitán. En los primeros meses del cerco de Leningrado, poco tiempo después de que Heiden asumiera el mando del batallón, Scheer perdió a su camarada Jürgens. Jürgens y Scheer habían hecho juntos la instrucción y habían combatido juntos, hombro con hombro, desde el principio de la guerra. Scheer no tenía hermanos, pero el vínculo que le unía a

Jürgens era muy parecido al que hubiera podido tener con un hermano de sangre. Los dos habían crecido en Berlín. Aunque sus vidas no se habían cruzado antes de la guerra, tenían multitud de lugares y vivencias comunes. Compartían muchas cosas, y Jürgens había salvado la vida de Scheer en más de una ocasión.

Jürgens recibió una bala perdida durante una patrulla en tierra de nadie. Caminaba detrás de Scheer, intentando ponerse a cubierto de los proyectiles que silbaban a su alrededor en los cráteres abiertos por las bombas en la tierra helada. Scheer escuchó de pronto un ruido sordo a su espalda y al volverse vio a Jürgens en el suelo. De su garganta brotaba sangre a borbotones: la bala le había atravesado el cuello. No pudo siquiera gritar. Scheer sí que gritó.

—¡Jürgens!

Se abalanzó sobre él e intentó contener la hemorragia con sus propias manos. Le pidió, le rogó, le suplicó, que aguantase mientras gritaba pidiendo ayuda. La sangre brotaba con tal fuerza que a Scheer le resultaba imposible taponar la herida: no podía contener la hemorragia. Jürgens tardó minutos en morir. Al principio, cuando Scheer se acercó a él y le llamó, todavía pudo dirigir a su amigo sus ojos llenos de angustia. Quiso hablar, decir algo, pero su garganta destrozada no le permitió pronunciar una sola palabra. Enseguida cayó en una especie de sopor, al tiempo que se iba quedando pálido, pálido como una hoja de papel, mientras la nieve blanca sobre la que yacía se iba volviendo de un rojo intenso, vivo. Scheer siguió llamándole, pero Jürgens ya no respondió ni hizo gesto alguno. Y al poco tiempo vio cómo su pecho descendía, liberando el último aliento que quedaba en sus pulmones. Después ya no se elevó más. Dejó de respirar.

Jürgens fue enterrado con todos los honores que permitió la precaria situación del frente. Al enterrar a su amigo, Scheer tomó conciencia de pronto del vacío que Jürgens dejaba. Al enterrarle fue como si estuviera enterrando una parte de sí mismo, con la que había compartido los años más duros de su vida. Y Scheer se sintió terriblemente solo en medio de aquel infierno helado.

Las noches siguientes, Scheer apenas pudo dormir. La angustia y el vacío que sentía le hacían dar vueltas y más vueltas en su camastro sin conciliar el sueño. Jürgens estaba muerto, y Scheer se preguntaba qué iba a hacer él a partir de ahora sin su apoyo, sin su amistad. Se preguntaba cuándo le tocaría el turno a él. Una de esas noches en que le resultaba imposible dormir, Scheer se levantó para salir del barracón a respirar aire fresco. Sentía que se ahogaba. Se sentó en unas cajas de munición vacías y contempló el cielo estrellado sobre su cabeza. Nunca había visto tantas estrellas en el cielo como las que veía allí, en Rusia. De pronto intuyó una sombra cerca de él y al volverse

vio que se trataba del capitán. Heiden no dijo nada. Se sentó no lejos de donde Scheer se encontraba, no tan cerca como para mantener una conversación, aunque lo suficiente para que Scheer se diera cuenta de que no estaba solo. Sacó un cigarrillo de su pitillera y lo encendió. El capitán estaría allí sentado unos diez minutos, no más. No miró a Scheer ni una sola vez. Acabó de fumar, se puso en pie e hizo ademán de irse, pero al pasar junto al cabo se detuvo y le llamó por su nombre.

—Scheer.

Scheer se volvió hacia el capitán. Heiden le daba la espalda; parecía dirigirse hacia el barracón cuando se paró junto a él. Scheer no pudo ver su rostro, pero escuchó su voz firme, serena.

—Le comprendo —dijo tan solo, y siguió su camino.

Scheer se quedó pensativo, mirándole mientras desaparecía en la noche. Y sintió de pronto que aquellas dos palabras pronunciadas por el capitán le llenaban de una extraña calma. De alguna manera aliviaron su angustia, aliviaron esa sensación terrible de soledad, esa desesperación que le invadía. El capitán sabía sin duda el vínculo que le había unido a Jürgens. Sabía que allí, en la guerra, ninguna frase de condolencia, de solidaridad, de consuelo, tendría sentido para Scheer. Por eso el capitán no las pronunció. En su lugar le dijo algo mucho más importante: le dijo que le comprendía… Y allí, a miles de kilómetros de su hogar, en la oscuridad de la noche, en la inmensidad de Rusia, en la guerra, Scheer se sintió menos solo…

* * *

A través del espejo retrovisor del Kübelwagen, Scheer miró de nuevo al capitán: la gorra calada, el cuello del abrigo subido, la mirada al frente, la cara inescrutable… Recordó aquella vez, en Leningrado, tras la muerte de Jürgens, cuando la presencia de Heiden le puso a salvo de la desesperación, cuando el capitán, comprendiendo lo que Scheer sentía, fue capaz de asumir una parte de ese dolor, de esa angustia, y aliviar su carga. Heiden lo había hecho tantas veces…, con él y con el resto de los hombres del batallón. Esa capacidad suya de sostenerles cuando flaqueaban, de ejercer de soporte, de roca firme a la que asirse en la vorágine de la guerra, para no sucumbir, para no enloquecer… Su mente visualizó nuevamente lo que acababa de ocurrir en el puesto de mando de Memel, y entonces Scheer se preguntó hasta qué punto el capitán podría seguir soportando ese peso, esa responsabilidad, la suya y la de sus hombres. Y se preguntó también, no sin inquietud, qué sería de ellos si él claudicaba, si sucumbía a la desesperación, si se hundía.

14

Apenas alcanzaron los refugios de la posición que ocupaba el Kampfgruppe al este de Memel, Heiden saltó del Kübelwagen. El teniente Lübeck se acercó a él en cuanto le vio llegar.

—¿Alguna buena noticia, capitán?

—Me temo que pocas —respondió Heiden, y miró a su alrededor. Sus soldados, distribuidos por la posición, se afanaban en sus tareas, fundamentalmente preparar defensas antitanque, cavar—. Vayamos dentro —añadió señalando con la cabeza uno de los refugios—. No quiero que los hombres estén al tanto, de momento.

La cara de Lübeck reflejó al mismo tiempo sorpresa y preocupación. Allí Heiden se quitó la gorra, se desabrochó el pesado abrigo militar y tomó asiento sobre una caja de munición. Sacó su pitillera del bolsillo, ofreció al teniente un cigarrillo y encendió otro para sí.

—¿Y bien?

—No tendremos ninguna ayuda.

Lübeck esbozó una sonrisa amarga.

—Si le soy sincero, nunca la esperé —respondió—. Esa ha sido la tónica habitual de los últimos meses. ¿Qué hay al menos de los suministros, la munición, etcétera? ¿Queda al menos de eso algo para nosotros?

—Disponemos de lo que quede en los almacenes del puerto de la ciudad. Enviaré allí un par de hombres con un camión. A ver si encuentran algo que nos pueda ser útil.

—Espero por Dios que sea así. Si no, lo vamos a pasar mal.

—Aún hay otra cosa —añadió Heiden.

El teniente le miró interrogante.

—El Kampfgruppe no será evacuado de Memel.

—¿Cómo? —Lübeck miró a Heiden, incapaz de creer lo que acababa de escuchar—. ¿No está prevista nuestra retirada?

—No habrá orden de retirada para nosotros.

Lübeck tardó en procesar aquella información.

—Pero, capitán…, eso significa la muerte. Morir o caer prisioneros de los rusos…

—Así es.

Lübeck estalló.

—¡Esos hijos de perra! Llevan meses usándonos como escudos para salvar sus culos. Nos hemos dejado la piel en estas semanas luchando

en combates defensivos imposibles de ganar y ahora nos dejan tirados como una colilla, como un juguete roto, como a perros… ¡Después de lo que hemos hecho! Miserables…

El capitán dejó que Lübeck diera rienda suelta a su ira: maldecía y caminaba de un lado al otro del barracón como un animal enjaulado. Era lo menos que se le podía permitir a un condenado a muerte, pensó con ironía: maldecir a sus verdugos. Lübeck comprendió el motivo por el que el capitán no quería que los soldados estuviesen al tanto. Aquella información era demoledora.

—Capitán… —Lübeck miró interrogante a Heiden tras haber soltado toda la retahíla de insultos y maldiciones de la que fue capaz —. ¿Por qué nosotros? ¿Por qué?

Heiden le miró con esa mirada fría, profunda, escrutadora, que le caracterizaba. Lübeck era un hombre inteligente, sensato y capaz, pero aún no había llegado a conocer la esencia del horror en el que estaban inmersos.

—En la guerra no es necesario un porqué.

Heiden acabó de fumar su cigarrillo en silencio. Después acercó otra caja para que le sirviera de mesa y le pidió al teniente una vez más los mapas de la posición.

—No habrá retirada para nosotros, pero eso no quiere decir que vayamos a quedarnos aquí a morir —sentenció Heiden—. Mantendremos esta posición tanto tiempo como nos sea posible. Mucha gente en Memel, fundamentalmente civiles, necesita tiempo para escapar, y nosotros le daremos todo el que podamos, pero llegará un momento en que no podremos hacer otra cosa que morir, y eso yo, en la medida de mis fuerzas, no voy a permitirlo.

Lübeck tomó asiento junto a Heiden.

—Por todos los demonios, capitán… ¿Qué tiene usted pensado? Estamos de espaldas contra el mar…

Heiden señaló el puerto.

—Desde aquí están evacuando en barcazas a la población y a las tropas que aún quedan en condiciones de combatir, probablemente hasta el istmo de Curlandia, ya que esas barcazas, de fondo plano, no pueden recorrer grandes distancias. Sin embargo, por su fondo plano tienen una gran ventaja: pueden acercarse hasta las playas que rodean Memel. No necesitan forzosamente un puerto. La mitad de las dársenas del puerto de Memel han sido destruidas por la aviación. Cuando la cosa se ponga aún peor, esas barcazas irán a las playas, aquí y aquí. —Heiden señaló un par de lugares en la costa—. En esas barcazas sacaré a mis hombres de esta trampa llegado el momento.

Lübeck se quedó mirando el mapa. El tono de voz del capitán le estremeció por su determinación. Alzó la vista para mirar a Heiden.

—Pero no habrá orden de retirada…

Heiden hizo un gesto afirmativo.

—Eso es. No la habrá —respondió—. Esa decisión, cuando haya que tomarla, será mía.

Lübeck no llegó a comprender aquella última frase del capitán, pero Heiden no le dio opción a plantear preguntas. Se puso en pie. Caía la tarde, y el crepúsculo duraba poco en aquellas latitudes en pleno invierno. Pronto sería de noche.

—Capitán…

Heiden le silenció con un gesto.

—Echemos una mano a los soldados antes de que se extinga la luz del sol. No es bueno que perciban que entre nosotros hay algún secreto, que ocultamos información. Pensarán, no sin razón, que se prepara algo serio, y eso les generará desconfianza, algo que ahora mismo yo no necesito. —Heiden miró su reloj, el reloj que Ilse le había regalado: 16 de diciembre de 1944, cuatro y media de la tarde. Ilse…

—Vamos —dijo tras una breve pausa, echando a andar bruscamente hacia la puerta del refugio. Fue un gesto defensivo, para alejarse de los pensamientos, de los sentimientos, de los recuerdos que pugnaban por abrirse paso en su pecho—. Cuando haya madurado la idea que me ronda por la cabeza, se la expondré con mayor detalle, teniente —añadió y salió.

Lübeck, desconcertado, salió tras él. Cruzaron las defensas anticarro hasta llegar a las posiciones avanzadas, donde los hombres cavaban y cavaban agujeros en la tierra helada desde hacía horas. Heiden se quitó el abrigo, se remangó la guerrera y saltó con una pala a la zanja que ocupaban los soldados Kastenbaum, Steiner y Gross, que contemplaron atónitos cómo su capitán se ponía a cavar.

15

Aquella noche en Memel, la primera del Kampfgruppe Heiden en su nueva posición, la mayoría de los hombres dormían exhaustos, salvo los que montaban guardia en los puestos de observación avanzados, salvo el propio Heiden. Sentado en un rincón del refugio, el capitán fumaba un cigarrillo y pensaba. Su mirada se detuvo en las caras de los hombres que dormían en torno a él agotados, demacrados. A muchos de ellos los conocía desde el principio de la campaña en Rusia, como al teniente Lübeck, que ahora dormía con su inseparable cartera de mapas como almohada. El teniente era un tipo curioso: delgado, enjuto, más bien bajo de estatura, de cabellos y ojos oscuros. La primera impresión al verle era la de una persona frágil, impresión que desmentía de inmediato su rostro, de ceño permanentemente fruncido, amenazador, acentuado por una cicatriz que le cruzaba la cara, recuerdo del cerco de Demyansk. El teniente era un extraordinario oficial, activo, impetuoso, irreductible al desaliento, con un carácter fuerte, muy dado a maldecir, y un gran sentido del humor. En la vida civil, antes de la guerra, había sido topógrafo. Los mapas no tenían secretos para él. Con un buen mapa y una brújula era capaz de encontrar un camino para llegar a cualquier parte. Sus habilidades habían sido una ayuda inestimable para Heiden en más de una ocasión. Además, el teniente era un gran jugador de ajedrez, afición que el capitán compartía. Los ratos que habían pasado midiéndose en el tablero en los tiempos muertos de la guerra habían sido un oasis, una tregua en medio de la atrocidad. A lo largo de aquellos años Heiden había llegado a apreciar sinceramente al teniente.

No lejos de Lübeck se encontraba el sargento Hilberg. Él era la antítesis de Lübeck. Rubio, de ojos claros y mejillas permanentemente sonrosadas, alto y fuerte, con el aspecto propio de un hombre de campo, robusto, acostumbrado a la vida al aire libre, algo gruñón, pero siempre tranquilo y afable. Había sido panadero en un pueblo de Silesia, y si bien la guerra le había hecho perder gran parte de los kilos que una vez le sobraron, no estaba ni mucho menos tan desgastado físicamente como los demás. El sargento Hilberg manejaba una MG-42, [1] de la que nunca se separaba, y tenía una curiosa habilidad: aunque pareciera dormir profundamente, a la menor señal de alarma estaba completamente despierto y en menos de dos minutos era capaz de emplazar su arma para abrir fuego. Del mismo modo, cuando se

presentaba la oportunidad de una breve tregua o de un descanso, Hilberg era capaz de echarse a dormir y, efectivamente, se dormía, aunque no fueran más que diez minutos. Gracias a ello, probablemente, la guerra no había hecho en él tanta mella como en los demás.

El joven cabo Wolfgang Scheer, que hacía las veces de ordenanza del capitán Heiden, parecía dormir un sueño inquieto. Era uno de los más jóvenes entre los supervivientes, entre los hombres que llevaban combatiendo bajo su mando desde 1941. Apenas tenía diecinueve años cuando le conoció. Le habían sacado de la universidad, donde acababa de empezar a estudiar arquitectura, para mandarle al frente. Scheer era un muchacho discreto, disciplinado y valiente. Demasiado joven para no haber conocido otra cosa que la guerra.

Steiner, Kastenbaum, Hoffmann, Weiss… Heiden siguió contemplando a sus soldados. Todos ellos fueron una vez, como él mismo, hombres corrientes, con sus familias, sus hogares, sus profesiones, sus aficiones y esperanzas, sus proyectos para el futuro… En resumen, con una vida en paz. Ahora se hacinaban en un mísero barracón, a miles de kilómetros de sus casas, durmiendo sobre el duro suelo de tierra un sueño profundo, casi enfermizo, fruto de un cansancio extremo, el cansancio de cuatro interminables años de guerra en Rusia, hambrientos, sucios, y, sobre todo, agotados, exhaustos, física y mentalmente.

Heiden pensó que, como oficial, había sido afortunado. Aquellos hombres que ahora dormían en torno a él en el barracón eran excelentes, excelentes subordinados, hombres esforzados, generosos y valientes. En las múltiples situaciones difíciles que habían tenido que vivir en aquellos años, ninguno dio jamás muestras de cobardía, ninguno puso nunca su propia integridad por delante de la de sus camaradas, de la del batallón. Todos parecían ser plenamente conscientes de que trabajar juntos, como un equipo perfectamente ensamblado, era lo único que mantendría la unidad a salvo y, por ende, permitiría a cada individuo tener una posibilidad, una más, de salvación. Eran buenos hombres, el tipo de hombres que necesitaría su país en un futuro, si es que había alguno… Por eso no podía permitir que murieran allí.

Faltaba alguien en el refugio, notó de repente Heiden: uno de sus veteranos, el soldado Gross, que en aquel momento montaba guardia en los puestos de vigilancia avanzados. Gross, a quien le tocó vivir una de esas situaciones que en la guerra pueden quebrar la resistencia moral de cualquier hombre.

Fue durante el cerco de Leningrado, en 1942. Por aquel entonces los hombres de uniforme negro, los encargados de las tareas «especiales» que rondaban la línea del frente, solían andar escasos de

personal, y de vez en cuando reclutaban soldados del ejército regular para desempeñar puntualmente determinados trabajos, sobre todo para formar parte de pelotones de ejecución. Gross fue seleccionado para uno de ellos. Iban a fusilar a seis partisanos rusos que habían intentado sabotear las líneas de suministros de las tropas que cercaban Leningrado por el sureste, donde el batallón de Heiden se encontraba. Entre los hombres que iban a fusilar había un ruso con el que Gross había tenido un encuentro algunos días antes, en una patrulla de reconocimiento. Gross recordaba claramente su rostro porque se había enzarzado en una lucha cuerpo a cuerpo con él, cara a cara, en la que salió perdiendo. Mientras Gross yacía en el suelo, magullado y casi inconsciente, el ruso, en pie frente a él, le apuntó con su fusil a la cabeza. Podría haberle matado; la vida de Gross estuvo por unos instantes en las manos de aquel hombre, y Gross tuvo la certeza de que iba a morir, de que había llegado su hora. Era lo lógico, lo esperable en una guerra. Lo que ocurrió a continuación era difícilmente explicable. El ruso, en lugar de disparar, miró fijamente a Gross, tendido en el suelo, indefenso, y súbitamente retiró su arma, salió corriendo y se perdió en la oscuridad de la noche, dejando a Gross en el suelo, aturdido e, increíblemente, vivo.

El destino, el azar, por alguna razón desconocida, inaprensible, les puso de nuevo frente a frente. Esta vez el ruso estaba, junto con otros cinco compatriotas, frente al paredón, indefenso, con las manos atadas a la espalda, y Gross era uno de los que deberían disparar para matarle.

Gross le reconoció y se puso pálido. No sabía cómo se llamaba, no sabía nada de él. El único contacto que había tenido con aquel hombre había sido una lucha cuerpo a cuerpo en mitad de la noche, en mitad de la nada, durante la cual aquel partisano había podido matarle, y no lo hizo. Gotas de sudor frío comenzaron a perlar la frente de Gross. Como todos en aquella guerra, Gross había matado hombres en combate. En combate los contrincantes tenían la posibilidad de luchar y de defenderse. En combate todos corrían el riesgo de morir. Pero aquello no era un combate; aquello era una ejecución, y Gross sintió que no podía matar a aquel hombre, no de aquella manera.

El comandante del pelotón ordenó formar, pero Gross no ocupó su puesto en la formación. Permaneció de pie, quieto, en el lugar en el que se encontraba.

—Soldado, ¿acaso no ha oído mi orden? —La voz aguda del comandante pareció penetrar hasta lo más profundo del cerebro de Gross, que se estremeció.

No obstante, Gross no se movió. Estaba como bloqueado.

—Soldado.

Gross cerró los ojos. No respondió. El comandante se acercó a él,

hasta que apenas un palmo separó sus rostros.

—Soldado —repitió el comandante, amenazador—, ¿no ha escuchado mi orden?

Gross tragó saliva antes de responder, con voz baja, aunque firme:

—No voy a hacerlo, herr Kommandant.

El comandante le miró desconcertado.

—¿Cómo ha dicho, soldado?

Gross respiró profundamente. Temblaba asustado, pero miró a los ojos del oficial.

—No voy a hacerlo, herr Kommandant —repitió. Su voz también tembló, como su cuerpo, pero siguió siendo firme—. No voy a disparar sobre esos hombres.

—¿Y se puede saber por qué?

Gross volvió a tomar aire antes de contestar.

—Porque uno de ellos pudo haberme matado en una patrulla hace unos días y no lo hizo.

El comandante palideció.

—¿Le parece eso suficiente motivo? —Su voz transmitía una ira velada, pero implacable—. ¿Sabe a cuántos camaradas han matado estos hombres con sus sabotajes? ¿Cree que ese hombre no le mataría a usted si tuviera una nueva oportunidad?

Gross palideció aún más. Sentía la garganta seca. Tuvo que tragar saliva antes de responder.

—Es posible, herr Kommandant, como yo podría matarle a él. Pero en combate, herr Kommandant, no así.

Lo que ocurrió a continuación duró unos segundos escasos. El oficial levantó su mano enguantada y cruzó la cara de Gross con una bofetada que a otro con menos peso y altura que Gross le hubiera derribado. Gross continuó inmóvil. Seguía temblando, y la palidez de su semblante adquirió un tono céreo tras aquel golpe, que más que un golpe era un insulto, una ofensa difícilmente tolerable. Pero quien le había golpeado era un oficial, y Gross era solamente un soldado. La mirada de Gross se dirigió al ruso que esperaba la muerte junto a sus camaradas con las manos atadas a la espalda. También el ruso miraba a Gross.

El comandante volvió a tomar la palabra.

—Tal vez desee usted ocupar un lugar en el paredón junto al hombre al que protege, soldado —dijo amenazador—, junto al enemigo al que defiende.

Gross apretó los dientes y no respondió. El silencio de aquel momento se hubiera podido tocar como algo sólido, tenía un peso tan grande que oprimía el pecho hasta cortar la respiración.

Heiden se personó en el lugar. El teniente Lübeck le informó del reclutamiento de Gross para aquella tarea, información que a él, como

capitán del batallón, no se le había comunicado de ningún modo. Heiden acudió dispuesto a impedir que sus soldados ejerciesen de ejecutores. La guerra, por sí sola, ya era suficientemente atroz, y él tenía claro que no permitiría que sus hombres formaran parte de aquello.

—Este soldado es uno de mis hombres, herr Kommandant —le dijo al oficial en cuanto llegó y contempló la escena. Su voz era, como de costumbre, neutra, carente de emoción.

—Pues le felicito, capitán. Su batallón está formado por cobardes.

La respuesta del comandante hizo que los músculos del cuello de Heiden se tensaran en un intento por contener la ira.

—Mis hombres no están destinados a cumplir estas tareas —respondió el capitán. Esta vez sí, su voz sonó seca, amenazante—. Mis hombres son soldados, no verdugos.

—Sus hombres, y usted mismo, capitán, no tienen autoridad para negarse a cumplir órdenes directas que provengan de mí. Su delito, desobediencia a un oficial superior, será castigado como poco destinando a sus hombres a un batallón de castigo mientras dure la guerra en cuanto yo dé parte a mis superiores; y a usted, capitán, quizá incluso le fusilen para evitar que extienda entre nuestras tropas la lacra de la insubordinación.

Heiden apretó los dientes. Sabía que aquel oficial no mentía; aquel hombre, como la mayoría de los oficiales que vestían ese uniforme, podía hacer que fuera así. Podía enviarlos a un batallón disciplinario, podía fusilarles si lo creía oportuno. Ya lo había visto antes, en otras unidades, a lo largo de la guerra en Rusia. Aquel hombre, si quería, podría enterrarlos vivos.

—A menos, claro —siguió diciendo, y esbozó una breve sonrisa gélida—, que usted, capitán, desee ocupar el lugar de su soldado en el pelotón.

Se hizo de nuevo ese silencio angustioso, terrible. Hubo un momento en que para Heiden el tiempo pareció detenerse. Miró en primer lugar a Gross, tembloroso a su lado, después al oficial de negro, también a los partisanos rusos, que silenciosos, inmóviles, estoicos, esperaban el desenlace de todo aquello… Y tomó su decisión: cogió el fusil que Gross llevaba al hombro y ocupó su puesto en el pelotón.

Lo que ocurrió a continuación apenas duró unos minutos. La ejecución fue rápida. Cargar. Apuntar. Doce disparos, que sonaron casi al unísono, y los seis partisanos se desplomaron en el suelo, con esa forma peculiar que tienen los heridos de gravedad de caer sin ningún gesto, sin ningún movimiento que frene su golpe contra el suelo, como títeres a los que se les cortan de pronto las cuerdas que les dotan de vida… Estaban muertos. El ruso al que Gross había tratado de

proteger yacía en el suelo con un disparo en el corazón.

Acabada la ejecución, y tras comprobar que todos los partisanos habían muerto, el comandante recorrió las filas de los tiradores, pidiendo a cada soldado que abriese el cerrojo de su fusil, para comprobar que, efectivamente, todos habían cumplido con su deber. De cada cámara salió un casquillo vacío. El fusil de Heiden fue el último en ser comprobado. Su casquillo cayó al suelo con un sonido metálico y hueco. Sin decir una palabra, el capitán Heiden se echó el fusil al hombro y abandonó la formación, agarró a Gross del brazo y se marchó de allí con él.

Llegaron al barracón. Gross se encontraba en un estado de absoluto colapso nervioso. Maldecía la guerra, maldecía aquella situación, y sus maldiciones se mezclaban con un discurso incoherente sobre el deber, la vida y la muerte que nadie lograba entender. Estaba como loco. Heiden mandó salir a todos los hombres del barracón y se quedó allí a solas con Gross. Gross se derrumbó. Más que sentarse, se dejó caer sobre uno de los camastros y rompió a llorar.

Como aquel mismo día había hecho con el sargento Pfeiffer, Heiden se sentó en aquella ocasión junto a Gross sin decir nada, sin hacer nada, lo suficientemente cerca para que Gross supiera que no estaba solo, y lo suficientemente lejos para permitirle desahogarse, expulsar de sí esa rabia, esa culpa, ese miedo, esa tensión que le estaban destrozando. Demasiado horror mantenido demasiado tiempo… Algo que la conciencia difícilmente podía soportar. Y Gross… Gross era de la edad de Scheer, demasiado joven, demasiado inexperto todavía para aquello.

Al cabo del tiempo Gross se fue calmando, quizá por puro agotamiento, quizá porque ya no le quedaban más lágrimas que derramar. Heiden le ofreció un cigarrillo que Gross encendió con mano temblorosa. Sus ojos enrojecidos se volvieron hacia el oficial. Y de nuevo la pregunta irresoluble.

—Capitán, ¿por qué?

Heiden agitó la cabeza. Aquella era una pregunta sin respuesta.

—En la guerra no es necesario un porqué.

* * *

Heiden había intentado estar a la altura de lo que se esperaba de él. Ser un buen oficial implicaba mantener vivos a sus hombres, vivos y cuerdos, mientras se esforzaba por seguir las reglas de un juego absolutamente carente de sentido. Mantener íntegra su unidad, alentarla, sostenerla y aglutinar a los hombres en torno a su mando les hacía fuertes, les daba, como grupo e individualmente, una ventaja,

una posibilidad más de sobrevivir. Aquella noche, en Memel, Heiden se preguntaba hasta cuándo podría hacerlo, hasta cuándo podría soportar ese peso, esa responsabilidad. Porque allí, en Memel, la situación era diferente. Desesperada.

No habría retirada para su Kampfgruppe. Eso le había quedado claro. También tenía claro que no permitiría que sus hombres murieran inútilmente allí, en aquella posición indefendible. Él mismo no tenía ninguna intención de morir: su esposa, sus hijas, le necesitaban… Mantendría aquella posición insostenible el tiempo que fuera posible, y después… Después llevaría a sus hombres hasta las playas y los embarcaría como fuera hacia el istmo de Curlandia. Esa sería su última orden para el batallón. Y no sería una retirada, porque él, el capitán, el oficial al mando, se quedaría allí.

Lo tenía claro. Los rusos tardarían en llegar y atacar con todas sus fuerzas cuatro, cinco, seis días, como mucho una semana. Después su Kampfgruppe tendría que retroceder. Sus hombres lo harían por mar, y él intentaría cruzar por tierra, a pie, el frente de batalla para llegar hasta Königsberg y enlazar nuevamente con sus propias tropas. Un hombre solo tenía posibilidades, no muchas, cierto, pero las tenía, de deslizarse entre las líneas enemigas para alcanzar de nuevo a los suyos. Y él podría hacerlo. Tenía que hacerlo. No podía morir.

Así fue como, durante la noche, en silencio, en absoluta soledad, Heiden tomó su decisión y fue dando forma a su plan.

16

Al amanecer del segundo día en la defensa de Memel, antes de que comenzara la actividad para el Kampfgruppe, el capitán Heiden despertó al teniente Lübeck y le conminó a acompañarle fuera del refugio. Hacía un frío helador. El sol apenas comenzaba a insinuarse por el este. El capitán Heiden tomó la palabra.

—¿Cuál es el ánimo de los hombres? —preguntó.

El teniente frunció levemente el ceño.

—Están preocupados por la situación —respondió—. El sargento Hilberg habló conmigo anoche al respecto.

—Es comprensible —dijo Heiden—. Son buenos soldados. Intuyen lo que nosotros vemos, y el asunto no pinta nada bien.

El capitán hizo una breve pausa antes de continuar.

—¿Comentó Scheer algo sobre lo ocurrido ayer en el puesto de mando?

—No. —El teniente miró interrogante a Heiden—. ¿Hay algo que yo deba saber, capitán?

Heiden guardó silencio; sonrió brevemente para sí. Ese muchacho, Scheer, era un excelente subordinado, inteligente y discreto.

—Nada importante —concluyó.

—Y bien, ¿ha madurado ya esa idea que le rondaba ayer por la cabeza, capitán? —preguntó Lübeck, subiéndose el cuello del abrigo.

Heiden hizo un gesto afirmativo.

—¿Recuerda lo que le expuse ayer a grandes rasgos sobre el mapa, teniente?

—Perfectamente.

—Pues bien, lo que voy a decirle debe quedar estrictamente entre nosotros, como oficiales. Los hombres no deben saber nada de este plan.

El semblante de Lübeck reflejó extrañeza.

—¿Por qué?

—Enseguida lo entenderá.

Heiden recordó al teniente brevemente lo que ya le había explicado en la tarde del día anterior: reforzar la posición que debían mantener y aguantar la embestida soviética todo el tiempo posible para después retirarse hacia las playas, atravesando la ciudad de Memel, y ponerse a salvo en barcazas, cruzando el mar hasta el istmo de Curlandia.

—Sabe usted —prosiguió Heiden— que no habrá autorización ni orden de retirada para nuestro Kampfgruppe. Esta acción no será,

pues, una retirada. Yo no daré esa orden. Mi última orden para ustedes será subir a las barcazas, embarcar. Ustedes embarcarán, y yo me quedaré.

Lübeck le miró, incapaz de creer lo que acababa de escuchar.

—Pero eso… Eso no puede ser, capitán. Eso es un suicidio… para usted… —consiguió responder cuando fue capaz de hablar.

—Yo no tengo ninguna intención de morir en esta guerra —respondió rotundo el capitán—, ni tengo madera de héroe. Pienso y razono fríamente. Ustedes embarcarán hacia el istmo de Curlandia como supervivientes de una batalla perdida, no como cobardes ni desertores, puesto que su oficial al mando jamás dio esa orden ni abandonó su puesto. Y yo, estando solo, podré deslizarme entre las líneas enemigas siguiendo la costa hasta enlazar nuevamente con nuestras tropas en Königsberg, suponiendo que aún sigan allí y no hayan tenido que retirarse, en lo cual confío. Un hombre solo puede hacerlo —afirmó—. Un batallón no.

—Pero, capitán… —Lübeck se resistía a aceptar aquella idea descabellada—. Los hombres no permitirán, no le dejarán…

—Lo sé. Por eso no deben saberlo —Heiden enfatizó el adverbio negativo—. Usted, como segundo al mando, es el único que debe estar al tanto de esto. La suerte del Kampfgruppe quedará desde ese momento en sus manos. Y si antes algo me ocurre, Dios no lo quiera, usted será el encargado de sacar a los hombres de aquí.

El teniente Lübeck guardó silencio.

—Reflexione fríamente, como yo, Lübeck. Deje a un lado todo lo demás —añadió el capitán—. Es la única alternativa que tenemos para evitar las consecuencias de una retirada no autorizada, que sabe de sobra cuáles son.

El teniente hizo un gesto afirmativo.

—Usted, y probablemente yo, seríamos fusilados, y los hombres destinados a un batallón de castigo.

—Eso es.

La puerta del refugio se abrió de pronto y el sargento Hilberg asomó la cabeza.

—¡Diablos! Sí que madrugan nuestros oficiales —dijo a modo de saludo.

—Buenos días, Hilberg —respondió el capitán—. Despierte a Scheer y que prepare café. —El tono de la voz de Heiden no dejó traslucir el espinoso asunto que acababa de tratar con el teniente Lübeck—. Después reúnanse todos aquí fuera —añadió—. Quiero hablarles de algunos asuntos.

—A sus órdenes, capitán.

Hilberg desapareció de nuevo dentro del refugio y cerró la puerta. El teniente Lübeck sacó un cigarrillo del bolsillo de su abrigo y lo

encendió. Su pulso temblaba, y la causa no era el frío.

—¿Está usted completamente seguro de lo que pretende hacer, capitán?

—Del todo —respondió Heiden. En su voz no había un solo atisbo de duda—. Y necesito su discreción, y su ayuda —añadió mirándole a los ojos—, no ya como subordinado, sino como hombre de confianza, tal vez como amigo.

La fuerza de la mirada del capitán hizo que a Lübeck se le encogiera el corazón.

Hubo un largo silencio. El teniente dio una profunda calada a su cigarrillo antes de contestar.

—Cuente con ella, Heiden —dijo al fin, y le tendió la mano.

Heiden la estrechó; un apretón breve, firme.

Con él quedó sellado su compromiso.

* * *

A primera hora de la mañana, el batallón se reunió a la entrada del refugio, tal y como el capitán Heiden había ordenado. Con una taza de café en una mano y un cigarrillo en la otra, Heiden contempló aquellos rostros familiares, cansados, exhaustos, que le miraban en silencio, expectantes. Heiden rara vez se dirigía de ese modo a sus hombres, salvo que hubiera algo especialmente grave que comunicarles, y ellos lo sabían, así que se acomodaron, disciplinados, para escuchar.

—Ayer, como saben, estuve en el puesto de mando de Memel —comenzó a decir el capitán con aquel tono de voz suyo, aséptico, neutro, carente de toda emoción—. Las órdenes que recibimos antes de abandonar Letonia no han variado sustancialmente. Una vez más deberemos ejercer de escudo y mantener esta posición el mayor tiempo posible para que la ciudad de Memel pueda ser evacuada. —Heiden hizo una breve pausa—. Antes de hablar con ustedes he estado conversando con el teniente Lübeck. Bien, creo que es necesario aclarar algunos puntos de esas órdenes. ¿Tienen ustedes alguna cuestión que plantearme?

La pregunta del capitán quedó en el aire. Los hombres se miraron unos a otros asombrados, desconcertados. Desde los tiempos de instrucción en el cuartel, aquellos soldados habían interiorizado profundamente ese dogma de la vida militar que afirmaba que las órdenes no se cuestionan, se cumplen, y el capitán era el último oficial al que cualquiera de ellos cuestionaría una orden. Y, sin embargo, allí estaba aquella mañana, esperando las preguntas de sus soldados, esperando su opinión.

El sargento Hilberg, para sorpresa de todos, se puso en pie.

—Permiso para hablar, capitán.

Heiden hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Anoche tuve una breve conversación con el teniente Lübeck —dijo Hilberg sin apartar la mirada de los ojos fríos, escrutadores, del capitán—. Le transmití una impresión que creo que comparten muchos de los soldados de este Kampfgruppe: la orden que tenemos de defender este sector del frente es, como poco, ambigua.

—¿Ambigua, sargento? —preguntó Heiden—. ¿Cree que no está suficientemente claro lo que debemos hacer aquí?

El sargento Hilberg carraspeó ligeramente, aclarándose la voz. Sabía que estaba entrando en un terreno arriesgado.

—Nuestra misión está meridianamente clara, capitán: mantener esta posición hasta que la ciudad de Memel pueda ser evacuada —respondió—. Y yo me pregunto, muchos nos preguntamos, ¿cuánto tiempo se estima que va a necesitar el mando de Memel para evacuar la ciudad? ¿Conoce el mando la situación de nuestro Kampfgruppe, los efectivos de los que disponemos, el lugar que debemos defender?

—Los conoce.

—Entonces supongo que recibiremos algún tipo de refuerzo. Enfrentados en este lugar a dos ejércitos soviéticos con los recursos que tenemos no hay posibilidad de resistir ni un solo día.

El capitán Heiden guardó un instante de silencio antes de contestar. Sus ojos recorrieron de nuevo los rostros de los soldados que le miraban atentos, confiados, con sus esperanzas puestas en sus palabras, en él.

—No habrá refuerzos —dijo al fin—. No hay nadie en Memel que nos pueda apoyar.

Hubo un estremecimiento, tangible, entre los hombres que escuchaban. El capitán siguió hablando.

—No habrá refuerzos, ni tampoco aprovisionamiento de ningún tipo. Las líneas de suministros desde Memel hasta los puestos avanzados de defensa de la ciudad están desmanteladas. Somos los que somos, tenemos lo que tenemos, y con ello tendremos que cumplir lo que se nos ha ordenado.

Un murmullo de desesperación y de rabia se extendió entre la tropa. El soldado Kastenbaum se puso en pie.

—Capitán, así no podremos mantener esta posición ni un día, ni unas horas siquiera. Nos machacarán.

—Tenemos autorización para utilizar el armamento y la munición que queden en los almacenes del puerto de Memel —respondió Heiden—. Los emplearemos en hacer fuerte este sector del frente.

El soldado Gross también se levantó.

—Eso no será suficiente, capitán. No somos más que un puñado de

hombres frente a, por lo menos, dos ejércitos enemigos con sus tanques. Nos superan en número y armamento en una proporción abrumadora…

Antes de que Heiden llegara a responder, el sargento Hilberg tomó de nuevo la palabra.

—Capitán. —El tono serio, grave, de su voz hizo que los demás guardaran silencio—. Permiso para hablar con franqueza.

Heiden le miró. En sus ojos se reflejó un brillo extraño. Hilberg continuó hablando.

—No es una cuestión de valor, capitán. Creo que nuestro valor ha sido puesto a prueba de manera más que suficiente a lo largo de estos años. Usted sabe cómo hemos combatido aquí en Rusia mis camaradas y yo bajo su mando. Pero quisiera saber algo. Imagino —añadió mirando al resto de la tropa— que todos querrán saberlo. —El sargento Hilberg hizo una pausa antes de formular la durísima pregunta que salió de sus labios—. Capitán, ¿está previsto que nuestro Kampfgruppe sea evacuado de Memel?

Un silencio demoledor siguió a aquellas palabras. Todas las miradas se clavaron en Heiden. Él, no obstante, no se alteró lo más mínimo. En realidad, había estado esperando desde el principio de la conversación esa pregunta, concretamente esa, y ninguna otra. Su rostro permaneció impasible, su voz continuó siendo neutra, metálica, cuando respondió:

—No está prevista ninguna orden de retirada para las unidades que defienden Memel.

El murmullo de desesperación se convirtió en un clamor, en una rabia difícilmente contenida. Los hombres sintieron que el sufrimiento, el dolor, toda la sangre derramada se convertían de pronto en algo inútil. Su vida, su muerte, habían dejado de tener algún valor. Los desechaban después de haber exprimido al máximo su capacidad de luchar, como se desecha un trasto viejo que ya no sirve, exigiéndoles cumplir con el deber último de un soldado: morir.

—Hijos de perra… ¡Van a sacrificarnos!

—No nos darán ni una sola oportunidad.

—Piensan dejarnos morir aquí.

Heiden habló de nuevo.

—No necesariamente, caballeros. —Su voz se elevó como el acero entre las de sus soldados, acallándolas—. No necesariamente —repitió, y aquellas palabras, pronunciadas por él, adquirieron la cualidad de algo trascendental, como un juramento—. Esa decisión, cuando haya que tomarla, será mía y solo mía. Yo asumiré esa responsabilidad.

17

La conversación que el capitán Heiden había mantenido aquella mañana con sus hombres dejó a estos con el ánimo sombrío: una extraña mezcla de rabia, desesperación y una resignación rayana en el fatalismo que la disciplina militar había grabado a fuego en ellos.

El teniente Lübeck distribuyó las tareas del día. Una vez más había que cavar: profundizar las zanjas antitanque, cavar agujeros tras los refugios para ocultar los tanques Tiger, enterrados hasta la torreta, y así usar sus cañones de 88 milímetros, los únicos capaces de perforar el blindaje de los T-34 [1] , como artillería anticarro contra los tanques soviéticos… Cavar. Las defensas antitanque eran lo único que podrían oponer al enemigo cuando atacase. Eso, y su propia carne.

El sargento Hilberg y el cabo Scheer quedaron exentos de esa dura tarea. El teniente Lübeck les ordenó ir con un camión hasta los almacenes militares del puerto de Memel para traer todos los suministros y munición posibles, todo lo que pudiera ser útil para defender la posición. Scheer se puso al volante. En el camino hasta Memel, Hilberg, en el asiento del copiloto, fue dando rienda suelta a la ira acumulada en su interior.

—¡Maldita sea mi suerte! ¡Maldita toda esta mierda en la que estamos metidos! Hay que joderse. Haber sobrevivido a casi cuatro años de guerra en Rusia, cuatro años de infierno helado, para quedar abandonado aquí como un perro… Porque van a dejarnos morir aquí. Ya no cuentan con nosotros. Nos han borrado definitivamente de las líneas del frente en los mapas del Estado Mayor…

Scheer le escuchaba hablar sin apartar la vista de la carretera. El sargento tenía razón: habían decidido sacrificarlos. Lo único, lo último que se esperaba de ellos, allá, en Berlín, o donde quiera que se dirigiera la guerra, era que murieran allí, en Memel… Sin embargo, algo en el interior de Scheer se resistía a dejarse llevar, se resistía a hundirse en aquella desesperación, en aquella rabia que Hilberg sentía. El capitán Heiden lo había dicho aquella misma mañana: no habría retirada para el Kampfgruppe, no al menos con una orden oficial, pero el capitán no había cerrado las puertas a la salvación. Si era posible, si existía una sola posibilidad de salir con vida de allí, Heiden daría con ella. Lo había hecho antes, en Likhvin, cuando tuvieron que retirarse al poco de tomar la ciudad, durante el cerco de Leningrado. Volvería a hacerlo más tarde, en Demyansk, cuando se salvaron por los pelos de ser ellos los cercados por los soviéticos. Y

después en Pskov, y en Riga. Aquellas situaciones habían sido complicadas, sí, pero el capitán había podido sortearlas. Era cierto que entonces había tierra para retirarse. Allí, en Memel, era distinto: estaban de espaldas contra el mar. Pero si había una posibilidad de sobrevivir, de escapar con vida de allí, Scheer creía firmemente que no había un oficial mejor que Heiden para aprovecharla. Si podía sacarlos de allí, lo haría.

Mientras conducía, Scheer intentó transmitirle todo aquello al sargento Hilberg, pero este respondió con sarcasmo.

—El capitán… —dijo, adornando sus palabras con una sonrisa amarga—. Créeme que no envidio para nada su situación. Está solo. Aplastado por el tacón de la bota del Estado Mayor, que le impone órdenes imposibles de cumplir. Es él quien tiene que dar la cara ante nosotros, ante los hombres destinados a morir. Es él el que tiene que mirarnos a los ojos y decirnos: «Caballeros, esto es lo que hay. Es muy posible que no salgamos de ésta». ¡Por Dios que en cierta forma le admiro! Admiro su sinceridad. Admiro su valor y su entereza. Yo no sé si podría soportar el peso de esa responsabilidad. Si las cabezas pensantes que dirigen este tinglado tuvieran la décima parte del coraje que tiene ese hombre, las cosas seguramente habrían sido bien distintas. Heiden nos ha sacado de muchos apuros en el pasado; eso es cierto. Pero ¡mira la situación, Scheer! ¡Sé realista! ¿Adónde nos vamos a retirar ahora? ¿Adónde? ¡Dímelo! ¿Encontrará Heiden transportes que nos saquen de aquí por mar cuando los rusos se nos echen encima? ¿Nos convertirá quizás en peces para escapar nadando por el Báltico? No, Scheer. Esta vez estamos hasta el cuello de mierda, y veo muy difícil que podamos salir de esta como hicimos en Demyansk o en Riga.

El sargento Hilberg y Scheer no volvieron a cruzar palabra. Hilberg siguió rumiando su rabia mientras entraban en Memel. Scheer comenzaba a dudar. ¿Y si Hilberg tenía razón?

Tardaron una eternidad en cruzar la ciudad de Memel para llegar al puerto. Los edificios derruidos por los bombardeos, los escombros que llenaban las calles y la gente hacían su avance desesperadamente lento. La rabia de Hilberg se fue aplacando al entrar en la ciudad. Él no había visto todavía la cantidad de personas que aún quedaban en Memel, sobre todo civiles, cientos de civiles: mujeres, ancianos, niños… Rostros macilentos, agotados, asustados, enfermos. Desesperados. Al verlos, Hilberg fue palideciendo, dejó de murmurar entre dientes maldiciendo su suerte. Se calló.

Pasaron cerca del puesto de mando de Memel. En él no parecía haber ya ninguna actividad: daba la impresión de estar vacío. Scheer pensó, con una ira sorda, que el comandante al mando de la defensa de la ciudad probablemente ya habría embarcado rumbo a la libertad,

mientras cientos de personas seguían atrapadas allí. Las manos de Scheer se aferraron con fuerza al volante. Sintió náuseas.

Alcanzaron el puerto, y el sargento Hilberg recuperó repentinamente el don de la palabra.

—Dios…

El puerto de Memel, hasta hacía no mucho grande y próspero, estaba casi reducido a escombros. En el agua asomaban aún las proas de los barcos hundidos por la aviación enemiga. La mitad de las dársenas se habían venido abajo. Algunas embarcaciones de la Marina, especialmente barcazas de transporte de mercancías, se hacinaban junto a las que aún eran utilizables para permitir a la gente embarcar. Y en los muelles aguardaban filas interminables de personas, una vez más, sobre todo civiles: madres con sus hijos en brazos, ancianos, heridos, enfermos…

Scheer detuvo el camión, incapaz de avanzar entre la multitud, y tanto él como Hilberg permanecieron unos momentos contemplando la miseria de aquella escena, difícilmente descriptible. Aquellas personas eran civiles, civiles atrapados por la guerra. Y la guerra no era, no debería ser, para los civiles… Aquello no debería estar ocurriendo. No debería ocurrir nunca…

Hilberg y Scheer cruzaron sus miradas. Entonces comprendieron con claridad meridiana el sentido de su misión allí. Tenían que resistir, resistir al menos un tiempo, porque si Memel caía y aquellas personas seguían allí, morirían, morirían con ellos, como ellos… Y aquellas personas no eran soldados: eran civiles…

De pronto sonó la alarma antiaérea. Hilberg y Scheer tardaron apenas unos segundos en reaccionar. Aún conmocionados por la escena que acababan de contemplar, saltaron del camión y corrieron a buscar refugio en los sótanos de los edificios cercanos que rodeaban el puerto. Antes de alcanzarlo pudieron escuchar, por encima del aullido de la alarma antiaérea, el rugir de los motores de los bombarderos soviéticos que se aproximaban a baja altura al puerto de Memel. Se escucharon también salvas de baterías antiaéreas, pero el fuego era poco nutrido. El sargento y el cabo Scheer miraron al cielo y vieron las siluetas de una escuadrilla de Tupolev [2] . Volaban tan bajo que casi pudieron ver cómo se abrían las compuertas de sus bodegas para dejar caer sobre el puerto su carga mortal. El puerto se convirtió en segundos en un hervidero de fuego, explosiones y gritos. Hilberg y Scheer contemplaban impotentes la destrucción: siluetas difuminadas por el polvo y el humo, gente que corría por todas partes, gente que caía al suelo, heridos, tal vez muertos. Entre aquellas personas la vista de Scheer distinguió a un hombre con una bata blanca. Una bata blanca y un brazalete con una cruz roja en el brazo derecho. Su silueta destacaba entre el fuego y el humo como la de un ángel en el infierno:

era un médico. Avanzaba a trompicones entre el humo, desorientado. Se acercó a uno de los heridos que yacía en el suelo, quizá para ayudarle, pero bajo el bombardeo era imposible hacer nada. El valor de aquel hombre era tan admirable como inútil. La detonación de una bomba cercana le derribó varios metros más allá. Intentó ponerse de nuevo en pie, indiferente a la lluvia de fuego que caía sobre el puerto. Scheer gritó, intentando atraer su atención: el médico estaba relativamente cerca del sótano en el que el sargento Hilberg y Scheer se habían refugiado. Si aquel hombre seguía al descubierto, vagando entre los muelles, acabaría muerto como tantos otros. El estruendo de las bombas, del fuego antiaéreo, impedía que la voz de Scheer llegase hasta él. Scheer se puso en pie.

—Voy a ir a buscarle —le dijo a Hilberg.

El sargento le agarró del brazo.

—¿Has perdido el juicio? ¿También tú quieres hacerte matar?

Scheer se zafó de su mano y, sin pensarlo dos veces, saltó fuera de las ruinas del edificio en el que habían buscado cobijo. Fue un impulso que no pudo contener: aquel hombre tenía los conocimientos, la capacidad de curar, pensaba Scheer, y, además, tenía valor. Si él ayudaba a aquel hombre a seguir vivo, el médico podría continuar su labor y contribuir a que muchos más conservaran la vida… «¡Qué diablos! —se dijo Scheer—. Si finalmente debo morir en esta maldita guerra, que sea al menos haciendo algo que merezca la pena, algo bueno…».

Entre el humo y las explosiones, los escombros y la metralla, Scheer consiguió llegar hasta el médico. Le agarró del brazo. Al principio el médico se resistió, pero no había tiempo para explicaciones. El bombardeo, de todos modos, no le habría permitido oírlas. Al final se dejó llevar, y al poco estaban de regreso junto al sargento Hilberg sanos y salvos.

Los Tupolev se fueron alejando. Solamente hicieron una pasada. El fuego de las baterías antiaéreas se fue extinguiendo lentamente: no habían conseguido derribar ni uno solo de aquellos bombarderos. Aún se escucharon las detonaciones de algunos explosivos de espoleta retardada. Luego solo quedó el crepitar de los edificios en llamas, el ruido de la caída ocasional de escombros, el humo y el silencio, un silencio de muerte que enseguida se vería roto, en cuanto pasase la conmoción, por los gritos de los heridos.

A medida que el humo se fue disipando, Hilberg, Scheer y el médico pudieron contemplar desde su refugio el desastre: los incendios, los escombros, los cuerpos yacentes, muertos, heridos… El médico se pasó una mano por la frente, pálido.

—Es una locura… —murmuró más para sí mismo que esperando una respuesta de quien pudiera escucharle.

Hilberg y Scheer guardaron silencio. No había mucho que pudieran decir.

El médico alzó la vista para mirarlos, tomando conciencia de pronto de su presencia allí. Agradeció la ayuda que Scheer le había prestado.

—Debo regresar cuanto antes al hospital —añadió—. Enseguida comenzarán a llegar allí los heridos. Aquí no puedo hacer nada…

El médico se puso en pie. Temblaba. Y no era por el bombardeo; no era el primero que sufría, ni la primera vez que estaba bajo fuego enemigo. Era por toda aquella muerte que le rodeaba, aquella muerte violenta, inútil, aquella sinrazón.

—Si quiere, doctor, le llevaremos hasta allí en nuestro camión —se ofreció el sargento Hilberg.

El médico le miró sorprendido.

—¿No van a ser ustedes evacuados? ¿No están aquí esperando las barcazas para salir de Memel?

—No, doctor —respondió el sargento—. Nosotros nos quedamos.

El médico era un hombre de unos cuarenta años, no muy alto, delgado, menudo. Su rostro cansado, marcado por profundas ojeras, tenía unos rasgos suaves; sus cabellos ya eran grises, habían encanecido prematuramente. Sus ojos oscuros, tras los cristales de sus gafas de montura metálica, tenían una mirada sosegada, compasiva, que se conmovió casi hasta las lágrimas al escuchar la respuesta de Hilberg.

—¿Ustedes son las tropas que defienden la periferia de Memel? —preguntó.

El sargento hizo un gesto afirmativo con la cabeza. El médico se acercó a él y estrechó su mano con fuerza.

—Que Dios les bendiga… —La voz del doctor tembló de una manera apenas perceptible por la emoción—. Que Dios les bendiga por su valor y su generosidad. Ayúdennos. Ganen tiempo para que esta gente pueda salir de la ciudad. Por Dios, ganen tiempo.

El sargento Hilberg se estremeció.

* * *

Hilberg y Scheer llevaron al médico hasta el hospital. Por el camino, el doctor les dijo su nombre. Se llamaba Mahler. Era el único médico que quedaba ya en la ciudad. Él, junto con su esposa, algunos enfermeros y sanitarios del ejército, voluntarios, trataban de sacar adelante el hospital. Eran la única asistencia sanitaria que quedaba en la ciudad. Desde hacía semanas no tenían agua corriente ni electricidad. Los quirófanos los iluminaban mediante generadores de

gasoil cedidos por el ejército en retirada. Los suministros eran casi inexistentes. Hacían lo que podían, en unas condiciones muy precarias. No era mucho, pero era más que nada: mantenían la fe y la esperanza de los habitantes de Memel. Y no se planteaban abandonar la ciudad, pese a la gravedad de la situación. No lo harían si los enfermos y heridos no eran evacuados también. Precisamente por eso había ido al puerto aquella mañana. Puesto que no había ningún mando en Memel ante el que protestar, el doctor Mahler se había dirigido a la Policía Militar del puerto para pedir, rogar, una vez más, que los pacientes de su hospital fueran evacuados. Pero para ellos tampoco estaba prevista una evacuación. Las escasas tropas que aún mantenían un mínimo de capacidad de lucha gozaban de preferencia: querían sacarlas de Memel para enviarlas a otros frentes más debilitados. Tras ellos evacuarían a la población civil, toda la que fuera posible. Para los demás no estaba previsto nada.

—En mi hospital hay civiles que quizá no habrían enfermado o no habrían sido heridos de no ser por la guerra —les dijo—. Y hay soldados, muchos de ellos gravemente heridos, hombres que han sacrificado en esta guerra su salud, su juventud, su vida. No pueden dejarlos atrás. A ninguno. Y en la medida de mis fuerzas no voy a permitirlo.

El sargento Hilberg y Scheer sintieron un escalofrío: ambos sabían que en cualquier momento podrían convertirse en uno de ellos, en uno de aquellos soldados heridos, sin brazos, sin piernas, sin rostro.

Cuando alcanzaron el hospital, los primeros heridos de la incursión aérea sobre el puerto de Memel comenzaban a llegar allí. El doctor Mahler saltó del camión. Antes de entrar en el hospital se volvió nuevamente hacia el sargento Hilberg y el cabo Scheer para pedirles un último favor:

—Traigan aquí a los heridos del puerto —les dijo—. Si pueden hacerlo, cédannos unas horas su camión para usarlo como ambulancia. Su ayuda aún puede salvar muchas vidas.

Ni el sargento ni Scheer tuvieron valor para negarse a esa petición. Regresaron al puerto para hacer lo que el médico les había pedido.

En el puerto aún ardían algunos edificios cercanos a los muelles. Un humo denso y gris, como niebla, difuminaba la visión del horror. Aún había gente guardando cola en las dársenas intactas con la esperanza de embarcar. Muchos de ellos estaban como aturdidos, paralizados, completamente bloqueados, preguntándose quizá si seguían realmente vivos después de aquella tormenta de acero y fuego. Una de las barcazas, que poco antes estaba intacta, se hundía lentamente en el mar, entre las proas de otros transportes destruidos por la aviación enemiga en las semanas previas, que asomaban en el agua como islotes solitarios de acero. Los pocos miembros de la

Policía Militar que había en el puerto intentaban poner un poco de orden en el caos. Entretanto, muchos civiles se afanaban en reunir a los heridos. Gran parte de ellos, mujeres y niños… Scheer y Hilberg habían tenido ocasión de contemplar mucha muerte. En combate todos habían visto y provocado mucha muerte. Pero aquello… Aquello les encogía el corazón, les hacía sentir náuseas. Porque aquello no era un combate: eran civiles atrapados en la vorágine de la guerra, civiles que intentaban escapar…

El sargento Hilberg y Scheer ejercieron de improvisados sanitarios, trasladando heridos al hospital. Pronto el camión y sus propios uniformes estuvieron llenos de sangre. Tras el quinto viaje de ida y vuelta al hospital, la Policía Militar les liberó de su tarea: ya no había más heridos que trasladar. Era el turno de recoger a los muertos.

Tanto Hilberg como Scheer permanecieron allí, de pie, agotados, exhaustos. Sus oídos habían quedado ensordecidos por los gritos de dolor acompañados de lágrimas, y pronto sintieron que sus almas pesaban como si fueran de plomo. Los cuerpos comenzaban a amontonarse en las dársenas inutilizadas por la aviación enemiga. La Policía Militar pasó junto a ellos llevando el cadáver de un soldado, uno de los pocos que aún debían ser evacuados de la ciudad. Los cuerpos de los militares eran colocados en un lugar diferente del de los civiles, para recuperar sus placas de identificación y dar parte de su fallecimiento como caídos en combate. Scheer palideció al reconocer la cara del soldado muerto al que la Policía Militar trasladaba: era el sargento Pfeiffer.

Scheer se quedó mirándole mientras se lo llevaban. Recordó su aspecto agotado, enfermo, exhausto. Recordó sus palabras al despedirse del capitán Heiden. Le deseó buena suerte. El capitán Heiden también se la deseó: le dijo que él también la necesitaría… Scheer vio a la Policía Militar alejarse con su cadáver y sintió un extraño dolor, una angustia que le atenazaba el pecho y subía hasta la garganta. Parecía que esa suerte, siempre voluble en la guerra, a Pfeiffer le había sido esquiva.

Scheer sintió de pronto una presión en el brazo. El sargento Hilberg le agarró con fuerza, instándole a subir al camión, recordándole la misión que les había traído a Memel. Como un autómata, Scheer puso en marcha el motor del vehículo y emprendió la marcha a los almacenes de intendencia. Ni Hilberg ni Scheer tenían fuerzas para hablar.

* * *

Los almacenes militares de Memel se encontraban a escasos dos

kilómetros de los muelles. Milagrosamente, por el momento, se habían mantenido a salvo de los ataques aéreos. Los oficiales de intendencia que los custodiaban preguntaron a Hilberg cuál era su unidad antes de permitir el acceso. Hasta que no confirmaron que el nombre del Kampfgruppe Heiden estaba en su lista no se les autorizó la entrada.

—Siempre la maldita burocracia… —maldijo Hilberg entre dientes —. El absurdo llevado al infinito: Memel está cercada, el frente se está desmoronando, la evacuación de la ciudad es un caos, la gente está muriendo…, pero aún queda tiempo para confeccionar una lista, una de tantas. Me pregunto si allá, en las oficinas del Estado Mayor, tendrán suficiente papel para anotar los nombres de todos los muertos —añadió con macabra ironía.

Los oficiales de intendencia informaron de que el Kampfgruppe tenía autorización para llevarse lo que necesitara. En cuanto las tropas soviéticas atravesaran las líneas de defensa, tenían orden de hacer saltar por los aires lo que quedara en los almacenes. Nada debía caer en manos soviéticas. Hilberg y Scheer no perdieron oportunidad de cargar el camión hasta los topes con munición para las armas, sobre todo para los cañones de 88 milímetros, y con minas antitanque. Al salir del almacén, Hilberg comunicó a los oficiales de intendencia su intención de volver en unas horas a por más material, a lo que estos no pusieron ninguna objeción. Mas bien, al contrario: si lograban vaciar los almacenes, podrían ser evacuados de la ciudad, así que esperaban ansiosos aquella visita.

En el camino de regreso a la posición del Kampfgruppe, el sargento Hilberg permaneció extrañamente silencioso y callado. Lo que había visto en Memel había cambiado su perspectiva de la situación. Comprendía lo que el capitán había sabido desde el principio, lo que les había dicho aquella misma mañana: de su capacidad de resistir dependería la vida de mucha gente. Era algo que no podía obviarse.

El teniente Lübeck se acercó al camión en cuanto se aproximó a los refugios, cerca ya de mediodía.

—He estado a punto de mandar a alguien a buscarles —dijo—. ¿Les ha alcanzado el bombardeo en el puerto? —El teniente se quedó mirando los uniformes de Hilberg y de Scheer, manchados de sangre —. ¿Están heridos?

Hilberg respondió:

—No, teniente. Hemos echado una mano con la evacuación de los heridos de ese ataque aéreo. Por eso nos hemos retrasado.

El teniente echó un vistazo a la trasera del camión y llamó a Weiss y a Hoffmann para que ayudaran a descargarlo.

—¿Hay algo más en los almacenes que pueda sernos de utilidad? —preguntó Lübeck mientras cargaba con una caja de proyectiles para la ametralladora MG-42.

—Sí, teniente —respondió el sargento—. Y haríamos bien en sacarlo de allí cuanto antes.

—En cuanto descarguemos este camión, llévense otro vehículo y a Weiss y a Hoffmann para traer aquí todas las armas y la munición que puedan. Cuanto antes esté aquí ese material, mejor. Los soviéticos no tardarán en asomar en la línea del horizonte.

—Sí, teniente.

* * *

El segundo día en la defensa del este de Memel transcurrió para el Kampfgruppe Heiden entre idas y venidas a los almacenes del puerto y el trabajo, eterno, inherente a la condición del soldado de infantería, de cavar, en este caso zanjas antitanque. Al anochecer, entre los hombres agotados se fue extendiendo una extraña inquietud. Algo estaba cambiando en ellos.

Tanto el sargento Hilberg como Weiss, Hoffmann y el propio Scheer habían transmitido a sus camaradas lo que habían visto en la ciudad. La situación de Memel, de los civiles en Memel, hizo de pronto que el hecho de que no estuviera prevista una retirada para el Kampfgruppe perdiera importancia. Los hombres comenzaron a tomar conciencia de que mucha gente dependía de que ellos fueran capaces de mantener aquella posición. Las palabras que el capitán Heiden les había dirigido aquella misma mañana comenzaron a tener un sentido físico, real. Cuanto más tiempo pudieran contener el avance de los rusos en aquella llanura, más civiles podrían salir de Memel por mar. Esa era la clave: el tiempo. ¿Cuánto podría el Kampfgruppe resistir? Era difícil saberlo.

18

Habían transcurrido cuatro días desde que el Kampfgruppe Heiden asumiera la defensa del este de Memel, una llanura totalmente al descubierto, sin ninguna defensa natural, sin ninguna protección. El enemigo aún no había dado la cara. El capitán Heiden intuía que los soviéticos no tenían prisa por atacar: sabían de sobra que les tenían acorralados contra el mar, así que tenían tiempo para preparar un ataque potente por tierra mientras su aviación les acosaba desde el aire. Y es que, si bien la infantería rusa y sus tanques aún no se habían dejado ver, las escuadrillas de bombarderos Tupolev habían realizado en las últimas cuarenta y ocho horas dos incursiones más sobre el puerto de Memel. También habían hecho varios vuelos de reconocimiento sobre la zona. El enemigo no permanecía inactivo.

Cada atardecer, el capitán Heiden pasaba un par de horas en los puestos avanzados de la posición, oteando el horizonte con sus prismáticos, buscando algún detalle, algo que tal vez pudiera pasar desapercibido para el soldado de a pie, que le diera alguna pista de lo que preparaba el enemigo, y aquella tarde ya había podido ver alguna tenue nube de nieve en polvo en la lejanía, alguna sombra, algún destello, aparentemente insignificante, en el horizonte… Pequeños detalles que pasaban fácilmente inadvertidos, pero que a él le confirmaban que el enemigo estaba ya allí, frente a ellos, preparándose para atacar.

Para los hombres del Kampfgruppe la mayoría del tiempo transcurría cavando: cavando zanjas antitanque, enterrando minas, profundizando trincheras y pozos de tirador. Incluso detrás de los refugios, en la retaguardia de la línea de defensa de la posición, los soldados habían cavado agujeros en los que ocultar hasta la torreta los dos tanques Tiger de los que disponían para utilizar sus cañones de 88 milímetros como artillería contra los T-34 soviéticos. Cavar y cavar como topos, como ratas. Al menos la actividad física les mantenía calientes en medio de un frío atroz. Ese era su consuelo.

La nieve que caía ocasionalmente les benefició. Los hombres habían cubierto las zanjas anticarro y las trincheras con ramas de abeto y lonas de camiones, en un intento por mantenerlas ocultas a la aviación enemiga. La nieve le daba a todo un tono uniformemente blanco, de modo que, incluso desde el suelo, a una distancia prudencial, era difícil saber dónde se encontraban las defensas que con tanto esfuerzo habían preparado. Desde el aire era imposible

averiguarlo.

El teniente Lübeck envió por turnos a la mayoría de los hombres del Kampfgruppe a Memel para hacerse con todo lo que quedaba de utilidad en los almacenes de intendencia. Era también una forma de descargar a los soldados del penoso trabajo de cavar. Así, casi todos los soldados que formaban parte de la unidad habían pasado por la ciudad y habían podido comprobar con sus propios ojos lo que ocurría. Y, efectivamente, algo había cambiado en ellos. El capitán Heiden lo percibía en sus voces, en sus conversaciones, incluso en sus miradas. Sobre los hombres planeaba algo, una sombra, una especie de fatalismo, de oscura resignación: lo inexorable. Los hombres habían dejado de preguntarse por qué. Nadie perdía el tiempo en analizar los errores cometidos, la evolución de la guerra, las circunstancias que los habían llevado a parar allí. Tampoco hablaba nadie ya de evacuación. La rabia, la desesperación, la ira, habían desaparecido en esa sombra que planeaba sobre el Kampfgruppe, que lo envolvía, que acabaría haciéndolo desaparecer. Esa sombra oscura para los soldados tenía un nombre, una esencia perfectamente definida, algo que ellos conocían bien: el deber.

El teniente Lübeck había distribuido turnos de guardia en las posiciones avanzadas, por delante de las defensas antitanque, para vigilar la aproximación del enemigo. Durante el día, las temperaturas, aunque frías, eran relativamente soportables. Los hombres podían permanecer seis horas oteando el horizonte con los prismáticos, buscando cualquier indicio de que el enemigo se aproximaba. Por la noche era imposible permanecer a la intemperie más de dos horas, generalmente inmóvil, a muchos grados bajo cero, sin morir helado de frío. Por la noche, los continuos relevos de las guardias hacían que los hombres durmieran poco y mal. Cuando no tenían que cavar ni permanecer en los puestos de guardia, permanecían encerrados en los refugios, buscando un mínimo resguardo frente al frío helador. Se quedaban allí dentro, sentados, dormitando cuando podían, en silencio, sin hacer nada, ni siquiera hablar. Había poco que pudieran decir.

Heiden y Lübeck compartían el refugio con algunos de sus veteranos, entre ellos el sargento Hilberg, el cabo Scheer, que rara vez se separaba del capitán, los soldados Gross, Kastenbaum, Weiss y Steiner. Aquella noche, mientras los hombres dormían, el teniente y el capitán, acomodados en un rincón, se inclinaban una vez más sobre el mapa de la posición extendido sobre una caja, junto al cual brillaba la tenue luz de una vela. Los ojos de ambos permanecían fijos en el papel, como si esperaran obtener de él respuestas, como si esperaran que les mostrara, como un oráculo, el camino de la salvación, una salida… Pero el mapa, mil veces estudiado, mil veces anotado, tan

solo mostraba, taciturno, la cruda realidad que debían enfrentar.

El capitán alzó la vista para mirar al teniente Lübeck.

—Últimamente está usted bastante callado, teniente —le dijo en voz baja.

—Reflexiono, capitán —respondió Lübeck del mismo modo, sin alzar la voz—. Intento hacerlo fríamente, como usted me dijo.

—¿Y le han llevado esas reflexiones a alguna conclusión?

Lübeck miró a los ojos a Heiden.

—Su plan tiene una laguna, capitán.

Heiden enarcó las cejas, sorprendido. Lübeck continuó hablando.

—Yo también soy un oficial, como usted. No puedo embarcar con los hombres hacia el istmo de Curlandia cuando usted dé esa orden. Mi presencia les comprometería, les convertiría en cobardes, en desertores.

Heiden se mostró en desacuerdo.

—El oficial al mando del Kampfgruppe permanecerá en su puesto y jamás ordenará una retirada, ni verbalmente ni por escrito. Eso debería eximirle a usted de toda responsabilidad, Lübeck.

El teniente hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Como oficial y segundo al mando del Kampfgruppe, eso resulta difícilmente creíble, capitán, y usted lo sabe. Ningún tribunal militar creerá que usted ordenó embarcar y yo simplemente embarqué con los hombres —continuó diciendo—. Ningún tribunal militar estará dispuesto a aceptar que yo, como segundo al mando, no tuviera constancia de su plan. Lo que sin duda creerán es que yo me retiré con el Kampfgruppe y le dejé a usted atrás, o aún peor, que los soldados me presionaron y yo accedí a una retirada no autorizada para salvar el pellejo sin contar con usted.

Heiden guardó silencio. Lo que el teniente decía tenía fundamento; Lübeck tenía razón.

—Yo no embarcaré —sentenció el teniente—. Los hombres estarán mucho más seguros sin mí. Sin un oficial que deba rendir cuentas ante los tribunales militares se convertirán automáticamente en supervivientes, y no en desertores. Como soldados no se les juzgará. Yo me quedaré. Intentaremos alcanzar Königsberg por tierra, juntos, usted y yo.

Heiden le miró largamente.

—Usted es un oficial capaz. Los hombres confían en usted y, además, le aprecian.

—Son soldados curtidos en cuatro años de guerra en Rusia. Sobrevivirán. Sin usted y sin mí.

Heiden no pronunció palabra en un largo rato. Finalmente habló mirando al teniente directamente a los ojos.

—Lübeck, yo no puedo pedirle, ni mucho menos ordenarle, que se

quede.

El teniente sonrió.

—Tampoco puede ordenarme que embarque llegado el momento, capitán, porque sabe que no lo voy a hacer. Esta decisión, como usted dijo hace solamente un par de días, es personal. Es mía, y solo mía. Y ya está tomada.

Lübeck cogió el mapa que había sobre la caja, ese mapa que tantas veces había estudiado junto a Heiden, y le dio la vuelta. Detrás del mismo estaba dibujado su tablero de ajedrez.

—Hace un rato me preguntaba, capitán, si querría medirse una vez más conmigo sobre el tablero.

En el rostro de Heiden quiso asomar una sonrisa.

—Está bien.

El teniente Lübeck colocó las piezas y los dos oficiales comenzaron a jugar su última partida de ajedrez.

* * *

Al amanecer del sexto día en las posiciones de defensa del este de Memel, el enemigo al fin se dejó ver. De madrugada, antes de que saliera el sol, uno de los soldados que montaba guardia en las posiciones avanzadas, por delante de las defensas antitanque, irrumpió bruscamente en el refugio, preguntando por el capitán. Su voz sonó tensa. Heiden alzó la vista desde el lugar en el que se encontraba sentado.

—Aquí —respondió.

—Ya vienen —dijo el soldado.

Un escalofrío recorrió los cuerpos de los hombres que se encontraban allí. Llevaban casi una semana esperando aquel momento, que se tornaba entonces terriblemente real.

Heiden se puso en pie y cogió sus prismáticos.

—Distribuya a los hombres —ordenó al teniente Lübeck.

Y salió del refugio a la noche polar, precedido por el soldado que había dado la alarma.

El teniente Lübeck puso inmediatamente a todos los hombres del Kampfgruppe en pie. En menos de diez minutos estaban armados y situados en sus puestos. Las tripulaciones de los dos tanques Tiger sacaron los blindados del bosquecillo de abetos en el que habían estado ocultos y los colocaron en las zanjas excavadas para ellos en la retaguardia de la posición. Los artilleros se apostaron junto a los cañones. Después esperaron.

Transcurrió media hora, una hora. La tensión era máxima entre los hombres: sabían que de un momento a otro el infierno se abriría ante

ellos, y ninguno tenía la certeza de que fuera a sobrevivir a él.

El capitán regresó finalmente de los puestos de guardia avanzados.

—Los rusos ya han llegado —dijo—. Hay unidades blindadas, al menos un batallón, además de infantería y, muy probablemente, artillería en su retaguardia, aunque no he llegado a verla. Se preparan para el ataque. Seguramente lo intenten al alba, con el sol a su espalda, que les dará ventaja. Calculo que nos quedan unas dos horas. Que ningún hombre se mueva de su lugar. Mantengan los ojos bien abiertos. Scheer. —La voz imperativa del capitán reclamó al joven cabo.

—¿Sí, capitán? —Scheer respondió sin moverse del parapeto de la trinchera, sin apartar la vista del frente, sin bajar el arma.

—Prepare café y distribúyalo entre los hombres.

Dos horas de espera a la intemperie en aquella noche helada eran una eternidad. El café hizo bien a los hombres: les ayudó a enfrentar el frío y el miedo. Convirtió esa espera en parte de la rutina de la guerra, en parte del terror.

El cielo negro de la noche fue cambiando poco a poco, adquiriendo progresivamente tonalidades grises. Finalmente, al este, unos tenues resplandores rojizos anunciaron la salida del sol. Amanecía.

Los hombres permanecían en sus puestos, agazapados en las trincheras: los rostros, pálidos; la expresión, rígida; el ceño, fruncido. Sus miradas intentaban alcanzar lo que les esperaba allí enfrente, lo que quiera que fuera que, más temprano que tarde, se abatiría sobre ellos. Las gotas de sudor se helaban en sus frentes. El capitán Heiden era el único que permanecía de pie al descubierto, oteando el horizonte con sus prismáticos. En un momento dado, Heiden los bajó.

—Que nadie dispare a menos que yo lo ordene —dijo. Su voz firme, segura, tranquila y helada como el aire en el que resonaban sus palabras infundió cierto sosiego a la tropa—. Envían T-34 en vanguardia. Quieren calibrar las fuerzas que defienden Memel. Contra los tanques nuestros fusiles no tienen nada que hacer. Es tarea para los cañones de 88 milímetros.

Los hombres forzaron la vista, intentando ver lo que el capitán acababa de describirles. Antes de ver los tanques soviéticos pudieron oírlos, sentirlos, como un retumbar sordo de la tierra. A lo lejos comenzó a escucharse el sonido ronco de sus motores. Los primeros rayos del sol asomaban ya por el horizonte. Pronto pudieron distinguir las siluetas de aquellos colosos de acero recortándose contra el sol naciente.

Los tanques rusos avanzaban despacio. No sabían que, frente a ellos, esperándoles, no había más que un puñado de hombres. Por eso se movían con prudencia.

El capitán Heiden ya había dado instrucciones a las tripulaciones

de los tanques Tiger y a los artilleros que manejaban los cañones del Kampfgruppe. Saltó dentro de la trinchera y se dedicó a contemplar, con absoluta calma, cómo los T-34 avanzaban.

Lo que al principio solo eran pequeños puntos negros en el horizonte, apenas visibles, fueron tomando cada vez con mayor claridad la forma amenazadora y el tamaño de los temibles tanques soviéticos. Pronto estuvieron a dos kilómetros de las posiciones avanzadas del Kampfgruppe; luego, a uno y medio; luego, a mil metros. Las zanjas anticarro y las minas que los hombres de Heiden habían colocado frente a la línea principal de la posición, frente a los refugios, protegían unos ochocientos metros de terreno. El teniente Lübeck, desde su puesto, junto al sargento Hilberg y su MG-42, miró a Heiden. Se preguntaba si el capitán permitiría que los tanques soviéticos llegaran hasta ellas. Pronto obtuvo una respuesta: cuando los T-34 se situaron aproximadamente a mil metros de distancia de la línea principal de defensa del Kampfgruppe, los cañones de 88 milímetros comenzaron a disparar.

El estruendo fue ensordecedor. Antes de que se extinguiera el ruido de las primeras detonaciones, los hombres pudieron ver cómo tres de los T-34 que iban en cabeza saltaban por los aires. A esa distancia, su blindaje no servía de nada frente al calibre 88 de la artillería del Kampfgruppe. El avance enemigo se detuvo de golpe. Antes de que los soviéticos tuvieran tiempo siquiera de reponerse de aquel primer impacto, de reaccionar y responder al ataque del Kampfgruppe, otros dos de sus vehículos quedaron destrozados. Solamente entonces, tras perder cinco de sus tanques, los soviéticos abrieron fuego contra las líneas del capitán Heiden.

La mayoría de los proyectiles de los T-34 impactaron por detrás de la línea de defensa del Kampfgruppe. Buscaban neutralizar su artillería. Su estrategia, no obstante, no tuvo éxito. Los cañones estaban bien ocultos, y los tanques Tiger, camuflados entre las más de diez zanjas que los soldados habían cavado para ellos en los días previos, no disparaban más de dos o tres veces desde el mismo lugar. Cambiaban alternativamente de una zanja a otra para dar la impresión de que el Kampfgruppe disponía de más artillería de la que realmente tenía. Y su puntería era letal, incluso teniendo el sol de frente. Las reservas de munición de las que disponían eran tan escasas que no podían permitirse errar un solo tiro.

Aquel día el Kampfgruppe no perdió ni una sola de sus piezas. Los pocos proyectiles que llegaron a alcanzar las trincheras y los pozos de tirador en los que los hombres se protegían no produjeron más bajas que algunos rasguños y heridas leves. En cualquier caso, las líneas que defendía el Kampfgruppe eran tan poco nutridas que la mayoría de los proyectiles rusos impactaron en zonas vacías que los hombres de la

unidad, dado su escaso número, no podían cubrir.

Tras perder diez de sus tanques, los soviéticos, finalmente, se retiraron sin que la infantería de Heiden hubiese llegado a disparar un solo tiro. Para entonces el sol había recorrido ya una parte no desdeñable de su trayecto diario en el cielo. La jornada se anunciaba fría y luminosa: un precioso día de invierno.

* * *

El resto del día transcurrió en absoluta calma. Heiden ordenó reforzar los turnos de guardia, pero los rusos no dieron señales de querer volver a atacar, al menos no en las horas siguientes. Los tanques destrozados permanecieron humeando frente a los refugios del Kampfgruppe hasta bien entrada la tarde. Varios aviones de reconocimiento sobrevolaron la zona, llegando hasta Memel, hasta el puerto. Salvo esos vuelos, el frente no registró ninguna otra actividad el resto de la jornada.

Por la noche, el capitán Heiden envió patrullas de reconocimiento. Heiden estaba seguro de que lo ocurrido aquella mañana no había sido más que un intento de los soviéticos de calibrar las fuerzas que tenían frente a ellos, e imaginaba que los rusos pronto recibirían refuerzos para volver a la carga. No tenían prisa, cierto, pero no se detendrían. Heiden necesitaba saber, en la medida de lo posible, qué tipo de refuerzos recibiría el enemigo, cuántos hombres, cuántos tanques, cuántas armas. Lo necesitaba para organizar su defensa, para hacerse una idea de cuánto tiempo podría su Kampfgruppe resistir, cuánto tiempo podría contener al enemigo con las fuerzas de las que disponía. Al caer la noche, Kastenbaum y Weiss salieron hacia la tierra de nadie. Los hombres que no tenían que velar buscaron un hueco en los refugios e intentaron dormir.

* * *

Weiss y Kastenbaum regresaron al abrigo pasada la medianoche. Fuera había comenzado a nevar. Presentaron su informe al capitán: los soviéticos estaban concentrando fuerzas para lanzar un nuevo ataque. Habían recibido nuevos T-34 y más tropas de infantería, y Weiss creía haber visto al menos dos camiones que podrían transportar lanzacohetes.

El descanso de los hombres duró poco. Antes de que amaneciera, el estruendo de las explosiones devolvió al Kampfgruppe a la cruda

realidad. Weiss no se había equivocado: los rusos machacaron hasta el alba la posición que los hombres ocupaban con sus lanzacohetes Katiusha [1] sin tregua. Los hombres de Heiden salieron apresuradamente de los refugios bajo una lluvia de proyectiles para ocupar sus posiciones y enterrarse en ellas hasta que pasara la tormenta de fuego. Heiden, al descubierto tras los refugios, daba órdenes para sacar de inmediato de allí los tanques. Sin ellos no tendrían ninguna posibilidad de resistir frente a los blindados soviéticos que sin duda intentarían alcanzar su línea cuando el fuego cesara.

Pasó el tiempo. Resultaba difícil saber cuánto. Bajo los proyectiles del enemigo, el tiempo parecía detenerse: era como caer en un infierno de acero y fuego eterno. Y luego, de repente, se hizo el silencio, un silencio increíblemente profundo, denso, casi sólido, como algo físico que pudiera tocarse, después del estruendo del bombardeo. La silueta de Heiden, ubicua, imperturbable, como si no hubiese estado bajo el mismo fuego de artillería que sus soldados, es lo primero que ellos vieron, saltando fuera de una trinchera, estudiando el horizonte con sus prismáticos. Su voz es lo primero que oyeron, conminando a los tanques a volver a sus posiciones y prepararse para disparar. Después el capitán se volvió hacia las trincheras. Su voz se elevó sobre los gritos de dolor, de auxilio, sobre las lágrimas de los heridos.

—¡Soldados! ¡Atención!

La voz del teniente Lübeck, lejana, repitió la orden del capitán a lo largo de la línea. De manera casi automática, los soldados se asomaron por el parapeto de sus trincheras, de sus pozos de tirador, con el casco de acero bien calado, las armas prestas a disparar.

Amanecía al este. Las primeras luces del alba tiñeron de rojo el horizonte, anunciando la inminente salida del sol. Entonces los vieron: al menos una brigada de tanques T-34 que avanzaban por la llanura, acompañados de infantería, cientos de soldados.

—¡Fuego!

De manera instintiva, los hombres de Heiden obedecieron aquella voz firme, implacable. Los tanques enemigos se aproximaban, esta vez rápida y peligrosamente. Los cañones de 88 milímetros del Kampfgruppe lograron frenar un poco su impetuoso avance. Sus disparos certeros, a aquella distancia, poco más de un kilómetro, convirtieron en chatarra tres, cuatro, cinco de los T-34, pero el resto siguió avanzando, acercándose cada vez más a las defensas anticarro. Las alcanzaron. Otros dos tanques quedaron inmovilizados tras pisar sendas minas. Varios más hundieron el morro en las zanjas que los hombres de Heiden habían cavado en los días previos. De ese modo se convirtieron en un blanco fácil para la artillería. El ataque de

blindados quedó detenido, y la infantería rusa adelantó a los carros bloqueados. Estaban tan cerca de la línea principal del Kampfgruppe que iban a intentar tomarla al asalto. Los hombres de Heiden vaciaron, uno tras otro, los cargadores de sus fusiles. Una hora tras otra. Cuando los soviéticos finalmente se retiraron, el sol había sobrepasado ya su cenit. Los hombres de Heiden estaban exhaustos.

La retirada del enemigo permitió al capitán hacer un balance de la situación y organizar la asistencia a los heridos. Sus voces dolientes hicieron que el cansancio de los supervivientes quedase atrás. Recorrieron las líneas. El Kampfgruppe había sufrido trece bajas: ocho muertos y cinco heridos. Un número elevado para las menguadas fuerzas de las que Heiden disponía. Tres de los heridos eran graves. Un zapador tenía una pierna destrozada. Un proyectil le había fracturado la tibia. El hueso roto había atravesado la piel, desgarrando incluso el pantalón del uniforme. Sangraba muchísimo. El soldado estaba pálido como la misma muerte. Apretaba los dientes para no gritar mientras el sargento Hilberg le hacía un torniquete. Otro zapador tenía una fea herida en la cabeza. Estaba inconsciente, pero aún respiraba. Scheer intentó cubrir la herida con un precario vendaje. Sintió, con un escalofrío, cómo los huesos del cráneo se hundían: aquel hombre tenía pocas posibilidades de sobrevivir. Otro soldado yacía en el suelo. Apoyaba sus manos sobre el pecho y luchaba por coger aire. Su rostro transmitía una angustia insoportable. El propio capitán le desabrochó la guerrera, buscando la causa de aquella dificultad para respirar, buscando alguna herida, pero no había ninguna. Al apoyar las manos sobre el pecho de aquel soldado Heiden sintió el crepitar de sus costillas rotas. La onda expansiva de algún proyectil le había aplastado el pecho. Con las costillas fracturadas, su tórax era incapaz de generar la fuerza suficiente para que el aire pudiera penetrar en los pulmones. Se ahogaba…

Allí, en las trincheras, poco podían hacer por los heridos. Heiden ordenó subirlos en un camión y transportarlos al hospital de Memel. El sargento Hilberg y Weiss se encargaron de ello. Los demás enterraron a los muertos en la tierra helada de Prusia Oriental. Mientras cavaban, una vez más, los hombres se preguntaban si alguien llegaría a visitar algún día aquellas tumbas.

* * *

La noche volvió a cernirse sobre las posiciones del Kampfgruppe. Se repartieron los turnos de guardia. Se reforzaron las patrullas de reconocimiento. Tras haber topado con las defensas antitanque, era más que probable que los soviéticos enviaran hombres para desactivar

las minas y marcar caminos seguros entre las zanjas, aprovechando las horas de oscuridad. Heiden estaba seguro de ello. Él, en su lugar, lo haría. Los hombres que no tenían asignada ninguna tarea se dejaron caer en cualquier rincón e intentaron dormir.

Nadie hablaba.

19

La noche era negra como boca de lobo, y fría como solo podía serlo en invierno en Prusia Oriental. El sargento Hilberg y el soldado Weiss regresaron a la posición después de dejar a los heridos en el hospital de Memel, y Weiss salió de patrulla. Todos los hombres del Kampfgruppe que no debían estar de guardia procuraban dormitar en los refugios. El teniente Lübeck no dormía. Inclinado sobre una caja de munición estudiaba una y otra vez los mapas, como si intentara descubrir en ellos el secreto que permitiría al Kampfgruppe resistir allí, sobrevivir. El capitán Heiden estaba sentado en una esquina, con la gorra echada sobre los ojos, inmóvil, como una estatua de mármol. Podría estar dormido. Podría estar incluso muerto: en la penumbra del refugio resultaba difícil apreciar la diferencia. Heiden no dormía: su mente analizaba la situación, calibraba las fuerzas de su Kampfgruppe, su capacidad de combatir, de resistir, y sabía que estaban ya al límite.

Hacia medianoche, Weiss, que estaba de patrulla, entró precipitadamente en el refugio: algo verdaderamente grave había debido de ocurrir para que Weiss abandonase su puesto. Sin embargo, la escena que contemplaron los ojos de los soldados parecía fuera de lugar, del todo irreal en la situación en la que se encontraban. Y es que Weiss no venía solo: traía consigo… ¿una niña?

Lübeck alzó la vista de los mapas. Scheer se incorporó. El capitán Heiden alzó la visera de su gorra, que le cubría los ojos. Una niña… Era una niña, de largas trenzas rubias, que gritaba y forcejeaba intentando zafarse de los brazos de Weiss. Estaba muy delgada. Sus ropas eran poco más que harapos. Al entrar en el refugio, sus ojos azules miraron a los soldados con verdadero terror y redobló sus vanos intentos de escapar. Resultaba difícil saber la edad de aquella niña: en cualquier caso, no más de diez o doce años. Su rostro, demacrado, mostraba inequívocamente un largo sufrimiento. Heiden la miraba y su corazón dio un vuelco. Un dolor intenso, como una puñalada, le atravesó el pecho, porque al ver a aquella niña fue como si viese a sus propias hijas…

¿Qué hacía una niña allí, en la misma línea del frente? Esa era la pregunta que se hacía Heiden. La misma pregunta que se hacían los soldados que se encontraban en el refugio, mirando alternativamente a la niña y a Weiss atónitos, desconcertados.

—La encontré en tierra de nadie —dijo Weiss mientras sujetaba a la pequeña, que se debatía entre sus brazos como un animal salvaje—.

No sabía qué hacer con ella…

El capitán Heiden se puso en pie y cogió a la niña. Ella gritó y gritó, y forcejeó intentando huir. Resultaba estremecedor el miedo, el pánico que había en sus ojos, en los que no brillaba ni una sola lágrima. Heiden regresó a su rincón con la niña en brazos. La sentó en sus rodillas, sujetándola con firmeza, y, al mismo tiempo, con un infinito cuidado, como si fuera un pequeño gorrión que no quería que escapase, pero al que tampoco quería dañar. La niña gritaba, gritaba sin llegar a pronunciar una sola palabra. Resultaba imposible saber si aquella niña hablaba ruso o alemán. Aun así, Heiden acercó su rostro al de ella y le habló, le habló con el corazón, le habló como hablaba con cualquiera de sus hijas cuando necesitaban consuelo, cuando tenían dolor o miedo. La voz de Heiden, para sorpresa de sus hombres, dejó de ser inexpresiva, metálica, fría y dura como el acero, para volverse cálida, serena y acogedora. Aquella ya no era la voz del capitán; era la voz de un padre. Heiden habló mientras sentía que su corazón se partía.

—Aquí estás a salvo, pequeña. Nadie va a hacerte daño. Lo que sea que te haya pasado se acabó. Ahora estás en un lugar seguro, y todo irá bien. Cálmate, pequeña… Cálmate…

No fue tan importante lo que Heiden dijo, sino la forma en que habló, el tono de su voz. Los hombres le miraban con un respetuoso silencio. La voz de Heiden, intentando confortar a aquella aterrorizada niña, removió las fibras más hondas de sus almas endurecidas, curtidas en el terror. Aquella voz evocaba su infancia, cuando ellos mismos estaban tristes o asustados, y, sin embargo, tenían el consuelo y la protección de una madre, de un padre… Hacía mucho tiempo que aquellos hombres habían dejado atrás su niñez, muchísimo. Sin embargo, en el infierno en el que vivían también tenían miedo y sufrían dolor… Pero allí no había unas manos llenas de ternura que les abrazasen, ni una voz amable que les susurrara al oído palabras de consuelo. Allí estaban solos.

El cabo Scheer miraba al capitán, y le pareció de pronto que miraba a otra persona, como si aquel hombre no fuera el mismo oficial bajo cuyo mando había combatido durante años, el hombre imperturbable, inconmovible, que parecía no tener sentimientos ni alma. Y como un fogonazo volvieron a su mente las imágenes de lo que había ocurrido en el puesto de mando de Memel, días atrás, aquella escena que no se había atrevido a compartir con nadie, ni siquiera con el teniente Lübeck. Recordó al capitán apuntando con su arma a la cabeza del comandante, y recordó de manera meridianamente clara todas y cada una de las palabras que Heiden pronunció entonces: «No debe preocuparse, herr Kommandant. No voy a matarle. No voy a hacerlo, porque quiero que viva. Quiero que salga

de aquí, que regrese a las ruinas de nuestra patria. Y allí, cuando se cruce con las miradas de todas las viudas, de todos los huérfanos, cuando se cruce tal vez con mi esposa o con mis hijas, quiero que recuerde esta conversación…». Y en aquel momento, al verle consolar a aquella niña, supo con certeza que el capitán ya lo había hecho antes, decenas de veces. No le costó imaginarle como un hombre corriente en tiempos de paz, con su esposa y sus hijas, y no como militar. Y al hacerlo, Scheer sintió un escalofrío.

La niña, en los brazos de Heiden, arrullada por la voz del capitán, se fue, contra todo pronóstico, calmando. Poco a poco dejó de gritar, de debatirse, y Heiden, lentamente, la soltó. Ella se quedó sentada sobre sus rodillas, muy quieta. Sus grandes ojos azules miraron uno a uno a los soldados, que en silencio la contemplaban. La niña tenía marcas de golpes en sus bracitos, y señales de ligaduras en las muñecas. Llevaba los pies descalzos, amoratados por el frío y llenos de heridas. Heiden sentía el dolor en su pecho como si un puño de acero le oprimiera el corazón, mientras se preguntaba horrorizado qué le había ocurrido a esa niña. Y los ojos claros de la chiquilla, que habían estado secos, se llenaron de lágrimas, que comenzaron a resbalar por sus mejillas hundidas, dejando surcos en su demacrado rostro infantil, tiznado de polvo y barro. Al principio fue un llanto silencioso, angustioso. La niña permanecía inmóvil mientras miraba a los soldados, y las lágrimas se deslizaban suavemente por su rostro. Después comenzó a temblar, sollozó, y, de pronto, se dio media vuelta y se abrazó al pecho de Heiden, como si instintivamente supiera que allí encontraría refugio, protección.

—Scheer. —La voz del capitán volvió a ser fría, metálica, al reclamar la atención del joven cabo. El hechizo se había roto—. Traiga una manta.

Scheer obedeció al instante. El capitán arropó con ella a la niña, que seguía temblando, y la dejó desahogarse y llorar mientras sus brazos la rodeaban con un gesto de protección y consuelo, exactamente como hubiera hecho con sus hijas.

El sargento Hilberg carraspeó ligeramente.

—Capitán, no podemos… Ella no puede…

Con un gesto seco, Heiden le conminó a callar. Al cabo de un largo rato, la niña, vencida por el cansancio, se quedó dormida entre los brazos de Heiden.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, Weiss? —preguntó el capitán.

—Estaba de patrulla con Hoffmann, a unos quinientos metros de nuestra línea de defensa, al acecho de las patrullas enemigas que intentaran reconocer el terreno. Oímos ruidos. Pensábamos que eran los rusos, buscando un camino para que sus tanques pudieran pasar, pero en lugar de soldados soviéticos encontramos a esta niña, muerta

de frío, acurrucada junto al tocón de un árbol en mitad de la tierra de nadie, sola. No tenemos ni idea de dónde ha salido. Yo intenté hablarle, pero no me contestó. No estoy seguro de que entienda alemán; quizá sea rusa. Cuando nos vio aproximarnos, no echó a correr; probablemente ya no tenía fuerzas, pero cogió una rama seca que había en el suelo. La idea de que tal vez pensaba emplear esa ramita para defenderse contra nosotros, por si pretendíamos hacerle daño, casi nos hizo reír, pero le aseguro, capitán, que sentí un escalofrío al ver que, al acercarnos a ella, esa niña dirigió la rama, seca y helada, afilada como un punzón, contra sí misma. Afortunadamente, Hoffmann logró detenerla a tiempo. La cogimos entre los dos y ella empezó a gritar como un animal y a debatirse tratando de escapar. Al final decidimos traerla aquí antes de que el Ejército Rojo se nos echara encima. No sabíamos qué hacer…

Heiden miró a la niña, que, agotada, dormía acurrucada sobre su pecho: su rostro, pálido, los surcos que las lágrimas habían dejado en sus mejillas, las marcas de ligaduras y golpes… Sintió con fuerza de nuevo el dolor interno, ese dolor del alma que le llevaba a pensar de nuevo en sus hijas. Y sintió la náusea, esa náusea consecuencia del horror. En cinco años de guerra creía haber visto todas las formas posibles de la ignominia, pero aquella niña le mostraba que el horror tenía aún muchas otras formas de manifestarse.

—Está bien. Vuelva a su puesto, Weiss.

El soldado Weiss salió del refugio. El capitán Heiden se volvió hacia el sargento Hilberg.

—Tiene usted razón, sargento. No podemos tener a esta niña aquí. No puede quedarse aquí —le dijo, completando la frase que antes no le había permitido concluir.

—¿Y qué vamos a hacer con ella? —preguntó Hilberg.

Todas las miradas se clavaron en la niña. Ella, aunque dormida, seguía temblando. Su cuerpecito consumido se agitaba a intervalos entre los brazos del capitán, como la llama de una vela movida por una corriente de aire. Heiden apoyó suavemente su mano en la frente de la niña.

—Tiene fiebre. Está enferma. Está herida —dijo el capitán—. La llevaremos al hospital de Memel. Desde allí procuraremos que sea evacuada por mar. Scheer, prepare el coche.

* * *

Avanzaron sin luces por las carreteras con el pequeño Kübelwagen camino de Memel. El capitán Heiden, en el asiento del copiloto, llevaba a la pequeña en brazos, bien abrigada con una manta. La niña

aún seguía dormida cuando dejaron la posición. El traqueteo y los continuos baches la sacaron de su sueño. Abrió los ojos asustada, pero al ver a Heiden se tranquilizó. Scheer pudo percibir el rubor enfermizo de sus mejillas. Incluso él, que no sabía absolutamente nada de niños, sabía que tenía fiebre. La chiquilla hacía esfuerzos por mantenerse despierta, pero sus párpados tendían a cerrarse, como si tuvieran que soportar un peso enorme. Y no era solo por el cansancio. Estaba enferma, estaba mal.

—Hola, pequeña. —La voz de Heiden volvió a ser cálida, protectora—. ¿Qué tal estás?

La niña no dijo nada. Apenas le miró, porque sus ojos volvieron a cerrarse, vencidos por la fiebre. Su cabeza se apoyó sin fuerzas sobre el pecho del capitán y por unos instantes se quedó como sin vida, sin respirar apenas. Scheer sintió su corazón dar un vuelco. «¿Y si ha muerto?», pensó el joven cabo. No, la niña solamente se había desmayado. Heiden la hizo volver en sí: le hablaba para mantenerla consciente. A Scheer le resulta admirable la calma que Heiden era capaz de mantener, la serenidad y la seguridad que transmitía su voz, mientras él pisaba a fondo el acelerador para llegar cuanto antes al hospital, donde alguien pudiera ayudarla.

—Vas a ponerte bien, pequeña. Ahora estás a salvo —decía Heiden —. Mírame. No te duermas. Yo soy Wilhelm. ¿Y tú? ¿Cómo debo llamarte?

La niña esbozó una breve sonrisa, luchando por seguir consciente. Parecía entender lo que el capitán le decía, pero era incapaz de pronunciar una sola palabra: estaba muy débil.

—Te llamaré Liebe [1] , ¿de acuerdo? ¿Puedo llamarte así?

La niña asintió. La sonrisa aún se dibujaba en su rostro infantil cuando volvió a caer en ese sopor enfermizo similar a la muerte.

Al llegar al hospital les recibió el doctor Mahler. Iba acompañado de su esposa.

—Traemos una niña —dijo Scheer—. Herida, enferma.

Fue la señora Mahler la que tomó a la niña de los brazos del capitán. Con el movimiento, ella recuperó la consciencia. Al intentar apartarla del capitán, ella se aferró desesperadamente a las solapas del abrigo de Heiden.

—No me dejes. Por favor…, por favor…

La señora Mahler la abrazó con ternura y se la llevó de allí. La niña lloraba. Scheer sintió una extraña mezcla de tristeza y culpa cuando la niña desapareció en brazos de la esposa del doctor Mahler. Miró al capitán, pero la cara de Heiden era impenetrable.

El capitán explicó brevemente al doctor Mahler cómo habían encontrado a la niña. Le pidió que intentara evacuarla de la ciudad. Después, Scheer y Heiden regresaron a la línea del frente.

En el viaje de vuelta a la posición, el capitán mantuvo un obstinado silencio. El cabo Scheer le miraba de vez en cuando a través del espejo retrovisor, pero Heiden no dejaba traslucir los pensamientos que pasaban por su mente, y Scheer no se atrevió a pronunciar palabra. Con la vista fija en la carretera, Heiden luchaba contra la náusea, esa náusea fruto del horror, esa reacción física de su cuerpo ante lo moralmente inaceptable. Esa niña… Dios, podía ser cualquiera de sus hijas… Heiden no quería siquiera imaginar lo que aquella chiquilla habría tenido que sufrir. No quería. Y, además, al dejarla allí, en el hospital, en manos de unos desconocidos, creería sin duda que también ellos, él, Heiden, la había abandonado a su suerte. Les odiaría por ello…

El capitán Heiden sacó su pitillera y encendió un cigarrillo para intentar mantener bajo control esa náusea que ascendía desde su estómago hasta su garganta, atenazándola. No debía pensar. Sobre ciertas cosas era mejor no pensar; se lo había repetido muchas veces aquellos años. Volvía a su posición, al frente. Ese era su lugar, donde debía estar.

20

Transcurrieron tres días, tres días desde que el capitán Heiden dejara a la niña, a Liebe, en el hospital de Memel. Tres días que parecieron ser uno solo, en los que el enemigo no dio un momento de tregua, en los que los soviéticos lanzaron un ataque tras otro, con infantería, con blindados, buscando romper la precaria línea de defensa del Kampfgruppe. Las zanjas anticarro y las minas que los hombres habían colocado con tanto esfuerzo frente a la posición a duras penas consiguieron contener los tanques enviados contra ellos. La infantería rusa llegó a alcanzar en un par de ocasiones la línea principal de defensa de Heiden. Les costó mucha sangre, y un abrumador número de bajas, obligándoles a retroceder. El Kampfgruppe quedó reducido en efectivos a poco más de una sección. Ya no podían enterrar a los muertos. Los cuerpos de los camaradas se congelaban sobre la tierra helada, recibiendo tan solo un sudario de nieve cuando nevaba. Uno de los tanques Tiger fue completamente destruido. El otro quedó inmovilizado, con las orugas destrozadas, aunque su cañón de 88 milímetros aún funcionaba. No obstante, en una posición fija era vulnerable. Era solo cuestión de tiempo que la artillería enemiga lo localizase y lo destruyese, y cuando eso ocurriera, el Kampfgruppe no tendría nada que pudiera frenar a los T-34. De todas formas, tampoco le quedaba apenas munición. Los almacenes del puerto de Memel hacía tiempo que estaban vacíos. Intendencia los había abandonado.

En tres días los hombres apenas habían dormido. Los rusos les superaban en número de tal modo que atacaban una y otra vez con tropas de refresco. Al retirarse un batallón, tras él venía otro distinto, con efectivos completos, con fuerzas renovadas, mientras que los hombres del Kampfgruppe, siempre los mismos, cada vez menos, resistían hora tras hora, día tras día. Cuando las tropas de tierra se retiraban, la aviación tomaba el relevo. Incluso los Tupolev que volaban regularmente para bombardear el puerto de Memel dejaron caer en alguna ocasión parte de su carga sobre la posición para aplastar la resistencia. Y, la verdad, les faltaba poco para lograrlo.

Con la caída del sol, al tercer día, los combates cesaron de pronto. Ese súbito alto el fuego, más que constituir un alivio para los hombres de Heiden, les desconcertó. Los soviéticos estaban tan cerca, tan condenadamente cerca de aniquilarles, de lograr su objetivo y abrirse paso hasta la ciudad de Memel, que los soldados del Kampfgruppe no

conseguían entender por qué se detenían. Lübeck y Heiden mantuvieron una breve charla sobre la situación: los dos estaban seguros de que los rusos planeaban algo, algo diferente que les permitiera vencer la obstinada resistencia del Kampfgruppe, esa resistencia tenaz que sus ataques frontales y los bombardeos aéreos aún no habían conseguido romper.

El capitán Heiden conminó a los hombres que no estaban de guardia a reunirse en los refugios. Envió varios hombres en misión de reconocimiento, y los demás intentaron auxiliar a los heridos. Algunos de ellos llevaban tres días sin más atención sanitaria que un precario e improvisado vendaje. Muchos otros habían muerto. Heiden ordenó aprovechar la tregua para trasladar a los heridos al hospital de Memel. El sargento Hilberg y el cabo Scheer fueron los encargados de esa tarea. Scheer, exhausto, se preguntaba si sería capaz de conducir.

El capitán asignó al sargento y al cabo aún otra tarea: debían informarse sobre la situación en Memel, sobre la evacuación de la ciudad. Heiden sabía que no podrían resistir otro ataque decidido de los soviéticos. Su misión en la defensa del este de Memel estaba llegando a su fin.

Acomodaron a los heridos en la trasera del único camión del Kampfgruppe que aún tenía combustible. El sargento Hilberg ocupó el asiento del copiloto. Scheer iba a ponerse al volante; el capitán Heiden le llamó.

—¿Sí, capitán?

—Hágame saber, si es posible, si la niña ha sido evacuada —le dijo.

Su voz fue neutra. No hubo en ella, ni en el rostro de Heiden, nada que delatara emoción alguna. No obstante, Scheer se estremeció.

—Lo haré, capitán.

Y, acto seguido, subió al camión y arrancó a toda velocidad hacia Memel.

* * *

Las carreteras estaban destrozadas por los bombardeos. La ciudad entera estaba ya prácticamente reducida a escombros. El humo y las llamas de los incendios que habían producido los últimos ataques aéreos eran visibles desde lejos. Hilberg y Scheer entraron en la ciudad y pudieron comprobar que aún había civiles en Memel. Ya no se dirigían al puerto: las dársenas habían sido completamente destruidas, las aguas del puerto estaban llenas de barcos hundidos por las bombas enemigas, impracticables. La mayoría de los civiles vagaban sin rumbo entre los escombros. Algunos, los que todavía no habían perdido la esperanza, caminaban hacia las playas. El puesto de

mando de la ciudad había sido arrasado; el edificio no era más que un montón de ruinas. Allí no quedaba nadie. Nadie estaba al mando. Reinaba el caos.

El sargento Hilberg y Scheer llegaron finalmente a su destino. El hospital estaba abarrotado de heridos. Ellos traían aún algunos más. Los sanitarios se hicieron inicialmente cargo de ellos. El doctor Mahler se detuvo a hablar con el sargento y con el cabo. El médico estaba pálido y mucho más delgado que la última vez que le vieron. Tampoco él había dormido mucho en los últimos días, a juzgar por sus ojos enrojecidos y las profundas ojeras que sus gafas de montura metálica no lograban ocultar.

—El puerto está completamente inutilizado por los bombardeos desde hace dos días —les informó—. Los barcos no pueden atracar en él. Están intentando evacuar a la gente desde las playas cercanas, en barcazas, hacia el istmo de Curlandia, pero es extremadamente difícil. Todavía quedan muchas personas en Memel.

—¿Y los heridos? —preguntó el sargento Hilberg—. ¿Y su hospital?

El médico le miró. Había una extraña resignación en sus ojos.

—Nosotros nos quedamos —respondió. Y su voz fue firme, sin un resquicio de duda.

Los heridos no iban a ser evacuados, pero él no se iría. No les dejaría abandonados a su suerte. Scheer se quedó mirando a aquel hombre, no muy alto, delgado, de aspecto retraído, más bien un intelectual, un hombre de ciencia, de pensamiento más que de acción. Y, sin embargo, en aquel momento demostraba mucho más carácter, mucho más valor que alguno de los hombres junto a los que el joven cabo había luchado. Su actitud, generosa hasta un grado extremo, le conmovió hasta el fondo del corazón, porque entre los enfermos, entre los heridos, había algunos de sus propios camaradas, porque él mismo podría estar entre ellos, indefenso, sin posibilidad alguna de luchar ni de huir para salvar la vida, sufriendo, esperando Dios sabía qué. Y, de ser así, no estaría solo, porque el médico seguiría allí con ellos.

—Nuestro Kampfgruppe no aguantará mucho más —le dijo el sargento—. Es cuestión de horas, como mucho de un día, o dos, que el enemigo nos aplaste y llegue hasta aquí.

El doctor Mahler guardó un momento de silencio antes de asentir con la cabeza.

—Lo sé. Sé que han sufrido muchas bajas, las que han llegado hasta aquí, y las que se han quedado allí, en el frente. —Les miró, y había gratitud en sus ojos—. Aun así, han hecho mucho por la gente de Memel —continuó diciendo—. Han ganado unos días vitales para que muchas personas hayan podido salir de aquí. Han ganado un tiempo precioso, por el que han pagado un alto precio. Mucha gente les estará agradecida, aunque no los conozcan, aunque no sepan quiénes son.

También yo.

El médico tendió su mano, y tanto el sargento Hilberg como Scheer la estrecharon con fuerza.

—Solo somos hombres —añadió—, y a veces no podemos salvarlos a todos.

Hilberg le miró antes de contestar.

—Ojalá pudiéramos —dijo, y su voz tembló, porque lo decía con absoluta sinceridad, reflejando la rabia, la frustración, por no poder hacerlo—. Ojalá pudiéramos. Buena suerte, doctor.

—Buena suerte, sargento. Para todos ustedes.

El sargento Hilberg salió apresuradamente del hospital. El cabo Scheer vio lágrimas en sus ojos y supo que no quería que nadie le viese llorar. Él permaneció allí. El doctor Mahler pareció adivinar lo que Scheer esperaba.

—Quiere saber cómo está Liebe, ¿verdad? —le dijo—. Fue usted quien la trajo al hospital, con el capitán.

—Así es, doctor.

El médico guardó silencio por un instante, como buscando las palabras adecuadas para decir lo que iba a decir. Finalmente miró a Scheer. Sus ojos oscuros se clavaron en los del joven cabo.

—Se está muriendo.

Un balazo, una puñalada, tal vez no le hubieran dolido tanto a Scheer como aquellas palabras. Se quedó pálido. Era cierto que la niña no estaba bien cuando la llevaron al hospital. Lo sabía. La había visto. Pero… ¡por Dios, era una niña!

—¿Cómo?… ¿Por qué?… —acertó a preguntar.

—No sé exactamente lo que ha podido ocurrirle a Liebe antes de que ustedes la encontraran. No ha pronunciado palabra desde que está aquí. Pero, como médico, sé que ha sufrido mucho, más de lo que su cuerpecito infantil puede aguantar. Ha sido demasiado para ella. Se muere.

Scheer se quedó allí quieto, incapaz de moverse, de reaccionar. No podía creer lo que oía. La niña se muere… Aquello no podía ser cierto.

El doctor Mahler le obligó a salir de aquel estado.

—Mi esposa está ahora con ella. Quizá desea verla.

Scheer hizo un gesto afirmativo, tratando aún de asimilar la noticia. El doctor Mahler le guio hasta el primer piso, donde habían habilitado una pequeña habitación para ella, separada de los heridos de guerra, soldados y civiles. La niña yacía en una cama que parecía demasiado grande para su cuerpecito tan delgado y pequeño. Estaba muy pálida. Tenía los ojos cerrados; estaba sumida en ese estado de sopor, cercano a la inconsciencia, que tenía cuando la dejaron en el hospital. Se estremecía a causa de la fiebre. Se agitaba y lloraba sin fuerzas. Scheer pudo ver las lágrimas deslizarse lentamente por las

mejillas hundidas de la niña, y le dolieron más que cualquier otra cosa, más que cualquier herida de guerra, porque era un dolor profundo, no físico, sino del alma. La esposa del doctor Mahler estaba sentada al lado de Liebe en la cama. Le cogía la mano, le hablaba con ternura, como una madre. La cara de la niña estaba perlada de sudor, ese sudor frío, preludio de la muerte, que Scheer conocía, que ya había podido ver antes en tantos y tantos hombres.

La señora Mahler se levantó al oírlos entrar. Era una mujer aún joven, no tendría más de treinta años. Como su marido, ella también era pequeña, delgada y frágil, como una muñeca de porcelana. Scheer vio sus ojos llenos de lágrimas al acercarse a ellos. Cogió las manos de su marido entre las suyas.

—Está muy enferma, Erwin —le dijo a su marido, y su voz, llena de angustia, quiso arrancar unas palabras de esperanza de los labios del médico.

El doctor Mahler, sin embargo, hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No podemos hacer mucho más, salvo acompañarla y esperar.

La señora Mahler no pudo reprimir un sollozo.

—Mi pobre niña, mi pobre Liebe…

La esposa del médico se volvió hacia Scheer.

—A veces, en las pocas ocasiones en que la fiebre baja un poco —le dijo con voz temblorosa—, me mira y pregunta por Wilhelm. Eso, y su nombre, Liebe, es todo lo que nos ha dicho desde que llegó aquí.

La señora Mahler volvió junto a la niña, que temblaba y lloraba. Sus manos delicadas, maternales, enjugaron las lágrimas de la niña.

—Mi pequeña Liebe —le dijo—. Si yo supiera quién es, donde está Wilhelm, le traería aquí, contigo…

El nudo que atenazaba la garganta de Scheer apenas le permitía hablar.

—Yo sé dónde encontrarle —dijo.

Y abandonó la habitación. No soportaba verla morir.

* * *

Scheer salió corriendo del hospital. Encontró al sargento Hilberg sentado en el guardabarros del camión, fumando un cigarrillo. Tenía los ojos enrojecidos. Scheer supo que había estado llorando. Le conminó a subir al camión.

—¿Tiene prisa por llegar al frente y morir, cabo? —le preguntó con ironía, una ironía que trataba de enmascarar su desesperación.

—Tengo prisa, sí —contestó Scheer—, pero no por morir.

Y arrancó a toda velocidad.

* * *

Apenas llegaron de nuevo a la posición, Scheer saltó del camión y corrió al refugio. El capitán Heiden no estaba allí; había salido con el teniente Lübeck hacia las posiciones avanzadas para echar un vistazo personalmente a los preparativos del enemigo. Scheer saltó las trincheras y se abrió camino hacia la tierra de nadie, sorteando las defensas antitanque, las minas y los restos de chatarra, aún humeantes, de los T-34 destruidos en las horas previas. Corría. Corría como si le fuera la vida en ello. Sabía que apenas quedaba tiempo…

El teniente Lübeck y el capitán estaban perfectamente camuflados en una de las zanjas anticarro, intentando intuir en la oscuridad los movimientos del enemigo. Scheer escuchó la voz del teniente:

—Están concentrando una gran cantidad de artillería frente a nosotros. Cañones, no sé de qué calibre, y varios camiones con lanzacohetes; ocho, diez, quizá más.

—Van a lanzar sobre nosotros toda la potencia de fuego de la que disponen —respondió el capitán—. Está claro que pretenden enterrarnos bajo una tormenta de acero.

Guiado por aquellas voces, Scheer se dejó caer en la zanja que los oficiales ocupaban. Su llegada resultó inesperada, pero ni al teniente ni al capitán les pilló del todo desprevenidos. Antes de que Scheer llegara a ponerse en pie, sintió el frío cañón de un arma apoyado en su sien: era la pistola reglamentaria del capitán Heiden.

—Dios, Scheer —dijo el capitán sin levantar la voz apenas le reconoció—. Podría haberle matado.

Heiden retiró el arma y la devolvió a su funda.

—¿Qué noticias hay de Memel? —preguntó.

Scheer le informó sucintamente de la situación, lo que había visto, lo que el doctor Mahler le había contado. Le dijo que el puerto estaba destruido, que aún quedaba población civil en Memel, cientos, quizá varios miles de personas, a los que seguían intentando evacuar desde las playas cercanas en barcazas. Le dijo que el hospital no sería evacuado, que el doctor Mahler se quedaría con los heridos cuando llegaran los rusos. Le dijo que ya no quedaba ningún mando en Memel, que estaban solos.

El capitán escuchó sin decir nada. Scheer terminó de hablar, guardó un momento de silencio, y sus ojos claros se dirigieron a las líneas soviéticas.

—No podemos hacer nada más —dijo finalmente—. Cuando empiece el bombardeo retrocederemos hacia las playas.

El teniente y el capitán cruzaron una mirada. A Scheer le pareció

ver algo extraño en ella, como un misterio, un enigma, algo que los oficiales ya habían hablado antes entre sí. Algo que no logró comprender.

Los desconcertantes ojos claros de Heiden se clavaron de nuevo en el joven cabo. Antes de que Scheer llegara a pronunciar una sola palabra, Heiden intuyó que el muchacho tenía una cosa más que decirle, aquello que él mismo le pidió que averiguara justo antes de que Scheer partiera con Hilberg y con los heridos hacia el hospital.

—Capitán, Liebe se muere.

Se hizo un silencio profundo. Scheer se quedó mirando al capitán. No sabía exactamente qué esperaba ver en él. No era capaz de imaginar cuál podría ser su reacción al saber aquello. Vio que el rostro, de ordinario pálido, del capitán, palidecía un poco más. Vio su ceño fruncirse por un instante. Vio… ¿dolor? ¿Era dolor lo que reflejaban esos ojos tan fríos, del mismo color, entre azul y gris, que el hielo de un iceberg? ¿Era dolor como el que él mismo sentía? Scheer no llegó a saberlo, porque todo lo demás en el capitán permaneció inmutable. Su rostro no podía ser más hermético.

—Teniente Lübeck, queda usted al mando —dijo de pronto Heiden —. Ya sabe lo que hay que hacer. Scheer, el coche. Vamos a Memel.

* * *

El Kübelwagen alcanzó el hospital de Memel en un tiempo récord. El capitán saltó del vehículo casi antes de que Scheer se hubiera detenido. Al joven cabo le costó seguir sus pasos al entrar en el hospital. Cuando alcanzó al capitán, ya estaba hablando con el doctor Mahler.

—Doctor, vengo a ver a Liebe.

El doctor Mahler le miró.

—Está mal.

—Lo sé.

—Venga conmigo —dijo finalmente el médico—. Le acompañaré.

El doctor Mahler llevó al capitán hasta la habitación de la niña. Scheer les siguió y se quedó junto a la puerta. No se atrevió a entrar. La señora Mahler seguía junto a ella, sentada al borde de la cama. Cogía una mano de Liebe entre las suyas, amorosamente, y lloraba.

Liebe tenía los ojos cerrados. Ya no había lágrimas en sus mejillas. Ya no temblaba. Estaba tan quieta e inmóvil como si estuviera muerta. Por un momento, Scheer creyó que realmente era así, que habían llegado demasiado tarde. Entonces vio que los labios de Liebe se entreabrieron, apenas un instante, para coger aire. Respiraba, y si lo hacía era porque aún estaba viva.

Heiden se acercó a ella. La señora Mahler, como si saliera de pronto de un oscuro sueño, tomó conciencia de la presencia del capitán y se levantó. Heiden ocupó su lugar junto a la niña. La miró; cada una de sus respiraciones agónicas parecía que fuera a ser la última. Sus manos curtidas cogieron suavemente las manos pequeñas, delicadas, de la niña, y la llamó.

—Liebe.

Scheer se estremeció al escuchar la voz del capitán al dirigirse a ella. Le estremecieron su calidez, su serenidad, su calma, e incluso su dulzura.

—Liebe.

La niña reconoció aquella voz, sin duda, porque sus manos infantiles se aferraron a las del capitán y, poco a poco, abrió sus ojos grandes, de un azul intenso como el mar, para mirarle. Heiden sonrió.

—Hola, Liebe.

Una débil sonrisa se dibujó en los labios de la niña enferma. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Su cuerpo debilitado hizo un esfuerzo supremo por incorporarse. El capitán le ahorró ese empeño: la cubrió con las mantas, la cogió entre sus brazos y la sentó en sus rodillas, mientras ella se abrazaba a su pecho, sonreía y lloraba al mismo tiempo. Sus lágrimas no eran esta vez de miedo, de tristeza ni de dolor.

—Wilhelm… —dijo solamente con un hilo de voz.

Y después se quedó allí, quieta, sonriendo, arropada por el abrazo protector del capitán.

—Todo irá bien, Liebe, pequeña —le decía Heiden, y sus palabras, pronunciadas casi como un susurro, parecieron llenar la estancia—. No tengas miedo. Todo irá bien.

Scheer sentía un nudo en el estómago, como si una mano de hierro quisiera arrancarle las entrañas. Se preguntaba qué iba a ir bien, qué podía ir bien si aquella niña se estaba muriendo, si todos, en aquel maldito lugar, estaban condenados a morir…

La respiración de Liebe se hizo cada vez más y más lenta. Sus frágiles manos, que abrazaban al capitán, cayeron suavemente, sin fuerza. La cabecita de rubios cabellos de la niña se inclinó sobre el pecho de Heiden, y de sus labios, que aún sonreían, se escapó el último aliento. Scheer la miró, esperando que volviera a coger aire, que volviera a respirar. Ya no lo hizo.

La señora Mahler rompió a llorar y se abrazó a su marido. Scheer sentía que las lágrimas se habían quedado en su garganta, como el lazo que se cernía en torno al cuello de un ahorcado, y no encontraban el camino para llegar hasta sus ojos. En los últimos años había visto mucha muerte, muchos muertos; algunos de ellos eran casi tan jóvenes como Liebe. ¿Por qué la muerte de aquella niña le dolía

tanto?

El capitán permaneció aún un tiempo con el cadáver de Liebe entre sus brazos, inmóvil, como si Liebe no hubiera muerto, como si se aferrara a la esperanza, inútil, de que arropada por él la niña recobraría la vida. Al final, al cabo de un largo rato, volvió a acostarla en la cama. Entre la blancura de las sábanas, la niña muerta parecía un ángel.

Heiden se puso en pie; se dirigió a la puerta. Scheer consiguió que las palabras atravesaran su garganta atenazada para llamarle, pero el capitán, de espaldas a Scheer, no se volvió siquiera para mirarle. Alzó la mano con un gesto seco que ordenaba silencio, y cuando habló, Scheer pudo percibir en su voz la misma ira sorda, la misma rabia contenida, terrible, amenazante, sobrecogedora, que ya había escuchado una vez, antes, en el despacho del comandante encargado de la defensa de Memel.

—Déjeme, Scheer —le dijo—. Quiero estar solo.

Salió de la habitación. Scheer no se atrevió a seguirle.

21

Heiden salió del hospital y caminó sin rumbo entre las ruinas. Sentía el dolor moral, que era como un dolor físico que le oprimía el pecho, que le desgarraba por dentro como puño de acero. Un dolor tal como jamás creyó que pudiera sentirse. Sentirlo y seguir vivo sin enloquecer. Aquella niña, aquella pobre niña… Veía su rostro, su cuerpo malherido, la veía muerta entre sus brazos, y veía en ella a sus hijas, a la pequeña Anna y a Lucie. Y sentía que no podía soportarlo.

Se apoyó contra un muro. La náusea intensa dominó todo su ser. Su estómago estaba vacío. Sabía que no podía expulsar de sí de ese modo el horror; aun sabiéndolo, no podía controlarlo. Se dejó caer hasta quedar sentado en el suelo, y sin que pudiera evitarlo, las lágrimas acudieron a sus ojos y lloró. Él, que hacía tanto tiempo que no lloraba, aquella noche lo hizo. Lloró de desesperación, de rabia, de angustia, de miedo, y también de tristeza, una inmensa aflicción por la niña muerta, por todos los muertos, por los últimos años de su vida perdidos, por todo. Lloró, porque el dolor no encontró otro camino para salir de su alma y permitirle así mantener la cordura. Lloró amargamente un largo rato, hasta que ya no le quedaron más lágrimas que derramar.

* * *

Scheer esperó a Heiden en el Kübelwagen, a la entrada del hospital. Tras la muerte de Liebe, el joven cabo sentía una pena tan grande que apenas le permitía respirar. Liebe muerta… Era tan… injusto. Era algo tan sin sentido, tan absurdo y terrible como lo era la guerra misma, que no hacía distinciones entre el fuerte y el débil, el soldado y el civil, el viejo y el joven… Y todos estaban atrapados en ella, sin posibilidad alguna de huida.

El capitán apareció de repente, entre las ruinas de los edificios que rodeaban el hospital, como surgido de la oscuridad de la noche. Aparentemente nada en él había cambiado, pero en su rostro, de ordinario imperturbable, había algo siniestro y terrible, como la cólera de un dios. Scheer le vio llegar y no necesitó que Heiden le dijera una sola palabra. Subió al Kübelwagen y puso en marcha el motor. Antes de que el capitán llegase a ocupar el asiento del copiloto, el doctor Mahler apareció en la puerta del hospital.

—Capitán Heiden, usted tiene hijos, ¿verdad? —le preguntó el doctor. Heiden asintió—. Lo supe desde el primer momento en que le vi con Liebe, desde aquella noche, cuando la trajo al hospital —dijo el médico—. Espero que sus hijos estén bien, que estén a salvo.

La respuesta del capitán fue dura, seca.

—En estos tiempos no existe un lugar seguro.

—Mi esposa y yo no hemos tenido hijos. Durante años eso fue para nosotros una causa de pesar. Por lo que está ocurriendo, lo que le ha ocurrido a Liebe… Créame, capitán, que ahora no lamento no tener descendencia, porque no sé si sería capaz de soportar ver a mis hijos sufrir y morir como Liebe en un mundo que se está desmoronando.

Heiden guardó silencio. Una sombra oscura veló sus ojos.

—Desde que nacen, doctor, sabemos que un día u otro tendrán que morir.

—Cierto. Como todos nosotros. Pero no de este modo, no en una guerra.

—Usted, doctor…, o yo…, ¿podemos evitarlo?

Hubo un largo silencio, tras el cual el capitán Heiden, cambiando radicalmente de tema, expuso una vez más al doctor Mahler la situación: su Kampfgruppe ya no podía seguir manteniendo el frente. El enemigo estaba al llegar. El médico ratificó una vez más su decisión de quedarse junto a los heridos, junto a los pacientes de su hospital, junto a todos aquellos para los que no habría evacuación.

—Nosotros no somos combatientes —dijo—. Incluso los que alguna vez lo fueron ya no suponen ninguna amenaza para ellos. Son hombres enfermos, heridos. Sé que me permitirán seguir trabajando. Aunque no nos ayuden, tampoco nos molestarán. Confío en ello.

—Ojalá sea así.

El doctor Mahler tendió la mano al capitán, que la estrechó.

—Buena suerte, capitán.

—Buena suerte también para usted, doctor. La necesitará. Créame.

Heiden subió al coche y emprendió el regreso al frente.

* * *

El capitán Heiden y Scheer alcanzaron la posición. El teniente Lübeck tenía ya a los hombres que aún quedaban en el Kampfgruppe preparados para la marcha. Retrocedieron, en el más absoluto silencio, unos quinientos metros por detrás de la línea principal de defensa, hacia la ciudad. El capitán Heiden tenía la convicción de que el bombardeo se iniciaría antes del amanecer. La cortina artillera probablemente impactaría inicialmente en las defensas antitanque e iría avanzando hasta llegar a la línea principal, hasta los refugios que

habían empleado sus hombres durante la defensa del este de Memel, penetrando en profundidad en la posición. Con aquel bombardeo masivo los soviéticos intentarían aplastar cualquier foco de resistencia que pudiera quedar en el frente, y al cesar el mismo, con el alba, con la luz del sol asomando a su espalda, los tanques y la infantería iniciarían su ataque frontal sin que nada pudiera detenerles ya. El objetivo del capitán, al hacer retroceder al Kampfgruppe en mitad de la noche, era que aquellos proyectiles impactaran en posiciones vacías. Mientras el enemigo estaba entretenido derrochando su munición contra una línea defensiva desierta, su propio fuego artillero serviría a los hombres de Heiden de cobertura a sus espaldas para emprender el camino hasta las playas.

El capitán no se equivocó en sus predicciones. Sobre las cinco de la mañana, como un volcán en erupción, decenas de cañones abrieron fuego al mismo tiempo sobre las defensas anticarro. Ese fue el momento que Heiden aprovechó para retirar a sus hombres, intentar cruzar Memel y alcanzar la costa.

Lo que parecía inicialmente una tarea fácil se convirtió enseguida en un verdadero infierno. La posición de Heiden, al este de Memel, había caído, pero también las unidades que protegían el norte y el sur de la ciudad habían sucumbido a los ataques enemigos. Todo el frente en torno a Memel se estaba derrumbando, y en la ciudad los hombres del Kampfgruppe se encontraron enseguida con las primeras avanzadillas de infantería soviética que llegaban del norte y del sur. Atravesar la ciudad y alcanzar las playas les llevó todo el día, combatiendo calle por calle, casa por casa, contra soldados enemigos que salían de todas partes, que se emboscaban con una facilidad pasmosa entre las ruinas. Varios de los hombres del Kampfgruppe cayeron. El sargento Hilberg recibió un disparo en el hombro. Estuvieron a punto de ser masacrados en escaramuzas con las tropas de asalto soviéticas en más de una ocasión. Tuvieron que combatir por cada metro de terreno hacia la costa durante horas, hasta la extenuación.

Entrada la noche, alcanzaron por fin las playas. Restos de unidades desperdigadas, decenas de soldados, de batallones y secciones literalmente aniquilados, procuraban llegar hasta la única barcaza que aún quedaba anclada cerca de la orilla. Las demás ya habían comenzado a internarse en el mar. Las últimas. Algunos hombres, al mando de un puñado de oficiales, trataban de estructurar entre las dunas una línea defensiva mínimamente sólida. Los primeros impactos de los cañones de los tanques soviéticos que se acercaban rápidamente a la costa comenzaban a caer en los alrededores. Gritos, disparos, explosiones… La playa era un absoluto caos.

El capitán Heiden se detuvo un momento, recorriendo con la vista

aquel paisaje apocalíptico. Su voz de mando, su voz de acero, dio una última orden:

—¡Suban a esa barcaza! ¡Suban a ella, todos! ¡Ya!

Los hombres corrieron como locos hacia el agua, esquivando ráfagas de ametralladora, sorteando los proyectiles que impactaban a su alrededor. Obedecieron sin dudas, sin preguntas, como habían hecho siempre bajo el mando del capitán, porque confiaban en él. Se hundieron en las aguas heladas del Báltico hasta el pecho. A trompicones consiguieron asirse a la borda de la barcaza, donde los soldados que ya estaban en ella les tendieron sus manos para subir. Mientras ayudaba al sargento Hilberg, con su hombro herido, a subir a bordo, el cabo Scheer pudo ver que el capitán Heiden y el teniente Lübeck se quedaban atrás. De pie, inmóviles, con el agua hasta las rodillas, simplemente miraban, asegurándose de que todos los hombres embarcaban. Los vio cruzar entre ellos unas breves palabras, que por la distancia y el estruendo del combate no pudo entender. En un momento dado, el teniente Lübeck le tendió la mano al capitán, y este la estrechó.

El fuego de los cañones de los tanques soviéticos crecía rápidamente en intensidad; se acercaban a toda velocidad a la playa. Sus proyectiles alcanzaban ya el agua, levantando verdaderos surtidores al estallar. Algunos caían peligrosamente cerca de la embarcación. El piloto de la barcaza puso en marcha el motor. Miró desesperado a Heiden y a Lübeck, los únicos militares con rango en las cercanías.

—¡No puedo esperar más tiempo! —les gritó—. ¡Nos echarán a pique!

El capitán se adelantó unos pasos.

—¡Todos los oficiales de la barcaza, conmigo!

Su voz imperativa se elevó por encima de las explosiones y los disparos. Los hombres que estaban en la barcaza se miraron entre sí: prácticamente ninguno llevaba galones, a excepción del sargento Hilberg, herido, que ni siquiera alcanzaba el rango de oficial, y de dos o tres tenientes, que a la voz de Heiden abandonaron la embarcación para saltar de nuevo al agua. El teniente Lübeck fue a su encuentro. Cruzó con ellos unas palabras e inmediatamente después los oficiales y Lübeck echaron a correr… ¡hacia la playa, hacia las dunas! Salían del agua. Volvían a tierra. Se alejaban de la barcaza, de la salvación… Los soldados de Heiden no entendían nada.

El capitán Heiden permanecía quieto, de pie. Las pequeñas olas golpeaban sus botas, los faldones de su abrigo flotaban en el mar como si tuviesen vida propia. La luna, a su espalda, proyectaba la sombra de la visera de su gorra militar sobre su rostro. Resultaba imposible vislumbrar su expresión. Hizo un gesto afirmativo con la

cabeza, y el piloto de la barcaza, como si hubiese estado esperando ansiosamente esa señal, aceleró. La sobrecargada embarcación comenzó a alejarse de la playa.

El soldado Gross fue el primero del Kampfgruppe en reaccionar. Se agarró a la barandilla de popa gritando:

—¡Capitán! ¡Suba a la barcaza! ¡Capitán, suba, por Dios!

Heiden no se movió. Se quedó allí, quieto, viendo cómo sus hombres se alejaban, sin hacer un solo gesto. Scheer alzó la vista hacia la franja de dunas, donde se estaba intentando levantar una precaria línea para contener a los soviéticos hasta que las barcazas estuvieran fuera del alcance del fuego enemigo, y pudo reconocer entre aquellos hombres que libraban una batalla que nunca podrían ganar la silueta del teniente Lübeck. Entonces lo comprendió; todos lo comprendieron. Comprendieron que ni el teniente ni el capitán irían con ellos.

Gross miraba a sus camaradas desesperado.

—Si se queda, le matarán —decía—. ¡Si se queda, morirá! ¡¿Es que no os dais cuenta?!

Ninguno de los hombres del Kampfgruppe se atrevió a responder: ni Kastenbaum, ni Weiss, ni Hoffmann… Tampoco el cabo Scheer. Ni siquiera el sargento Hilberg.

—¡Hatajo de cobardes! —maldijo Gross—. Yo me quedo con el capitán. ¡Con él y con Lübeck!

E hizo amago de saltar por la borda. El sargento Hilberg, incluso con su hombro herido, le detuvo.

—¡No, Gross! ¡No debes hacerlo!

—¡¿Cómo que no?! ¡Lo que no puedo hacer es quedarme aquí viendo cómo los matan! ¡Suéltame, Hilberg! ¡Suéltame!

A duras penas lograron contenerle. Gross estaba como loco.

—¡Cobardes! —gritaba—. ¡Sois peores que ratas! ¡Vais a dejarlos morir! ¡Capitán Heiden! ¡Capitán!

La barcaza fue ganando poco a poco velocidad y se alejó de la línea de fuego, internándose en el mar. Sin luces, su silueta plana se fundía con la oscuridad de la noche, siguiendo la estela de las escasas embarcaciones que habían partido poco antes de aquella playa, las últimas que saldrían de aquella parte de Prusia Oriental. Y la ciudad de Memel, la playa, el estruendo del combate…, todo ello fue quedando atrás.

No habría retirada para el Kampfgruppe. Los hombres lo habían sabido desde el principio, desde que llegaron a Memel. El capitán Heiden nunca se lo ocultó. Y, efectivamente, en aquel momento, mientras se alejaban de la ciudad, los soldados se dieron cuenta de que el Kampfgruppe en realidad no se había retirado, porque sus oficiales nunca dieron esa orden, porque Lübeck y Heiden no habían abandonado Memel: seguían allí. Seguirían allí, hasta el final. Eso los

había convertido a ellos, a los pobres diablos que temblaban de frío, exhaustos, destrozados, sobre la cubierta de aquella barcaza, en supervivientes.

Mientras se alejaban de la playa, el cabo Scheer se quedó con los ojos fijos en la figura del capitán, de pie, en el agua, inmóvil como una estatua, mientras el mundo estallaba a su alrededor. No pudo apartar la vista hasta que la distancia difuminó su imagen, la hizo desvanecerse en el horizonte, como una mota de polvo, una sombra más en las tinieblas. Solo cuando dejó de ver al capitán, Scheer bajó los ojos, y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y se dio cuenta de que lloraba.

22

Heiden permaneció de pie, en la orilla, bajo el fuego, contemplando cómo la barcaza en la que se alejaban sus hombres iba ganando poco a poco velocidad. Los proyectiles caían cada vez con más frecuencia sobre la línea en la que rompían las olas, levantando enormes surtidores. El enemigo estaba peligrosamente cerca. Debían darse prisa, o alguna de aquellas bombas acabaría impactando sobre ellos. La sobrecargada embarcación se movía con una lentitud desesperante. «Vamos, vamos…», pensaba Heiden, como si su solo pensamiento pudiera infundir velocidad a la pesada barcaza y permitirle que, sin luces, se fundiera con la negrura de la noche, lejos de la playa, lejos del alcance de los cañones soviéticos. Solamente así estarían a salvo. «Vamos…».

En un momento determinado vio la silueta de uno de sus soldados inclinarse sobre la barandilla de popa de la embarcación. A pesar del estruendo del combate, pudo escuchar en la lejanía la voz de Gross. Le llamaba…

Los hombres se habían dado finalmente cuenta. Habían descubierto que ni Lübeck ni él irían con ellos. Gross gritaba, gesticulaba. Incluso hizo amago de saltar al agua. El corazón del capitán dio un vuelco. No debía hacerlo… ¡Por Dios, no! El resto del Kampfgruppe debía contenerlo. No debían volver. Eso sería la muerte para todos. No debían…

La barcaza aceleraba su marcha. Ya estaba demasiado lejos de la playa para que los hombres pudieran regresar a ella a nado. La oscuridad de la noche la iba envolviendo con su manto, protegiéndola de la artillería. Gross no saltó: probablemente los demás habían logrado retenerle… Bien hecho.

El capitán esbozó una breve sonrisa cuando la embarcación desapareció de su vista para perderse en las tinieblas. Eran buenos hombres. Todos ellos. Había sido un oficial afortunado al tenerlos bajo su mando. Habían comprendido el sentido de aquella última orden, y la habían cumplido, tal y como Heiden esperaba de ellos. A ellos no les correspondía decidir, al menos no en este caso. No debían verse forzados a elegir entre quedarse allí y, probablemente, morir, o embarcar hacia una salvación al menos relativa. Como oficial, esa era la misión de Heiden: tomar decisiones. Ese era su privilegio, y también su condena.

La guerra acabaría algún día, y el mundo tendría que levantarse

desde los escombros. Y necesitaría hombres. Hombres como el joven cabo Scheer, su ordenanza, inteligente y discreto, que concluiría sus estudios de arquitectura y construiría nuevos edificios entre las ruinas, o como Hilberg, que había sido panadero. Harían falta hombres como él, que volvieran a hacer pan. O como Hoffmann, Weiss y Steiner… O como Gross. Hombres a los que la guerra no les hubiera arrancado aún su esencia, las cualidades que les hacían realmente… humanos. Así debía ser. Heiden, al menos, lo sentía así.

El fuego enemigo arreciaba. El teniente Lübeck se acercó corriendo hasta el lugar en el que se encontraba el capitán. Traía consigo un par de fusiles Mauser Kar 98k [1] y unos peines de cartuchos.

—¿Ya se han ido? —preguntó mirando el negro horizonte.

Heiden asintió.

—Es usted extraordinario, capitán —dijo el teniente con verdadera admiración—. Lo ha conseguido una vez más.

—¿El qué, teniente?

—Sacarlos con vida de aquí. Como en Demyansk, como en Pskov, como en Riga.

Heiden hizo un gesto negativo con la cabeza.

—El mérito es de ellos —respondió—. Siempre lo ha sido. Son hombres sensatos, disciplinados y valientes. Pero esta vez es distinto, Lübeck. Esto no es más que una prórroga antes de la debacle. Van camino a una lengua de tierra de poco más de tres kilómetros de ancho y cien de longitud rodeada completamente por el mar. Desde allí tendrán que arreglárselas para volver a contactar con el Grupo de Ejércitos Centro. Y esta vez estarán solos, sin nadie que les apoye, que les dirija. No será fácil.

—Tampoco lo nuestro. —Lübeck le tendió uno de los fusiles y unos cuantos cargadores—. La lucha aquí está perdida. Las barcazas ya han partido, y los pocos soldados y oficiales que quedan en la playa están deponiendo las armas. Es eso o morir.

—Nosotros no vamos a hacer ni una cosa ni la otra —sentenció cogiendo el fusil y la munición que Lübeck le tendía—. Si hay algún momento óptimo para intentar abrirnos paso entre los rusos, es este, antes de que finalice el combate. Intentaremos regresar a Memel. Entre las ruinas será más sencillo mantenernos ocultos y esperar nuestra oportunidad para marchar hacia el sur.

El teniente Lübeck no llegó a responder. Una ráfaga de ametralladora interrumpió la conversación entre los dos oficiales. El capitán Heiden se arrojó rápidamente al suelo. Escuchó cómo Lübeck caía a su espalda, y supo inmediatamente que el teniente había sido herido. Los heridos graves tenían esa forma peculiar de dejarse caer, sin oponer resistencia, sin fuerzas. Se arrastró rápidamente hasta él, a cubierto de las balas, y vio que el pecho de Lübeck había sido

atravesado por varios proyectiles. La sangre, de un rojo brillante, manaba a borbotones.

—Lübeck…

El teniente permanecía consciente, aturdido por los impactos. Sentía dolor, un dolor extraño, porque parecía no pertenecer a su propio cuerpo, un ente ajeno al mismo que, sin embargo, estaba ahí, presente. Lübeck tosió porque sentía ocupada su garganta, como si se atragantara, y al hacerlo descubrió que lo que le molestaba en ella era su propia sangre. Miró a Heiden, que se apresuraba a cubrir con unas vendas aquellas heridas, muy similares a las que él mismo había sufrido meses antes, de las que brotaba sangre como un río incoercible.

—Qué mala suerte, capitán… —murmuró el teniente entre dos accesos de tos—. Me temo que no podré acompañarle…

—No diga tonterías, Lübeck. —La voz del capitán era firme y serena. No dejó traslucir la angustia que le producía ver que no era capaz de contener aquella hemorragia, que la sangre de Lübeck se escapaba de su cuerpo, y con ella, su vida—. Le llevaré hasta el hospital de Memel, y después… Después ya veremos.

El hospital… Los vendajes y las gasas que Heiden había colocado quedaron en minutos empapados en sangre, hasta el punto de que hubieran podido escurrirse como esponjas. Heiden intentó cerrar las heridas presionando con sus propias manos, pero la hemorragia seguía y seguía… Lübeck no llegaría al hospital. Se desangraba. Se estaba muriendo.

El teniente apoyó sus manos en las del capitán, literalmente teñidas de sangre. Heiden le miró a los ojos y supo que Lübeck era perfectamente consciente de que no iba a sobrevivir.

—Capitán, dígame una cosa —le susurró—. Hace mucho tiempo que quiero saberlo, pero nunca me atreví a preguntárselo. Capitán, ¿qué era usted antes de todo esto, antes de la guerra? ¿A qué se dedicaba?

Heiden apretó los dientes y suspiró. Un nudo atenazaba su garganta.

—Era maestro, Lübeck —respondió—. Era maestro en una pequeña ciudad, no lejos de Dresde. Preparaba a los muchachos para su acceso a la universidad, y, en cierto modo, a la vida, a la vida adulta.

Lübeck cerró los ojos y sonrió.

—Lo sabía… Tenía que ser algo así…

El teniente fue palideciendo rápidamente. La sangre se escapaba de su cuerpo sin que Heiden pudiera contenerla. Lübeck abrió los ojos una última vez para mirar al capitán.

—Ha sido un privilegio compartir con usted estos años tan duros… Un verdadero privilegio, y una suerte servir bajo su mando, capitán…

Por Dios, no permita que le maten, Heiden. No se muera… Usted no. Hará falta…

La voz de Lübeck se extinguió con un suspiro. Sus ojos se quedaron entreabiertos, fijos en el infinito. Heiden sintió cómo la sangre que había intentado inútilmente contener brotaba ya de las heridas sin fuerzas, porque el corazón de Lübeck había dejado de latir.

—Lübeck…

Heiden bajó la vista. Su cuerpo se tensó como un cable de acero. Se olvidó casi hasta de respirar.

—Maldita sea… Lübeck…

El teniente no era, ni mucho menos, el primer hombre al que Heiden veía morir en la guerra, pero si en algún momento se sintió vinculado a alguien en aquellos años terribles, alguien a quien pudiera considerar, además de subordinado, amigo, ese era Lübeck, un hombre brillante, sensato, cuya capacidad para visualizar el terreno, para interpretar los mapas, le había sido de una ayuda inestimable en las difíciles situaciones por las que el Kampfgruppe había pasado; un hombre activo, incansable, vital, con el que además había compartido una misma visión del mundo, de la vida, de la guerra, y una afición, el ajedrez, que había contribuido a mantenerles cuerdos en medio de la locura.

Ahora Lübeck yacía muerto junto a él, y Heiden sintió, por primera vez, con toda su fuerza, el peso de la soledad. Como oficial al mando siempre había estado solo. Las decisiones, cuyas consecuencias determinaban no solo la evolución de los combates, sino también las vidas de sus hombres, le correspondía tomarlas a él, y solamente a él. Era algo que estaba indisolublemente ligado al mando y que con el tiempo el capitán había aprendido a asumir. Pero, al morir Lübeck, Heiden se había quedado completamente solo, con lo que ello significaba; era una sensación absoluta de soledad.

Si Lübeck hubiera partido con los supervivientes del Kampfgruppe en la barcaza, también estaría solo, pero sería distinto. Radicalmente distinto, porque Lübeck seguiría vivo… La muerte de Lübeck era algo definitivo, inexorable, algo que no tenía vuelta atrás, y que dolía de un modo muy similar a la muerte de la pequeña Liebe, un dolor que desgarraba el alma.

—Maldita sea… —repitió Heiden—. ¡Maldita sea! —gritó, hundiendo los puños en la arena ensangrentada de la playa, y su voz terrible, desesperada, pareció elevarse entre el fragor del combate, entre los disparos y las explosiones.

Heiden permaneció junto al cadáver de Lübeck, inmóvil, indiferente al mundo que se hundía a su alrededor, como paralizado por el dolor que le atenazaba… Poco a poco fue capaz de reaccionar. Alzó la mano para cerrar los ojos entreabiertos del teniente, que

miraban sin ver. Buscó bajo su guerrera la placa de identificación de Lübeck y la partió por la mitad [2] . Guardó aquel pedazo de metal en su bolsillo. Alguien, en casa, esperaría recibir noticias del teniente. A continuación cogió la cartera de mapas que Lübeck había llevado siempre consigo; la necesitaría para el largo camino que debía recorrer.

—Descanse en paz, Lübeck —murmuró antes de irse—. Créame que lo siento, siento muchísimo no haber podido salvarle a usted también…

Y le pareció, como en un sueño, que entre el fragor del combate el viento helado de la noche repetía las palabras que el teniente Lübeck había pronunciado apenas unos días antes: «Esta decisión, como usted dijo, capitán, es personal. Es mía y solo mía».

23

Amanecía de nuevo cuando el capitán Heiden alcanzó al fin las afueras de Memel. Había logrado salir de la playa a duras penas. Los soviéticos no tuvieron ninguna piedad. Cualquier atisbo de resistencia, cualquier intento de huida, fueron frenados con balas. Los soviéticos hicieron un gran número de prisioneros, fundamentalmente oficiales. Ese era su botín más preciado. Además, el número de oficiales de rango menor que quedaba en la playa no era desdeñable.

Cientos de soldados yacían muertos sobre la arena, en las dunas. El propio Heiden consiguió eludir varias avanzadillas de los rusos tendiéndose entre los muertos, como un cadáver más. Los soldados del Ejército Rojo pasaron junto a él sin prestarle la más mínima atención, como si hubiese sido una piedra. La guerra, pensaba Heiden, volvía indiferentes a los hombres ante el hecho, definitivo e inmutable, de morir, ante la presencia de la muerte. La mente del capitán evocó al teniente Lübeck, que yacía en la arena, evocó a aquella niña que había muerto en sus brazos, Liebe… Y no. Él no permitiría que la muerte le fuera indiferente. A él no.

La débil luz del sol invernal dejó caer sus rayos sobre las humeantes ruinas de Memel. Heiden supo enseguida que no podría atravesar la ciudad de día. Disparos, gritos, explosiones resonaban entre los escombros y en los edificios semiderruidos. Las tropas soviéticas estaban limpiando la ciudad de cualquier foco de resistencia. A la luz del día no podría pasar desapercibido, así que buscó refugio en un sótano, retirando escombros con sus propias manos. En aquel agujero, a cubierto de las balas, se sentó y sintió cómo le invadía un cansancio extremo, un agotamiento como nunca había sentido, una extenuación tal que podría incluso matarle. ¿Cuánto tiempo hacía que no dormía? Sus párpados pesaban como plomo. Su cerebro parecía sumido en una especie de niebla que le impedía pensar con claridad. Le dolía el pecho. Creyó que se debía a las secuelas de aquellos dos disparos que había recibido meses antes, en Friedrichstadt. Pero no. Enseguida supo que no era un dolor físico. Se trataba de algo mucho más profundo, un dolor por Liebe y por Lübeck; por los hombres que habían cruzado el mar, que, probablemente, con suerte, ya habrían desembarcado en el istmo de Curlandia, o, al menos, eso esperaba; por Ilse, por sus hijas, por él mismo, por la soledad… Sintió las lágrimas que ascendían desde su pecho hasta su garganta, oprimiéndola como lo haría un lazo en el

cuello de un ahorcado, sin encontrar el camino para llegar a sus ojos y aliviar aquel dolor mediante el llanto. «Es el cansancio… —pensó, y sus ojos se cerraron, buscando un alivio a lo que sentía—. Es el cansancio lo que me tiene así…». Y al cerrar los ojos, casi involuntariamente, cayó en un sueño profundo, en una especie de sopor enfermizo, más parecido a la muerte que a otra cosa, fruto del agotamiento extremo que le invadía.

* * *

Una ametralladora disparaba ráfagas cortas en las cercanías. No, no era una ametralladora; era un subfusil de asalto, un PPSh-41 [1] soviético. Heiden reconocía su sonido característico. Las ráfagas, disparadas a intervalos bastante irregulares, se aproximaban hacia donde él se encontraba. Escuchó con más atención. Sí, sin duda. Cada vez sonaban más cerca…

Heiden abrió bruscamente los ojos. Fue consciente de pronto de que se había quedado dormido… No podía creerlo. No podía permitírselo. Rápidamente cogió su fusil, lo amartilló, y se arrastró, silencioso como una serpiente, fuera del sótano en el que se había refugiado, completamente despierto y alerta. Miró su reloj, el reloj que Ilse le había regalado. «Para que puedas llevar la cuenta de los días que quedan para que regreses definitivamente a casa…». Eran las cuatro y cuarto de la tarde del 29 de diciembre de 1944. Pronto comenzaría el sexto año de guerra.

El sol del invierno brillaba aún, débilmente, en el cielo, pero pronto anochecería. Los días eran muy cortos en aquella época del año en Prusia Oriental. Heiden había dormido más de seis horas, mucho más de lo que había dormido en los últimos días, un sueño enfermizo, fruto de un cansancio extremo que rayaba en los límites de lo que un hombre podría soportar; aun así, reparador. La angustia, el dolor de su pecho, ese dolor moral que le atenazaba, no había desaparecido, ni mucho menos, pero con la mente mínimamente descansada tras el sueño se hacía más tolerable. Ahora Heiden podía pensar fríamente, con relativa claridad, sin permitir que los sentimientos le ofuscasen o le desbordasen. Ahora podía mantenerlos bajo control y obligarse a aceptar lo que no tenía vuelta atrás, aunque doliera. Necesitaba tener la mente clara. La misión que tenía por delante, la que él mismo se había impuesto, no iba a ser sencilla. Recorrer casi trescientos kilómetros por territorio enemigo, solo, sin ningún tipo de ayuda, hasta llegar a Königsberg, le pareció de pronto una tarea titánica. No podía permitirse fracasar. Pensó en su esposa y en sus hijas: ellas eran el fin último de todo. Por ellas no fracasaría.

Escuchó de nuevo un par de ráfagas de los subfusiles PPSh-41 soviéticos, esta vez peligrosamente cerca, a su derecha. Buscó refugio bajo una pequeña cornisa entre los escombros, un pequeño resquicio entre las ruinas en el cual apenas si había hueco para un hombre, y se quedó quieto, con el cuerpo pegado al suelo, como si quisiera fundirse con él. Escuchó voces en ruso. Apenas si comprendió algunas palabras sueltas que había ido aprendiendo a lo largo de aquellos años: «… davay davay… [2] , skrytyye nemtsy… [3] ». Prestó más atención: le pareció distinguir tres tonos de voz distintos.

A continuación oyó pasos acercándose, el ruido de botas militares removiendo los escombros, también desde la derecha, desde el lugar donde provenían las voces y los disparos. Heiden colocó el dedo en el gatillo de su arma y permaneció inmóvil en su agujero en el suelo, cerca de la entrada del sótano en el que había pasado las últimas horas. Hasta su respiración se ralentizó, como si quisiera integrarse completamente con el paisaje, convertirse en una ruina más. Desde su posición, bien oculto, pudo ver finalmente a los soldados rusos, que pasaron a pocos metros de él. Efectivamente, eran tres. Tres soldados muy jóvenes; probablemente no tendrían siquiera la edad del cabo Scheer, que había sido su ordenanza, o del soldado Gross. Constituían una pequeña patrulla a la caza de los alemanes rezagados, ocultos en la ciudad. Como ella habría decenas por todo Memel. Dos de aquellos soldados iban armados con subfusiles PPSh-41; el tercero llevaba un fusil de cerrojo Mosin-Nagant [4] , similar a su propio Mauser.

Los soldados hablaban entre ellos. Parecían nerviosos. Miraban alrededor y no dudaban en abrir fuego al menor movimiento sospechoso, ya fuera la caída de cascotes entre las ruinas o un trozo de tela agitado por el viento… Heiden pensó que probablemente habrían sufrido más de una emboscada durante la toma de la ciudad. Su juventud y su inexperiencia los hacían peligrosos.

Se separaron para reconocer la zona. El soldado que llevaba el fusil se acercó hasta el lugar en el que Heiden se encontraba oculto. Pasó a menos de un metro del agujero entre los escombros, bajo una cornisa, en el que el capitán se agazapaba. Los músculos de Heiden se tensaron; el dedo índice de su mano derecha presionó ligeramente el gatillo de su Mauser, listo para disparar. El soldado ruso era extraordinariamente joven, casi un adolescente. Había miedo en sus ojos, un miedo intenso. Heiden esperaba no tener que matarle, pero, si le descubría, muy posiblemente se vería obligado a hacerlo, porque aquel muchacho, impulsado por el pánico, no dudaría en disparar.

El soldado pasó de largo y se fue aproximando poco a poco a la entrada del sótano que Heiden había ocupado poco antes. Se asomó con precaución. Heiden observó sus movimientos y cómo asomó la cabeza por la abertura. Si aquel sótano hubiera estado ocupado por el

enemigo, aquel soldado habría recibido ya un impacto de bala en el cráneo. Por Dios, era casi un niño… ¿Qué demonios hacía allí, jugando a la guerra?

El soldado ruso entró finalmente en el sótano. Heiden, inmóvil, no apartó la vista de allí, mientras sus oídos seguían atentos a los pasos de los otros dos miembros de la patrulla, por si alguno se aproximaba. El joven soldado no tardó en salir de nuevo, tras comprobar que el sótano estaba vacío. Pasó otra vez junto al escondite de Heiden, sin apercibirse de su presencia. El capitán pudo ver incluso la suela de sus botas cuando pisó sobre la cornisa bajo la que él se ocultaba. Algunos cascotes, desprendidos por el peso del soldado, cayeron sobre él, pero Heiden no se movió. Escuchó de nuevo voces. Uno de aquellos tres soldados, probablemente el que estaba al mando, les conminaba a reunirse. Tras haber comprobado que la zona estaba despejada, siguieron su camino y se alejaron del lugar. Heiden permaneció en su agujero aún un largo rato, atento a cualquier sonido que pudiera advertirle que la patrulla regresaba, pero en ese tiempo no se escuchó nada. Solo entonces la tensión de su cuerpo se relajó, y el capitán colocó el seguro a su fusil. Continuó, no obstante, allí escondido un rato más, esperando a que cayera la noche.

* * *

El sol finalmente se ocultó y una noche oscura como boca de lobo se abatió sobre las ruinas de Memel. Tomando todas las precauciones, Heiden se arrastró fuera de su agujero. Tenía las piernas entumecidas tras la larga espera en una posición incómoda, forzada. Se sentó entre los escombros, los ojos y los oídos siempre atentos a cualquier señal de alarma. Tenía la boca seca, así que echó mano de su cantimplora. Estaba casi vacía, como su estómago. Hacía por lo menos dos o tres días que no comía absolutamente nada.

Rebuscó en su bolsa la ración de emergencia [5] , que llevaba meses allí, y sacó de ella un par de galletas duras. Mientras las masticaba sin ganas para aplacar el doloroso vacío de su estómago, pensó que necesitaba agua y comida para su marcha, sobre todo agua. En algún lugar en Memel debía haber un sitio donde abastecerse del preciado líquido vital.

Se puso en pie, se colgó el fusil en bandolera y miró a su alrededor. Sus ojos ya estaban completamente acostumbrados a la oscuridad. Aquí y allá, a lo lejos, todavía resonaban disparos. Los rusos se empleaban a fondo en limpiar de enemigos la ciudad recién conquistada. El fuego de algunos incendios iluminaba débilmente la noche y convertía la visión de la ciudad en ruinas en algo inquietante,

muy similar a lo que sería asomarse a la antesala del infierno.

Heiden trató de orientarse. No estaba lejos del puerto. Debía cruzarlo. Después atravesaría la ciudad, pasando seguramente cerca del antiguo ayuntamiento, que fuera el puesto de mando, y del hospital. Abandonaría la ciudad por el sur, y desde allí, entre doscientos y trescientos kilómetros, por territorio hostil hasta Königsberg. Según recordaba por los mapas que tantas veces había estudiado con Lübeck, aquella era una zona boscosa, pantanosa, apenas habitada, salvo por algunas granjas aisladas y aldeas, pequeñas poblaciones cuyos nombres ni siquiera recordaba en aquel momento. Los bosques, pensaba, le servirían de cobertura. El hecho de que no hubiera grandes poblaciones ni nudos de comunicación le ofrecía además una ventaja adicional, y es que el enemigo no destinaría un contingente numeroso para ocupar aquel territorio, lo que reducía sus posibilidades de ser descubierto y capturado. No obstante, la distancia era enorme para ser recorrida a pie esquivando al enemigo. ¿Cuánto tiempo tardaría en alcanzar Königsberg? ¿Seguiría aún en manos alemanas cuando llegara allí? Era difícil saberlo.

Amparado por la oscuridad de la noche, Heiden echó a andar. Se movía entre las ruinas ágil y silenciosamente, como un fantasma, siempre atento a las sombras que le rodeaban, intentando prever un encontronazo con alguna patrulla soviética. Cruzó el puerto, completamente inutilizado. Los rusos estaban reuniendo allí a cuantos civiles encontraban vagando por las calles. Llantos de niños, súplicas de mujeres, gritos… Hubiera querido taparse los oídos para no escuchar. Aquello también era la guerra.

La explanada del puerto fue relativamente sencilla de atravesar. Ocultándose entre los almacenes, las atarazanas y las dársenas destruidas, Heiden pudo esquivar la vigilancia soviética. Los rusos, no obstante, estaban ya suficientemente ocupados en controlar a los cientos de civiles que habían reunido allí. En la ciudad, la situación fue distinta: las patrullas soviéticas estaban por todas partes, registrando los pocos edificios que seguían en pie, los sótanos, cualquier lugar, hasta el último rincón donde pudiera quedar escondido un soldado alemán. Más gritos y más llantos. De vez en cuando un disparo, la ráfaga de un subfusil. Cualquier resistencia, cualquier intento de ocultar o proteger a un soldado alemán se pagaban duramente. Para Heiden aquello no era algo nuevo; a lo largo de cuatro años de guerra en Rusia había visto muchas cosas en ambos bandos. Estaba ocurriendo en Prusia Oriental, y ocurriría, más pronto que tarde, en otras ciudades de Alemania. Porque ahora la guerra estaba ya en casa…

Sus pensamientos volaron hacia su esposa y sus hijas, y Heiden tuvo que hacer un gran esfuerzo para apartarlos de su mente. Tenía

que atravesar la ciudad y salir de allí, y para ello necesitaba una mente clara, capaz de pensar fría, objetivamente. Pensaría en Ilse, pensaría en Anna y en Lucie después, más tarde, cuando pudiera… permitirse el lujo de hacerlo.

Mientras caminaba por las calles de la ciudad, ocultándose en cada esquina, de muro en muro, entre los escombros, a punto estuvo de ser descubierto por una pareja de soldados rusos que salían de una de las casas junto a las que Heiden pasaba, tras registrarla. El capitán tuvo el tiempo justo de meterse en un callejón, junto al edificio del que habían salido los soldados. Se pegó a la pared, fundiéndose con las sombras de la noche, y esperó tenso. Escuchó las voces de los soldados y el ruido de sus pesadas botas militares sobre el asfalto y los cascotes. Se dirigían al lugar en el que Heiden se encontraba. Iban a reconocer los alrededores de la casa. Iban a entrar en el callejón.

Heiden miró rápidamente a su alrededor sin perder la calma. Su mente analítica, racional, buscaba una solución. Disparar sobre aquellos dos rusos solo serviría para complicar las cosas: atraería sobre sí a los soldados soviéticos que hubiera en las cercanías. El callejón, bloqueado por los escombros, no ofrecía ninguna salida. El capitán alzó la vista y vio, a su izquierda, una ventana que daba a la casa que los soldados acababan de registrar. Estaría como mucho a dos metros del suelo, no más. Si lograba alcanzarla, podría ponerse a salvo.

Los soldados doblaron la esquina y penetraron en el callejón. Llevaban los fusiles en la mano, pero caminaban con cierta despreocupación, seguros como estaban de su victoria. Hablaban entre ellos. Heiden hizo un cálculo rápido: si alcanzaba la ventana al primer intento, amparado como estaba por la oscuridad, era muy probable que no le vieran. No había tiempo para buscar otras alternativas: era la única solución, la única vía de escape.

Dio un par de pasos para coger impulso y saltó. Se aferró con todas sus fuerzas al alféizar de la ventana. El saliente era tan estrecho que estuvo a punto de caer. Se impulsó con los pies. Sus botas claveteadas rechinaron en la pared. No fue un ruido fuerte, pero sí lo suficientemente extraño, fuera de lugar en aquellas circunstancias, para que llamara la atención de los soviéticos. «Maldita sea…», pensó Heiden. La desesperación le dio alas e impulsó su cuerpo con un esfuerzo sobrehumano sobre el alféizar de la ventana, dejándose caer en el interior de la casa. Se puso en pie de inmediato y apoyó la espalda en la pared. Sacó de su funda la pistola reglamentaria que llevaba al cinto, una Luger P08 [6] que como oficial llevaba desde el principio de la guerra, la misma que había apuntado a la cabeza del comandante encargado de la defensa de Memel el día en que su Kampfgruppe llegó allí, y la amartilló. Después esperó.

Escuchó las voces de los soldados rusos y sus pasos apresurados por el callejón. Caminaban entre los escombros. Muy probablemente no habían llegado a verle entrar por la ventana. Discutieron entre ellos y revolvieron entre los montones de ruinas hasta que, finalmente, parecieron dar por finalizadas sus pesquisas, infructuosas, y se alejaron. Sus voces y sus pasos se perdieron en la noche. Heiden aún permaneció atento. Tal vez fuera una artimaña. No estaba completamente seguro de que no le hubieran visto entrar por la ventana. Quizá decidieran registrar de nuevo la casa que acababan de abandonar… Concentró su atención en escuchar, por si oía pasos o voces en el interior de la casa; solo hubo silencio.

Sin bajar el arma, Heiden recorrió la vivienda. Su estructura fundamental estaba respetada. Las ondas expansivas de las bombas habían destrozado las ventanas, y algunos proyectiles habían abierto agujeros en las paredes. Los muebles yacían desperdigados por el suelo y, junto a ellos los restos de la vida de una familia: enseres, ropas, una muñeca, una fotografía… Heiden la recogió del suelo: mostraba una pareja joven. La esposa llevaba un bebé en brazos. Un niño de corta edad permanecía de pie junto a su padre, que apoyaba su mano sobre el hombro del niño con gesto protector. Sonreían. En aquel momento, en aquella imagen atrapada para la eternidad, todavía sonreían. Quién sabía lo que había sido ahora de ellos.

El capitán dejó la fotografía donde la había encontrado. Bajó a la cocina, que ya había sido saqueada por las tropas rusas. No encontró en ella nada comestible, pero del grifo de la cocina goteaba agua. Por fin, agua…

Heiden tardó una eternidad en llenar su cantimplora, gota a gota. De todos modos, no tenía prisa. Había descubierto que aún era extremadamente peligroso para él moverse por la ciudad, incluso de noche. Las patrullas soviéticas eran todavía demasiado numerosas; no habían concluido su trabajo de limpieza entre las ruinas. Aún había escaramuzas, se libraban pequeños combates. La ciudad no había sido totalmente conquistada, su resistencia aplastada de manera definitiva. Aunque el capitán ansiaba cuanto antes salir de allí, sabía que lo sensato era esperar, esperar por lo menos hasta la noche siguiente. En el sótano de aquella casa, que los rusos ya habían registrado, estaría seguro, al menos, unas horas.

24

La luz del sol prácticamente había desaparecido ya del cielo de Memel. Heiden miró su reloj: eran las cinco de la tarde del día treinta de diciembre. El capitán había pasado las últimas horas en el sótano de una casa vacía, escuchando el ir y venir de los soldados rusos por las calles, las lágrimas y los gritos de los civiles a los que llevaban hacia el puerto, ráfagas y disparos… Los sonidos habituales de una ciudad en ruinas prácticamente conquistada, derrotada. Los sonidos de la guerra.

Heiden intentó aislarse de aquello y de los sentimientos que la situación evocaba en su interior. En sus circunstancias no podían conducirle a nada bueno. Lo sabía por experiencia: en ciertas cosas era mejor no pensar. Ocupó su mente con algo objetivo, aséptico. Sacó los mapas de Lübeck, que llevaba consigo, y se dedicó a estudiarlos, planeando una ruta para llegar hasta Königsberg. Sobre el papel, Memel distaba de Königsberg poco más de doscientos kilómetros. Durante la marcha, como solía ocurrir, esos doscientos kilómetros se convertirían probablemente en más de trescientos. Teniendo en cuenta que probablemente tendría que dar más de un rodeo, bien para evitar a los soviéticos, bien por encontrar algún obstáculo natural infranqueable a pie, esa estimación era un cálculo mucho más realista. Hasta no estar sobre el terreno, Heiden no podía hacerse una idea de la distancia que podría recorrer por día, con lo cual era difícil dar con una fecha estimada para alcanzar su objetivo. Además, había que tener en cuenta que debería buscar recursos sobre el terreno: agua y alimento. Así pues, era probable que le llevara más de un mes llegar hasta Königsberg.

A ratos intentó dormir, o más bien dormitar. Seguía indescriptiblemente cansado, se sentía extraordinariamente débil. La tensión de los últimos días había ido haciendo mella en él sin que se diera cuenta. Mientras estuvo volcado en la lucha, en defender la ciudad, en mantener la posición indefendible que ocupó su Kampfgruppe al este de Memel, en sacar a sus hombres de la trampa en la que estaban encerrados…, mientras estuvo concentrado en todo aquello, el cansancio era un lujo que no podía permitirse. Su cuerpo y su mente se negaban a sentirlo: no tenían derecho. Pero ahora, que debía ocultarse como una rata, que su actividad se reducía a esperar, esconderse y esperar horas, esperar que pasara el tiempo, esperar que se hiciera de noche para deslizarse como una sombra en las

tinieblas…, el cansancio invadía todo su ser, como si hubiera tenido que soportar una presión tal que, al desaparecer, le había dejado exhausto. Además, había otro factor determinante en ese cansancio: estaba solo. Cuando uno debía sostener a otros, cuando debía ser la roca firme en la que otros hombres se apoyaran, cuando debía ser ejemplo y estímulo, uno era capaz de sacar fuerzas de flaqueza, incluso estando en los límites de la extenuación, porque sabía que, si él caía, otros caerían con él. Ahora ya no debía sostener a nadie, a nadie, salvo a él mismo, y estaba tan, tan cansado que lo que su cuerpo y su mente le pedían a gritos era abandonarse y, al fin, descansar.

Sus pensamientos volaron a su ciudad de origen, a Heidenau. Allí estaban su amada Ilse y sus hijas. Físicamente no se encontraban a su lado, como lo habían estado sus soldados y el teniente Lübeck, pero estaban esperándole allí en casa. Para ellas él también debía ser sustento y apoyo, roca firme a la que asirse en los vaivenes de la vida. Le esperaban, le necesitaban. Y Heiden se aferró a ese pensamiento, a la imagen de su esposa y de sus hijas, para resurgir una vez más de sus cenizas, para sobreponerse a ese agotamiento extremo una vez más.

Eran las cinco de la tarde del día 30 de diciembre de 1944. La oscuridad envolvía de nuevo con su manto las ruinas de Memel. La oscuridad, que hacía que los peligros y los males que acechaban al ser humano permanecieran ocultos a sus ojos; la oscuridad, que generaba incertidumbre y miedo… Heiden se puso en pie. Recogió los mapas, su fusil y la cantimplora que había llenado pacientemente de agua. Suspiró hondo y se dispuso a marchar.

* * *

Aún había patrullas por las calles desiertas de la ciudad, convertidas en escombreras. Aunque se libraban algunos combates, ya no se escuchaban tantos gritos ni disparos como la noche anterior. Los soviéticos iban, poco a poco, completando sus tareas de ocupación y limpiando la ciudad de enemigos. Habían barrido cada ruina, cada casa, cada sótano que aún se mantuviera en pie. No podían quedar muchos soldados alemanes ocultos en la ciudad, y, si quedaba alguno, desde luego no constituiría una amenaza para ellos. Eso permitía a los soviéticos rebajar un poco la tensión y hacerse con el dominio de la ciudad en relativa calma. En las calles yacían los cadáveres que había generado la ocupación, soviéticos y alemanes, entre los escombros. También algunos civiles. En las sombras era difícil distinguirlos de las ruinas. La muerte no marcaba diferencias; no hacía excepciones.

Heiden avanzó entre las sombras, de un muro a otro, de un montón

de escombros a otro, siempre alerta. En las calles no había ni un solo civil: los que no habían sido trasladados al puerto estarían seguramente encerrados en sus casas, si es que aún se mantenían en pie, bajo un riguroso toque de queda. En las ventanas, no obstante, Heiden no vio brillar ni una luz. Se topó con un par de patrullas de soldados rusos. Se ocultó donde pudo y dejó que pasaran de largo. Su objetivo primordial era abandonar la ciudad como una sombra, como un espectro, como si nunca hubiera estado allí.

Pasó junto al ayuntamiento de Memel, el antiguo puesto de mando de la defensa de la ciudad. No pudo evitar un sentimiento de ira al recordar al Kommandant. Ojalá pudiera llegar vivo a Berlín, o adonde fuera, y pudiera sentir sobre él la mirada de todas las mujeres sin esposos, las madres sin hijos, los hijos sin padres, y sintiera así sobre él el peso de toda la sangre derramada inútilmente. Si era capaz de vivir con ello, con esa carga sobre su conciencia, es que no era un hombre.

También pasó cerca del hospital. El vetusto edificio resistía, contra todo pronóstico, y en él sí que brillaban algunas luces. Quizá el doctor Mahler había tenido suerte, pensó Heiden. Quizá… «Nosotros no somos combatientes —le había dicho el médico—. Incluso los que alguna vez lo fueron ya no suponen ninguna amenaza para ellos. Son hombres enfermos, heridos. Sé que me permitirán continuar con mi labor». El capitán recordó aquellas palabras y se detuvo para contemplar desde la distancia el edificio, acribillado por las balas, las tenues luces que iluminaban algunas de sus ventanas, y al mirarlo sintió de pronto que aún había esperanza.

Heiden continuó su camino. Las noches de invierno eran largas en Prusia Oriental, pero al cabo de un par de horas se dio cuenta de que el cielo al este comenzaba a clarear anunciando que pronto llegaría de nuevo el alba. Atravesaba las afueras de Memel, al sur. Abandonaba finalmente la ciudad, después de haber librado por ella una batalla perdida. Dejaba Memel y comenzaba su odisea por la tierra de nadie. Amanecía el último día del año 1944.

25

El cielo estaba cubierto de nubes grises, densas, pesadas como plomo. De vez en cuando caían algunos copos de nieve que revoloteaban perezosos en el aire helado. Hacía un frío intenso que penetraba hasta los huesos. Al amanecer, Heiden había abandonado la ciudad de Memel por el sur. Dejando atrás los últimos edificios, las últimas ruinas, los últimos muertos, se había desviado de la carretera principal que desde Memel tomaba esa dirección para penetrar en los bosques. Aquella carretera, si no lo estaba ya, pronto sería ocupada por los rusos para proseguir su avance. Para Heiden, si bien era el camino más sencillo, rápido y cómodo hacia su objetivo, también era el más peligroso. La presencia enemiga lo hacía inviable.

El capitán había sacado la brújula del teniente Lübeck de la cartera de mapas y la llevaba a mano, en el bolsillo de su abrigo. En la espesura de aquellos bosques, casi vírgenes, era sencillo perderse. Ningún camino trazado, ningún sendero, ninguna señal de presencia humana. Solo árboles, hasta donde alcanzaba la vista. Muchos habían perdido sus hojas y se alzaban como esqueletos recortándose contra el cielo gris invernal, pero los enormes abetos continuaban verdes, y se elevaban como gigantes, limitando la vista. Heiden pronto descubrió que caminar entre aquellos bosques, cubiertos de nieve, en pleno invierno, iba a suponer un esfuerzo casi sobrehumano. La jornada anterior había intentado hacerse una idea del tiempo que le llevaría alcanzar Königsberg a pie. Aquel día, el último del año 1944, descubrió que si conseguía avanzar por esos bosques unos diez kilómetros diarios podría considerarse una proeza.

En aquella primera jornada de marcha, el capitán fue valorando las opciones de supervivencia que el bosque le ofrecía. El frío era intenso; durante la noche, las temperaturas superarían fácilmente los diez grados bajo cero, pese a la proximidad del mar. El bosque le ofrecía poco abrigo. Tendría que buscar algún lugar, alguna cueva, algún árbol caído, algún sitio en el que protegerse de la intemperie para poder dormir, aunque fuera solo un poco, sin morir congelado. Respecto al agua, los mapas mostraban múltiples riachuelos donde podría surtirse, y siempre le quedaría la nieve. El alimento iba a ser su principal problema. En invierno, el bosque no daba ningún fruto que él pudiera aprovechar. Podría cazar algún conejo, algún jabalí, si se daba la ocasión, con su fusil, pero disparar era arriesgado. Entre los árboles, el sonido de un disparo se extendería, como eco, varios

kilómetros a la redonda, y pondría en alerta al enemigo que le rodeaba. Lo mismo ocurría con el fuego. Si bien disponía de cerillas, durante el día el humo se vería a distancia y delataría su presencia al asomar entre las copas de los árboles. De noche, su resplandor podía traicionarle. Mientras caminaba, tropezando una y mil veces con las raíces de los árboles cubiertas por la nieve, con piedras, con desniveles del terreno que la naturaleza disimulaba en aquel paisaje invernal con absoluta perfección, Heiden iba reflexionando sobre estas cuestiones, sobre los problemas logísticos a los que se enfrentaba en su avance, que lo ralentizarían aún más. Ya no era solamente cruzar un territorio ocupado por el enemigo: era también la abrupta e inhóspita naturaleza del terreno, la falta de alimento y abrigo, las dificultades añadidas de tener que procurarse los medios de subsistencia básicos mientras avanzaba. Y era también la soledad, una absoluta y terrible soledad.

Hacia las tres de la tarde, poco antes del anochecer, Heiden decidió detenerse. Llevaba prácticamente treinta y seis horas sin dormir, sin comer. La durísima marcha por el bosque había puesto sus fuerzas al límite. Se dejó caer sobre la nieve, junto a un árbol. Reclinó la cabeza hacia atrás para apoyarla contra el tronco y cerró los ojos mientras su respiración, agitada por el esfuerzo, se iba calmando. Sintió los copos de nieve sobre su rostro, suaves, como una tímida caricia. Escuchó el silencio del bosque, tan profundo que casi podía oírse el sonido de la nieve al caer, por entre las ramas desnudas de los árboles, sobre el suelo. Lejos, muy lejos, podía percibirse un rumor de agua y, de vez en cuando, se oía el ulular de un búho o una lechuza; pronto se haría de noche.

Heiden se sintió de pronto como si fuera el único habitante del mundo, de un mundo de naturaleza salvaje, una sensación extraña, en la que el entorno le atrapaba, se fusionaba con él hasta hacerle suyo, una sensación de absoluta indefensión. Se estremeció, en parte por aquel sentimiento de vulnerabilidad, en parte por el frío. Mientras caminaba, su cuerpo generaba calor, pero en el breve lapso que llevaba sentado en la nieve ese calor había desaparecido. El viento helador penetraba su viejo abrigo de lana, la guerrera de su uniforme, la camisa, hasta clavarse en su piel.

Abrir nuevamente los ojos supuso para el capitán un esfuerzo enorme. Necesitaba descansar. Necesitaba descansar y dormir, aunque fuera solo unas pocas horas, desesperadamente. No podía más, pero no era una alternativa quedarse allí dormido, a la intemperie. El frío le mataría.

Con la intención de buscar algún lugar que le ofreciera un mínimo de abrigo para esa noche, intentó ponerse en pie, pero no pudo. Su voluntad impulsaba a su cuerpo, que no se encontraba ya en

condiciones de responder. Había llegado a su límite. Heiden se quedó perplejo: nunca le había sucedido algo así. No podía explicárselo; le costaba creerlo. Intentó pensar, que el cansancio no nublara su mente. Quizá fuera solamente debilidad, debilidad por falta de alimento, por falta de sueño… Sí, probablemente se trataba tan solo de eso. Comer algo, dormir…, y volvería a ser él mismo. Debía ser así. Sacó de su bolsa lo poco que llevaba en ella, los restos de su ración de hierro. Abrió la lata de carne en conserva y comió, forzándose a hacerlo; sentía como si su estómago, después de tantos días sin apenas comer, estuviese cerrado. Entretanto oscureció.

El crepúsculo apenas duró un suspiro; enseguida la noche sumió el bosque en las tinieblas. Heiden no estaba en condiciones de buscar un lugar a cubierto en el que descansar; tampoco podía permanecer a la intemperie, inmóvil, durante horas. Sentía una imperiosa necesidad de dormir, pero sabía que, si lo hacía, no llegaría a despertar al día siguiente: el frío le habría matado. Decidió, puesto que sus limitadas fuerzas no le permitían hacer otra cosa, encender un fuego: no tenía muchas más alternativas. Cavó con sus manos un agujero en la nieve, y después en la tierra helada que había bajo ella, frente al árbol junto al que se había dejado caer. Reunió unas cuantas ramas. Estaban húmedas y probablemente levantarían una importante humareda al arder, pero confiaba en que la oscuridad de la noche y las altas copas de los abetos que le rodeaban contribuyesen a disimularla. El agujero que había cavado en el suelo le ayudaría a hacer menos visibles las llamas. Echó mano de sus cerillas. Tenía las manos agarrotadas por el frío y le costó un buen rato encender una de ellas. Sus dedos entumecidos parecían incapaces de realizar cualquier movimiento que requiriera una habilidad fina, una mínima precisión. Finalmente logró hacerlo, y la pequeña hoguera prendió.

El fuego apenas iluminó el entorno más cercano al capitán, metido como estaba en su hoyo de tierra helada, pero su calor se dejó sentir con fuerza en la noche glacial. Heiden volvió a reclinarse contra el árbol junto al que había tomado asiento. El calor del fuego hizo que poco a poco dejara de temblar. El capitán deseó que esa pequeña hoguera, que sería su salvación, pasara desapercibida para los rusos, dondequiera que estuviesen, pero era algo sobre lo cual no podía tener certeza alguna: desconocía a cuánta distancia estaba el enemigo y su número. En aquel momento, la alternativa a ese fuego era morir de frío en la noche, y Heiden no quería, no podía morir… Cerró nuevamente los ojos y enseguida cayó en un sueño profundo, muy similar al vacío de la inconsciencia.

26

Un viento helador azotó su rostro y le despertó bruscamente, como una bofetada. Heiden abrió sus ojos claros. Aún estaba oscuro. Las sombras de los árboles del bosque se perfilaban como fantasmas. El fuego se había apagado hacía ya algún tiempo, porque ni siquiera humeaba. Él temblaba nuevamente, esta vez de frío. Se incorporó ligeramente, sacudiéndose la nieve que le había caído encima durante la noche. Se frotó los brazos y las manos, buscando entrar en calor. Miró su reloj: eran cerca de las seis de la mañana. Aún quedaban más de dos horas para que amaneciera. Heiden había dormido un sueño profundo, sin interrupciones, sin sueños ni pesadillas. Había sido como estar sumido en el vacío, en un abismo. Su mente y su cuerpo habían estado desconectados del exterior, y ese lapso le había permitido reparar sus maltrechas energías. Su mente estaba de nuevo alerta, clara y nítida, objetiva, como siempre, y su cuerpo había recuperado una parte de esa fuerza que el día anterior parecía haberle abandonado por completo. Sintió el hambre agujereando su estómago, que la noche anterior apenas parecía capaz de digerir nada. Un hambre intensa, que dolía. Heiden echó mano de las pocas galletas que le quedaban de su ración de emergencia. Mientras las masticaba lentamente reflexionó.

Aquel bosque prácticamente virgen del norte de Europa, sin senderos ni caminos, era un obstáculo importante. Caminando por él en pleno invierno, Heiden tendría suerte si lograba avanzar una docena de kilómetros diarios. Eso sin tener en cuenta el enorme desgaste físico que ello exigía. La alternativa, seguir la carretera que desde Memel avanzaba en dirección sur, era inviable. Aquella carretera, la única de la zona, era la vía de comunicación que utilizaban las tropas soviéticas en su avance. Heiden no sabía hasta dónde podían haber llegado las tropas rusas en dirección a Polonia y a la frontera alemana. La ciudad de Memel había sido cercada con tres ejércitos soviéticos a su alrededor, pero el resto de las fuerzas enemigas habían seguido avanzando durante semanas, mientras Heiden y su Kampfgruppe luchaban en el cerco una batalla perdida. Era difícil estimar dónde podría encontrarse la línea del frente en aquellos momentos. Fuera donde fuese, limitaba el uso de las carreteras y de las principales vías de comunicación, que estarían ocupadas por el enemigo. Así pues, aquella espesura parecía ser la única alternativa para el capitán.

Heiden se frotó nuevamente los brazos. Su abrigo estaba empapado por la nieve. Todavía temblaba de frío. Hizo un balance de lo que disponía para cruzar aquel bosque. El agua no sería problema. En el bosque había pequeños torrentes de agua; figuraban en los mapas, y había podido escuchar su rumor en la lejanía el día anterior. Además, siempre le quedaría la nieve, el hielo y la nieve, ubicuos en aquella época del año. Encontrar algo de lo que alimentarse iba a ser más problemático. Los restos de su ración de hierro era todo de lo que disponía: una lata de verdura en conserva, algunas galletas y una bolsita de sucedáneo de café. El bosque no le ofrecería muchos frutos durante el invierno, así que, si no quería morir de hambre, tendría que cazar. Lo mismo que con el fuego, sin el cual no sobreviviría a la intemperie en la noche glacial, tendría que arriesgarse a que los rusos oyeran ocasionalmente algún disparo aislado en el bosque. El camino hasta Königsberg iba a ser largo, largo y difícil.

El día comenzaba a abrirse camino en el cielo plomizo de aquel primer día del año 1945. Heiden permanecía aún sentado, inmóvil, junto a los restos de la pequeña hoguera, ya fría, que le había calentado por la noche. Aún reflexionaba sobre lo que le esperaba, lo que tenía por delante, cuando vio salir de su madriguera, a escasos metros de él, un conejo.

Heiden permaneció quieto como una estatua, observando cómo el animal olfateaba el ambiente y miraba curioso a su alrededor. Tímidamente se fue acercando a Heiden, que había dejado junto a sí en el suelo el paquete abierto de las galletas de su ración de emergencia. El capitán dejó que el conejo se aproximara, sin perderle de vista, sin hacer el más mínimo gesto que pudiera generar en él desconfianza. El animal se detuvo a escasos pasos del capitán, y este, con un rápido movimiento, consiguió atraparlo con las manos. Un movimiento brusco de su cabeza hizo que el cuello del animal se partiera y quedara inerte en las manos de Heiden.

El capitán se puso en pie. Recogió los restos de sus exiguas provisiones, que guardó en su bolsa, y colgó de ella la pieza que había cobrado. Cubrió los restos de su pequeña hoguera con nieve, consultó su brújula y echó a andar. El cansancio extremo del día anterior parecía haber quedado atrás.

27

Los días de enero fueron transcurriendo mientras el capitán Heiden se esforzaba en avanzar por la espesura de los bosques vírgenes de Prusia Oriental en dirección sur, con el objetivo de alcanzar la ciudad de Königsberg. El tiempo, aunque frío, fue relativamente benigno, con nevadas ocasionales que templaban la temperatura, pocas heladas y ninguna lluvia. En su camino, Heiden dio con un riachuelo que le permitió afeitarse y lavarse para mantener unas condiciones mínimamente dignas. En otro río, de mayor tamaño, pudo hacerse con algunos peces que le sirvieran de sustento. Durante días, el capitán no necesitó disparar un solo tiro para procurarse comida. Desconocía si había fuerzas soviéticas en los alrededores, y el eco de un disparo aislado en el bosque silencioso, sumido en el reposo invernal, se hubiera oído en muchos kilómetros a la redonda. Por el momento, asumir ese riesgo no había sido necesario. Al oscurecer Heiden cavaba un agujero en la tierra helada y encendía el fuego. Oculta la llama en su pozo, y disimulado el humo por la oscuridad de la noche y las copas de los árboles, era difícil que el enemigo lo detectara, a menos que estuviera lo suficientemente cerca para descubrir el olor de madera quemada. Sin el fuego, Heiden no hubiera podido sobrevivir. Por las noches reflexionaba. Le resultaba difícil estimar la distancia que recorría diariamente. El terreno abrupto, los obstáculos ocultos bajo la nieve, la necesidad de buscar sustento y vivaquear hacían el avance lento y penoso. Además, los días eran todavía muy cortos en aquellas latitudes: el sol comenzaba a asomar por el horizonte entre las ocho y las nueve de la mañana, y a las cinco de la tarde ya era noche cerrada. El capitán apenas disponía de unas ocho horas de luz diurna para avanzar y orientarse en la espesura. De noche era impensable continuar la marcha en el bosque, sumido en las tinieblas, sin correr el riesgo de desorientarse y perderse.

Cada noche, sentado junto a su pequeña hoguera, en el silencio de la espesura, Heiden miraba su reloj y le daba cuerda, y al hacerlo sus pensamientos volaban hacia su hogar, su familia. Ilse le había regalado aquel reloj tan especial en su última visita a casa. Su mecanismo tenía un calendario completo que indicaba la fecha, el día de la semana y el mes. «Deseo que lo tengas para que puedas llevar la cuenta de los días que quedan hasta que regreses definitivamente a casa…», le había dicho. Volver a casa… Dios, le parecía algo aún tan lejano… Heiden miraba aquel reloj, y el amor que sentía por Ilse se

volvía tan intenso que casi le dolía. Nunca imaginó lo difícil que sería llevar la cuenta de las horas, de los días, en aquellos parajes inhóspitos, salvajes, sin ningún contacto con la civilización, solo. Aquel reloj era algo más que una simple máquina: le mantenía vinculado a su familia, a los suyos, le mantenía orientado en el tiempo, en contacto con la realidad, en un entorno de absoluto aislamiento que hubiera podido fácilmente hacerle perder la razón. Y todo gracias a su amada Ilse…

Aquel día era martes, nueve de enero. La sangre de Heiden goteó sobre la esfera del reloj mientras giraba la corona para darle cuerda. Al anochecer, mientras recogía ramas para preparar el fuego, se había hecho un profundo corte en la mano derecha. Había lavado la herida a conciencia en un arroyo cercano; lo último que necesitaba era que la herida se infectase. Después intentó cubrirlas con algunas vendas que llevaba en su equipo, aunque le quedaban muy pocas. La mayoría las había empleado en intentar contener, sin éxito, la hemorragia que mató al teniente Lübeck. Su propia sangre, de hecho, aún goteaba, horas después, a través del precario apósito que había colocado en su mano horas antes.

Se preguntó, no sin temor, si la guerra acabaría llegando hasta Heidenau, y qué iba a ser de su familia si eso ocurría…

Cerró los ojos y evocó la cara de Ilse, sus ojos claros, sus labios. Y evocó los rostros de sus niñas, y le embargó una gran nostalgia que pesaba como una losa sobre su pecho.

De pronto escuchó un ruido que le puso en alerta, que le hizo abrir los ojos y borrar cualquier otro pensamiento de su mente; era el crepitar de la nieve al ser hollada, el sonido de una pequeña rama que se partía. Ruidos de pisadas. Heiden se puso en pie de un salto, apoyando la espalda contra el tronco del árbol junto al cual había establecido su improvisado campamento. Sacó su Luger P08 de la funda y la amartilló. Miró a su alrededor: le rodeaba la más absoluta oscuridad.

Volvió a escuchar ese sonido sutil, leve, como de pasos, a su derecha. Forzó la vista, intentando penetrar las tinieblas más allá del pequeño círculo que iluminaba su hoguera, medio enterrada en su agujero de tierra. Entonces los vio, dos ojos brillantes que le miraban. Escuchó un gruñido sordo. Apareció otro par de ojos, y luego otro más. Volvió a escuchar un gruñido y vio el relucir de unos colmillos blancos que se acercaban: eran lobos, cuatro, tal vez cinco lobos hambrientos, una manada que seguramente había olido sangre fresca desde la distancia, la sangre que manaba de la mano de Heiden.

Los alrededores debían de estar rociados con aquella sangre, pensó el capitán. La herida sangraba mientras él recogía ramas con las que alimentar su fuego, mientras cavaba su agujero en el suelo. Seguía

sangrando cuando se acercó hasta el arroyo para lavarla, y también cuando regresó de él, pese a los vendajes que había intentado colocar. Había un reguero de sangre fresca que, sin duda, había atraído la atención de aquellos depredadores. Y estaban hambrientos, sin duda. El invierno en los bosques de Prusia Oriental también era duro para ellos.

Los lobos gruñían, cada vez con más fuerza, para intimidar a su presa, y se aproximaban, poco a poco, cada vez más. Hasta entonces Heiden no se había visto obligado a gastar ni un solo cartucho de sus armas. Los peces que cogía en los arroyos, algún pájaro o algún conejo atrapado tras una larga y paciente espera le habían permitido sobrevivir sin tener que emplear sus armas. Pero aquella situación era diferente, muy diferente: se trataba de defender su vida.

Sin perder la calma, Heiden trató de decidir a qué depredador debía abatir primero, cuál de ellos sería el líder de la manada. En las tinieblas era difícil identificar al macho dominante. Heiden ni siquiera estaba seguro de su número, de a cuántas fieras debía enfrentarse en realidad. Los lobos se acercaban poco a poco, parecían dudar. Ninguno se atrevía a dar el paso definitivo, a saltar sobre la presa herida que habían localizado. Heiden se preguntaba por qué… Y de pronto lo supo. Era el fuego, ese miedo ancestral de los animales al fuego…

Despacio, muy despacio, con la pistola preparada para disparar si era necesario, el capitán extendió hacia delante su pie derecho. Su objetivo era volcar sobre las llamas el montón de ramas que había dejado cerca de la hoguera para alimentarla. Los animales percibieron su movimiento, porque sus gruñidos amenazadores se intensificaron. La bota de Heiden llegó a tocar el montón de ramas. Debía actuar ya.

El capitán dio una patada al montón de maderas, que cayó chisporroteando sobre el fuego. Aquel movimiento brusco provocó una rápida reacción en los animales que le rodeaban y uno de los lobos saltó sobre él. Heiden logró esquivarlo por los pelos, descerrajándole un tiro en la cabeza. El animal quedó tendido a sus pies. Las llamas y el humo se elevaron como un surtidor cuando las ramas que Heiden había volcado sobre el fuego comenzaron a arder. Los animales retrocedieron. Heiden cogió uno de aquellos palos en llamas, a modo de antorcha, amenazando a los animales que le rodeaban.

—Fuera de aquí, bestias… —dijo Heiden, como si los animales pudieran entenderle—. Largo de aquí…

Los lobos retrocedieron, intimidados por el fuego, pero estaban demasiado hambrientos para abandonar tan fácilmente su presa. El fuego de la hoguera iba bajando en intensidad a medida que las ramitas se iban consumiendo. Heiden tenía que tomar una decisión.

Apuntó con su pistola a otro de los animales y lo abatió. Un tercero saltó contra él. Sus fauces no llegaron a hacer presa en el cuerpo del capitán, pero el peso del lobo bastó para derribarlo. Desde el suelo Heiden acabó con él de un tiro. Al ver a su presa caída, un cuarto animal se abalanzó sobre el capitán. Heiden rodó sobre sí mismo para esquivarlo, al tiempo que disparaba sobre el animal en pleno salto. Cuando el lobo cayó al suelo ya estaba muerto. Heiden se revolvió y aún hizo un último disparo sobre el último lobo que le acechaba. Esta vez erró el tiro. El proyectil no impactó en la cabeza del animal, como era la intención del capitán, sino en su lomo. El lobo aulló de dolor y emprendió la huida. Todo quedó de nuevo en calma.

Heiden permaneció en el suelo, casi sin aliento. El sudor empapaba su espalda. Miró a los animales muertos a su alrededor y pensó que aquella vez la muerte le había rondado cerca, muy cerca…

Los disparos habían roto el silencio del bosque como truenos. Si había tropas soviéticas en las cercanías, lo que el capitán ignoraba, habrían tenido que escucharlos con absoluta claridad; era imposible que les quedara un atisbo de duda. Para Heiden ya no era seguro permanecer allí. Tendría que moverse por el bosque, en mitad de la noche, alejarse de aquel lugar y esperar a lo que le traería el devenir de las próximas horas, de los próximos días. Cogió del fuego una de las ramas de abeto, cuya resina hacía que ardiera bien. La usaría para iluminar su camino. A continuación apagó el fuego con nieve, consultó la brújula, esperando no desviarse demasiado de su camino, y echó a andar. Los cadáveres de los cuatro lobos quedaron tendidos en el suelo del bosque.

28

En los días siguientes, Heiden continuó su marcha por el bosque adoptando todas las precauciones posibles. Temía en cualquier momento una batida de los soviéticos para averiguar el origen de los disparos que se había visto obligado a efectuar para salvar la vida. Si llegaban a encontrar los lobos muertos, la sospecha de que podía haber soldados alemanes escondidos en la espesura sin duda se confirmaría, y los rusos emprenderían la caza con mayor ahínco. Sin embargo, no ocurrió nada. El bosque siguió oscuro, frío, silencioso, sumido en su sueño invernal.

Aquella quietud le hizo plantearse si no se habría alejado demasiado de la costa y, por ende, de la carretera principal que desde Memel se dirigía al sur. Era cierto que Heiden había procurado ceñirse a las indicaciones de la brújula, pero lo agreste del terreno y las zonas pantanosas que había ido encontrando en el camino le habían obligado con relativa frecuencia a dar rodeos, grandes y pequeños. La conclusión que extraía era que no sabía exactamente dónde se encontraba. En la espesura de los bosques, sin ninguna referencia, ningún monte, ninguna aldea, nada que le permitiera confirmar que avanzaba en la dirección correcta, era relativamente sencillo desviarse de la ruta marcada, incluso con una brújula. Así pues, decidió que esta vez debía avanzar hacia el oeste para localizar de nuevo la carretera principal que desde Memel bajaba hacia el sur hasta Heydekrug y Tilsit, para después girar al oeste en dirección a Königsberg, y a partir de ahí tomar nuevas referencias para continuar su camino. Era inútil seguir avanzando a ciegas en un bosque que parecía no tener fin.

Heiden tardó varios días en alcanzar lo que buscaba. La espesura del bosque fue dando paso a prados de hierba que ofrecían al capitán escasa cobertura, por lo que se vio obligado a avanzar principalmente de noche. En las horas centrales del día permanecía oculto entre los arbustos y la nieve, recuperando fuerzas, intentando descansar. Finalmente comenzó a escuchar a lo lejos ruidos de motores, y un amanecer, después de caminar toda la noche, pudo observar en la lejanía una larga hilera de vehículos. El capitán buscó un lugar a cubierto y se tumbó en el suelo, enterrándose en la nieve. Cubrió también con nieve su gorra de oficial y sacó de su funda los prismáticos que llevaba consigo. Debía ser cauto. Si Heiden podía ver a los soviéticos era porque también él estaba al alcance de su vista; el enemigo también podía verle. Según pudo observar, el tráfico en la

carretera era denso, aunque fluido. Camiones de transporte de tropas, artillería e infantería a pie avanzaban hacia el sur. Marchaban a buen ritmo, despreocupados. Parecían no temer ningún contraataque enemigo. Heiden se preguntaba hasta dónde habrían llegado ya los soviéticos, dónde estaría la línea del frente. Indudablemente, no se encontraba cerca de allí; de lo contrario, los rusos avanzarían con más prudencia.

Heiden inspeccionó los alrededores con sus prismáticos, buscando alguna señal, algún indicador, el nombre de alguna población, algo que le permitiera estimar dónde se encontraba exactamente, la distancia que llevaba recorrida, pero en las cercanías no parecía haber nada. Tendría que seguir avanzando junto a la carretera hasta dar con ello.

Heiden pasó el resto del día en su agujero, escuchando el sonido lejano de los motores, un flujo continuo que parecía no tener fin. Cuando oscureció se puso de nuevo en marcha. Los vehículos soviéticos avanzaban con las luces encendidas, por lo que el trazado de la carretera a lo lejos era fácilmente distinguible. Heiden caminaba en la oscuridad, paralelo a la línea que marcaba la columna soviética, con la esperanza de dar con algún núcleo de población. En la oscuridad era difícil ver nada. Al amanecer, el capitán pudo distinguir en la lejanía lo que parecía un cruce de caminos. Se apostó de nuevo con sus prismáticos, esperando el alba. Efectivamente, allí había una encrucijada. En ella una placa señalaba en dirección sur: «Heydekrug 10 km».

Heiden excavó con las manos un agujero en la nieve donde permanecer oculto a la vista de los soviéticos a medida que despuntaba el día. Sacó los mapas que llevaba con él y buscó la localidad de Heydekrug. Estudió su situación: en casi un mes de marcha había recorrido aproximadamente cincuenta kilómetros… Los días cortos y el terreno abrupto de los bosques hacían la marcha de Heiden desesperadamente lenta, lenta y agotadora. La necesidad de vivaquear sobre el terreno, procurarse agua, refugio y comida también contribuían a retrasar aún más su avance. Pero cincuenta kilómetros… Cincuenta kilómetros en cuatro semanas… El balance era desalentador. Heiden suspiró. Dios… Los rusos habrían llegado ya a Königsberg sin duda. Incluso más allá.

El resto del día transcurrió para el capitán en el agujero que había excavado en la nieve, con el sonido ronco de los transportes soviéticos a su espalda, que parecían no detenerse jamás. Ese sonido llevó a Heiden a preguntarse cuántos hombres y material acercaba el enemigo al frente. Eran muchísimos. Parecía que los soviéticos estaban llevando a cabo una ofensiva en toda regla. El objetivo, para tantos hombres y tanto material, pensó, no podía ser otro que la frontera con

Alemania y el río Óder… Estaban ya tan cerca, tan malditamente cerca… Heiden se pasó una mano por la frente; decidió no pensar más. Manejaba incertidumbres, no certezas, y reflexionar sobre incertidumbres solo podía generarle angustia y preocupación, sin aportarle ninguna solución útil. Aquellos pensamientos solo servían para agotarle. Desde Memel nada sabía del curso de la guerra. Cuando lograse enlazar finalmente con sus propias tropas, en Königsberg o donde fuera, sabría lo que había ocurrido durante las semanas, los meses que había vagado solo en territorio enemigo, sabría a qué atenerse.

Al cabo de un rato cerró los ojos e intentó descansar, pero le resultó imposible. Cincuenta kilómetros… La cifra daba vueltas y vueltas en su cabeza. Solo había avanzado cincuenta kilómetros en casi un mes de marcha, y estaba agotado. Se sentía agotado.

El sol invernal surcó el cielo, se elevó hasta su cenit y descendió de nuevo. El día no fue especialmente frío, pero Heiden tiritaba. Medio enterrado en su agujero en la nieve, sentía el frío exterior, al que estaba acostumbrado y toleraba sin demasiados problemas, pero lo que le hacía temblar en aquellos momentos no era el frío invernal; era una sensación interna de desasosiego, de frío interior, de malestar. Entonces supo que tenía fiebre.

«Maldita sea…». Heiden apretó los dientes con rabia. No podía existir un momento peor para enfermar que aquel. Tosió. Últimamente necesitaba hacerlo con frecuencia. Sintió el dolor que como un puñal le atravesó el hemitórax derecho, el mismo que meses antes había recibido los dos impactos de bala que le habían llevado a acabar en el hospital, sus primeras heridas de bala en toda la guerra. Heiden supo que en aquel pulmón se estaba gestando una neumonía.

El capitán cerró nuevamente los ojos. Dormitó a ratos, en parte porque no podía hacer otra cosa hasta que se pusiese el sol, en parte porque la fiebre le postraba. El temblor que había dominado su cuerpo fue cediendo, pero Heiden se sentía extrañamente débil, se sentía mal. Aquella sensación no se parecía en absoluto a lo que había sentido cuando fue alcanzado por las balas. Se sentía enfermo.

Al comenzar a ocultarse el sol, Heiden se decidió a salir de su refugio. Lejos, en la carretera, el tráfico de hombres y vehículos hacia el sur no cesaba. Heiden volvió a penetrar en el bosque. Esta vez procuró no alejarse demasiado de aquella carretera que debía servirle de referencia en su camino. La noche abatió rápidamente su negro manto sobre el mundo. Avanzar a oscuras en el bosque era una tarea prácticamente imposible, pero el capitán no se atrevió a improvisar una antorcha o una luz. En la oscuridad, los rusos podrían verla, como él veía de vez en cuando las luces de sus vehículos. A menos que se internase más en la espesura, encender un fuego, aunque solo fuera

para iluminar el camino, no era una opción. Heiden caminó unas horas, tropezando y cayendo una y mil veces. Progresivamente las fuerzas le abandonaban. Comenzó de nuevo a temblar, el mismo temblor violento, incontrolable, que le había asaltado unas horas antes. Su mente se nublaba. Le costaba pensar con claridad; su cabeza parecía a punto de estallar. Se apoyó en el tronco de un árbol. Se llevó una mano a la frente: ardía. Tosió de nuevo, y el dolor de su costado derecho, que había comenzado a sentir por la mañana, se exacerbó hasta límites casi intolerables. Aquella noche no podría seguir andando. Se dejó caer sobre la nieve, reclinado contra el árbol en el que había buscado apoyo. Miró su reloj: eran las diez y media de la noche del 26 de enero de 1945. Veintiséis de enero… Hacía casi un mes que vagaba solo por los bosques de Prusia Oriental, en pleno invierno, a la intemperie, sin apenas recursos. Su cuerpo y su mente comenzaban a acusar el terrible desgaste. Y aquella noche, por primera vez en la guerra, Heiden sintió que podría morir… No le matarían las balas, los combates, la guerra. Eso, de algún modo, tal vez de manera completamente irracional y fuera de toda lógica, lo había sabido siempre. Lo había sentido así desde el principio, desde que comenzó todo. Pero aquella fiebre, aquel desasosiego, aquel malestar… No le mataría la guerra; le mataría el cansancio, el cansancio extremo, la enfermedad.

El temblor de la fiebre hacía estremecer su cuerpo. El bosque estaba silencioso y oscuro. Nevaba suavemente. Los copos se balanceaban con lentitud en el aire e iban a caer sobre su rostro ardiente ligeros, como plumas, como una caricia. La fiebre confundía el pensamiento del capitán; por un momento creyó que aquellos copos de nieve eran los dedos, las manos de su esposa. Y un dolor nuevo, un dolor del alma, se aferró a su pecho. Las lágrimas ascendieron a los ojos de Heiden, que intentó inútilmente incorporarse. Estaba más enfermo de lo que creía, de lo que estaba dispuesto a aceptar. Sin embargo, algo en su interior se rebelaba contra aquella situación. No podía ser; él no podía enfermar, no podía morir allí, en medio de la nada, lejos de su esposa, de sus hijas, que le necesitaban. Él no.

Con un esfuerzo titánico de su voluntad logró, contra todo pronóstico, ponerse de nuevo en pie. Las lágrimas le nublaban la vista, se le helaban en los párpados. Creyó ver, a lo lejos, en el bosque, una luz. Las sombras de los árboles dibujaban para Heiden los rostros de sus seres queridos: Ilse, Anna, Lucie… Ellas no podían estar allí. Heiden lo sabía. Ellas estaban tan, tan lejos… El capitán ya no estaba seguro de si podía confiar en lo que veían sus ojos, pero daba igual. Logró dar un par de pasos antes de caer de nuevo, de rodillas, sobre la nieve. Y aquella vez fue la definitiva; ya no pudo levantarse más. Y, sin embargo, allí… Heiden alzó la vista. Era cierto. Sus ojos no se

equivocaban. Su mente confundida por la fiebre aún era capaz de percibir algunas cosas con claridad, y allí, lejos, en el bosque, había una luz, una luz suave, cálida y acogedora. No eran los vehículos que circulaban por la carretera. Aquella luz, como la luz de un hogar, estaba fija, y le esperaba, le llamaba… Reclamaba su presencia. Heiden quiso incorporarse una vez más, pero su cuerpo era ya incapaz de responder a las órdenes que daba su mente. No podía ponerse en pie. No podía más. Temblaba… Algo en el interior de Heiden se quebró: su resistencia moral, que había resistido todas las pruebas, se resquebrajó, y el capitán rompió a llorar.

—Lo siento, Ilse… —sollozó desesperado, hablando a su esposa como si ella pudiera oírle, pidiéndole perdón por no ser capaz de regresar a su hogar, por no haber sido lo suficientemente fuerte—. Lo siento mucho… He hecho cuanto he podido… Créeme… Lo siento…

Heiden lloraba, y allí lejos, en el bosque, seguía brillando aquella luz. Y en su delirio Heiden sintió que unas manos firmes le sostenían y le ayudaban a ponerse en pie. Y dio primero un paso, y luego otro, y otro. Despacio, lentamente, hacia la luz.

29

Era un cálido día de verano. En el cielo azul, brillante, algunas nubes blancas y algodonosas se deslizaban perezosamente, empujadas por una suave brisa del sur. Los pájaros cantaban. La vida, serena, lucía en todo su esplendor. La pequeña Anna se acercó corriendo a él.

—¡Papá! —le llamó.

Qué maravillosa era aquella palabra, papá, y todo lo que implicaba…

—Papá —repitió la niña, tendiendo hacia él sus bracitos—, ayúdame a coger unas manzanas.

Y él subió a su hija menor en los hombros, riendo, y se acercaron a uno de los árboles que crecían en su jardín. Las manos de la pequeña Anna, de seis años, apenas si podían agarrar los gruesos frutos que colgaban de las ramas bajas del árbol. La niña consiguió finalmente arrancar una manzana grande y madura, pero la fruta se deslizó de sus manitas, fue a golpear en la cabeza de su padre y se deslizó rodando al suelo. Padre e hija rieron a carcajadas.

—¡Te saldrá un chichón, papi!

—No lo creas, cariño. ¡Tengo la cabeza muy dura!

—¿De verdad?

Y las manos de la pequeña Anna se enredaron en sus cabellos.

Su hermana Lucie la llamó. Él dejó de nuevo a Anna en el suelo, y las dos niñas salieron corriendo a perseguir mariposas. Él se quedó mirándolas correr y reír en aquel idílico día de verano. Corrían a esconderse entre las sábanas blancas que Ilse estaba tendiendo en el jardín. Ilse se volvió y le miró. Sus ojos, azules como el cielo, brillaban. Sonrió, y su rostro se iluminó, y a él le pareció tan hermosa y radiante como si fuera un ángel.

Él miraba a sus tres amores y pensó, casi sin quererlo, en lo efímero del tiempo, en lo perfecto de aquel momento, y lo hermoso que sería que todo quedase detenido en ese instante, en esa tranquila mañana de verano. Que el tiempo se detuviera allí y fuera eterno…

Un sonido sordo, como un zumbido que se aproximaba, rompió la calma de aquel día. Él se quedó sorprendido, bloqueado, porque conocía aquel sonido… Claro que lo conocía… Eran bombarderos. El sol se oscureció de pronto. Una escuadrilla de aviones volaba a baja altura sobre su ciudad, sobre Heidenau. Palideció.

Todo sucedió muy rápido. Las compuertas de las bodegas de los aviones se abrieron y su carga mortal se abatió con un silbido sobre la

ciudad. Apenas tuvo tiempo de reaccionar. El mundo estallaba en pedazos a su alrededor y él solo buscaba, desesperado, a su esposa y a sus hijas. Las llamaba a gritos, entre el humo, que no dejaba ver nada, entre el fuego y las explosiones. Las había perdido de vista y no era capaz de encontrarlas.

—¡Ilse! ¡Anna! ¡Lucie!

Corría en el caos, sin rumbo, desorientado, buscándolas, llamándolas; a su alrededor solamente estaba el infierno…

Caía, caía en un pozo sin fondo. Las explosiones, el humo y el fuego se convirtieron en nubes grises, densas, como si fueran de hormigón, en truenos y en rayos, y él caía, caía en medio de la tormenta. Vio a Ilse entre aquellas nubes. Llevaba a la pequeña Anna en los brazos. Lucie permanecía en pie junto a ella. Las tres le miraban serenas, sin un ápice de miedo en sus ojos.

—¿Por qué te asustas, papá? —preguntó Lucie.

—Solo son bombas, Wilhelm —le decía Ilse, como si aquello fuera lo más normal del mundo, como si no corrieran ningún peligro.

—¡Hay que ponerse a salvo! —gritó él—. ¡Debéis poneros a salvo!

Ilse parecía no escucharle. Permanecía tranquila, sonriente, junto a las niñas, y su imagen se fue alejando poco a poco mientras él caía y caía…

—¡Ilse! Ilse…

De pronto se hizo el silencio. Silencio y oscuridad. Sintió que su cuerpo ya no caía. Flotaba en medio del vacío, de la negrura de una noche sin luna y sin estrellas. Silencio y oscuridad. «Ilse… Mis niñas…». Su vista intentó penetrar las tinieblas que le rodeaban, pero en torno a él no había nada. «¿Dónde estáis? ¿Dónde?…». Su pecho dolía, dolía con ese dolor profundo, sordo, que no era físico. Dolía de angustia, de miedo, de culpa, de tristeza… Un dolor infinitamente peor que cualquier dolor físico, que le oprimía el pecho hasta ahogarle… Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. «Lo siento, Ilse… Lo siento tanto…». Quizá ya estaba muerto. Quizá ellas estaban muertas también… ¿Eso era la muerte? ¿Ese vacío, esa oscuridad, esa absoluta y terrible soledad? Y si estaba muerto, ¿por qué sentía? ¿Por qué sentía esa angustia tan grande? Morir… Morir viviendo, morir sintiendo eternamente ese dolor insoportable… No podría hacerlo… No podría soportarlo… El vacío…, la nada…

* * *

Fritz Treitsche vio cómo Heiden se agitaba inquieto en su sueño, más bien en su delirio. La fiebre no bajaba, a pesar de los paños de agua fría y de las infusiones de corteza de sauce que intentaba darle, a

cucharadas, cuando se encontraba mínimamente consciente. A veces tiritaba en los picos febriles; un temblor intenso, incontrolable. Otras veces se agitaba sumido en sus pesadillas, sus visiones o lo que quiera que pasara por su mente aturdida por la fiebre. Otras veces, como en aquella ocasión, lloraba. Su cuerpo exhausto dejaba de temblar, dejaba de agitarse contra los fantasmas que le asediaban en su delirio, y entonces las lágrimas brotaban de sus ojos cerrados y se deslizaban suavemente por sus mejillas, silenciosas, angustiosas. Treitsche se preguntaba qué dolor tan grande podía provocar ese llanto callado, mudo, que encogía el corazón.

Cambió los paños de agua fría con los que cubría la frente de Heiden. Le había encontrado en el bosque, hacía dos días. Treitsche conocía bien los sonidos del bosque. Hacía años que vivía allí, prácticamente aislado, en su cabaña, y en ese tiempo había aprendido a conocer bien la naturaleza que le rodeaba, su lenguaje, su forma de comunicarse. Por eso supo enseguida que aquel sonido que el frío viento invernal había traído hasta su casa en plena noche no pertenecía al bosque. Era una voz, la voz de un hombre que llamaba a una mujer, y esa mujer respondía al nombre de Ilse.

Aquella voz le estremeció porque era una voz doliente, una voz en la que podía percibirse un gran sufrimiento. «Lo siento mucho, Ilse…», decía la voz, y sollozaba. Aquella voz le estremeció también por otro motivo. Hacía años que no pronunciaba ese nombre de mujer; hacía años que no oía ese nombre. Ese nombre que, para él, iba ligado a tantos recuerdos. Porque Ilse era el nombre de su esposa. Cuando ella murió, de eso hacía ya más de diez años, él decidió apartarse definitivamente de la sociedad. Fue por ella por lo que permaneció en Heydekrug tras la primera guerra, que se llevó a su único hijo. Cuando ella emprendió sin él el último viaje, él decidió esperar la muerte a solas, en el bosque, en contacto con la naturaleza, que le proporcionaba muchas menos incertidumbres, mucho menos dolor, que la convivencia en una sociedad abocada a un nuevo conflicto bélico, a la destrucción. Sin su esposa, sin su Ilse, ya no tenía sentido.

Escuchar aquella voz en mitad de la noche supuso para Treitsche un impacto que removió las fibras más profundas de su ser, sentimientos que creía ya olvidados, dormidos. Cogió su abrigo, su escopeta y salió en busca del propietario de aquella voz.

No lejos de su cabaña encontró al oficial alemán caído en la nieve. Debía llevar tiempo vagando por los bosques; el frente estaba ya muy lejos de allí. Los alemanes hacía semanas que se habían retirado, y los soviéticos habían conquistado aquel territorio y seguían avanzando hacia el sur, enviando continuamente refuerzos para proseguir su ofensiva. ¿De dónde demonios había podido salir aquel oficial, solo, en mitad del territorio enemigo? Treitsche pensó inicialmente que

podía tratarse de un desertor; pronto desechó la idea: un desertor se hubiera deshecho cuanto antes de su equipo militar, de cualquier cosa que pudiera identificarle como soldado, y aquel oficial conservaba incluso los galones en su maltrecho y desgastado uniforme. Quizá, tal vez, pensó Treitsche como segunda opción, aquel hombre había caído prisionero de los rusos y había conseguido evadirse… Tampoco aquella teoría cuadraba con los galones del capitán: los soviéticos se los habrían arrancado. ¿Cómo explicar, entonces, la presencia de aquel hombre allí?

Treitsche se detuvo a pocos metros del oficial que yacía sobre la nieve. Se había acercado hasta él sigilosamente, apuntándole con su arma. En la oscuridad, aquel hombre podía confundirle fácilmente con un soldado soviético y dispararle sin dudar. Pronto se dio cuenta de que aquel oficial no estaba en condiciones de empuñar un arma. Ni siquiera podía ponerse en pie. Intentaba desesperadamente incorporarse, pero su cuerpo era incapaz de obedecerle, y sollozaba y repetía: «Lo siento, Ilse…».

Treitsche bajó su fusil. Salió de la espesura y caminó hasta llegar al lado del capitán. Le llamó:

—Capitán.

El oficial ni siquiera reparó en su presencia. Tumbado sobre la nieve, incapaz de levantarse, temblaba y lloraba. Treitsche aseguró su arma y se colgó el fusil en bandolera, se arrodilló junto al capitán y le sujetó suave, aunque firmemente, por los hombros. Al hacerlo, sus manos rozaron el rostro del capitán, y se dio cuenta de que estaba ardiendo: aquel hombre tenía fiebre, una fiebre altísima. Treitsche insistió en llamarle, buscando en él una conexión con la realidad, una respuesta.

—Capitán.

Aquel hombre no estaba en condiciones de responder. Deliraba, deliraba a causa de la fiebre, y solo acertaba a sollozar y a llamar a Ilse, a su Ilse: «Lo he intentado, Ilse… Lo siento…». Treitsche tomó una decisión, algo que en otras circunstancias no habría hecho nunca: ayudó como pudo a aquel hombre a ponerse en pie y le llevó, caminando poco a poco, hasta su casa.

Treitsche no podría explicar el porqué de ese gesto. Hacía años que, desengañado de la sociedad y del mundo, evitaba en lo posible las relaciones humanas. Había en aquel acto algo de compasión por el que sufre; el capitán había llegado hasta él gravemente enfermo, enfermo físicamente y roto en su interior, débil, absolutamente vulnerable, como quien ha soportado demasiado tiempo una carga excesiva. Esa empatía, ese deseo de ayudar, inherente al ser humano, no habían desaparecido del todo del corazón de Treitsche, a pesar de los años, a pesar de la experiencia. Había algo más: ese nombre, Ilse.

El capitán, en su delirio, era lo único que acertaba a pronunciar. Hablaba con Ilse, probablemente su esposa, y le pedía perdón. «Lo siento, Ilse… Lo siento mucho…». Eran las mismas palabras, exactamente las mismas que él había empleado una vez, hacía muchos, muchos años, con su propia esposa, con su Ilse. Fue en 1918, al acabar la guerra. Él regresó a casa; su hijo Manfred, de veintiún años, no. Cayó en el Chemin des Dames, en Francia, pocos meses antes del fin de la contienda. Su único hijo, que iba a estudiar medicina en la universidad de Königsberg cuando estalló la guerra. Treitsche fue movilizado; él estaba en edad de combatir. Su hijo no. Con dieciocho años recién cumplidos, como muchos otros jóvenes de su época, se alistó como voluntario de la Primera Reserva [1] . Pronto fue destinado a combatir en el oeste: Verdún, Somme, Cambrai… Hubiera dado su vida por ahorrarle a su hijo aquel espanto, el mismo que él vivió cuatro largos años. Él pasaría por ello, puesto que tenía que hacerlo. Apuraría aquel amargo cáliz sin dudar, pero, a cambio, que el horror respetase a su hijo, que era su futuro, su esperanza… No fue así. Y al regresar a casa, a finales de noviembre de 1918, encontró a su esposa, a su Ilse, vestida de luto, con los ojos enrojecidos de llorar tanto que ya no le quedaban más lágrimas. Y también él le dijo: «Lo siento, Ilse…».

La vida de su Ilse se fue apagando después de aquello. Los médicos dijeron que fue el cáncer, pero él sabía que, subyacentes a aquella enfermedad, estaban el dolor y la pena. Y él tuvo que aprender a vivir solo con esa culpa, con esa incertidumbre: jamás sabría si hubiera podido, quizá, hacer algo para evitar aquello, para evitar aquel desenlace fatal, algo que hubiera permitido que su hijo viviera… Y siempre, cada día, desde entonces, recordaba aquellas palabras: «Lo siento, Ilse… Lo siento tanto…».

La muerte de su esposa coincidió en el tiempo con los cambios políticos que acabaron abocando al mundo de nuevo a la guerra. Treitsche decidió alejarse de todo y marchó a los bosques a esperar, a esperar a que la muerte decidiese venir a buscarle a él también. La guerra apenas se dejaba sentir allí, en la espesura, en medio de una naturaleza salvaje. Parecía algo ajeno, como si perteneciese a otro mundo. Treitsche se había mantenido al margen de todo y de todos, hasta aquella noche, la noche en que encontró al capitán.

En el calor de la cabaña, donde ardía el fuego en la chimenea iluminando gratamente la estancia, Treitsche despojó al oficial de su abrigo empapado, del pesado correaje, de la guerrera y de las botas claveteadas, le cubrió con ropa seca e intentó bajarle la fiebre con paños de agua fría, pero en los dos días que llevaba cuidando de él aún no había recuperado la consciencia. Treitsche se permitió la libertad de ojear su cartilla militar para saber su nombre, para saber

cómo dirigirse a él si despertaba. Aquel oficial se llamaba Wilhelm Heiden. Tenía treinta y dos años; era aún más joven de lo que hubiera sido su hijo Manfred si aún viviera…

El capitán Heiden volvía a temblar. La fiebre subía. Treitsche volvió a cambiar los paños que colocaba en la frente del oficial, en un intento por bajarle la temperatura. Sin su ayuda aquel hombre habría muerto en el bosque con toda certeza, pero incluso con ella Treitsche dudaba de que el capitán sobreviviera. Llevaba ya dos días sumido en aquel delirio, y la fiebre no cedía. Agarró con fuerza su mano.

—Vamos, capitán —le dijo, como si Heiden pudiera oírle—. Aguante. Por su Ilse… Y también por mí.

30

Heiden sintió que poco a poco iba tomando consciencia de sí mismo, como si hubiera estado sumido en un profundo sueño y comenzara a despertar. Aún no se sentía con fuerzas siquiera para abrir los ojos, pero comenzaba a sentir el mundo a su alrededor. Le sorprendió darse cuenta de que ya no sentía frío; al contrario, le rodeaba un agradable calor. Incluso creyó escuchar el crepitar de un fuego cercano, que le recordó la chimenea del salón de su casa, cuando se sentaba junto a ella en las noches de invierno con Ilse y las niñas. Aquel recuerdo hermoso, cercano, inundó su corazón y pareció insuflarle fuerzas, aunque todavía no las suficientes para despertar. Sintió su propia respiración, débil, algo agitada, como si sus pulmones no fueran capaces de aportarle todo el aire que su cuerpo necesitaba. Cada vez que inspiraba, su costado derecho dolía como un puñal que se clavara en él cuando se esforzaba por coger aire, pero era un dolor relativamente soportable, nada que ver con lo que había sentido la noche anterior, donde, cada vez que tosía, parecía que un hierro al rojo le atravesara el pecho. Eso había sido la noche anterior… O tal vez hacía ya dos noches de aquello… Heiden no guardaba una clara consciencia del transcurrir del tiempo. De todos modos, le costaba pensar con claridad. Estaba aturdido; probablemente aún tenía algo de fiebre. Y además estaba tan cansado… Le dolía todo el cuerpo, todos y cada uno de sus músculos, como si fuesen sacos cargados de agujas, como si hubiera realizado un esfuerzo físico tan brutal que hubiera roto las fibras musculares de su cuerpo. Incluso el hecho mismo de abrir los ojos parecía estar fuera del alcance de sus capacidades. Tenía sed, una sed inmensa. Necesitaba beber un poco de agua, y después volvería a dormir un poco más, aunque fuera solamente un poco, para recuperarse.

Fritz Treitsche, que estaba sentado a su lado, sonrió. Era la tercera noche que velaba el sueño de Heiden, y aquella noche, por fin, la fiebre había bajado. El capitán ya no temblaba, no se debatía luchando contra sus fantasmas, sus demonios interiores; ya no lloraba. Durmió un sueño tranquilo, sin sobresaltos, y en aquellos momentos se esforzaba por despertar.

Heiden consiguió abrir poco a poco sus ojos claros. Esperaba encontrar el cielo negro de la noche sobre él, las copas de los árboles. En su lugar, sus ojos se encontraron con las vigas de un techo de madera que le cobijaba. Heiden se quedó un rato mirándolo

desconcertado. No sabía dónde se encontraba, no sabía cómo había llegado allí… Ese desconcierto le puso en alerta. Hizo amago de incorporarse, pero, Dios, si no tenía fuerzas siquiera para abrir los ojos, mucho menos para ponerse en pie. Una mano amable, aunque firme, sobre su hombro, le contuvo, y al volver la vista Heiden pudo contemplar la cara de un hombre ya entrado en años, de barba y cabellos grises y ojos oscuros, comprensivos, sabios.

—Permanezca tranquilo, capitán Heiden —le dijo aquel hombre afable y sereno—. Está usted en un lugar seguro.

Heiden le miró sin comprender. ¿Dónde se encontraba? ¿Quién era aquel hombre? ¿Qué había ocurrido que él no podía recordar? Sintió la sed terrible, la boca seca, que apenas le permitía pronunciar palabra. Aquel hombre, como si hubiese leído sus pensamientos, le tendió un vaso de agua, que Heiden bebió con avidez.

—Gracias… —logró decir, y su voz sonó tan débil que incluso él mismo se sorprendió. Jamás había estado tan al límite de sus fuerzas.

El hombre sonrió.

—Me imagino que tendrá muchas preguntas, capitán Heiden —le dijo—. Hablaremos de todo cuando se haya recuperado un poco. Lo único que necesita saber ahora es que está en un lugar seguro y que debe descansar.

Heiden sentía que sus párpados se cerraban de nuevo pese a sus esfuerzos por permanecer consciente.

—¿Quién es usted? —consiguió preguntar.

—Me llamo Treitsche, Fritz Treitsche —respondió aquel hombre—. Puede considerarme un amigo. Ahora descanse.

Reconfortado por el tono de voz tranquilo, sereno, de aquel desconocido, los ojos de Heiden se cerraron de nuevo, vencidos por el sueño y por el cansancio. Heiden no estaba siquiera en condiciones de pensar. Y antes incluso de darse cuenta, el capitán se quedó profundamente dormido.

* * *

Despertó de nuevo, al cabo de unas horas, muchas. Tras haber dormido un sueño largo, reparador, libre de pesadillas y sin fiebre, la cabeza de Heiden estaba completamente despejada. Continuaba sintiéndose extraordinariamente débil, le dolía todo el cuerpo y seguía notando una cierta dificultad para respirar. El dolor del costado derecho, además, le dificultaba coger aire. Ahora, al menos, podía pensar. Supo que era de día porque la luz del sol entraba por la ventana de la habitación en la que se encontraba. Era una estancia humilde, pero acogedora: una chimenea, junto a la cual había un

sillón, ardía, llenando la habitación de un agradable calor. Había también una mesa, un par de sillas, la cama sobre la que él yacía y una pequeña cocina en la que, de espaldas a él, aquel hombre de pelo cano preparaba algo de comer. Treitsche, había dicho que se llamaba. Heiden lo recordaba perfectamente.

El capitán contempló lo que había a su alrededor. Las paredes y el techo de aquella estancia eran de madera; parecía una de esas cabañas de leñadores que solía haber en los bosques. Heiden no recordaba cómo había llegado allí, ni recordaba a aquel hombre, Treitsche. ¿Cómo era posible que él le conociera?

Heiden volvió a cerrar los ojos. El solo hecho de pensar le agotaba, aunque su mente estuviera clara. Sintió el agradable calor de la estancia, que contrastaba llamativamente con el frío constante que había tenido que soportar durante semanas, y el contacto con las mantas secas que le abrigaban tras aguantar la humedad que la nieve había hecho calar en su viejo abrigo militar. Sintió nuevamente una imperiosa necesidad de dormir. Estaba tan, tan cansado, y tan débil… ¿Qué día era? ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Con un gran esfuerzo consiguió sacar su mano izquierda de debajo de las cálidas mantas y pudo comprobar que su reloj se había detenido en el día veintinueve de enero. Heiden se quedó mirándolo perplejo, intentando procesar la información que aquel hecho le aportaba. Si el reloj se había detenido era porque él no le había dado cuerda: así pues, debía de llevar varios días inconsciente. ¿Qué había ocurrido en ese tiempo? ¿Cuánto tiempo había transcurrido en realidad? En su mente había una laguna que no conseguía rellenar.

Treitsche se volvió hacia él con una sonrisa amable. Llevaba un cuenco entre sus manos.

—Buenos días, capitán Heiden.

Dejó el cuenco humeante sobre una pequeña mesita que había junto a la cama y fue a buscar un par de almohadas de un armario para que Heiden pudiera incorporarse.

—Le traigo un poco de leche caliente con miel —continuó diciendo —. Tal vez encuentre el sabor de la leche algo extraño; es leche de cabra. Tengo un par de animales que me surten. La miel la obtengo de las colmenas del bosque: a finales del verano puede hacerse en esta zona una buena provisión. Necesita empezar a comer algo para recuperar fuerzas.

Puso el cuenco en las manos de Heiden, que bebió un sorbo de aquella leche densa y dulce; su primera comida caliente en meses.

—¿Cómo es que me conoce? —preguntó Heiden—. ¿Cómo he llegado aquí? ¿Qué día es hoy?

Las preguntas se agolpaban en la mente del capitán. Su voz aún era muy débil.

—Iré contestando a todo —le respondió Treitsche con un gesto tranquilizador—. No tenga prisa. Le encontré en el bosque una noche, hace ya cinco días, no lejos de mi cabaña. Usted estaba muy enfermo, con fiebre alta, y deliraba. Probablemente no recuerde siquiera nuestro encuentro. Le traje a mi casa y me he estado ocupando de usted este tiempo, con la esperanza de que mejorara, como parece que ha sido, afortunadamente. Respecto a su nombre, me permití la libertad de buscarlo en su cartilla militar para saber cómo dirigirme a usted si despertaba. Cuando le encontré no estaba usted en condiciones de hablar, ni siquiera de mantenerse en pie. Ahora está consciente al menos, pero físicamente sigue siendo una ruina. Lo que necesita es comer y descansar. También yo tengo algunas preguntas que hacerle. Tendremos tiempo para hablar.

Heiden bebió a pequeños sorbos el cuenco de leche que Treitsche le había dado mientras aquel hombre aclaraba algunas de sus dudas y rellenaba las lagunas que había en su mente. Se dio cuenta de que incluso sujetar aquel cuenco suponía un esfuerzo para su cuerpo maltrecho. Treitsche lo retiró de sus manos cuando acabó.

—Ahora vuelva a dormir, capitán. Le hará bien.

—Dígame al menos qué día es hoy.

—Hoy es treinta y uno de enero de mil novecientos cuarenta y cinco, miércoles.

Heiden pensó en dar cuerda a su reloj y ponerlo en hora, pero estaba demasiado cansado. La leche caliente que Treitsche le había ofrecido actuó sobre su debilitado cuerpo como un narcótico. Se dejó caer entre las almohadas y, abrigado por las mantas, enseguida se volvió a dormir.

31

Fueron transcurriendo los días. Al principio Heiden solamente dormía, dormía todo lo que no había podido dormir en las semanas, en los meses previos, postrado por la enfermedad, un reposo que su cuerpo consumido le exigía implacable. A ratos despertaba, y entonces Treitsche le ofrecía algo de comer. Al principio eran solamente líquidos, lo único que el cuerpo de Heiden hubiera podido tolerar. Progresivamente fue capaz de admitir algo más sólido: huevos, pan… En aquellos momentos de lucidez, Treitsche se sentaba a su lado y hablaban.

—¿Qué demonios hacía usted en el bosque, capitán? —le preguntó un día Treitsche—. Las tropas alemanas hace ya más de dos meses que se han retirado de esta zona, y los rusos avanzan hacia el oeste sin detenerse. ¿De dónde ha salido usted?

Heiden le hizo un breve resumen de su odisea.

—Mi unidad formaba parte de la defensa de Memel —respondió—. Los soviéticos entraron en la ciudad a finales de diciembre. No había prevista ninguna retirada para mis hombres. Logré sacarles por mar hacia el istmo de Curlandia, pero yo… Yo no podía abandonar mi puesto. Ir con ellos no era una opción. Mi presencia, como oficial, les habría convertido en desertores. Caer en manos de los rusos y acabar en Siberia tampoco era una alternativa para mí. Tengo una esposa y dos hijas, dos niñas pequeñas, que me esperan en Alemania. —La debilitada voz de Heiden tembló ligeramente al nombrar a Ilse y a sus hijas—. Por eso, al caer Memel, decidí emprender el camino hacia el sur, eludiendo a los soviéticos al avanzar por los bosques. Mi intención es volver a enlazar con nuestras tropas en Königsberg.

—¿De dónde es usted, capitán? ¿De qué parte de Alemania?

—De Heidenau, una pequeña ciudad a unos quince kilómetros al sureste de Dresde.

—Suponía que no conocía usted los bosques de Prusia Oriental. De lo contrario, habría sopesado otros itinerarios. Me resulta realmente sorprendente que haya logrado sobrevivir casi un mes en esa naturaleza salvaje sin morir de hambre, de frío o devorado por los lobos. Es usted un hombre resistente, duro, tenaz.

—No lo crea. Habría muerto sin su ayuda. Ahora lo sé.

Treitsche sonrió. Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Su voluntad de vivir es muy grande. Tiene una familia, esposa e hijas, que le esperan. No vamos a discutir ahora sobre quién salvó a

quién. —Treitsche comenzó a notar el cansancio en los ojos y en la voz de Heiden y se puso en pie—. Procure descansar, capitán —le dijo —. Aún debe recuperarse. —Hizo amago de irse, pero se detuvo pensativo—. Capitán, su esposa… —Treitsche dudó un instante; después continuó hablando—. Su esposa se llama Ilse, ¿verdad?

—Así es. ¿Cómo lo sabe?

—La noche en que le encontré en el bosque, delirando a causa de la fiebre, usted la llamaba. —Treitsche hizo otra breve pausa antes de añadir—: Mi esposa también se llamaba así.

No dijo nada más. Cogió su abrigo y, volviendo la espalda, salió de la cabaña. Heiden cerró los ojos y enseguida se quedó dormido.

Ilse…

* * *

Otro día fue Heiden quien preguntó a Treitsche sobre su aislamiento en aquella cabaña en mitad de los bosques. Treitsche esbozó una sonrisa amarga.

—Yo vivía en Heydekrug, a unos ocho kilómetros de aquí. Estudié filología en la Universidad de Königsberg, y regentaba una librería en Heydekrug. La Gran Guerra me arrebató a mi único hijo. Mi esposa falleció algunos años después, y tras el hambre y la posguerra llegó de nuevo una política belicista que ha acabado abocándonos a un nuevo conflicto armado. Hace diez años, coincidiendo con la muerte de mi esposa, de mi Ilse, decidí que ya no quería formar parte del devenir de los acontecimientos. Recogí algunos de mis libros y me vine a vivir aquí, lejos de todo y de todos. Aquí hay paz. Por estos bosques casi vírgenes la guerra no ha pasado. Al menos no lo había hecho, hasta que llegó usted. —Treitsche esbozó una sonrisa afectuosa—. Aquí tengo un par de cabras, algunas gallinas, una pequeña huerta. El bosque me surte de agua, de fruta, de peces de sus ríos. Hay colmenas de las que recoger la miel que le he ofrecido, unas hayas magníficas con las que fabricar carbón para el invierno. Soy autosuficiente; no necesito más. De vez en cuando me acerco a Heydekrug. Vendo parte de la miel que recojo y compro ropa, cerillas…, algunas pequeñas cosas que puedo necesitar. Por lo demás, aquí, lejos del mundo, estoy bien. Es un lugar agradable para esperar.

—¿Esperar? —preguntó Heiden desconcertado—. Esperar, ¿qué?

Treitsche esbozó una sonrisa y no respondió.

32

Heiden tardó casi dos semanas en recuperarse lo suficiente para mantenerse en pie. La fiebre fue cediendo paulatinamente, pero el dolor del costado derecho le torturaba con cada respiración, y seguía notando aquella dificultad para coger aire, como si sus pulmones fueran aún incapaces de llenarse lo suficiente. Los solícitos cuidados de Treitsche le permitieron recuperar una parte de sus maltrechas fuerzas, y un día, al fin, logró incorporarse. Treitsche preparó agua caliente, para que pudiera afeitarse, y le prestó ropa de civil.

—La guerra está perdida —le dijo. Heiden se sentó junto a él a la mesa, débil, cansado aún, todavía convaleciente, pero no tan gravemente enfermo como antes—. Debería quemar su uniforme.

—Créame que desearía hacerlo con toda mi alma, pero no puedo —le contestó Heiden—. La guerra está perdida. Lo sé desde hace meses. Pero aún no ha acabado, y no puedo convertirme en un desertor. No tanto por mí, sino por las consecuencias que ello supondría para mi esposa y mis hijas. Debo intentar alcanzar las líneas alemanas. Es posible que aún estén luchando en Königsberg.

—Los soviéticos ya han llegado allí —afirmó Treitsche—. Mientras usted combatía en la cercada Memel, los soviéticos han avanzado mucho más de lo que cree. Han alcanzado Posen, en Polonia. Es cuestión de semanas que lleguen al Óder, y, si la guerra no ha terminado para entonces, antes del verano estarán en Berlín.

Heiden palideció, más aún de lo que se hubiera creído posible en su rostro ya pálido y demacrado.

—¿Cómo sabe eso?

—Estudié filología. Hablo ruso y francés tan correctamente como el alemán. Que viva aquí aislado en los bosques no significa que no esté al tanto de los acontecimientos. De vez en cuando me acerco hasta la carretera, en Heydekrug, para ver pasar a las tropas soviéticas. Para ellos soy solo un pobre viejo de una nación derrotada; ni siquiera reparan en mí. Pero yo los escucho, y entiendo lo que dicen. Por eso puedo confirmarle de primera mano que los rusos ya están en Königsberg, y que su punta de lanza hacia el oeste ha alcanzado la ciudad de Posen. Están a menos de trescientos kilómetros de Berlín.

Heiden guardó silencio. Aquello suponía un durísimo golpe para él. Posen estaba en Polonia, a casi mil kilómetros de Prusia Oriental, del lugar en el que él se encontraba. Era un objetivo imposible de alcanzar, y menos a pie. Para cuando él llegara allí, los soviéticos ya

habrían cruzado el Óder; tal vez habrían llegado ya a su ciudad, Heidenau, a su casa… E Ilse estaba sola allí, con las niñas…

Treitsche vio cómo Heiden palidecía, vio la angustia en sus ojos claros. Su ceño fruncido marcaba dos profundas arrugas en la frente, en el rostro, aunque todavía joven, prematuramente envejecido, demacrado por el sufrimiento y la enfermedad, y sintió una gran compasión, como si viera en él al hijo que perdió.

—Si todo esto no termina pronto, la guerra llegará a Heidenau, llegará a mi casa —murmuró Heiden para sí, más que para Treitsche —. Llegará a mi casa, donde están mi esposa y mis hijas. Y no habrá nadie allí para protegerlas… Están solas…, solas… —De pronto Heiden se puso en pie—. Tengo que ir. Tengo que marcharme.

Treitsche también se levantó.

—No está usted en condiciones de marchar a ninguna parte —le dijo—. Ha estado gravemente enfermo; aún está muy débil.

Heiden, en su desesperación, no le escuchaba. Fue a por su uniforme, a por su equipo, que colgaba de una percha en la pared. Sobre la misma camisa que Treitsche le había prestado se puso la guerrera. Se echó encima el pesado correaje y comenzó a abrocharlo.

—Heiden, no haga una locura —le dijo Treitsche—. No puede recorrer mil kilómetros a pie por territorio enemigo con ese uniforme. Le matarán en cuanto le vean.

—Tengo que ir —respondió el capitán—. ¿Es que no se da cuenta? Están allí solas. Si los rusos llegan a Heidenau, ¿qué será de ellas? Tengo que ir…

Le asaltó la tos, y el dolor del costado derecho se hizo insoportable. Heiden se inclinó sobre sí, con las manos sobre el pecho. El correaje pesaba como plomo. No podía respirar… Sintió cómo las fuerzas le fallaban y tuvo que apoyar una rodilla en el suelo. Treitsche se arrodilló junto a él.

—Heiden… Heiden, escúcheme. Apenas puede mantenerse en pie. Así no llegará a ninguna parte.

La voluntad de Heiden se resistía a aceptar su propia debilidad.

—Ellas me necesitan… Si la guerra llega hasta casa, correrán peligro… Tengo que ir…

Y con un supremo esfuerzo se puso de nuevo en pie. El pesado equipo le hizo tambalearse cuando quiso coger su abrigo, y habría caído al suelo si Treitsche no le hubiera sujetado.

—Heiden… Aún no está bien. Sea razonable. —Su voz era serena, comprensiva, amable—. En las condiciones en las que se encuentra no será de ayuda para nadie, ni siquiera para usted mismo. Solo conseguirá que le maten. Piense en su esposa y en sus hijas. A ellas no les servirá que esté muerto. Descanse, descanse aún unos días, y pensaremos qué es lo que se puede hacer.

Heiden se resistió, aunque pronto se dio cuenta de que físicamente no podía, no podía dar ni dos pasos. Ni siquiera su voluntad podía vencer aquella debilidad evidente, objetiva, de su cuerpo, maltrecho y enfermo.

—Pero ellas…, ellas…

Sin fuerzas, se dejó caer de rodillas en el suelo, ocultó la cara entre sus manos, desesperado, y rompió a llorar.

33

Comenzaba el mes de marzo. La nieve había dado paso a las lluvias. El frío se había templado. Las temperaturas eran ya mucho más benignas, y la vida pugnaba por abrirse paso en el bosque tras el letargo invernal. Se sentía en el aire, se notaba en el canto de los pájaros. Llegaba la primavera.

El capitán Heiden fue recuperando poco a poco sus fuerzas. El dolor del costado derecho desapareció con el paso de los días y pronto comenzó a ser capaz de respirar sin dificultad. Los cuidados que Treitsche le dispensó contribuyeron de manera fundamental a que recuperara su salud física y mental. Treitsche, paciente y sereno, consiguió retenerle en su casa hasta que lo peor de la gravísima neumonía que había sufrido quedara finalmente atrás.

—Tengo que irme —le dijo Heiden un día a su salvador.

—Lo sé —respondió él—. Y no voy a retenerle. Ahora está en condiciones de hacerlo.

Desde aquel día en que Heiden, enfermo y debilitado, se rompió, llorando amargamente por no ser capaz de acudir al lado de su esposa y de sus hijas, por el miedo y la incertidumbre que le generaba el futuro de su familia, los dos habían hablado largamente sobre aquel momento. Treitsche se había acercado a la carretera de Heydekrug en más de una ocasión para procurar estar al tanto de los avances de las tropas soviéticas hacia el oeste. Habían penetrado profundamente en territorio alemán. Amenazaban la ciudad de Fráncfort, a orillas del Oder.

En aquellos días de convalecencia, Heiden había intentado valorar con objetividad sus alternativas, procurando mantener la cabeza fría y evitando que los sentimientos intervinieran en la toma de decisiones. Enlazar con sus propias tropas carecía ya de sentido. El frente estaba demasiado lejos, y la guerra, que ya estaba en territorio alemán, tenía forzosamente que acabar pronto, bien porque el mando alemán accediera a rendirse, bien porque el enemigo hubiera aniquilado y reducido a escombros el país. Era cuestión de semanas, de pocos meses. La guerra estaba perdida; hacía ya mucho tiempo que el capitán lo sabía, desde que tuvieron que abandonar Leningrado. Ya entonces sabía que estaba atrapado en una lucha que nunca podrían ganar. La derrota era evidente, evidente y cercana. En estas circunstancias, los objetivos de Heiden cambiaron. Ahora se trataba de volver a casa, de volver con Ilse y con sus hijas. Si en algún momento

su presencia fue necesaria en casa, ninguno era tan urgente, tan vital, como aquel. Debía llegar hasta ellas antes de que la guerra las alcanzara. Desde el lugar en el que se encontraba, Heiden solo podía rezar, rezar por que la guerra no llegase hasta su hogar antes que él, que el enemigo respetase Heidenau, al menos hasta que él hubiera conseguido llegar allí. Ahora tenía fuerzas, quizá no todas las que una vez tuvo, pero ya no estaba postrado como en las semanas previas, incapaz de ponerse en pie, débil y vulnerable como un niño de pecho.

Treitsche tenía razón: el uniforme, en su camino de regreso a casa por territorio enemigo, solo podía traerle problemas, así que lo quemó. Treitsche le prestó ropa de civil para emprender la marcha. Conservó su cartilla militar, la cartera de mapas que había pertenecido al teniente Lübeck, su brújula, los prismáticos y las armas, que probablemente necesitaría para atravesar aquella distancia enorme que le separaba de su hogar, casi mil kilómetros en territorio soviético. Treitsche le preparó además una pequeña bolsa con provisiones.

Una soleada mañana de principios de marzo se despidieron.

—No sé si algún día podré devolverle la ayuda que me ha prestado —le dijo Heiden a Treitsche mientras estrechaba con fuerza su mano —. Sin usted hoy estaría muerto.

Treitsche sonrió.

—Tengo mis dudas al respecto sobre si mi ayuda resultó en algún momento decisiva para usted. Hay en usted un coraje, una voluntad de vivir, que no había visto antes en nadie. Deseo sinceramente que consiga regresar a casa con su familia.

—Créame que haré todo lo posible, lo posible y lo imposible.

—No albergo la menor duda al respecto.

—Adiós, Treitsche.

—Adiós, Heiden. Que Dios le bendiga.

Heiden echó a andar sin volver la vista atrás. Treitsche se quedó junto a la puerta de su cabaña en el bosque, contemplando cómo la silueta del capitán se perdía en la espesura. Mientras le miraba alejarse, evocó el recuerdo de su hijo, Manfred, internándose con el fusil al hombro en los bosques de Aisne, en Francia, en 1918, el lugar donde encontraría la muerte. Y, sin poder evitarlo, él, que hacía años no lloraba, aquella mañana de marzo lloró.

34

El inicio de la primavera alcanzó a Heiden en las cercanías de Insterburg. Los días eran ya sensiblemente más largos; el clima, mucho más benigno, y los espesos y salvajes bosques de Prusia Oriental que el capitán se había visto obligado a atravesar al comienzo de su viaje habían dado paso a verdes prados salpicados de flores. La nieve desapareció casi por completo. Comparado con el infierno helado que había tenido que soportar en su trayecto entre Memel y Heydekrug, aquella marcha era para Heiden poco más que un paseo. En menos de quince días había logrado avanzar unos cien kilómetros.

La naturaleza parecía facilitarle el camino: riachuelos en los que surtirse de agua, algunas matas de fresas silvestres y arándanos, incluso huevos que conseguía alcanzar de algún nido completaban la generosa provisión de alimentos que Treitsche había preparado para él. Además, el hecho de vestir de civil le permitía no tener que alejarse demasiado de los caminos marcados buscando cobertura frente a posibles encuentros con tropas soviéticas. Heiden continuaba siendo extremadamente prudente, porque, si bien era cierto que ya no vestía uniforme, conservaba su cartilla militar y una parte no desdeñable de su equipo, entre otras cosas, las armas. La fortuna, de todas formas, fue benévola con él, y aunque se topó en su camino con algunos convoyes de tropas rusas que avanzaban hacia el Óder, pasaron de largo. Si llegaron a verle en la lejanía, no repararon siquiera en su presencia.

En abril entró en territorio polaco. Avanzando por carreteras y caminos secundarios, su objetivo era alcanzar la ciudad de Posen, desviarse desde allí hacia el suroeste, alcanzar la frontera con Alemania, llegar al río Óder y, tras atravesarlo, ya vería por dónde, avanzar hasta Dresde. Cada paso que daba, cada kilómetro recorrido hacia el oeste, le acercaba más y más a su hogar, y ese pensamiento renovaba continuamente sus fuerzas. Ilse, Anna, Lucie…

En Polonia las consecuencias de la guerra eran claramente visibles: pueblos enteros reducidos a escombros, campos destrozados, miseria, dolor. Finalmente alcanzó Posen, al acabar el mes de abril. La ciudad no era más que un montón de ruinas. No se atrevió a entrar en ella. No hablaba ni una palabra de polaco, y de ruso apenas si sabía algunas palabras y frases hechas que había aprendido a lo largo de aquellos años y que le habían sido útiles para salir del paso en sus muy esporádicos encuentros con algunos civiles. Un grito o una

imprecación en ruso bastaban para mantener lejos a los campesinos con los que se cruzó en alguna ocasión.

El Óder se encontraba a menos de cien kilómetros de allí. Si lograba llegar hasta él, daría con alguien que hablara alemán y tal vez podría informarse del curso de la guerra. Que los soviéticos habían conseguido cruzar el río era algo que Heiden daba por seguro. Lo que no sabía era por dónde lo habían hecho, dónde habían establecido sus cabezas de puente y hasta dónde habrían penetrado en territorio alemán. ¿Estarían ya en Berlín? Quizá, solamente quizá, la guerra ya había acabado…

A la altura de Posen, Heiden se desvió hacia el suroeste, como tenía previsto. En algún momento, a principios de mayo, debió cruzar la frontera. Al avanzar por caminos secundarios, entre campos, no encontró ningún núcleo de población; tan solo granjas aisladas, la mayoría destruidas, pasto de las bombas y las llamas, abandonadas. El cinco de mayo, Heiden alcanzó por fin el río Óder a la altura de la ciudad de Glogau, en Silesia. Se detuvo sobre una pequeña loma, a varios kilómetros de la ciudad, para analizar la situación desde la distancia con sus prismáticos. La ciudad había sido completamente devastada. Heiden pudo comprobar que había tropas soviéticas por las calles, o por lo que quedaba de ellas, pero no se libraban combates. Más bien parecían tropas de ocupación. También había civiles, un número en absoluto desdeñable. Heiden pudo ver grupos numerosos de ellos abandonando la ciudad, a pie, hacia el oeste. Las tropas soviéticas no ponían ningún impedimento a su marcha.

Desde la posición en la que se encontraba, Heiden observó el curso del río Óder. En Glogau pudo ver dos puentes: uno de ellos había sido la prolongación de la carretera que venía de Posen, el otro era un puente ferroviario. Los dos estaban destruidos, y los soviéticos no habían tendido ningún pontón. Al enemigo no parecía urgirle asegurar una forma de cruzar el río a la altura de Glogau, de lo cual Heiden dedujo que, probablemente, aquel no fuera el punto principal de la ofensiva rusa sobre el Óder. El grueso de las tropas soviéticas, casi con total seguridad, habría cruzado el río en otro lugar para establecer las cabezas de puente de su ataque, probablemente más al norte, más cerca de Berlín. Así pues, el capitán consideró aquel sitio como relativamente seguro para intentar pasar al otro lado. Además, según pudo apreciar tras examinar los puentes caídos con atención, las ruinas del puente ferroviario, que sobresalían por encima del nivel del agua, podrían permitir el paso a pie de un hombre. No sería fácil, de eso Heiden estaba seguro, aunque era posible. El capitán miró su reloj: era cinco de mayo, sábado. Decidió esperar hasta la noche para cruzar el río. Al amparo de la oscuridad, entre las ruinas del puente, sería más sencillo pasar desapercibido y escapar de las miradas de los

soviéticos.

Mientras se ponía el sol, Heiden pensaba. En Glogau, que ya era territorio alemán, no quedaba ni un solo soldado de la Wehrmacht [1] . Se preguntó cuánto tiempo hacía que la ciudad había caído en manos soviéticas. El enemigo, indudablemente, había seguido avanzando hacia el oeste, y al oeste de Glogau, a poco más de doscientos kilómetros, se encontraba Dresde, se encontraba Heidenau, su hogar… Heiden se volvió para contemplar de nuevo las ruinas de Glogau mientras el sol se iba ocultando lentamente en el horizonte, y, mientras lo hacía, una angustia enorme se aferró a su corazón al pensar que, tal vez, también Heidenau estaría a aquellas alturas reducida a escombros, y quizá su esposa y sus hijas se habían visto obligadas a marchar, como todos aquellos civiles de Glogau, a pie, con lo puesto, hacia el oeste… O peor aún, podían estar muertas bajo las ruinas… Contemplando los estragos de la guerra en su propio país, los temores que le habían asaltado siempre, desde que comenzó todo, se volvieron de pronto espantosamente reales, y la incertidumbre, el no saber, se tornaba algo casi insoportable. Estaba tan cerca de su hogar, tan cerca, que le asustaba pensar qué era lo que podría encontrar cuando llegara.

Al oscurecer, Heiden se aproximó a la ciudad. La silueta del puente ferroviario, hundido sobre el río, se perfilaba en la noche. Heiden descendió por la ribera, agarrándose a los hierros retorcidos, y fue saltando entre las ruinas, procurando mantener el equilibrio y no caer en las frías aguas que se deslizaban oscuras, silenciosas, bajo él. Le llevó casi la mitad de la noche cruzar el Óder. A ratos se detenía, oculto entre los escombros, y oteaba la orilla izquierda del río, temiendo que los soviéticos hubieran decidido dejar allí patrullas de vigilancia. Los rusos no parecían tener necesidad de hacerlo. Se sabían vencedores; quizá lo eran ya y Heiden aún no lo sabía. Hubiera deseado poder averiguarlo. Una vez cruzado el Óder, el capitán aprovechó el resto de la noche para abandonar Glogau hacia el oeste. Se alejó de las carreteras, ocupadas por los civiles que abandonaban los territorios ocupados por los soviéticos, y siguió avanzando por campos abandonados, por caminos de tierra.

* * *

Algunos días después, en uno de aquellos caminos solitarios, Heiden tuvo un encuentro con una familia de refugiados. Fue en un recodo, donde el desnivel del terreno limitaba la vista. La familia avanzaba hacia el norte; Heiden iba en dirección contraria, hacia el suroeste. La sorpresa fue mutua. Heiden no esperaba encontrar a nadie

en aquellos caminos rurales. Los miembros de aquella familia tampoco pensaron que se tropezarían con un hombre armado. Tanto Heiden como aquella pareja con sus hijos se detuvieron de pronto, frente a frente.

La mujer, joven, llevaba un niño de unos dos años en brazos. Rápidamente indicó a sus otros dos hijos, que caminaban junto a ella, que se pusieran a sus espaldas. El mayor de aquellos niños, que miraba a Heiden con sorpresa y curiosidad, tendría la edad de su hija Lucie.

—¿Es un ruso? —preguntó a su madre.

Esta, imperativa, le ordenó callar. Miró a Heiden asustada. Con su propio cuerpo buscó proteger a sus hijos.

El hombre, que tendría más o menos la edad del capitán, se plantó delante de su familia con un gesto que daba a entender que la defendería con su vida si era necesario. Heiden se dio cuenta de que cojeaba de una manera característica: secuelas de la polio, que seguramente sufrió en su infancia. Por eso, pese a su edad, relativamente joven, aquel hombre no estaba en el frente. Uno de los pocos que no habían sido considerados aptos para ser soldados. El hombre cargaba con un pesado fardo, y estaba desarmado. Había en sus ojos miedo, y también determinación. Apretó los puños sin apartar la vista de Heiden. Heiden, en cambio, extendió sus manos abiertas, mostrando las palmas vacías.

—No voy a hacerles daño —dijo el capitán.

Aquel hombre le miró a los ojos, valorando la veracidad de sus palabras. Poco a poco sus puños se fueron relajando cuando la mirada de aquel hombre dio credibilidad a las palabras y los gestos del capitán.

—¿Vuelve usted a casa? —le preguntó el hombre.

Heiden hizo un gesto afirmativo.

—¿Ustedes también?

El hombre negó con la cabeza.

—Nosotros nos vamos de ella. —Apretó los dientes con una rabia contenida—. Teníamos una pequeña granja cerca de Glogau, pero ahora, que la guerra ha terminado, estas tierras ya no pertenecen a Alemania. Tenemos que irnos [2] .

La guerra había terminado… Al fin había terminado… Heiden permaneció bloqueado, impactado por aquella noticia tan largamente esperada.

—¿Qué día se firmó el armisticio?

—El ocho de mayo.

Heiden miró su reloj. Habían transcurrido ya tres días, los primeros tres días de la paz, si es que podían llamarse así los primeros tres días de la derrota.

—¿Saben si los soviéticos han llegado a Dresde? —preguntó Heiden con ansiedad.

—Llegaron más allá —respondió el hombre—. Hasta Torgau [3] .

Heiden palideció.

—¿Va usted a Dresde? —le interrogó el padre de familia.

Heiden hizo un gesto afirmativo.

—Nosotros intentaremos llegar hasta Lübben, cerca de Cottbus, si es que aún sigue en pie. Tengo familia allí.

—Entonces van hacia el norte. Yo voy al sur —concluyó Heiden.

—Así es.

—Le deseo buena suerte.

—También para usted. La necesitará. Todos la necesitaremos.

Aquella pareja con sus hijos emprendió de nuevo la marcha. Heiden los vio alejarse; el hombre, renqueante, llevando sobre sus espaldas lo poco que les quedaba de su antigua vida; la mujer, atenta a los niños. La guerra había terminado… Hacía tres días que se había firmado la paz. No más combates, no más muertes inútiles, innecesarias… Y ahora ¿qué? ¿Qué futuro les esperaba?

Los soviéticos habían alcanzado Dresde. Habían llegado incluso más allá. ¿Qué había sido de su familia, de Ilse y de las niñas? Ver a aquella pareja con sus hijos, que habían tenido que abandonar su casa, que lo habían perdido todo, vagar por los caminos en busca de un lugar donde asentarse y empezar de nuevo le generó una angustia difícilmente soportable. ¿Habría ocurrido eso también en su pequeña Heidenau? ¿Estarían Ilse y sus hijas marchando por los caminos, solas, a merced de cualquier desesperado que viera en ellas una presa fácil, de cualquier soldado, que, ebrio por la victoria o por la derrota, decidiera disponer de ellas como de un objeto? La sola idea de que algo así pudiera ocurrirles le hacía enloquecer.

Heiden echó de nuevo a andar y aceleró el paso. Llegar cuanto antes a su casa se convirtió en una prioridad, en aquellos momentos más que nunca. El encuentro con aquella familia, que podría ser la suya, había generado en él una incertidumbre que no podía soportar. Necesitaba respuestas.

Era 11 de mayo de 1945, viernes.

35

Heiden caminó hacia el suroeste, de sol a sol, tanto como sus fuerzas y la luz del día le permitieron. La guerra había terminado. Él vestía de civil, así que abandonó su habitual prudencia para evitar encuentros con tropas soviéticas en aras de avanzar más deprisa. Por el camino se encontró con grupos de refugiados que abandonaban el este del país. Parecía ser que, acabada la guerra, se había establecido una nueva frontera siguiendo la línea de los ríos Óder y Neisse. Los alemanes que habían residido, quizá durante generaciones, en Silesia, cientos, miles de personas, se veían forzados a emigrar al oeste. Eso fue lo que Heiden sacó en conclusión de las breves conversaciones que mantuvo con algunas personas, en su mayoría mujeres, ancianos y niños. Heidenau no debería haber sufrido esa suerte; se encontraba a orillas del Elba. Era una ciudad demasiado pequeña, demasiado insignificante para merecer siquiera la atención de los soviéticos, pensaba Heiden. Pero Glogau también lo era, y otras muchas pequeñas poblaciones que había ido encontrando en su camino, y todas ellas, sin excepción, habían sucumbido al fuego y a las bombas. Nada podía garantizarle que Heidenau no hubiera sufrido la misma suerte, y aquello le angustiaba hasta un grado extremo.

Una noche, cerca ya de Görlitz, a escasos cien kilómetros de Heidenau, tras haber caminado desde el amanecer hasta el ocaso más de trece horas, Heiden encontró a la orilla del camino una pequeña granja. Uno de sus edificios había sido consumido por las llamas hasta los cimientos. El otro, que parecía un establo o un granero, estaba parcialmente respetado. El capitán decidió que sería un buen lugar para descansar unas horas mientras esperaba el alba. La luna estaba en cuarto creciente e iluminaba parcialmente las ruinas de la granja cuando Heiden se internó en ella. Era una pequeña explotación familiar. El huerto estaba totalmente destrozado por las orugas de los tanques. La casa era lo que había ardido hasta los cimientos. El edificio anexo, que hacía las veces de granero, tenía las paredes y parte del tejado respetadas. En el terreno en torno a los edificios, Heiden encontró una vaca y un par de cabras muertas. No hacía mucho tiempo que las habían matado: los cuerpos de los animales aún no habían empezado a hincharse. No lejos de la casa encontró otro cadáver. Esta vez parecía el de una persona adulta, a juzgar por su tamaño. Estaba cubierto con una manta. A su alrededor habían colocado algunas piedras, y sobre él había flores silvestres, algunas ya

marchitas, otras parecía que las hubiesen cortado ese mismo día. Heiden se acercó respetuosamente a aquella improvisada tumba, se arrodilló y levantó ligeramente la parte de la manta que cubría el rostro de aquel cuerpo sin vida. Se trataba de una mujer joven. La muerte aún no había desfigurado del todo sus rasgos dulces y suaves. Una víctima más, colateral, inocente, de la guerra. Pensó, con rabia, que no debería haber muerto de ese modo, tan joven. Y, sin quererlo, sus pensamientos se volvieron hacia Ilse, y pidió a Dios, con todas sus fuerzas, que no tuviera que encontrarla así. Volvió a cubrir pudorosamente la cara de aquella mujer. Otra tumba, otra tumba más de la guerra. Heiden había visto ya tantas… De soldados y civiles, del enemigo y de sus propios hombres. Tumbas que probablemente nadie llegaría a visitar jamás. Se acordó de Lübeck, tendido sobre la arena de la playa. Él ni siquiera pudo disponer de una. «Los últimos estertores de la guerra…», pensó. La tumba de aquella mujer, aquella improvisada tumba sin nombre, le conmovió profundamente.

En el granero dormitaban algunas gallinas supervivientes, que cacarearon al entrar el capitán y corrieron enseguida a esconderse en un rincón para dormir un sueño tranquilo. En los nidos abandonados por las aves encontró algunos huevos. Buscó un sitio seguro, a cubierto, donde encender un fuego, y los puso entre las brasas para cocinarlos, ya que no disponía de recipientes ni de agua en cantidad suficiente para cocerlos. Cocinados, los huevos serían mucho más fáciles de transportar.

Sentado junto al fuego, mientras esperaba que los huevos terminaran de hacerse, Heiden contemplaba el exterior del granero a través de un gran agujero en la pared. Frente a él estaban los cimientos de la casa que había ardido, a cuya derecha el campo de cultivo, destrozado por las orugas de los tanques, se perfilaba en la oscuridad hasta donde llegaba la vista, fundiéndose con la noche. A la izquierda se intuía la sombra del cadáver, cubierto con una manta, que Heiden había visto antes. Se preguntó quién habría cubierto recatadamente aquel cuerpo ya sin vida y habría depositado sobre él flores como ofrenda. Debía de ser alguien que la había querido mucho. Tal vez su esposo, su padre, su hermano… Entonces, ¿por qué no la habían enterrado?

Heiden aún estaba contemplando su silueta, recortada en la noche, cuando le pareció ver junto al cadáver una sombra. Sus sentidos se pusieron en alerta. Rápidamente cubrió con tierra las brasas entre las que había depositado los huevos que había encontrado, echó mano de su fusil y se puso en pie, a cubierto, de espaldas contra la pared del granero que aún no se había derrumbado. Escuchó con atención; no se oía ningún ruido. Asomó despacio la culata del fusil por el borde de la pared, y al ver que no ocurría nada se decidió a echar un vistazo.

Efectivamente, junto al cadáver había una sombra que se acurrucaba en el suelo a su lado. A Heiden le pareció pequeña para tratarse de un hombre, pero en la oscuridad y en la distancia era difícil saberlo. Tal vez fuera un animal. Heiden corrió el cerrojo de su fusil para cargarlo y decidió salir a averiguarlo. El cuerpo y la sombra que yacía en el suelo junto a él no estarían a más de veinte metros del granero en el que se encontraba. Heiden hubiera conseguido disparar sin errar el tiro, incluso en la oscuridad; por algún motivo, no lo hizo. Algo en su interior le contuvo. Quería saber, necesitaba saber qué era aquella sombra. Se aproximó despacio, sin dejar de apuntar su arma contra aquella silueta desconocida, y, de pronto, ya a pocos metros de distancia, la sombra se movió, y a la luz de la luna Heiden pudo reconocer la cara de un niño… Un niño que le miraba inmóvil, aterrado.

El impacto fue tal que Heiden fue incapaz de reaccionar. De repente se dio cuenta de que estaba apuntando con su arma a un niño… Rápidamente bajó el fusil y le puso el seguro. Lo dejó en el suelo, con movimientos suaves y lentos, y se arrodilló, para que su rostro quedara a la altura de la mirada de aquel chico. No se atrevió a acercarse más, por si el pánico le hacía huir. El niño, aterrorizado, no hizo amago de moverse, ni de respirar siquiera. Contenía el aliento.

Heiden calculó que aquel chiquillo tendría unos diez años. Parecía un poco, solamente un poco, mayor que su hija Lucie. Estaba muy delgado, sucio y demacrado, como si nadie se hubiera ocupado de él en los últimos tiempos. El niño le miraba fijamente, con terror, pero, al igual que la pequeña Liebe, sus ojos estaban secos; no brillaba en ellos ni una lágrima. Aquella mirada silenciosa, escrutadora, presa del pánico, estaba tan fuera de lugar en un niño que hacía estremecer. Dios, ¿qué habían visto aquellos ojos?

El capitán habló con esa voz serena, cálida, afectuosa, que empleaba con sus hijas, la misma que había servido para calmar a Liebe.

—Hola —dijo, y le mostró sus manos abiertas, desarmadas—. No voy a hacerte daño. ¿Quién eres?

El niño no respondió. Siguió allí quieto, como anclado al suelo, junto al cadáver, en silencio, mirándole. Entonces Heiden lo comprendió, lo comprendió todo: el sentido de aquella improvisada tumba, la actitud del niño, inmóvil, junto a ella. Aquel cadáver, pensó Heiden, pertenecía a la madre de aquel niño. De ahí la manta que lo cubría; el niño no tenía fuerzas suficientes para cavar una fosa. De ahí las flores. De ahí su actitud, inmóvil junto a aquel cuerpo muerto, incluso a riesgo de su vida.

Heiden se estremeció, y un dolor intenso invadió su alma. En aquellos años de guerra había visto muchos horrores. Hacía tiempo

que creía haberlos visto todos. Pero no. El horror tenía múltiples formas de manifestarse, y aquella era una más de ellas, una que Heiden no había conocido aún. Se quedó mirando a aquel chiquillo, sus ojos claros clavados en los ojos color miel, profundamente aterrorizados, de aquel niño, que también le miraba, como queriendo penetrar sus pensamientos. ¿Qué estaría sintiendo aquel chico? ¿Qué podría decirle él?

—Es tu madre, ¿verdad? —le preguntó después de un largo silencio.

Y el niño asintió con un gesto mínimo, apenas perceptible.

—¿Quieres que la enterremos?

El niño tragó saliva y volvió a hacer un breve gesto afirmativo con la cabeza, apenas visible.

Heiden se puso en pie. Volvió al granero en busca de alguna herramienta que le permitiera cavar la tierra. Encontró una vieja azada y una pequeña pala y enseguida regresó junto al niño, que no se había movido. Se puso a su lado y comenzó a cavar.

Le llevó un par de horas abrir una fosa que pudiera albergar el cuerpo de aquella mujer. El niño en todo momento permaneció junto a ella. Una vez yació bajo tierra, Heiden improvisó con un par de tablones y un cordel una cruz. Después se arrodilló y rezó, como hacía muchísimos años que no rezaba, como cuando era niño. «Vater unser im Himmel. Geheiligt werde dein Name…» [1] .

El chiquillo se arrodilló a su lado sin pronunciar una sola palabra. Al acabar su oración, Heiden guardó silencio. Sentía un dolor tan grande… por el niño, a cuya madre acababa de enterrar, y por él mismo. Cuánto dolor inútil…

Al cabo de un rato se puso nuevamente en pie.

—Ahora ella descansa en paz —le dijo al chico, que parecía no escucharle.

Miraba fijamente la tierra que cubría el cuerpo de su madre. Sus ojos seguían secos.

—Vamos al granero —propuso Heiden—. Descansaremos un poco allí, hasta que se haga de día.

El niño no se movió. Continuaba con la vista fija en la tierra. Heiden guardó silencio. Comprendió que el muchacho necesitaría tiempo, tiempo para asumir que era su madre la que se encontraba bajo aquella tierra, tiempo para asumir que no la vería nunca más, así que se alejó y regresó al granero para encender el fuego que antes había apagado. Sentado a la lumbre, continuó contemplando la imagen de aquel niño y sintió con fuerza el dolor que desde su pecho ascendía hasta su garganta y la atenazaba.

Al cabo de un tiempo, Heiden no sabría precisar cuánto, el niño acudió a su lado tímidamente. Se tumbó junto al fuego, cerca del

capitán, aunque no lo suficiente para que Heiden pudiera siquiera llegar a rozarle si extendía la mano. El chico parecía rehuir cualquier contacto. Sus ojos color miel seguían secos mientras miraban las llamas revolotear en el aire. Ya no había en ellos miedo, aunque sí un dolor emocional intenso, uno de esos dolores que desgarran. Heiden pensó que era terrible, espantoso, que un niño se hubiera olvidado de llorar. ¿Cómo lograría sacar de sí un dolor tan grande, capaz de romper el alma?

El niño cerró los ojos, y al cabo de un rato Heiden notó que se había quedado profundamente dormido. La noche era fresca, así que se quitó el abrigo y cubrió al niño con él. El niño durmió un sueño tranquilo. Heiden, en cambio, no durmió.

36

Apenas si había despuntado el sol cuando el niño abrió los ojos de nuevo. El fuego hacía ya tiempo que se había acabado. Heiden rescataba de entre las brasas los huevos que había puesto a cocer allí la noche anterior. Miró al niño y sonrió.

—Buenos días.

El niño se frotó los ojos color miel y se sentó. Heiden le tendió su cantimplora con agua y él bebió con avidez. El capitán se entretuvo pelando uno de los huevos que había cocinado. Lo lavó con el agua que quedaba en la cantimplora y se lo ofreció al chico.

—Es posible que tengas hambre.

El niño lo cogió y fue comiendo a pequeños bocados. El capitán peló otro huevo para él.

—Yo me llamo Wilhelm —dijo mientras quitaba trozos de cáscara —. ¿Y tú? —El niño comía en silencio y le miraba—. Voy camino de mi casa —siguió diciendo el capitán—. Ya no está lejos. Vivo en una pequeña ciudad que se llama Heidenau, cerca de Dresde. ¿Conoces Dresde?

El niño escuchaba con atención, pero seguía sin pronunciar palabra. Ante el silencio del muchacho, Heiden continuó hablando.

—No eres muy hablador, ¿verdad? —El capitán esbozó una sonrisa —. No importa. Yo puedo hablar por los dos, pero… ¿sabes? Me gustaría escuchar tu voz. Cuando estés preparado para hablar, yo también estaré listo para escuchar lo que tengas que decirme. No hay prisa.

Heiden mordisqueó su huevo.

—No obstante —continuó diciendo—, me gustaría saber cómo debo llamarte. Porque tienes un nombre, seguro. Todos lo tenemos. ¿Querrás decírmelo?

De nuevo la respuesta del muchacho fue el silencio.

—Está bien, Stiller Junge [1] . Hasta que sepa tu nombre te llamaré así.

Heiden acabó de comer su huevo y se puso en pie. Comenzó a recoger las cosas: su cartera de mapas, su fusil… Echó tierra sobre los restos del fuego que les había calentado por la noche y a continuación se arrodilló junto al niño. Sus ojos quedaron a la misma altura y se miraron.

—Yo tengo que regresar a mi casa, en Heidenau —le dijo el capitán al muchacho, que le miraba—. No sé si hay alguien que pueda cuidar

de ti, pero no voy a dejarte aquí solo. En Heidenau me esperan dos hijas, Anna y Lucie. La mayor, Lucie, tiene más o menos tu edad. Creo que seríais buenos amigos. Si no hay nadie aquí que pueda cuidarte, puedes venir conmigo. Podrías quedarte con nosotros hasta que encontremos a alguien de tu familia.

El niño continuó callado, inmóvil. Comprendió que necesitaba pensar. Tal vez se decidiera a decir algo. Se puso de nuevo en pie y continuó recogiendo sus cosas. El niño seguía con la vista sus movimientos. Le vio guardar los huevos en su bolsa de provisiones, ponerse el abrigo, colgarse el fusil en bandolera… Cuando hubo terminado, se acercó nuevamente al niño y le tendió la mano.

—¿Vienes?

El niño pareció dudar. Sus ojos se volvieron hacia la tumba de su madre y la estuvo mirando un largo rato, hasta que, finalmente, se puso en pie y, tímido al principio, extendió una de sus manos infantiles para coger la que Heiden le tendía. El capitán se estremeció con aquel contacto, tan necesitado de seguridad, de protección, tan necesitado de afecto. Le trajo el recuerdo de sus niñas. Esbozó una cálida sonrisa y, llevando al niño de la mano, echó a andar.

* * *

La compañía de aquel niño hizo para Heiden aquel último trayecto de su camino a casa mucho más llevadero. Un hombre con un niño, miserablemente vestidos, vagando por los caminos de un país derrotado, no llamaban la atención de nadie, ni siquiera de los rusos. En un principio, Heiden creyó que la presencia del chico retrasaría algo su marcha, pero el muchacho, pese a su corta edad, se adaptó perfectamente al paso rápido y flexible del capitán, que caminaba alentado por la cercanía de su hogar. El niño, silencioso y callado, jamás se alejaba de Heiden. Incluso en alguna ocasión se cogía a su mano y caminaban así un trecho como padre e hijo. En cualquier caso, incluso si hacerse cargo del niño hubiera supuesto para Heiden un retraso, el capitán no se planteó siquiera dejarlo atrás. Aquella opción no pasó nunca por su mente. Si el niño no tenía un lugar seguro en el que estar, si no había un adulto que pudiera encargarse de su cuidado, el propio Heiden lo haría. Porque en aquel niño Heiden veía a sus propias hijas, y si el destino era tan cruel como para dejarlas solas en un mundo en ruinas, lo menos que podía esperar es que dieran con una persona noble, generosa, buena, que les ofreciera protección. Lo que aquel niño, víctima inocente de la locura de los tiempos, necesitaba. Él no podía abandonarle.

Caminaban de sol a sol. Mientras avanzaban, Heiden se procuraba

agua y comida: las primeras manzanas que comenzaban a brotar en los árboles, algunas fresas tardías, algún conejo que conseguían atrapar… Por las noches buscaba un lugar a cubierto, entre los árboles, en alguna casa abandonada y en ruinas. Allí encendía un fuego y recuperaban fuerzas para seguir caminando al día siguiente.

El chico seguía sin pronunciar una sola palabra. Traumatizado por lo que quiera que fuese lo que había vivido, parecía haber perdido el don de la palabra, igual que la capacidad de llorar. Tal y como Heiden había dicho, él podía hablar por los dos, y por el camino le habló, sobre todo de sus hijas, de Lucie, que tendría su edad, y de la pequeña Anna, tan graciosa con sus ocurrencias. Le habló de su casa en Heidenau, de los dos manzanos que crecían en su jardín, de la tarta de manzana que su esposa le hacía todos los años por su cumpleaños con los frutos de aquellos árboles. Le contó cómo fue la primera vez que llevó a sus hijas a volar cometas un día de otoño. Le habló de la primera vez que sus hijas vieron el mar.

—¿Tú has visto el mar, Stiller Junge? —le preguntó el capitán.

Heiden le hacía preguntas de vez en cuando, con la esperanza de que el chico le respondiera. Él le miraba atento y maravillado. Sus ojos color miel brillaban al escuchar lo que el capitán le decía, pero seguía sin pronunciar palabra, como si su capacidad de expresar con la voz lo que pensaba, lo que sentía, estuviese bloqueada. El niño negó con la cabeza.

—Algún día lo verás —afirmó el capitán—. Si hace falta, yo te llevaré a verlo. Es inmenso. Lucie no podía creer que pudiese haber tanta agua junta, hasta el infinito, más allá de donde alcanza la vista. Es algo hermoso.

Una noche, revolviendo en la cartera de mapas del teniente Lübeck, Heiden encontró las piezas de ajedrez que el teniente había tallado con sus propias manos. Hasta entonces no se había dado cuenta de que estaban allí… Rápidamente buscó entre los mapas aquel en el que Lübeck había dibujado el tablero, y dispuso sobre él las piezas para comenzar una partida.

—¿Sabes jugar al ajedrez, Stiller Junge? —le preguntó al chico—. No es un juego difícil, aunque sí es necesario pensar un poco, desarrollar una estrategia para poder ganar. Este juego perteneció a un amigo mío. Era un buen hombre, un hombre valiente. Se llamaba Lübeck.

La voz de Heiden tembló por un instante al pronunciar en voz alta el nombre del teniente. Por su mente pasaron, como fogonazos, recuerdos de los meses, de los años previos: la primera vez que Lübeck le mostró el tablero y las piezas, en las que con tanto esmero había trabajado, proponiéndole una partida; los buenos momentos que aquel juego les había deparado en la monstruosidad de la guerra… El

teniente Lübeck siempre había sido muy expresivo, apasionado, en las victorias y en las derrotas. Maldecía escandalosamente cuando la partida no se desarrollaba como él esperaba, o se frotaba las manos mientras sonreía atisbando un jaque mate en sus próximos movimientos. Lübeck había sido un hombre siempre activo, un luchador irreductible al desaliento. Un excelente subordinado, un excelente compañero. Un amigo. Su imagen, desangrándose sobre la arena de la playa de Memel, sin que Heiden pudiera hacer nada por evitarlo, golpeó al capitán con dureza. La vida que se le escapaba…, su cadáver tendido en la arena de la playa… El capitán no pudo siquiera ofrecerle una tumba, y se quedó solo…

La mirada del muchacho, al cruzarse con la suya, devolvió al capitán a la realidad. Heiden sonrió, esforzándose por apartar de su mente aquellos dolorosos recuerdos.

—Te enseñaré cómo se juega —le dijo al chico.

Le explicó sucintamente las reglas básicas del ajedrez. El niño tenía una mirada inteligente; enseguida comprendió los fundamentos del juego. Jugaron un par de partidas. Heiden ganó la primera de ellas. La segunda permitió que quedaran en tablas. Y aquella noche, mientras jugaban, Heiden vio por primera vez en la cara de aquel niño algo parecido a una sonrisa.

* * *

En pocos días alcanzaron el río Neisse, que pudieron cruzar no lejos de la ciudad de Görlitz. Continuaron andando, y en la mañana del veinte de mayo, tras cruzar el Elba a la altura de Pirna, la ciudad de Heidenau se perfiló finalmente en la lejanía.

Heiden había llegado a casa.

37

El día había amanecido soleado. Heiden y el muchacho que le acompañaba avanzaban a buen paso por la orilla izquierda del Elba tras haber cruzado el río cerca de la ciudad de Pirna al amanecer.

—Mi casa ya está muy cerca —le dijo el capitán al niño, que caminaba silencioso a su lado.

Incluso el propio Heiden pudo percibir la emoción extraña que impregnaba su voz. Había en ella incertidumbre, miedo, y también una callada alegría que temía manifestar, porque no sabía aún qué era lo que iba a encontrar en su hogar. De todas formas, contra todo pronóstico, lo había conseguido. Había conseguido llegar hasta Heidenau. A pesar de la guerra, de la distancia, enorme, a pesar de los peligros, las dificultades, la enfermedad… A pesar de todos los obstáculos, lo había logrado. Su familia, su hogar, estaban ya casi al alcance de su mano. Además, la guerra, por fin, había terminado.

Tras cruzar el Elba, la posibilidad de reencontrarse con Ilse y con sus hijas, esta vez definitivamente, cobró de pronto fuerza y sentido. Por primera vez en muchos años Heiden sintió que podía convertirse en realidad, y aquello daba alas a su corazón, alas a sus pies cansados, que avanzaban paso a paso, con firmeza y determinación hasta su casa.

El camino por el que avanzaban tenía una pronunciada curva, y al doblar aquel recodo, Heiden se detuvo de pronto, pálido, como alcanzado por un rayo. El niño le miró sorprendido, desconcertado, y se quedó quieto a su lado. Dirigió la vista hacia donde Heiden miraba, y sus ojos de niño vieron lo que los de Heiden contemplaban, aquello que la mente del capitán percibía, pero se negaba a aceptar. En la lejanía, allá donde debía estar Heidenau, solo había ruinas…

Heiden detuvo sus pasos y por un momento también sus pulmones se olvidaron de respirar y su corazón de latir. Aquella posibilidad, la posibilidad de que Heidenau fuera destruida, alcanzada por la guerra, siempre había estado en su mente. Había pensado en ella todos los años de ausencia con más frecuencia de lo que hubiera deseado, con angustia, con verdadero temor. Durante los últimos meses, sobre todo, había sufrido, acosado por la incertidumbre, temiendo, por la evolución de los acontecimientos, que aquello que tanto le inquietaba se tornara terriblemente real. Y la incertidumbre que le había atormentado dejó de ser tal para convertirse en certeza. No podía creerlo; no quería creerlo. Sin embargo, sus ojos no le engañaban.

Heidenau había sido destruida.

—No es posible… —murmuraba para sí—. No es posible…, no…

Fue como caer en un abismo. Heiden se olvidó de todo y de todos, incluso del niño, que, de pie, a su lado, le miraba interrogante. Como arrastrado por una especie de locura, echó a correr, poseído por la rabia y la desesperación. Corrió y corrió, tanto como le permitían las piernas, como le permitían los pulmones, resoplando como fuelles, como le permitía su corazón, que palpitaba queriendo escapar de su pecho. Corría hacia aquellas ruinas que habían sido su vida, que habían sido su fundamento y su razón para no sucumbir al sufrimiento y al horror, a la locura. Su esencia estaba allí, la base de su existencia estaba allí. Su Ilse, sus hijas… Y ahora todo eran ruinas, ruinas y escombros calcinados… No era posible. Dios, la fortuna, la naturaleza… Lo que quiera que fuese que rigiera la existencia del ser humano, si es que había algo, no podía ser tan cruel, tan extremadamente cruel con él. No era justo. No era justo…

Heiden entró en la irreconocible ciudad. Los edificios habían ardido hasta los cimientos. Las calles habían sido sustituidas por improvisados caminos abiertos entre los escombros. Heiden se movía entre las ruinas, impotente, tratando de orientarse. ¿Dónde estaba su casa? Fue reconociendo sitios familiares, completamente desfigurados por las bombas. Reconoció lo que había sido la plaza principal de la ciudad, los restos de la fachada del ayuntamiento, la torre derruida de la iglesia, la estación de ferrocarril… ¡La estación! Su casa no estaba lejos de allí.

Recordó cuando, meses atrás, consiguió regresar a casa con un breve permiso de convalecencia desde Riga tras ser herido en el pecho. Recordó el miedo que había sentido allí, en la estación, solo en la oscuridad de la noche, en las calles de la ciudad, desiertas por el toque de queda, negras como boca de lobo. Entonces la ciudad aún estaba en pie, pero él tenía miedo, miedo de que su hogar hubiera sido alcanzado por la guerra, que la única bomba que hubiera caído sobre Heidenau en toda la contienda hubiera impactado precisamente sobre su propia casa, y que su esposa, sus hijas, que eran su vida, no vivieran ya. Era un miedo irracional, ilógico, pero Heiden lo sintió como algo auténtico, verdadero, factible, como una garra aferrada a su corazón. En aquel momento, la situación era la contraria. De Heidenau no quedaba apenas nada en pie; aunque todo había ardido, él corría hacia su hogar, aferrándose a la esperanza de que su casa hubiese sido respetada, que fuera la única, en medio de aquella destrucción, que se mantenía en pie. Se aferraba con tanta fuerza a aquella esperanza fútil como meses antes el miedo había atenazado su pecho y su alma. Que la guerra hubiera respetado a su familia, que no hubiera alcanzado a Ilse ni a sus hijas. Que él no hubiera llegado

demasiado tarde, que su esfuerzo, más allá de todo límite, no hubiera sido en vano… Él ya había pagado el precio del horror. Había vivido seis años en él, había visto y cometido muchas infamias. Para Heiden la cuenta con el destino debía de estar ya saldada; él asumía el precio, él había pagado, con su salud, con años de su vida malgastados, perdidos, con su conciencia, que pesaba como plomo, el precio debido. Y volvería a pagarlo, si fuera preciso, pero que su familia estuviese a salvo… A salvo…

Fue la suya una esperanza inútil. Su casa había sido arrasada, como las demás. Heiden se detuvo de pie, frente a las ruinas, sin aliento y sin fuerzas. Aunque parte de los muros de la planta baja seguían en pie, el piso superior se había derrumbado sobre el inferior, calcinado. Los dos manzanos de su jardín eran esqueletos ennegrecidos que se alzaban como manos huesudas hacia el cielo. Heiden se preguntaba qué tipo de bombas, qué fuego podía haber causado tal destrucción… ¿Y su familia, sus hijas? ¿Estaban dentro cuando la casa ardió? ¿Alguien podría decirle qué había sido de ellas?

Heiden permaneció allí, de pie, paralizado, ante las ruinas carbonizadas de lo que fue su hogar, sin saber qué hacer, bloqueado. Sentía cómo sus piernas temblaban, cómo todo su cuerpo temblaba, cómo esa náusea intensa que le había asaltado desde el comienzo de la guerra ascendía desde su estómago vacío hasta su garganta. La vista se le nublaba. No podía creer lo que veían sus ojos. No podía creerlo. No podía aceptarlo. No podía soportarlo… Entonces sintió una mano sobre su hombro.

—Wilhelm…

Esa voz… Esa voz gastada y sabia le era familiar. Heiden se volvió, y ante sí encontró a un hombre mayor, de pelo cano, que rebasaba ya los sesenta años. Menudo, delgado, sus ojos azules le miraban con afecto a través de los finos cristales de sus gafas de montura metálica. Hacía años que Heiden no le veía. Muchos años. Y aquel hombre le pareció de pronto mucho más viejo de lo que él recordaba. Era Ulrich Wehler, el bibliotecario de Heidenau. Heiden le conocía desde la infancia. Aquel hombre había sido íntimo amigo de su padre. En la biblioteca municipal de la ciudad, guiado por sus conocimientos y sus consejos, Heiden había descubierto los tesoros que encerraban los libros, había despertado su pasión por conocer, por aprender, y también por transmitir lo aprendido a las nuevas generaciones, a los que vendrían después, en aras de construir un futuro mejor. Por eso Heiden se hizo maestro. Ahora…, ¿acaso había algún futuro ahora?

—Herr Wehler…

—Hacía mucho tiempo que no te veía —dijo aquel hombre emocionado—. Creí que no volvería a verte más.

—Herr Wehler, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué ha sido de mi familia, de

mis hijas? —preguntó Heiden, y su voz transmitía una gran angustia, una enorme desesperación.

Wehler guardó silencio unos momentos sin apartar sus ojos de los de Heiden.

—Tal vez fuera mejor que habláramos en otra parte —dijo finalmente.

—¡No! —Heiden casi gritó, y al escuchar su propia voz alterada fue consciente de que la incertidumbre y la desesperación le estaban haciendo perder el dominio de sí, casi hasta enloquecer—. No… —repitió, tratando de serenarse—. Herr Wehler, necesito saber… ¿Dónde está Ilse? ¿Dónde están mis hijas?

El viejo bibliotecario se tomó su tiempo para responder, sin dejar de mirar a Heiden. Le había conocido desde la infancia. Había sido un niño inteligente, despierto, con una inagotable sed de saber, de conocer, de entender el mundo y la vida. Todavía le recordaba, hojeando, silencioso y maravillado, los libros de su biblioteca cuando apenas si había aprendido a leer. El joven Wilhelm… Qué diferente era de otros niños. Enseguida le tomó afecto. Además, Wilhelm era el hijo de un hombre con el que había mantenido una amistad que se remontaba a sus tiempos universitarios, que se mantuvo firme, como un hilo de acero, desafiando los años y el tiempo, y que solo la muerte pudo romper. Un hombre que Wehler siempre consideró noble, bueno, cualidades que también habían florecido en el joven Wilhelm. Le había visto crecer, convertirse en hombre, en maestro, en esposo y padre. Y ahora le tenía ahí de pie, frente a él, tras años de horror, esperando respuestas, consternado… No sabía cómo decírselo. Él, cuya vida había estado ligada a los libros, a las palabras, no encontraba las adecuadas para responder a la angustia de Heiden.

—Ellas descansan —dijo finalmente.

Heiden se quedó desconcertado, mirando al anciano bibliotecario. Poco a poco, en su mente, se hizo la luz… Antes de que Wehler continuara hablando, Heiden ya lo sabía.

—Descansan en el cementerio de Heidenau —prosiguió el bibliotecario.

Heiden sintió que su corazón dejaba de latir por un instante, que a sus pies se abría un abismo… Su primer impulso fue negarlo. Su mente, su alma se negaban a aceptar aquellas palabras. Wehler mentía; mentía, porque aquello no podía ser cierto… Heiden se hubiera abalanzado sobre aquel hombre anciano al que conocía desde la niñez para estrangularlo con sus propias manos por aquella dolorosa mentira… No lo hizo, porque en su fuero interno sabía que no era así. Aquel hombre, que había sido su mentor, que había formado parte de su vida desde la infancia, no mentía jamás.

El abismo… Heiden dejó de ver, dejó de ver las ruinas a su

alrededor, dejó de ver a Wehler. Se hundía en el abismo de su propio dolor… Las fuerzas le abandonaron. Cayó de rodillas. Todo había sido inútil… Llegaba demasiado tarde. Demasiado tarde…

Herr Wehler se arrodilló junto a él.

—Wilhelm…

—Están muertas… —dijo Heiden, y al pronunciar aquellas palabras fue como si la verdad tomase de pronto cuerpo y forma de una manera definitiva, terrible e inexorable.

El capitán se llevó una mano al pecho. El dolor era tan grande… Sentía cómo le oprimía, cómo le cortaba la respiración y le atenazaba la garganta. El dolor estaba allí dentro, como un puño de hierro. No le permitía gritar ni llorar. Le paralizaba.

Ellas estaban muertas. Ilse, Anna, Lucie… Murieron mientras él estaba lejos, muy lejos. Murieron porque él no estaba allí, con ellas, que era donde hubiera debido estar cuando la guerra alcanzó Heidenau. Murieron porque él no fue lo suficientemente fuerte, lo suficientemente rápido para volver a su lado cuando el mundo, tal y como lo conocían, comenzó a hundirse. Y ahora ya no había posibilidad de retorno. Ya no había vuelta atrás.

Herr Wehler pareció leer los pensamientos de Heiden en la desesperación y el dolor de su mirada.

—Wilhelm… Aunque hubieras estado aquí, no habrías podido hacer nada. Fue un ataque aéreo lo que destruyó Heidenau. No habrías podido, ni tú ni nadie, protegerlas de la muerte cayendo del cielo.

—Eso usted no puede saberlo —murmuró Heiden entre dientes con una rabia difícilmente contenida, con la vista fija en el suelo, los puños apretados hasta que las uñas se clavaron en sus palmas. Sintió la sangre deslizarse entre sus dedos—. Tampoco yo lo sabré nunca.

El capitán alzó finalmente la vista. Su mirada, oscura y terrible, se clavó en Wehler. Su voz se volvió profunda, fría como el hielo. Heiden quería apurar aquel amargo cáliz hasta el final.

—¿Cómo fue? —preguntó al anciano.

Wehler se estremeció al escuchar el tono de aquella voz. Impelido por ella, comenzó a hablar.

—Todo empezó el trece de febrero. Era una noche clara y sin nubes. A eso de las diez de la noche, el viento trajo hasta Heidenau el sonido de las alarmas antiaéreas que sonaban en Dresde. Me asomé a la puerta de mi casa y pude escuchar un zumbido, como el ruido de un trueno lejano. El cielo estaba cubierto de estrellas; no había una sola nube. Enseguida supe que eran aviones, cientos de ellos. Poco después

cayeron las bombas. Las explosiones se sucedían sin tregua y en poco más de media hora el horizonte ardía en llamas, con tal claridad que parecía que fuera a amanecer allí, al norte. Dresde ardía por los cuatro costados, y estaba a solo quince kilómetros de nuestra Heidenau. Muchos de los habitantes de Heidenau corrieron a refugiarse en los sótanos de sus casas. Yo me quedé allí, mirando el horizonte resplandeciente, hipnotizado por aquel fuego terrible.

»Aquel primer ataque duraría más o menos una hora. Luego, las explosiones pararon. Dresde ardía… Hubo un período de calma. Por un tiempo tuve la impresión de que lo peor había pasado. No obstante, no fue así. Un par de horas después volvieron a escucharse las sirenas antiaéreas y una nueva oleada de bombarderos se abatió sobre la ciudad en llamas. Cayeron más bombas, y Dresde continuaba ardiendo; ardía como el mismo infierno. Ese segundo bombardeo se prolongó otra hora más.

»Amaneció. Con la luz del día podía verse una enorme columna de humo negro que desde Dresde se elevaba hacia el cielo hasta perderse entre las nubes. A mediodía regresaron los aviones y arrojaron una nueva carga de bombas incendiarias que avivaron aún más el infierno de la ciudad en llamas. Todo el día estuvieron cayendo sobre Heidenau cenizas procedentes de Dresde, cuyos incendios eran imposibles de sofocar. Por la noche, el fuego continuó iluminando el horizonte.

»Al día siguiente, el quince de febrero, las bombas llegaron a Heidenau. Vimos las escuadrillas de aviones enemigos desplegarse sobre el cielo, cientos de aviones, hasta donde alcanzaba la vista, y esta vez su carga mortal se abatió no solamente sobre Dresde, sino también sobre nuestra ciudad. La gente se refugió en sótanos y bodegas, pero entre las bombas que arrojaron había proyectiles incendiarios y bombas de fósforo, y lo que no destruyeron las bombas lo arrasó el fuego. El fósforo atravesó entarimados de madera, se coló por las rendijas y penetró en los sótanos de las casas, donde la gente se había refugiado, y todo ardió, ardió hasta los cimientos. El fuego lo consumió todo [1] .

Wehler hizo una pausa y miró a Heiden, calibrando sus fuerzas, valorando su capacidad para soportar la verdad. Heiden le escuchaba con la vista fija en el suelo, la expresión hermética, los puños apretados, sin hacer un solo gesto, sin mostrar ninguna emoción. El anciano bibliotecario decidió continuar.

—Los padres de Ilse fueron víctimas de aquel ataque aéreo. También tu madre, que permaneció en su casa hasta el final. Encontramos a Ilse y a sus hijas en el sótano de su casa algunos días después del bombardeo. Ilse había intentado proteger a las niñas con su propio cuerpo; las abrazaba. Lo más probable es que murieran

asfixiadas a consecuencia del humo y los gases que inundaron el sótano durante el incendio, antes de que el fuego las alcanzase.

Aunque las palabras de Wehler penetraban como puñales en el corazón y la mente de Heiden, su rostro continuó hermético, los puños apretados, la vista fija en el suelo. El anciano bibliotecario terminó de hablar y se hizo un largo silencio. Wehler contemplaba a Heiden, inmóvil, de rodillas en el suelo. Su expresión era inescrutable. Y, de repente, Heiden se puso en pie. El anciano bibliotecario también se levantó desconcertado.

—Lléveme hasta las tumbas de mi esposa y de mis hijas —le dijo Heiden sin mirarle.

Y su voz, absolutamente calmada, gélida, inexpresiva, como su rostro, hizo que Wehler sintiera un escalofrío.

Caminaron entre las ruinas de la ciudad en absoluto silencio. Heiden no pronunció una palabra, y Wehler respetó el inmenso dolor que con toda certeza Heiden sentía. El cementerio de Heidenau, a las afueras de la ciudad, se había quedado pequeño para tantos muertos. A su alrededor se habían cavado cientos de tumbas, la mayoría recientes. Entre ellas estaban la de Ilse, la de la pequeña Anna y la de Lucie. Permanecían juntas en la muerte como lo habían estado en la vida. Los dos hombres se detuvieron, de pie, frente a ellas. El anciano bibliotecario se persignó. Heiden permaneció inmóvil.

Wehler rompió el silencio de muerte que les rodeaba.

—Wilhelm… —comenzó a decir.

Heiden, sin mirarle, le contuvo con un gesto.

—Déjeme solo —le pidió secamente.

El anciano suspiró. Apreciaba a Heiden como si hubiera sido su propio hijo, y las pérdidas que Heiden había sufrido, que él no podía en modo alguno aliviar, le dolían casi tanto como a él. Comprendió, no obstante, que Heiden necesitara un tiempo de soledad, así que acató lo que el capitán le había ordenado.

—Podrás encontrarme en los sótanos de la biblioteca de Heidenau —le dijo antes de marcharse—. Espero volverte a ver.

Heiden escuchó los pasos del anciano bibliotecario alejarse a su espalda, mientras sus ojos no se apartaban de las tumbas de su familia. En las provisionales cruces de madera que las marcaban habían escrito sus nombres, su edad y la fecha en la que murieron: 15 de febrero de 1945. Allí, bajo aquella tierra, yacía su vida, el principio y el fin de su vida, la razón misma de su existencia. Allí, bajo tierra. Definitivamente. Para siempre.

—Lo siento, Ilse… —murmuró Heiden—. Anna, Lucie…, mis pequeñas… Lo siento tanto…

Y entonces sí. Heiden se derrumbó. Cayó de rodillas, hundió las manos y la cara en aquella tierra fresca y húmeda, y lloró, lloró

amargamente, por los años perdidos, por los besos no dados, por todo aquello que ya no tenía vuelta atrás. Lloró por la rabia, lloró por la culpa. ¿Por qué no huyó con Ilse y con sus hijas en aquel permiso de convalecencia que le permitió regresar a casa una última vez, desde Rusia, cuando fue herido? ¿Por qué, tras escapar de Memel, no fue capaz de regresar a tiempo a casa, a tiempo para proteger a su familia, o para morir con ella si era ese su destino? ¿Por qué las bombas tuvieron que caer sobre Heidenau, que era una ciudad pequeña, anodina, insignificante para el curso de la guerra? ¿Por qué?… Eran preguntas inútiles, preguntas sin respuesta. Cuántas veces Heiden había repetido a sus hombres, a Gross, a Lübeck, que en la guerra no era necesario un porqué…

Heiden lloró, lloró desesperado, un largo rato. Lloró hasta que ya no le quedaron más lágrimas que derramar. Aunque lloró, las lágrimas no sirvieron para aliviar su dolor. Al fin fue capaz de incorporarse un poco y alzar la vista. Ante sus ojos encontró las tumbas que guardaban lo más importante de su vida.

Todo había sido inútil, pensó Heiden. El sufrimiento y el terror, la lucha por sobrevivir, su esfuerzo por regresar a casa… Nada tenía ya sentido. Allí, bajo la tierra, estaba su vida, el fundamento de su existencia, sus razones para vivir… Ahora, que ya no las tenía, ¿qué sentido tenía que su corazón siguiera latiendo, que sus pulmones respiraran? Era inútil seguir viviendo, seguir luchando por nadie, por nada.

Heiden respiró hondo. El dolor, inmenso, atenazaba su pecho, pero su mente estaba serena y clara. De rodillas, frente a las tumbas de su esposa y de sus hijas, desenfundó su Luger P08 una última vez. Aún tenía balas en su cargador y funcionaba perfectamente. Le quitó el seguro y la amartilló. No se pegaría un tiro en la sien. Había tenido bastantes oportunidades de comprobar que ese tipo de disparos en ocasiones no son suficientes para acabar con la vida de un hombre. Un disparo en la boca, y el proyectil de nueve milímetros le atravesaría el cráneo, destrozaría el tronco del encéfalo, y él dejaría de existir rápida, definitivamente, para reunirse con la vida que le esperaba allí, bajo la tierra a la que pertenecía.

Tomar decisiones… Ese había sido su privilegio y su condena. La maldición ligada al mando. Y allí, frente a las tumbas de su esposa y de sus hijas, Heiden también podía decidir, decidir que ya no quería vivir, que la vida para él ya no tenía ninguna razón de ser, ningún sentido. Poder tomar aquella decisión supuso para Heiden un inmenso alivio. Nadie podía obligarle a vivir con aquel dolor insoportable. Esa decisión era suya y solo suya.

Comprobó que su arma estaba lista para disparar. Miró una última vez las tumbas de Ilse, de Anna, de Lucie. «Lo siento… Lo siento

tanto…». Dirigió el cañón de la pistola contra sí mismo y puso el dedo en el gatillo. Cerró los ojos… Antes de disparar, una voz infantil a su espalda le hizo abrirlos de nuevo bruscamente.

—Ahora ellas están a salvo —decía la voz.

Heiden bajó el arma y volvió el rostro, sorprendido, y ante sus ojos encontró al chico, silencioso y callado, que le había acompañado en el último trayecto de su camino hasta Heidenau. Sumido en su dolor, Heiden se había olvidado completamente de él. El chico, sin embargo, le había seguido, discreto y callado, como siempre, desde que entró en la ciudad. Como una sombra le había seguido y había observado desde la distancia sus movimientos, había escuchado sus palabras. Y aquel chico, que no había pronunciado una palabra desde que Heiden le encontrara junto al cadáver de su madre, habló.

—Mi papá murió lejos, en la guerra —dijo el niño—. Mi mamá y yo nos quedamos solos en la granja. Luego la guerra llegó a la granja. Soldados y tanques. Mi mamá me dijo que me escondiera bien en el granero y que no saliera hasta que fuera a buscarme. Yo me escondí. Hubo gritos y disparos, fuego y mucho ruido. Luego todo se calmó, pero mi mamá no vino a buscarme. Cuando se hizo de noche, salí. Mi mamá estaba en el suelo. Yo quise despertarla, pero mi mamá no se movía, ni hablaba, ni respiraba. Supe que estaba muerta porque los muertos no se despiertan, aunque uno los llame. Estar muerto no es estar dormido. Es estar muerto, sin más. La tapé con una manta que encontré en el granero. No quería que le mordiesen las ratas. Las ratas se comen a los muertos; eso dijo un día mi maestro en la escuela. Y yo no quería que a mi mamá le mordiesen las ratas. Por eso vigilaba por las noches, para que las ratas no vinieran. Usted la salvó. Ahora está a salvo. Y su familia también lo está.

Heiden escuchó hablar a aquel niño de ojos color miel que le miraban serenos. Era la primera vez que oía su voz, y sus palabras tocaron hasta la última fibra de su corazón. El dolor que Heiden sentía era inmenso, inmenso y terrible, pero aquel niño le mostró que no era el único que sufría. El mundo entero estaba lleno de dolor.

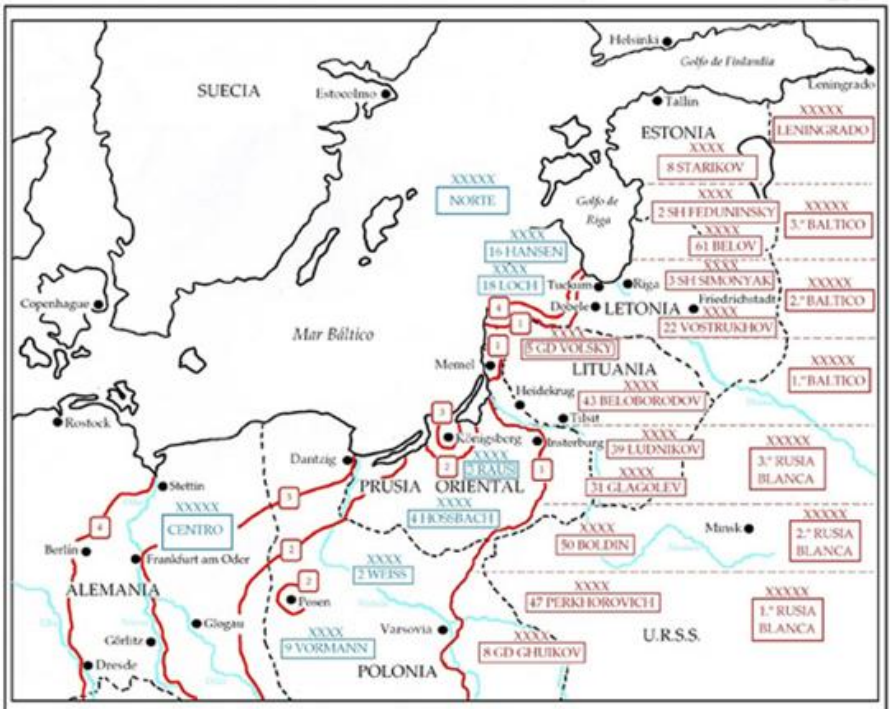
Heiden colocó de nuevo el seguro a su arma y la guardó en su funda. Se puso en pie y caminó unos pasos hasta el niño para arrodillarse a su lado y mirarle cara a cara.

—¿Cómo te llamas, hijo? —le preguntó.

—Heinrich, herr Wilhelm —respondió el niño—. Me llamo Heinrich.

Heiden le abrazó, y el niño, tímido, respondió a aquel abrazo rodeando el pecho de Heiden con sus bracitos, suavemente al principio, después con fuerza. Apoyó la cabeza en el hombro del capitán. Heiden acarició sus cabellos y al poco rato sintió cómo el niño se estremecía y sollozaba. Estaba llorando…

Heiden cerró los ojos y sintió cómo sus propias lágrimas, que creía agotadas, se deslizaban de nuevo por las mejillas. Era aquel un llanto suave, silencioso, tranquilo; ya no era fruto de la desesperación. El dolor seguía anclado en el pecho de Heiden, y este sabía que seguiría allí por siempre, mientras viviera. Las lágrimas que brotaban de sus ojos no tenían que ver con él. O tal vez solo en parte. Eran lágrimas de dolor, y también de compasión y de amor. Y allí, frente a las tumbas de su esposa y de sus hijas, Heiden supo que el encuentro con aquel niño sin padres, solo en un mundo en ruinas, no había sido casual. Aquel niño, como un hijo que la providencia hubiera puesto en su camino, estaba destinado a ser la redención de sus pecados, el bálsamo para su dolor infinito, eterno, y también su esperanza.



Frente del Este. Diciembre 1944 - Mayo 1945.

- 1 Línea del frente en diciembre de 1944
- 2 Línea del frente en enero de 1945
- 3 Línea del frente en marzo de 1945
- 4 Línea del frente en mayo de 1945

XXXX Ejército blindado
XXXX Ejército
XXXXX Grupo de ejércitos

Ejército Rojo
Wehrmacht

Bibliografía

Escribir un relato ambientado en la Segunda Guerra Mundial sin contar con el apoyo de historiadores, estudiosos y testigos de aquellos hechos sería una labor muy difícil, si no imposible. Por ello, la autora incluye aquí esta breve bibliografía, como muestra de algunos de los trabajos consultados para la redacción de esta novela.

Entre las obras consideradas se incluyen tanto trabajos de reconocidos historiadores como análisis sobre tácticas y operaciones militares, memorias de generales que participaron en el conflicto y diarios y testimonios de los hombres y mujeres, de los soldados de a pie y de civiles que se vieron involucrados en él de una u otra manera. Obviamente, no están todas las que son, pero sí son todas las que están. Sin los trabajos de estos investigadores y testigos directos de la época esta novela no habría sido posible.

Resulta excusado decir que cualquier error en esta obra debe atribuirse a la autora, y solo a ella.

B
AMM
, Peter: La bandera invisible. Barcelona: Libros del Asteroide, 2010.
B
EEVOR
, Anthony: La Segunda Guerra Mundial. Barcelona: Pasado y Presente, 2012.
B
ELLAMY
, Chris: Guerra absoluta. Barcelona: Ediciones B, 2011.
B
ESSEL
, Richard: Alemania 1945. De la guerra a la paz. Barcelona: Ediciones B, 2009.
B
ROWNING
, Christopher: Aquellos hombres grises. Barcelona: Edhasa, 2011.
C
ARELL
, Paul: Tierra calcinada. Barcelona: Inédita Editores, 2007.
E
NZENSBERGER

, Hans Magnus: Europa en ruinas. Relatos de testigos oculares de los años 1944 a 1948. Madrid: Capitán Swing Libros, 2013.

G

LANZ

, David M.: Choque de titanes. La victoria del Ejército Rojo sobre Hitler. Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2017.

G

ROSSMAN

, Vasili: Vida y destino. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2011.

H

ASTING

, Max: Armagedon. La derrota de Alemania 1944-1945. Barcelona: Crítica, 2005.

—: Se desataron todos los infiernos. Historia de la Segunda Guerra Mundial. Barcelona: Crítica, 2011.

J

ONES

, Michael: El sitio de Leningrado. 1941-1944. Barcelona: Crítica, 2008.

L

OWE

, Keith: Continente salvaje. Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2012.

L

UBBECK

, William: A las puertas de Leningrado. Memorias de un soldado alemán en el frente ruso. Barcelona: Tempus, 2010.

M

ANSTEIN

, Erich von: Victorias frustradas. Barcelona: Inédita Editores, 2006.

N

EITZEL

, Sönke; y Harald W

ELZER

: Soldados del Tercer Reich. Barcelona: Crítica, 2012.

R

EESE

, Willy Peter: Un extraño para mí mismo. Diarios de un soldado alemán en Rusia, 1941-1944. Barcelona: Debate, 2005.

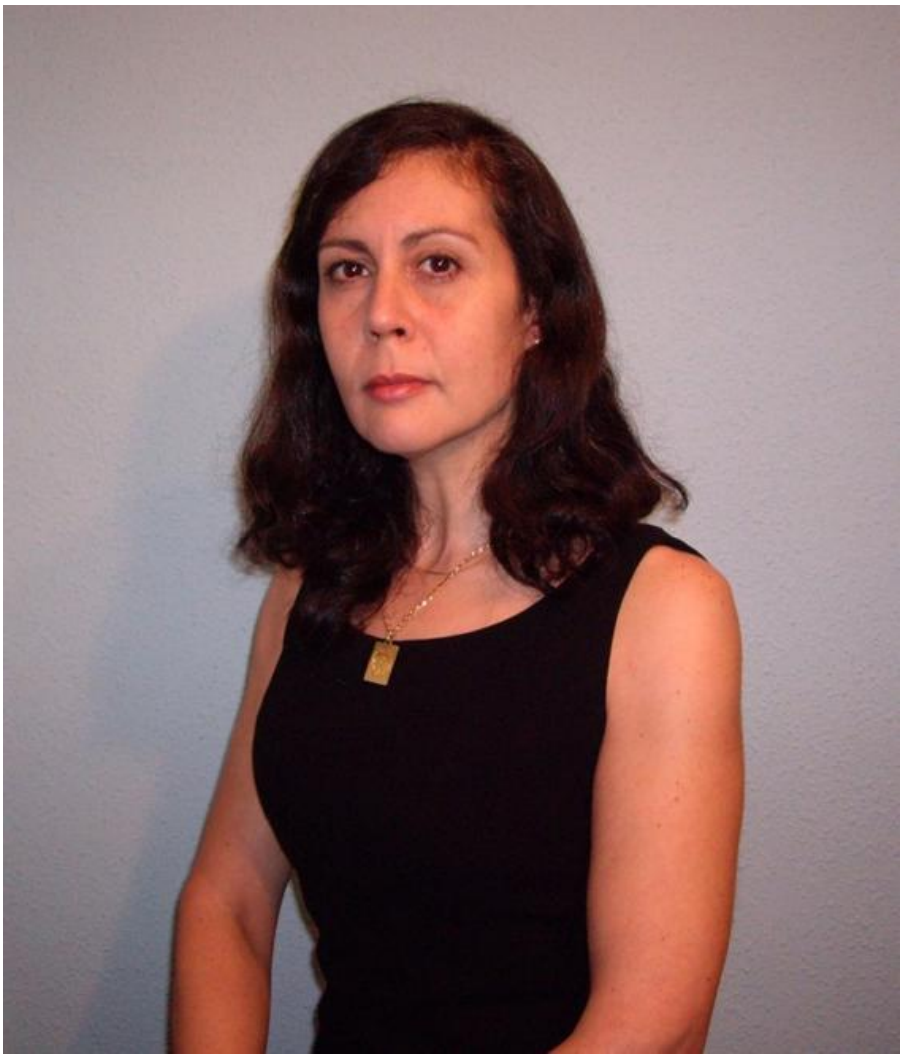
S

AIZ

, Agustin: Deutsche soldaten. Uniformes, equipo y objetos personales del soldado alemán. 1939-1945. Madrid: Andres Press,

2008.
S
AJER
, Guy: El soldado olvidado. Barcelona: Inédita Editores, 2007.
T
HOMAS
, Nigel: The German Army 1939-45 (III). Eastern front 1941-43. Oxford: Osprey Publishing, 1999.
—: The German Army 1939-45 (IV). Eastern front 1943-45. Oxford: Osprey Publishing, 1999.
W
INCHESTER
, Charles: Ostfront: Hitler's war on Russia 1941-45. Oxford: Osprey Publishing, 1998.
Z
ALOGA
, Steven J.: The Red Army of the great patriotic war 1941-45. Oxford: Osprey Publishing, 1984.
Z
IEMCKE
, Earl F.: Stalingrad to Berlin: the German defeat in the East. Madrid: HRM Ediciones, 2021.

Biografía



Isabel Sierra (Bilbao, 1977) se licenció en Medicina en la Universidad del País Vasco (UPV/EHU) especializándose vía MIR en Medicina Familiar y Comunitaria. Desde 2005 trabaja como médico de urgencias. Hace años que compagina su labor asistencial con la escritura.

En 2010 Isabel Sierra fue galardonada con el Premio Joven de Narrativa de la Fundación General Universidad Complutense de Madrid por la novela En el frente ruso (Gadir Editorial, 2011), una

obra marcadamente introspectiva que refleja el duro paso a la madurez de un adolescente condicionado por el contexto histórico que le ha tocado vivir.

Posteriormente, en colaboración con el Grupo Planeta, ha publicado las novelas Los largos años de ausencia (2014), Regreso a ninguna parte (2016) y La vida ante sus ojos (2017), trilogía ambientada en la convulsa historia de Europa durante la primera mitad del siglo XX que recorre dicho período histórico a través de la vida de dos hombres de nacionalidades distintas, separados físicamente miles de kilómetros, cuyas existencias guardan no obstante un inquietante paralelismo. De no ser por la guerra, tal vez no hubieran llegado a conocerse nunca. Sus vidas, sin embargo, se cruzarán en un momento y un lugar determinados, en medio del horror. El año es 1942; el lugar, Stalingrado.

Su última novela, La soledad del mando (2019), narra la historia, dolorosamente humana, de individuos abocados a librar una batalla que nunca tuvieron posibilidades de ganar, que antes de comenzar ya estaba perdida.

Sobre su vocación literaria Isabel Sierra señala lo siguiente: «Escribir a veces no es una opción, es una necesidad. Hay cosas que uno necesita decir, pero sería incapaz de hablar de ellas sin darles antes una determinada forma. En mi caso, escribo. Escribo historias dentro de la Historia.»

Notas

1. Frau, en castellano, «señora». [Todas las notas son de la autora].

1. Im Krieg sind alle Väter Soldat, en castellano, «en la guerra, todos los padres son soldados».

2. La Operación Bagration (22 de junio-31 de agosto de 1944) es el nombre que recibió la ofensiva general del Ejército Rojo para destruir el Grupo de Ejércitos Centro de la Wehrmacht en el verano de 1944. El 22 de junio de 1944, justo tres años después del comienzo de la invasión alemana de la Unión Soviética (Operación Barbarroja, 22 de junio-5 de diciembre de 1941), Stalin dio comienzo a la ofensiva, coincidiendo con la apertura del frente occidental tras el desembarco aliado en Normandía del 6 de junio de 1944, dos semanas antes. La operación Bagration supuso una importante victoria para los aliados. Por una parte, impidió el traslado de divisiones germanas al necesitado frente occidental. Los soviéticos, además, reconquistaron una vastísima extensión de territorio, recuperando casi todas las zonas de la URSS que la invasión alemana había ocupado desde 1941.

3. La Volkssturm o milicia nacional alemana se constituyó oficialmente en octubre de 1944. Ante el agravamiento progresivo de la situación militar, se llevó a cabo una leva generalizada por la que todos los varones entre los dieciséis y los sesenta años fueron reclutados e integrados en el plan de defensa de la patria, en el marco de la guerra total contra el avance del Ejército Rojo en el este y las tropas angloestadounidenses en el oeste y el sur.

1. Policía Militar.

1. Skat: juego de naipes de origen alemán.

1. Kampfgruppe, en castellano, «grupo de combate».

2. Tiger: modelo de carro de combate alemán que entró en servicio en 1942. Fue el primer tanque de la Wehrmacht equipado con un cañón KwK 36 L/56 de 88 milímetros, capaz de destruir a la mayoría de sus oponentes (T-34 soviéticos, M4 Sherman estadounidenses o Churchill IV británicos) a distancias superiores a mil metros. La potencia de fuego del Tiger era capaz de neutralizar a sus oponentes en distancias en las que ellos no podían responder efectivamente, lo que constituía su mayor ventaja táctica en terreno abierto.

3. Kübelwagen: vehículo todoterreno alemán, similar al jeep estadounidense.

4. Panzerfaust: arma antitanque de infantería similar al bazooka americano.

5. Herr, en castellano, «señor».

1. Geheim, en castellano, «secreto».

1. MG-42: modelo alemán de ametralladora enfriada por aire con cañón de cambio rápido que se puede emplear como una ametralladora de posición normal montada sobre un trípode pesado con miras, o acoplada a un bípode y utilizada como ametralladora ligera, pero con una potencia de fuego muy superior a las concebidas expresamente como tales. Una de sus características más importantes era su alta cadencia de tiro, de 1200 disparos/minuto, una de las más altas en este tipo de armas empleadas en la Segunda Guerra Mundial.

1. T-34: modelo de carro de combate soviético cuyas principales características eran un fuerte blindaje inclinado que alcanzaba los 65 milímetros en la parte frontal de la torreta y lo hacía prácticamente impenetrable, y unas orugas anchas que le permitían moverse sobre el fango y la nieve sin quedar atascado. La versión inicial portaba un cañón de 76,2 milímetros (T-34/76). A finales de 1943, tras la batalla de Kursk, se desarrolló una segunda versión, el T-34/85, con una torreta de mayor tamaño armada con un cañón de 85 milímetros.

2. Tupolev: bombardero medio bimotor soviético destinado a realizar misiones de bombardeo rápido diurno y bombardeo del frente, diseñado para oponerse al Junkers Ju 88 alemán.

1. Lanzacohetes Katiusha: modelo de artillería autopropulsada desarrollado por la Unión Soviética capaz de lanzar simultáneamente dieciséis proyectiles a un área objetivo más rápidamente que la artillería convencional, aunque con menor precisión. Al ir montada en el chasis de camiones comunes, podía atacar y moverse rápidamente antes de ser localizada y atacada por fuego de contrabatería. Las armas Katiusha de la Segunda Guerra Mundial incluyeron el lanzador BM-13, el ligero BM-8 y el pesado BM-31.

1. Liebe, en castellano, familiarmente, «cariño».

1. Mauser Kar 98k: fusil estándar de la infantería alemana en la Segunda Guerra Mundial, con un sistema de disparo de cerrojo accionado manualmente y un cargador interno fijo alimentado con un peine de cinco cartuchos.

2. La placa de identificación o Erkennungsmarke del soldado alemán era una pieza de metal divisible en dos partes sobre la que se grababa un número de identificación personal, la unidad a la que pertenecía el soldado y su grupo sanguíneo. Ambas partes de la placa llevaban grabados los mismos datos. Cuando un soldado caía en combate, una de las partes se retiraba para documentar la muerte; otra permanecía junto al cadáver para identificar el cuerpo. Las placas de identificación alemanas no llevaban grabados los nombres de los soldados. Cada unidad de la Wehrmacht disponía de una lista (Erkennungsmarkenverzeichnis) en la que se recogían los nombres de los soldados que formaban parte de esta, con su número de placa de identificación. Dicha lista, durante la guerra, se actualizaba mensualmente.

1. PPSh-41: subfusil automático que fue una de las principales armas ligeras del Ejército Rojo en la Segunda Guerra Mundial. Usaba un cargador curvo de 35 cartuchos y alcanzaba una cadencia de tiro de 900 disparos por minuto en modo automático, muy alta en comparación con otros subfusiles de la época.

2. Davay, en castellano, «vamos».

3. Skrytyye nemtsy, en castellano, «alemanes ocultos».

4. Mosin-Nagant: fusil estándar de la infantería del Ejército Rojo en la Segunda Guerra Mundial, con un sistema de disparo de cerrojo accionado manualmente y un cargador interno fijo alimentado con un peine de cinco cartuchos.

5. La ración de emergencia o «ración de hierro» (eiserne Ration) de la Wehrmacht, que portaba cada soldado en combate, venía empaquetada en una bolsa de papel y contenía 300 gramos de galletas (Zwieback), 200 de carne enlatada (Fleischkonserve), 150 de verdura en conserva (Fertiggericht) y 20 de sucedáneo de café (Kaffeersatz).

6. Luger P08: pistola semiautomática accionada por retroceso cuyo diseño fue patentado por Georg Luger en 1898 y fue producida por la fábrica alemana de armas Deutsche Waffen und Munitionsfabriken (DWM) a partir del año 1900. Sus primeros modelos fueron fabricados en calibre 7,65 mm. Para su modelo de 1908, el P08, se desarrolló el cartucho 9 × 19 mm Parabellum, que, desde entonces, y en la actualidad, es el calibre estándar para pistolas.

1. La Primera Reserva en el ejército alemán de la Primera Guerra Mundial incluía a jóvenes voluntarios que se ofrecían para ir al frente antes de que tuvieran que incorporarse obligatoriamente a filas. Solían tener de dieciocho a veinte años. La Segunda Reserva o Landwehr englobaba a hombres entre veintisiete y treinta y nueve años que ya habían cumplido el servicio militar y se reenganchaban. La Tercera Reserva o Landsturm estuvo destinada a voluntarios de edad superior a los treinta y nueve años.

1. Wehrmacht: Ejército alemán.

2. En la Conferencia de Yalta (4-11 de febrero de 1945) que mantuvieron Stalin, Churchill y Roosevelt como presidentes de la Unión Soviética, el Reino Unido y Estados Unidos respectivamente, se trataron, entre otras cuestiones, el desarme, desmilitarización y partición de Alemania tras la derrota y se fijaron las nuevas fronteras de Alemania. En el este, la URSS se anexionaría grandes regiones orientales que habían pertenecido a la Segunda República polaca, y Polonia sería compensada con todos los territorios que poseía Alemania al este de los ríos Óder y Neisse, que constituirían así la nueva frontera. Los civiles polacos residentes en las zonas que al terminar la guerra pasaron a depender de la Unión Soviética fueron reubicados en estos territorios, cuyos habitantes alemanes fueron deportados en masa al oeste.

3. En Torgau, el 25 de abril de 1945, tuvo lugar el encuentro entre las tropas estadounidenses que llegaban del oeste tras haber desembarcado en Normandía el 6 de junio de 1944 y el ejército soviético que avanzaba sobre Alemania desde el este.

1. Vater unser im Himmel. Geheiligt werde dein Name…, en castellano, «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre…».

1. Stiller Junge, en castellano, «chico silencioso».

1. La Operación Trueno, como fue denominada por los aliados, consistió en cuatro ataques aéreos consecutivos que realizaron entre el 13 y el 15 de febrero de 1945 la Real Fuerza Aérea británica (RAF) y las Fuerzas Aéreas del Ejército de los Estados Unidos (USAAF) sobre la ciudad de Dresde y sus alrededores. En dicha operación se lanzaron más de cuatro mil toneladas de bombas de alto poder explosivo e incendiarias que destruyeron por completo el centro histórico de Dresde y afectaron a otras localidades cercanas situadas entre Meissen, al norte de Dresde y Pirna, al sur, a lo largo del río Elba.

Ratas

Isabel Sierra

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Isabel Sierra, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2023

ISBN: 978-84-08-26695-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html

Otros títulos de Click Ediciones

Regreso a ninguna parte

Isabel Sierra

La vida ante sus ojos

Isabel Sierra

La soledad del mando

Isabel Sierra

Los largos años de ausencia

Isabel Sierra

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!
¡Síguenos en redes sociales!

Table of Contents

Portada
Portadilla
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
Bibliografía

Biografía
Notas
Créditos
Click Ediciones
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!